

e - monografía del C.E.M. Nº 19

**LA "GALERÍA MONTAÑESA" EN
*EL ECO MONTAÑÉS***

**45 microbiografías de cántabros
en un periódico madrileño
a principios del siglo XX**

Fernando Vierna García



SANTANDER

2022

e - monografía del C.E.M. N° 19

**LA "GALERÍA MONTAÑESA" EN
*EL ECO MONTAÑÉS***

**45 microbiografías de cántabros
en un periódico madrileño
a principios del siglo XX**

Fernando Vierna García



CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES

SANTANDER

2022

Una edición del



Serie: Monografías digitales editadas por el Centro de Estudios Montañeses

e - monografía del C.E.M. Nº 19

Título: LA "GALERÍA MONTAÑESA" EN *EL ECO MONTAÑÉS*.

45 microbiografías de cántabros en un periódico madrileño a principios del siglo XX.

Autor: Fernando Vierna García

Coordinación editorial: V. Fernández Acebo

© De la presente edición: Centro de Estudios Montañeses.

© De los textos y contenido: El autor.

Depósito Legal: SA 364-2022

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Unas anotaciones a la «Galería Montañesa» de *El Eco Montañés* 5

TABLAS Y TEXTOS DE LAS BIOGRAFÍAS PUBLICADAS 11

LO QUE QUEDA 85

BIBLIOGRAFÍA 91

Unas anotaciones previas
a LA «GALERÍA MONTAÑESA» de *EL ECO MONTAÑÉS*
(Madrid, 1900-1901)

La «GALERÍA MONTAÑESA» de *EL ECO MONTAÑÉS* (Madrid, 1900-1901)

El día 4 de enero de 1900 aparecía en Madrid el primer número de una nueva publicación semanal, *El Eco Montañés*, bajo la dirección del abogado y periodista Juan Antonio Galvarriato del Rivero (Torrelavega 23/VI/1867 – Madrid 23/I/1937). En su presentación al público, firmada por *La Redacción*, se describía como *una revista para reflejar la hermosa labor montañesa en la cátedra, en la clínica, en el libro, en el púlpito y en la esfera mercantil*¹. También declaraba desde este primer número que en sus páginas no tendrían cabida las cuestiones políticas, lo que daría lugar a que sí se pudieran ver en ellas las firmas de colaboradores de ideas tan distintas como las que representaban José María de Pereda, Amós de Escalante, Benito Pérez Galdós, Luis de Hoyos Sainz, Buenaventura Rodríguez Parets, Cesáreo Fernández Duro o los obispos de Zamora, Luis Felipe Ortiz y Gutiérrez, y de Canarias, José Cueto y Díez de la Maza.

El director del nuevo semanario madrileño había sentido la llamada del periodismo a temprana edad. Comenzó a escribir en *El Correo de Cantabria* antes de cumplir los diecinueve años y a los veinte ya tuvo la primera demanda judicial por el contenido de un artículo crítico con la corporación municipal de Cabezón de la Sal, publicado en *La Cantárida*, suplemento semanal de *El Impulsor*, de Torrelavega, dedicado a la villa cabezonense. También colaboró durante aquellos años con los diarios santanderinos *La Atalaya* y *El Cantábrico*.

Tras terminar las carreras de Derecho y Filosofía y Letras en la Universidad Central se estableció en Madrid como abogado y colaboró con algunas cabeceras, como *El País*, *El Globo* y *El Correo*. Y tras la aventura de *El Eco Montañés* y un par de años dedicado a la abogacía, se incorporaría al diario vallisoletano *La Libertad* en 1904 para hacerse cargo de su dirección, en la que sustituyó a su buen amigo César Silió, al acceder este a la vida parlamentaria. En mayo del año siguiente, tras la fusión de *La Libertad* con *El Norte de Castilla*, regresó a Madrid y fue uno de los fundadores del bufete profesional Centro Jurídico, con Adolfo Bonilla y San Martín y Emilio Miñana y Villagrasa, en el que además de un amplio equipo de letrados en la sede de la calle Atocha tenían representantes en todas las provincias de España y principales capitales del Extranjero. Galvarriato era el secretario del bufete y director de su publicación profesional, *Revista Jurídica*.

A finales de 1912 asumió la dirección de una nueva publicación especializada, *Vida Económica*. En la capital Galvarriato escribió algunos libros

¹ «Dos palabras», *El Eco Montañés*, nº 1, p. 1, Madrid, 04/01/1900.

importantes, como *El Banco de España* y *La Bolsa de Madrid*, que fueron referencia en los estudios de ambas instituciones económicas españolas; *El Correo y la Telecomunicación en España*, o un pionero estudio, *La obra de Adolfo Bonilla y San Martín*, sobre la producción intelectual de su buen amigo desde los tiempos de estudiantes universitarios.

La aparición de *El Eco Montañés* fue acogida favorablemente por la prensa de todo el país, pero *El Cantábrico* publicó el artículo «Triste pronóstico»² firmado por *Pedro Sánchez*, seudónimo de José María Quintanilla Martínez (Santander, 17/09/1867 – 08/03/1936), en el que auguraba el fracaso del proyecto por el egoísmo y la falta de patriotismo de los coterráneos que habitaban en Madrid. Artículo que fue contestado en *El Eco Montañés* por Galvarriato en «Carta abierta a Pedro Sánchez, en Santander»³, en la que después de agradecer los elogios iniciales de Quintanilla, pasa a recordar la importancia del individualismo de los paisanos, ya desde el tiempo de los antiguos cántabros, y su confianza en la respuesta y en el apoyo de los montañeses que residían en Madrid.

Galvarriato recuperó para *El Eco Montañés* la cabecera de una publicación que nació en Torrelavega en agosto de 1878, cuando estaba suspendido *El Impulsor*, y desapareció un año después⁴; y dos secciones que había conocido en la prensa santanderina: Las «Efemérides de la provincia de Santander», que se publicaron en *El Correo de Cantabria* desde el primer número, y que andando el tiempo recogería en dos espléndidos tomos su autor, José Antonio del Río Sainz; sección que en la nueva cabecera madrileña se llamó «Memorias patrias», firmadas por *Pachín González*, seudónimo de Galvarriato. De *El Cantábrico* tomó no solo la idea, también el nombre de «Galería montañesa» para dar a conocer la vida y la obra de personajes importantes, publicando breves semblanzas biográficas.

La «Galería montañesa» de *El Cantábrico* comenzó a publicarse el 1 de enero de 1898, con una duración prevista de un año, como se indicaba en su presentación: *Principiamos hoy un trabajo cuya realización hace tiempo deseábamos: una Galería Montañesa que comprenda la biografía de trescientos sesenta y cinco ilustres hijos de esta provincia de Santander*.⁵ Aunque en la mayoría de las biografías no figura ninguna firma, Buenaventura Rodríguez Parets se refirió a ellas en diferentes ocasiones a lo largo de los años⁶,

² *La Atalaya*, nº 2.505, p. 1, Santander, 15/01/1900.

³ *El Eco Montañés*, nº 4, pp. 2-3, Madrid, 25/01/1900.

⁴ Sáiz, José Ramón: «El Eco Montañés», *Torrelavega. Historia de su prensa. Siglo XIX*. Vol. II. Ediciones Tantín. Santander, 2000, pp. 81-95.

⁵ «Galería montañesa. Preliminar», *El Cantábrico*, nº 981, p. 1, Santander, 01/01/1898.

⁶ «Varones ilustres de España», *El Cantábrico*, nº 3.384, p. 1, Santander, 31/12/1905. «Un buen libro para las escuelas», *El Cantábrico*, nº 8.936, p. 2, Santander, 05/02/1918. «Por nuestros hombres notables», *El Cantábrico*, nº 9.559, p. 1, Santander, 27/10/1919. «Campaneros montañeses», *El Cantábrico*, nº 11.392, p. 3, Santander, 01/11/1925.

reconociendo una autoría que en su momento no rubricó. En la Biblioteca Municipal de Santander se conservan dos colecciones⁷ de recortes, por lo que sabemos que en 1898 se publicaron 326 semblanzas y muy esporádicamente alguna más entre 1901 y 1904. La principal diferencia entre ambas galerías es que Rodríguez Parets publica biografías de personajes ya desaparecidos: *hemos procurado evitar la inclusión de personas que aún vivan*⁸. En la de Galvarriato no solo aparecen semblanzas de contemporáneos, sino que al menos siete de los retratados (J. M. de Pereda, César Silió, Luis Barreda, Enrique Menéndez, R. Sánchez Díaz, Eusebio Sierra y Díaz de Quijano) figuran en ambos papeles, el de biografiado y el de autor; en el caso de Pereda, además, es el único, junto con Menéndez Pelayo, que aparece en las dos galerías.

Por su parte, *El Eco Montañés* publicó el 22 de marzo el texto «A nuestros lectores», en el que anunciaba la nueva sección del semanario:

*No cuenta un trimestre de vida El Eco Montañés, y ya podemos anunciar para el próximo número, sin otras mejoras materiales, el principio de la publicación de una Galería Montañesa, que sea honra de la región por los que en ella figuren y por los firmantes de los trabajos a ellos referentes, nosotros excluidos.*⁹

El comienzo de «Galería Montañesa» supuso algunos cambios importantes en el semanario madrileño: el más notable fue el día de publicación de la revista, que pasó de los jueves a los sábados. También resultó muy visible la renovación del aspecto de la primera página, que desde entonces se dedicó exclusivamente al protagonista de la galería del día, y a partir del 29 de septiembre al reportaje que alternaba sin periodicidad fija con las biografías de la Galería.

La primera semblanza de la «Galería Montañesa» apareció el 31 de marzo, escrita por Juan Antonio Galvarriato; estaba dedicada al obispo José María de Cos. La segunda fue la de Concha Espina, que, por cierto, sería la única biografía de mujer en la colección de 45 reseñas biográficas que componen la colección. La galería se cierra el 30 de noviembre de 1901, en el último número de la revista, con texto de Francisco Alcántara sobre el calígrafo Vicente Fernández de Valliciergo¹⁰, hoy menos conocido en Santander que la calle a él dedicada. Dos de los protagonistas de la galería, Fernando Pérez del Camino y el conde de Torreanaz, fallecieron al poco tiempo de haberse publicado sus semblanzas y *El Eco Montañés* sacó unas notas necrológicas, ambas sin firma. En el caso de Fernando Pérez del Camino, que había muerto tras una larga agonía el 9 de

⁷ Signaturas Ms.1449 y Ms.1451

⁸ «Galería montañesa. Preliminar», *El Cantábrico*, nº 981, p. 1, Santander, 01/01/1898.

⁹ La Redacción: «A nuestros lectores», *El Eco Montañés*, nº 12, p. 2, Madrid, 12/03/1900.

¹⁰ El 3 de mayo de 2021, la decana de la Universidad de Cantabria, Virginia Cuñat Ciscar ingresó en el Centro de Estudios Montañeses impartiendo una conferencia sobre este personaje, que llevaba por título Arte y negocios de caligrafía. Vicente Fernández Valliciergo (1948-1909).

enero de 1901 (publicada el día 19), después de unas pocas líneas dando noticia del óbito, reproduce un capítulo de su obra *El Cabo Pérez*. En la reseña dedicada al conde Luis María de la Torre, fallecido el 3 de marzo de 1901 (nota necrológica del día 9), consagra unas líneas a la figura desaparecida, a dar noticia del sepelio y a recordar sus tres obras publicadas: *Mémoire sur les Conseils d'Etat*, *Los Consejos del Rey durante la Edad Media* y *Los antiguos Gremios*.

El último número de *El Eco Montañés* dedicó buena parte de sus textos al cierre de la publicación. En las páginas 2 y 3 aparece «A los lectores», en el que la Redacción afirma que no se clausura por causas económicas, como se había augurado, ya que había sido muy importante el compromiso de los montañeses residentes en la capital con el llamamiento que supuso la edición del semanario, sin duda debido a que informaba tanto de las actividades de los paisanos en Madrid, como de las que se llevaban a cabo en la provincia de Santander, reflejando en sus páginas el buen momento económico por el que pasaban ambas provincias.

Otros textos que nos interesan son «La Prensa y *El Eco Montañés*», «Los colaboradores del *El Eco*», «*Cantabria*» y «Lo que queda». En el primero de ellos la publicación agradece la buena acogida y consideración que tuvo entre los periódicos, tanto santanderinos como de otras provincias, enumerando a todos los que dejaron constancia de ello, con reconocimiento *imborrable* para la prensa montañesa, que siendo de marcadas inclinaciones ideológicas, animó una publicación como la suya, *incolora*. «Los colaboradores...» recorre la larga lista de firmas que han participado en los casi dos años de vida del semanario. En «*Cantabria*» propone la creación de una revista semanal en Madrid con ese título, que sería continuación de *El Eco Montañés*, una vez demostrada con el éxito de este la viabilidad de la idea; y presenta un proyecto con nombres, secciones y cometidos. Por último, «Lo que queda»¹¹, que se reproduce a continuación, es una columna dedicada exclusivamente a «Galería montañesa», de la que el anónimo redactor (es probable que el mismo Galvarriato) se muestra especialmente orgulloso, tanto por lo que se refiere a las semblanzas publicadas, como a los retratos que las ilustran.

Quizá esa es la razón de que a partir de febrero de 1906 apareciera en la *Revista Jurídica* una nueva sección, «Semblanzas jurídicas», que seguía el mismo modelo de la «Galería montañesa», pero dedicadas exclusivamente a personajes del mundo del Derecho.

¹¹ «Lo que queda», *El Eco Montañés*, nº 100, p. 6, Madrid, 30 /11/1901.

TABLA Y TEXTOS DE LAS 45 “GALERÍAS” PUBLICADAS

TABLA Y TEXTOS DE LAS 45 “CUADROS” PUBLICADAS

Rf ^a	Titulo	Autor	Nº Revista	Fecha	Págs.
1	José María de Cos	J. A. Galvarriato	13	31/03/1900	1
2	Concha Espina	Enrique Menéndez	14	07/04/1900	2
3	Menéndez Pelayo	<i>Pedro Sánchez</i>	15	14/04/1900	1 y 2
4	Faustino Odriozola	Honorio Torcida	16	21/04/1900	1
5	Pereda	Alfonso Ortiz de la Torre	17	28/04/1900	1 y 2
6	Jesús de Monasterio	J. A. Galvarriato	18	05/05/1900	1 y 2
7	D. Duque y Merino	R. Sánchez Díaz	19	12/05/1900	1
8	Luis Barreda	Jesús de Cospedal	20	19/05/1900	1
9	Doctor Eugenio Gutiérrez	J. A. Galvarriato	21	26/05/1900	1
10	José María Quijano	<i>Pedro Sánchez</i>	22	0206/1900	1 y 2
11	D. Ángel de los Ríos	J. M. de Pereda	23	09/06/1900	1 y 2
12	Enrique Menéndez	Luis Barreda	24	16/06/1900	1
13	R. Sánchez Díaz	Luis de Hoyos Sainz	25	23/06/1900	1
14	Luis M ^a de la Torre y de la Hoz	Ramón Fernández	26	30/06/1900	1 y 2
15	Gerardo Abascal	Eusebio Sierra	27	07/07/1900	1 y 2
16	Adolfo Vicente Wunsch	Leopoldo Pardo e Iruleta	28	14/07/1900	1 y 2
17	Evaristo Silió	César Silió y Cortés	29	21/07/1900	1 y 2
18	Víctor Fernández Llera	Francisco Alcántara	30	28/07/1900	1
19	Domingo Cuevas	José D. de Quijano	31	04/08/1900	1
20	Joaquín Bustamante	Víctor M. Concas	32	11/08/1900	1 y 2
21	Doctor Madrazo	J. M. Martínez-Conde	33	18/08/1900	1

22	Fernando Pérez del Camino	Alfonso Ortiz de la Torre	34	23/08/1900	1
23	José Sánchez Ramos	J. A. Galvarriato	35	01/09/1900	1 y 2
24	Fernando Fernández de Velasco	Jesús de Cospedal	36	08/09/1900	1 y 2
25	César Silió y Cortés	J. A. Galvarriato	37	15/09/1900	1 y 2
26	Duque de Santo Mauro	<i>Pachín González</i>	38	22/09/1900	1
27	Lino Casimiro Iborra	José Parada y Santín	42	20/10/1900	1
28	Eusebio Sierra	Juan Pérez Zúñiga	43	27/10/1900	1 y 2
29	El padre Cueto	<i>Ángel Guerra</i>	45	10/11/1900	1 y 2
30	Marqués de Comillas	<i>Joaquín de Santillana</i>	47	24/11/1900	1 y 2
31	Amós de Escalante (Juan García)	Enrique Menéndez	49	08/12/1900	1 y 2
32	Jesús Sarabia y Pardo	Honorio Torcida	51	22/12/1900	1
33	Santiago López	José D. de Quijano	55	19/01/1901	1 y 2
34	Eduardo de la Pedraja	Fernando Fdez. de Velasco	57	02/02/1901	1 y 2
35	Don Benito Pérez Galdós	La Redacción	58	09/02/1901	1, 2 y 3
36	José Díaz de Quijano	Juan Pérez Zúñiga	65	30/03/1901	1 y 2
37	Manuel de Eguilior	M. Enrique Pico	69	27/04/1901	1 y 2
38	Augusto G. de Linares	Luis de Hoyos Sainz	71	11/05-1901	1
39	Manuel Salces	Francisco Alcántara	73	25-05-1901	1
40	Delfín Fernández y González	J. A. Galvarriato	75	08-06-1901	1 y 2
41	Don Manuel Ruiz de Quevedo	Luis de Hoyos Sainz	84	10-08-1901	1
42	Florencio Ceruti Castañeda	A. García del Río	87	31-08-1901	1
43	Marcial de la Cámara y Argüeso	D. Duque y Merino	95	26-10-1901	1 y 2
44	Leonardo de Torres y Quevedo	J. A. Galvarriato	97	09-11-1901	1 y 2
45	Vicente F. de Valliciergo	Francisco Alcántara	100	30-11-1901	1 y 2

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

José María de Cos

Porte distinguido de elegancia donde se unen majestad y sencillez; dulzura en los ojos que brindan, mirando, á confiarse; afabilidad en la conversación, sembrada de dichos ingeniosos, y á la que su espíritu amplio y vastísima cultura imprimen el rumbo de las aficiones de quien le habla, D. José María de Cos, Arzobispo-Obispo de Madrid-Alcalá, es de los seres con privilegio para encantar por su trato y convertir, á quien por primera vez le escucha, en amigo de toda la vida.

—¿Qué ha visto de bueno en Oviedo, señor ministro?—preguntaban á Albareda en Madrid.

Y respondió:—El Magistral.

Y sube de punto el cariño, para trocarse en admiración, cuando se conocen su alma caritativa, su sentimiento, que le enamora de todo lo artístico, y su inteligencia maravillosamente dúctil, que le permite sobresalir allí donde se fija su voluntad.

Trabajador incansable en su ministerio, no se ha reducido á caminar por los surcos ya trillados; y á los cambios de estrategia de los enemigos del nombre católico ha sabido oponer otros planes, tal como el *Catecismo de perseverancia*, que fundó en Oviedo y que, bajo su dirección, fué el de frutos más copiosos de toda España.

Hablista formado en el estudio de los grandes autores de Grecia y Roma y en los clásicos de nuestro siglo de oro; amante de la Filosofía, cuyos sistemas innúmeros abarca; poeta delicadísimo, de inspiración genial... el literato, el filósofo y el poeta, servidos por una voz de timbre que subyuga y por ademanes de suprema distinción, constituyen un orador que tal vez no tuvo rival en la época en que la garganta le consentía dedicarse á la ruda labor del púlpito. A este propósito cabe aquí la anécdota siguiente, de cuando era Magistral en Oviedo.

Estaba anunciado para predicar, y no pudiendo cumplir

con el anuncio, se brindó á sustituirle el Obispo de aquella diócesis, Sáenz y Forés, sobresalientemente conocido por su elocuencia arrebatadora. Entró el Prelado en la Catedral, llena de apiñada muchedumbre, y con tanta modestia propia como justo encomio del sustituido, iba diciendo mientras sus familiares le abrían paso: «chasco os lleváis, chasco os lleváis; creéis que es el señor Magistral el que predica, y no es el señor Magistral.»

Que su último sermón era siempre el mejor, fué proverbial en Oviedo, donde los cultos de todas las ideas acudían con placer á admirar cómo en la misma oración campeaban la elegante forma del estilista, las felices imágenes del poeta, la dulzura evangélica del sacerdote y la argumentación sólida, enérgica, nervuda del filósofo eminente. Ya, por desgracia, no es el púlpito escabel para su gloria: pero cuanto sobresalía en el orador, sobresaliendo sigue—sin el encanto de la palabra—en sus Pastorales profundas y luminosas.

Es paleólogo, gran rebuscador de secretos en los archivos, en los cuales adquirió para la historia eclesiástica de su país gran copia

de datos que, ya en orden, es lástima que no se publiquen, lo mismo que sus hermosas poesías.

Filósofo, orador, poeta, epigrafista, literato... sus triunfos jamás le envanecieron; le alienta la caridad; tiene el dón de hacer amigos; del odio no sabe nada, y son sus amores benditos Dios, la Iglesia y el Arte, trinidad augusta á la que une el amor á la Montaña y más especialmente á Cabuérniga, aquel valle donde nació, aquel valle microscópico que se mira en los puros cristales del Saja y se adormece al rumor de los vientos que aletean en las cumbres de Peña Sagra y Cueto Cordel; aquel valle en donde, permitiéndolo Dios, quisiera ver reverberar por última vez la luz de la vida.

J. A. GALVARRIATO.



EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATJ

Concha Espina

La musa montañesa, aquella musa dulcemente triste que llora, mientras todos ríen, en *La fiesta de mi aldea* y solloza en las *Marinas* y las *Flores*, de Escalante, tiene hoy larga corte de enamorados, los cuales van labrándola casa propia, y aun pudiéramos llamarla palacio.

En este florecimiento a que asistimos, de la poesía genuinamente montañesa, habrán influido, como en todo suceso literario, causas varias; pero, aparte de los prólogos y estudios críticos de Menéndez Pelayo sobre poetas montañeses, aparte del amor que a las cosas de la tierra ha en-

cendido en todos el maestro Pereda, es innegable que mucho abonó y regó la querida semilla aquel diario santanderino, *El Atlántico*, de grata memoria. Alentando discretamente a los principiantes; avivando la devoción por los maestros; consiguiendo composiciones, acaso las más excelsas, de Amós Escalante; difundiendo por boca de Pedro Sánchez la buena nueva; contribuyendo, en fin, a definir y marcar un día y otro la índole y caracteres del espíritu poético de la raza, *El Atlántico* trujo la planta a punto de dar flor, y tras de la flor, los sazonados frutos que hoy gustamos.

En dicho papel fué, según creemos, donde por primera vez pararon la atención del público los versos de una dama, niña entonces en la flor de sus años, y que se llama hoy Doña Concha Espina de Serna.

Aquella señorita, por cierto muy bella, de una tranquila y delicada belleza, modesta y celosa de su secreto, no mostraba fácilmente sus ensayos poéticos. Sólo alguna amiga muy del alma, y aquel modelo de hombres afables, D. Adolfo de la Fuente, alcanzaban el favor de oírlos sus versos. El afortunado traductor de Víctor Hugo, literato de muy buen gusto, alentaba y corregía los primeros pasos de aquella musa asustada y vacilante.

Los versos fueron robusteciéndose, afirmándose; aprendieron a andar solos, echaron por el mundo adelante, y hoy es Concha Espina una muy distinguida poetisa, con habitación en el palacio de que hablábamos.

Su ingenio es enteramente femenino y del todo montañés. Hace versos de mujer, y este es uno de sus mayores méritos. Su inspiración gira dentro de los mismos límites en que debe girar el pensamiento de una mujer cristiana y de su casa, esos límites que las marisabidillas juzgan estrechos, incapaces como son de gustar su honda poesía.

Cantó, cuando doncella, a su madre, a la Virgen María, al cielo azul y hermoso. Esposa y madre, ha cantado más tarde su hogar, el amor de sus hijos, la nostalgia de la tierra, y, acaso con las más suaves notas de su lira, esta dulce patria montañesa.

Si quisiéramos, según se usa, referir ó comparar este ingenio a alguno de los consagrados por la fama, no iríamos a buscar el parecido de las rimas de Concha Espina a las de la Avellaneda, sino a las de Carolina Coronado, ineuperable modelo de ternura y gracia, alma pudorosa,

guardada también como la fuente del huerto, y también atada al suave yugo de los quehaceres menudados. Lo que, respecto del modo de hacer de Carolina, escribe el bondadoso Hartzenbusch, puede muy bien decirse de la escritora montañesa: «Los pocos versos han nacido, ya en un rato de meditación matutina antes de entrar la autora en sus tareas cotidianas, ya en medio de ellas, ocupadas las manos en la costura mientras el espíritu vagaba por las regiones del idealismo, y aprovechando los instantes de silencio en una visita...»

¡Bendita poesía esta que viene de las almas buenas; que consuela como las caricias de una madre en las treguas de la tremenda batalla de la vida; que no convoca a los hombres a dignificar su soberbia y sus viles apetitos, sino que los trae a humillarse al pie del altar!

Los que se preguntan por qué han de hacer versos las mujeres, y los que afirman que deben éstas contentarse con inspirarlos y merecerlos, no saben que no hay limosna en el mundo, que no hay bien tan grande como el que puede hacer una estrofa de estas, calentada al santo fuego de un alma femenina, en ciertas horas negras que sólo el alma del hombre conoce cuando tiritita de frío, y siente cómo se le doblan inertes las alas, y teme haber perdido en el espacio el rumbo que lleva a Dios...

¡Oh!, no. La mujer que hace versos, cuando éstos son sinceros y ella buena, no hace más que ampliar los medios de su misión redentora; no hace más que usar una nueva y gallarda manera de embellecer la vida del hombre, de templearle con sus risas ó sus lágrimas, según la hora lo pida, la triste aridez en que tan á menudo camos andando los caminos polvorientos y tristes del mundo.



Enrique MENÉNDEZ.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

Menéndez Pelayo

Le llamo yo así, con permiso del *confeccionador*—callando su nombre y suprimiéndole la conjunción con que enlaza sus apellidos, como la ha suprimido la fama,—para decirlo todo de una vez, en una *frase*, la más expresiva, la más significativa de todas.

Escrita la «frase», *echado el apellido*—en fin, «sacado el Cristo», ó cosa así, si se dispensa la expresión,—ya nadie puede llamarse á engaño, y cuantos adjetivos ponderativos, encomiásticos, entusiásticos vea después, todos tienen que parecerle pocos, así como pálido, desdibujado, borroso, todo intento de *fotografía*.

Esta ha quedado *entera* en sus libros, en sus obras, en sus magníficos trabajos, aún no admirados lo bastante; y torpe, muy torpe tiene que ser, y muy sordo, y muy enemigo de toda clase de letras, el que al tropezar sus ojos con aquel título de arriba —el *rotulo* de la mayor sabiduría y el mayor talento de España—no vea enseguida clara, magnífica, la *figura* del gran Marcelino... el GRANDE.

Esto—claro está—no quiere decir que todos, y menos el vulgo, puedan entenderle, *comprenderle*, admirarle con bastante justicia, pues sucede precisamente que ni los más avisados le han rendido todavía *todo* el «tributo» que merece, y aún está *inédita* la verdadera «semblanza» de Menéndez Pelayo; pero creo y sostengo, que así como al decir hace treinta años *Zorrilla*, toda España entendía, hasta en los últimos rincones, que se hablaba de *el poeta* y lo que *el poeta* era, sin saber de estéticas ni de distingos literarios, así hoy, hasta en Belchite, sin haber oído jamás hablar de Taine, ni de la psicología fisiológica, ni de la «política hidráulica», se concibe ya intuitivamente que la *frase* dicha, el glorioso amasijo de los dos apellidos es un *colmo*, es un *pasmo*, y supone *por sí* cuanta erudición ardiente y *viva* puede caber en una cabeza.

Para el público general, para la *masa*, eso es Menéndez Pelayo: el mayor *memorión* del mundo, el que *más sabe* de España—un *brujo* como D. Enrique de Villena;—y la verdad es que si esta *leyenda* se depurara bien, si todos la comentaran y explicaran como Valera, si acertaran á entenderla como *Clarín*, á quien no asombraba tanto esa erudición, con reconocerla pasmosa, como el gusto, el criterio que la presidían, la ordenaban y la animaban, no estaría muy lejos el vulgo, el público general, de acertar con las líneas y con el dibujo del *retrato*; tanto como con la luz y con los colores.

Eso es Menéndez: tal prodigio, *quien todo lo sabe*; pero, además, mezclado con *ello*, todo un «genio»: un genio de paciencia, de laboriosidad, de aplicación; perspicaz, *adivino*; poeta, filósofo, historiador; la inteligencia más clara y más firme que Dios nos ha dado en este siglo; el alma más apasionada, más enamorada del Arte; la fantasía más juvenil, más libre, más ardiente; un *humanista* y un *modernista*, todo en una pieza, hondo, sincero, elocuentísimo, *divino*, como no nacerá quizás otro ni aquí ni en la tierra más culta.

El talento, la imaginación y la facundia esplendorosa de ese hombre insigne corren parejas con su ciencia incomparable; y así, parece que no ha aprendido su saber, sino que le ha inventado, y de ahí vienen todas esas *fábulas* de que lee diez renglones á un tiempo, de que lee la otra plana sin volver el folio, de que lee dormido!..., de

que no ha tenido tiempo *material* de ojear—de *ojear*, sin hache,—cuanto da innumerables pruebas de haber leído y estudiado á conciencia.

Y es que el milagroso santanderino tiene muchos ojos, los tiene dentro; goza de una *visión* especial que sólo han disfrutado en la vida los más grandes poetas—llamémoslos ahora *vates*;—y así, con prodigiosas excepcionales facultades para desentrañar libros, para resucitar edades muertas, para adivinar hombres y cosas, para *traerlo* todo al *momento actual* y descubrir en ello hasta lo más recóndito, ha podido *contemplar*, y pintar, todos esos portentosos *cuadros* de que ha llenado sus historias, las más vivas, palpitantes y artísticas que el ingenio español ha escrito jamás, y también las más *humanas*, aun contadas la de Mendoza y la de Melo.

Menéndez Pelayo lo es todo: poeta, crítico, filósofo—tan gran polígrafo como los que él estudia en el Ateneo de Madrid:—pero quizás, y sin quizás, por lo mismo que todo lo resume, lo que es sobre todo es historiador, historiador incomparable, con la erudición de Gibbon y de Momsem, el arte de Niebuhr, el atractivo pintoresco de Thierry y la pasión, el ardor y la elocuencia de Macaulay. La *Historia de los Heterodoxos*, la *de las Ideas Estéticas* y la *Antología de los poetas líricos*, son, indudablemente, las obras más grandes que la ciencia española ha parido en estas dos



últimas centurias; y véase en ellas si el humanista, el sociólogo, el filósofo, el crítico, el pensador, el erudito, no están dignamente acompañados, á ratos como asombra-

dos, por el escritor, el orador y el poeta.

Poeta es el gran Marcelino, no sólo en sus visiones arqueológicas é históricas, cuando rescata la época de Augusto ó evoca la corte napolitana de Alfonso de Aragón, sino cuando, propiamente *lírico*, canta sus propias pasiones y sentimientos, y en odres viejas vierte el vino nuevo de su inspiración fogosa. Alma ardiente, corazón sano, ingenio peregrino, fantasía lozana que bebe y se caldea en la frente del saber y en la fragua de la historia, ahí están sus *elegías* y sus *amorosas* personalísimas, no inspiradas en griegos ni latinos, sino sentidas como ellas en *alma moderna*, y habladas en purísimo castellano, sublimado á ratos á expresión salmantina, y realzado muchas veces con magnificencia oratoria, más clásica que quintanesca, atestiguando y demostrando, no ya que la ciencia, como él dijo en una ocasión, no es obstáculo para nada, sino que, como otro vino á decir, ni su ingenio ni su corazón han perdido nunca, con el polvo de las bibliotecas, frescura, lozanía, ternura, pasión... y *carne* palpitante.

Aquí es costumbre *encasillar* pronto y de una vez á los grandes hombres, y luego de concederles «el haber que por clasificación les corresponde», no volver jamás á revisar el «expediente» y dejarlos para *in secula* en su «casilla» respectiva. Además, ya se sabe, nadie puede cobrar dos sueldos del Estado, y eso, de ninguna manera, el Menéndez Pelayo, que es el portento de la subiduría y el rey de la erudición, y tiene ya sus cosas, con fama más ó menos justa de *raro* y de *distráido*; ese ya no es «pensador», ni poeta, ni *hombre* siquiera. Pues si lo es, ¡y vaya si lo es! un *gran pensador*, un gran poeta, un hombre que sabese buen hijo y buen amigo en la *vida práctica*, sin olvidarse por eso de Grecia, ni de Roma, ni de Judá-Leví; y aquel que pueda dudarle, que me muestre en todo Madrid un hom-

bre más cariñoso, más afable, más modesto y más ingenuo; que me diga quién escucha con más paciencia y más interés, más boberías, y más se rie, con mejor gana y cordialidad infantil, de los chistes y las *menudencias* caseras que se le cuentan; que me recite versos más jugosos que los de *Nueva Primavera*, más sentidos que los de la *Elegía* primera de su segundo tomo, más valientes que los de *La Galerna* y más hondos, más vibrantes, más expresivos que los de la *Epístola á Horacio*, cien veces más *poéticos* que los mejores de Píscolo y Chenier y que los de nuestro Cavanyes; y en fin, que me pruebe, aun valiéndose de los libros de Balmes y de Donoso, que han escrito genialmente la mejor *filosofía de la historia*, si en ellos ni en ninguno, como no sea en los de Menéndez Pelayo, ha quedado claro, patente, manifiesto, *lo que fué España, lo que es, lo que será; por qué fué lo que fué; por qué es lo que es ahora*.

Sólo en los libros, en la obra de Menéndez se ve todo eso claro como el agua: *nuestro destino*, nuestra «finalidad», la virtud é influencia de nuestro pasado; y es que, tal hombre extraordinario, á quien cada día hay que admirar más, no es sólo un literato, un gran literato, un insigne é incomparable literato, que para ser fenomenal en todo, ha unido maravillosamente á la más grande y depurada erudición el nervio oratorio y *sintético* de Castelar y el gusto y la amenidad de Valera, sino que es más, mucho más que todo eso: poeta, crítico, filósofo, humanista, estético... y sus facultades, sus gigantescas facultades, trascienden de la literatura. No es un hombre, es una legión, como él decía de Voltaire; tiene mucho de aquel Prudencio y aquel Ramón Lull, á quienes él cantó como nadie, el ardor bélico, la *efusión* generosa y heroica; tiene del P. Burriel, su pasión *hispanista*; y en fin, no es un individuo, una persona, sino un momento, una época en la historia de España, y pue-

de que en la historia europea, que marca, de una parte, el fin de ese *germanofilismo* y *sajonofilismo* que ha invadido al mundo durante cincuenta años, y señala de otra, entre nosotros, el principio de una verdadera restauración y resurrección nacional. De lo primero ya indicó algo quien le conoce mejor, cuando habló una vez, *calándole bien* y casi á los comienzos, del *pan-greco-latinismo* de Menéndez, frase que aunque suena mal, es expresiva y lo explica todo, es el mejor comentario de la *Epístola á Horacio*; y tocante á lo segundo, á la resurrección, á la vindicación de la vieja España; á esa *incubación* de eruditos é hispanistas que produjo *La Ciencia Española*; á esa labor gigantesca que apenas vislumbró Laverde y él ha hecho triunfar en la juventud todavía; á esa honda *reacción* cien veces más fecunda que todas las revoluciones, y que ha estado casi á punto de redimirnos de todas las garrulerías del siglo pasado y de toda la barbarie *progresista* de este: tocante á esto, basta con apuntar un hecho: que á ello debe sin duda Menéndez su inmensa popularidad; que por ello y con ello es la *cita* y el *maestro* obligado en todas partes; que por ello y con ello es hoy el *tirano*, el rey de la Cátedra, del Ateneo, de la Universidad, del Seminario, de todas las Academias; que por ello y con ello es hoy la guía, el profeta, el *pastor* de toda la juventud estudiosa, á la cual se juntan y reúnen muchos viejos de todos colores, de todas procedencias; y en fin, que por ello y con ello, él, el *símbolo*, lleva muy alto en sus manos, por encima de los generales vencidos, mucho más arriba de los políticos fracasados, el pendón, la bandera de una España nueva, gloriosa, á la que el Señor debe haber prometido aún venturas... porque de aquí partió Menéndez para su *cruzada*, del Norte, y porque se apellida *Pelaro*...

Pedro SÁNCHEZ.

SUMARIO

Galería montañesa: MENÉNDEZ PELAYO, Pedro Sánchez. — A MIS MONTAÑAS, Fr. José, Obispo de Canarias. — SUPER FLUMINA BABYLONIS, Amós de Escalante. — ¡A LA MONTAÑA! ¡A LA MONTAÑA!, Luis Felipe, Obispo de Zamora. — EL ESCULTOR DE CRISTO, J. A. Galvarriato. — A LA VIRGEN DOLOROSA, Concha Espina de Serna. — IMAGINERÍA DE LA MONTAÑA. — NOTICIAS. — *Memorias patrias:* CLAUDIO CUELLO, Pachín González. **Grabados:** MENÉNDEZ PELAYO. — JESÚS AGONIZANTE.

Á MIS MONTAÑAS

Por grande fortuna tengo haber nacido entre vosotras; que sobre vuestro bellissimo suelo rodase mi pobre cuna; que el sol espléndido de vuestro her-

moso cielo alumbrase mis primeros pasos por las sendas de la vida; y que en uno de vuestros más antiguos templos practicase, conducido por mi piadosa madre, difunta hace ya muchos años, mis primeros actos de religión.

Vuestra memoria es en mí perenne. La imagen de vuestras elevadas cumbres, cubiertas de frondosísimos bosques y tapizadas de verdes praderas, juntamente con la de vuestros amenísimos valles, regados por caudalosos ríos y abundantes arroyos, que se desprenden de las alturas, y esmaltados de fertilísimas vegas, han estado siempre y continúan estando fijas en mi imaginación, sin que el transcurso de largos años pasados en Ocaña primero, luego en Manila, después en Avila, y posteriormente en esta ciudad de Las Palmas, hayan podido borrarlas ni debilitarlas; antes bien las experimento cada día más vivas é indelebiles, comprendiendo cada vez mejor

la verdad que encierra la sabida estrofa de D. Alberto Lista:

*Dichoso aquel que no ha visto
más río que el de su patria,
y duerme, arciano, á la sombra
do pequenuelo jugaba.*

Entre los innumerables recuerdos que de vosotras, queridísimas montañas, conservo, pláceme hacer hoy mención de uno perteneciente al orden religioso, y que encaja á maravilla con el sagrado tiempo de Semana Santa.

El Nazareno: imagen.

No es una obra de arte; pero yo puedo asegurar que me parecía la mejor del mundo, y la encontraba sumamente devota. Colocada al pie del Monumento en la capilla del Cristo, frente á la única puerta de entrada de la antiquísima iglesia de Yermo, la aludi-

Director: J. A. GALVARRATO

GALERÍA MONTAÑESA

FAUSTINO ODRIOZOLA

De claro entendimiento y laboriosísimo, pasó los mejores años de su juventud en Francia é Inglaterra, completando su educación, esencialmente mercantil; y al regresar hubiera querido traer en la muleta todos los adelantos á su Montaña, en la que las... impurezas de la realidad alicortaron más de una vez sus generosas iniciativas.

El fisco, anacrónico y brutal, mató en flor una importante industria á la que Odrizola había consagrado mucho estudio y dinero; pero ni esto, ni la pérdida de seres queridos, cuya prematura y eterna separación hubiera agotado las energías de un alma peor templada que la suya, consiguieron abatirle. Aunque aturrido un momento con tan rudos golpes, sus entusiasmos por la prosperidad del terruño resurgieron, como el ave Fénix, de las propias cenizas, y pronto volvió á colaborar brioso en cuanto creyó que podía contribuir á la realización de sus generosos ideales, prestando inolvidables servicios en diversas comisiones que á Madrid vinieron para la gestión de importantísimos asuntos; y en la Cámara de Comercio, en la Liga de Contribuyentes, en la Junta de Obras del Puerto, en la de Instrucción pública, en la Escuela de Comercio y otras Corporaciones, cuyas actas patentizan el mucho saber y la buena voluntad, no siempre bien comprendidos ni elogiados, de Odrizola.

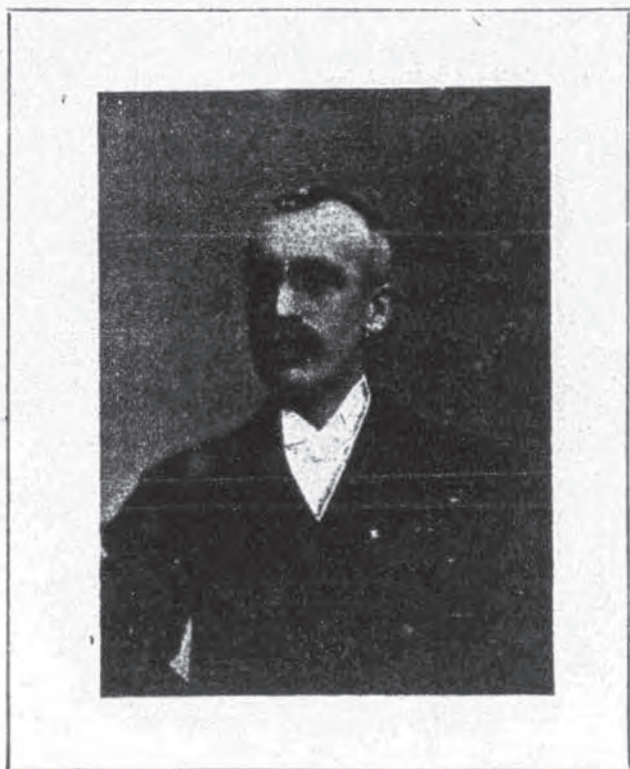
Imposible parece que hombre de tales aptitudes no haya representado nunca á Santander en las Cortes ni en el Ayuntamiento; pero no hay que achacarlo todo á ingratitude. Con una modestia impropia de su valer, con una delicadeza rayana, á veces, en los límites de lo cándido, Odrizola, aun tratándose de aquello en que el hombre debe poner algo de su parte para que se le cotice alto, no lo hace, quizás porque le complazca ser adivinado; circunstancia que, en la prosa de la vida pública, suele traer aparejadas sendas decepciones.

Hay, sin embargo, un hecho que casi contradice la afirmación apuntada. Abocadas unas elecciones municipales, se le invitó á triunfar; y quien podía hacerlo, por considerar sus servicios de gran valía, le ofreció en firme la vara de Alcalde; la rotunda negativa de Odrizola no

se hizo esperar. Acaso de haber podido llevarle, sin consulta previa, á la Presidencia del Ayuntamiento, se hubiera resignado á dos años de martirio en la casona de la Plaza Vieja.

Quien en Santander necesite datos relativos al movimiento industrial y mercantil del mundo, acuda á él, que está suscripto á las más importantes Revistas extranjeras. De sus vastos conocimientos económico-políticos ha dado gallardas muestras en la Asociación para la reforma de Aranceles y en otras Asambleas, y continúa dándolas en sus interesantes revistas del *Boletín de Comercio*. ¡A cuántos que blasonan de economistas pudiera Odrizola poner los puntos sobre las íes!

Alma tierna y soñadora, saborea y admira los buenos trabajos literarios, sin que éstos sean los derroteros de su poderosa inteligencia; porque, como él dice familiar-



mente, no es sólo la literatura lo que contribuye á la prosperidad y la dicha de los pueblos.

HONORIO TORCIDA.

EL ECHO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

PEREDA

No debió ser novelista, ni escribir *Sotileza y Peñas Arriba*. Pereda debió ser ingeniero; á tal estudio dedicó los primeros años de su adolescencia, ó por inclinación propia, ó forzada por el paterno mandato. Propia ó ajena la equivocación, lo fué tan enorme, que, ¡hay que reírse del puente de Brooklyn y del ferrocarril transiberiano al lado de los que hubiera construido el famoso maestro montañés!

Los barrotes de una estrecha jaula deben ser menos molestos y odiosos para un águila bravia, que las reglas del cálculo para el espíritu de Pereda.

Es este un espíritu forjado exclusivamente para el arte; y con tal delicadeza é intensidad lo siente y lo percibe, que ha llegado á formar ese sentimiento el nervio radical de su carácter. Cuanto es artístico le hiere, le conmueve y emociona; todo lo que es antiartístico le disuena, le ofende y hasta le espeluzna: sea en personas, sucesos ó paisajes.

Y esta fina cualidad, que se le acrecienta con los años, es de sorprender en quien, como Pereda, ha nacido y vivido en un «medio» alejado de la atmósfera artística, en un rincón provinciano, bellísimo, sí, como muy pocos, pero donde las artes que imperan son más bien las del comercio, de la industria y de la vida práctica y burguesa.

No es de extrañar, por tanto, que dedicaran sus padres á Pereda á la ingeniería.

Hubiera cursado la Universidad, escuchado á los maestros de la Filosofía y la Literatura, formado amistades en las aulas, rodado luego por redacciones y tertulias, donde se habla del Arte y se le ensalza, y fuera menos sorprendente que su instinto artístico se despertase, se afinara y creciera, disponiéndole á su larga y gloriosa carrera literaria. Pero no fué así; Pereda cortó bruscamente en flor sus estudios matemáticos, se fué á su rincón de Santander; y en vez de dedicarse al comercio, ó á la holganza, tan tentadora en este país, y en todos, para quien, como Pereda, reúne á su ingenio pingüe fortuna, dedicóse á estudiar, á leer, á sentir y á escribir.

Faltábale allí lo que á la ambición sirve ordinariamente de estímulo: la emulación ó la necesidad; escaseaba la comunicación con espíritus de cultura adecuada para animarle á su empresa, y hasta carecía de público que en ella le sostuviera; pero no desmayó nunca su ánimo, ni torció su vocación; vivió de su «propio jugo»; pasó por retraído y huraño, cuando es expansivo y hasta jovial; estudió, observó, meditó y educóse á sí propio; y con todo el vigor de su lozano ingenio y de su temperamento poderosísimo, lanzóse á la más arriesgada aventura, seguro de su talento y de su fuerza.

Desde sus primeros trabajos se reveló ya como hablista consumado y observador sorprendente de las costumbres locales.

En aquellas *Escenas montaÑesas*; en aquellos *Tipos y paisajes*, donde no se sabe qué admirar más, si la fina y perspicaz observación del natural ó la soltura, la gracia, el desenfadado y el arte exquisito de su inimitable forma; en aquellos *apuntes*, con los que se *ingertaba* Pereda en la rota tradición del realismo castellano, trazaba los bocetos de sus futuros colosales lienzos.

Venció sin lucha, se impuso desde el primer momento, fué muy pronto admirado su nombre de los doctos y aficionados; el cándido Trueba le dedicaba un prólogo lleno de ingenuidad, y Galdós, que comenzaba entonces su vida literaria, corría á conocer al autor de *Blasones y talegas*, para unirse con él en amistad estrechísima.

Y entonces puede decirse que empezaba la verdadera labor de Pereda, labor que hoy, al verla realizada, asombra y maravilla.

La novela, género literario que en manos torpes había caído en la abyección, fué rehabilitada y enaltecida por el gran ingenio del maestro; y á su vez la novela sirvióle de vehículo para llegar con el análisis y la observación hasta el «alma montañesa», hasta el perfil más hondo y el repliegue más escondido del espíritu de aquella raza, que parecía enervada ó desaparecida bajo el más vulgar prosaísmo.

Circunscribe su inspiración al escenario reducido de su terruño, al cuadro de sus montañas y de sus marinas, á su «patria chica»; y aquella región, al parecer insignificante y anodina, va cobrando fuerza, color, relieves, rasgos característicos, *olor*, en los cuadros de Pereda: la Montaña surge de ellos viva y palpitante, arrancada del natural, como brota la hermosa estatua, dormida en el bloque, á golpe de cincel.

Y la Montaña, la «patria chica» se da entonces—sólo entonces—cuenta de su sér; adquiere conciencia de su personalidad, gracias á quien supo apoderarse con certero instinto de todos los elementos artísticos que allí se guardaban, como esperando la voz que los evocase, y con ellos hacer la creación del genio, la obra que perdura á través de pueblos y de edades.

Sólo con obras así se llega á conmover y despertar el corazón de una patria, como lo ha conseguido Pereda. Bien lo sabe él, que lo ha sentido palpar y estremecerse.—Sólo una vez he sentido halagüeña el aura popular—de-



cía en cierta ocasión;—cuando, recién publicada *Sotileza*, salía yo del café Suizo y noté en el muelle que los marineros, que pasaban allí las horas de descanso, indiferentes á

todo lo *terrestre*, con la nostalgia del mar, me miraban de reojo, se daban de codo y enchichaban sonriendo.

El que comenzó aislado, sin ambiente de arte, sin camaradas de oficio, sin amistades literarias, sin tradición y hasta sin público, había conseguido ya llegar con su labor personalísima al fondo del alma de la Montaña, sacudirla y darla cuenta de su propia existencia.

Esa es la gran labor del maestro. Casi lo que de ella menos significa es haber escrito famosas novelas, que quedarán como modelos de la literatura castellana; su significación está en haber creado con su genio una patria, pedazo de esta grande alma inmortal de España.

Siempre fué baladí la cuestión, tantas veces debatida, del «tamaño» de las literaturas por el mayor ó menor escenario que abarcan; y aunque hombres eminentes ponen las universales ó nacionales sobre las de localidad ó región, hay que creer que está el «tamaño», no en la extensión, si en la intensidad. En todas partes tiene el alma del hombre sus abismos y sus cimas; lo que hace falta es saber medir éstas y sondear aquéllos y expresar artística-

mente sus diversas modalidades y accidentes, cuya rica variedad es inagotable. Y si de esto se pidiera un testimonio, ahí están los libros de Pereda, que lo dan cumplido: sus modestos *Joscós*, *Muegos* y *Mechelines* han logrado interesar y conmover, con gran admiración de sus coterráneos, no ya al público montañés, y de España entera, sino, hablando lengua muy distinta de la nativa, al corazón de franceses, ingleses y alemanes.

Y es que el lenguaje del arte verdadero, cuando hay corazones que sienten y espíritus cultos, en todas partes es inteligible.

Esa es la labor de Pereda; acaso no realizada con un plan predeterminado, pero sí con un pensamiento dominante y una voluntad decidida y persistente: POR LA MONTAÑA. Y á medida que le hemos visto avanzar y ascender en ella, parece que, como aquel singular sacerdote de *Peñas Arriba*, se elevaba sobre un pedestal que con su misma gloria se iba fabricando, convirtiéndose su carne mortal en bronce sempiterno.

Alfonso ORTÍZ DE LA TORRE.

SUMARIO

Galería montañesa: PEREDA, Alfonso Ortiz de la Torre.—FELIPE DE PÁMANES, Gonzalo de la Torre de Trassiera.—NOTICIAS.—PROBLEMAS DEL DÍA, J. A. Galvarriato.—INVITACIÓN, Luis Barreda.—ECOS DE LA COLONIA.—EXPORTACIÓN DE MINERALES.—FALTA DE COSTUMBRE, A. del Campo, Echeverría.—MEMORIAS PATRIAS: EL CALLAO, Pachín González.—LA PENÍNSULA DE LA MAGDALENA.

FELIPE DE PÁMANES

El ECO MONTAÑÉS es una vibración más de las que me ayudan á conllevar mi destierro (así como suena) en este *edén de Muhoma*, donde, á pesar de sus encantos, sólo sigo con oído atento entre ellos los vagos sonidos que por doquiera me hacen recordar la perdida Montaña, mucho más dulces á mi mente que los bosques de la Alhambra, que los cármenes del Genil y las honduras del Valle del Paraíso; y esos ecos perdidos que en el alma resuenan, agigantan en mi espíritu sucesos, recuerdos y personas que, como dijo el dulcísimo y desgraciado Larming:

«El eco que repiten las montañas con sonido doliente y prolongado, en sus abiertas cóncavas entrañas, es confuso, incompleto y apagado.»

Pero el eco del alma no apimora concepto que repite, lo engrandece; con nuevas vibraciones lo avalora, y con sentidas notas lo embellece.»

Por eso lo más grato para mí en estos sitios, cantados por los literatos de todos los países del mundo, es ver el escudo de los *Lassos de la Vega* en la calle de San Matías, y dejar vagar mi espíritu por las riberas del Besaya y del Saja; el de los *Ceballos* en la calle de Santa Paula y evocar los recuerdos de Castañeda y de Toranzo, de Torrelavega y Tezanos y otros lugares mil donde ese escudo tan montañés en nuestros valles se destaca; el de los *Fernández de Velasco*, *Salaazar*, *Mendoza*, *Rueda*, *Obregón*, *Castro* y *Cas-*

tañeda, entre otros más de abolengo cantábrico que se ostentan en callos granadinas, y ver dibujarse en mis recuerdos la silueta de casas conocidas en Noja y Santander, en Santillana y Cabezón, en Mogro y Villacarriedo, en San Pantaleón de Aras y en Alceda; mirar esos monumentos en que la civilización cristiana, gallarda prueba de sus esplendores frente á los árabes palacios, y pensar que á su brillantez contribuyeron con sus obras y talentos los *Moras*, *Maedus*, *Peral*, *Cieza*, *Potes*, *Rueda*... cuyos nombres suenan en nuestros oídos como el canto regional de nuestras poéticas romerías; y al evocar el día glorioso de la conquista, recordar aquella vanguardia de lebaniegos que aseguraron la posesión de Sierra Nevada al ejército de la fe, y al segundo Garcilaso, que renovaba glorias inmarcesibles de su antecesor el heroico forzador de el Salado; y si días de angustia llegan después para la ciudad cristiana por la agitación de sus vecinos moriscos, ver al frente de la Chancillería á *Don Alonso de Santillana*, que en competencia con el Capitán general, armaba gentes para contenerlos y los enfrenaba con mano dura; y al capitán *Garnica* que, con su compañía, ocupando el Albaicín, de tal manera los imponía, que por librarse de su presencia ofrecían en rehenes 300 de sus principales vecinos, con tal de que *Garnica* fuera relevado de aquel servicio; y cuando la rebelión se convirtió en campal contienda, á *Hernando de Oruña* ser el capitán de más prestigio y experiencia con que el Marqués de Mondéjar batía la Vega, y á su hijo *Gonzalo de Oruña* muriendo á su vista, peleando heroicamente; al alférez *Julián de Pereda*, con cien arcabuceros, tomando briosamente el cerro de Benalúz, y á *Pedro Ruiz de Aguayo*, con 120 lanzas, dominando los pasos de la Alpujarra; al tiempo que por la fe morían con constancia y fortaleza de mártires, y entre tormentos que horrorizan, *Diego de la Hoja*, *Pedro* y *Francisco Montañés*, el hachiller *Crespo* y licenciado del mismo apellido, *Diego de Acebedo* y *Bartolomé*

de Herrera, cuya cepa se arraigó en nuestras propias montañas.

Pero... á qué divagar... La realidad, con mano dura, se impone, y dejando allá en el fondo de mi corazón y de mi cerebro que bullan y se agiten silenciosos esos y otros mil recuerdos queridísimos, que forman en mi sér un mundo especial, sin sombras ni miserias, escojamos uno de ellos, glorioso como todos, montañés como sus hermanos, cual ninguno fiel reflejo de nuestros últimos desastres.

Gonzalo de la TORRE DE TRASSIERA.

(Continuará.)

GALERIA MONTAÑESA

En el número próximo:

JESÚS DE MONASTERIO

POR

J. A. Galvarriato.

NOTICIAS

Hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar de la obra *Cántabras*, colección de poesías del inspirado escritor montañés Luis Barreda.

En el próximo número nos ocuparemos de este libro, gallarda muestra de los alientos de los literatos jóvenes de la tierra. Por hoy nos reducimos á indicar los puntos de venta: librerías de Fé y de Victoriano Suárez, y el domicilio, Espíritu Santo, 35 triplicado, del venerable Mazón, que también todos los días, de una á tres, recibe encargos en su rincón del Café de la Montaña, donde sigue abrazado, último paladín, á la bandera de allá.

La fábrica de la Azucarera de Madrid ya presenta excelente golpe de vista por sus airosas y extensas proporciones arquitectónicas.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

JESÚS DE MONASTERIO

El artista es un joven de mediana estatura, más bien pequeño que alto, enjuto de carnes, muy moreno de color y con el pelo rizado en ondas... Cuando saluda, cuando habla, se confunde con los demás; pero cuando expresa el arte, cuando se sienta en el trípode de la inspiración, su estatura se aumenta, su fisonomía se embellece, sus modales adquieren una distinción extraordinaria, su conjunto impresiona de un modo irresistible y avasallador.—

Esto se decía hace treinta y cuatro años de Monasterio, que ya había visto transcurrir veintitrés desde su primer triunfo, y pocos menos desde que la fama, con recia trompa, le señalara como á escogido.

¿Hablar, pues, del insigne virtuoso del violin... del que á los diez y seis años alcanzaba en lid brillante el premio de honor en Bruselas... del que enloquecía, igual que á los andaluces á los flemáticos públicos del Norte, haciéndoles prorrumpir en vitores entusiastas... del que, elegante en la postura, purísimo en la ejecución, sin sombra de rivalidad en la manera maravillosa de hacer suave el sonido, fué asombro de cuantos tuvieron la fortuna de oírle... del que, patriota, español á la antigua usanza, prefirió el modesto vivir de la pobre casa solariega á los lujos y esplendides de los principes extraños... del que pobló á España de ondas de armonía, haciendo resurgir al conjuro de su *Stradivarius* las artísticas aficiones de la raza... del hombre que hizo brotar del corazón en todos los climas frenéticas ovaciones... aludos fervidos de las almas á esta bendita patria española?...

No, por Dios.

El sol que con sus rayos fundía los hielos del espíritu, recorrió majestuosamente su órbita y se detuvo en el cenit, desde donde contempla, embriagándose de luz, el crecimiento de los retoños que vió nacer. Permanezca allá, en la alta cima en que se yerguen los triunfadores, la figura de Monasterio, abriantada por la vívida lumbré que destellan los años al pasar, y nadie ose la profanación de atraer una gloria que se esfuma—tan elevada está—en los purísimos cielos del Arte...

Es otro el Monasterio del día. Enfundó el violin de los grandes triunfos, y persigue el logro de sus ideales: el enaltecimiento de la Música, y el de encontrar un hombre que pueda recorrer Europa, como él en su juventud y ahora Sarasate, para hacer latir los corazones, bendiciendo á España: si de menos brillo su tarea, es de seguro más heroica la que ejecuta en las aulas del Conservatorio.

Locuaz, vivísimo, manojó de nervios en perpetuo acto, no hay en su cara un músculo que al hablar no se agite; aturde, asombra... marea, esta es la frase, marea con su movilidad y su rapidez de palabra; su brioso acometimiento á un asunto y su voluble ir y volver de éste al de más allá, á remolque de su poderosa fantasía, de su inmensa cultura, de su memoria, obliga al oyente á un juego gimnástico que le fatigará si no se satisficiera, como se satisface, con las luces que, brotando de Don Jesús, chispean en él, produciendo notas, vibraciones, pensamientos no adivinados. Convertida en fuerza de material aplicación la nerviosidad de Monasterio, reduciríanse á juguetes para niños las máquinas de mayor potencia.

Es artista de los que al nacer reciben en la frente el soplo con que Dios consagra á los elegidos: y si en cuestiones musicales los maestros ya famosos consultan al mágico del violin, los discípulos de Apeles se pagan del aplauso de Monasterio, una de las reputaciones más sólidas en crítica de Pintura. Preguntarle por los países que reco-

rrió en su marcha triunfal, y cuáles fueron los agasajos recibidos, es inútil: los paisajes más bravios, ni los de mayor dulzura, cautivaron á quien conoce la grandeza majestuosa de la huera de la Hermida, y los tesoros de poético encanto que encierran los microscópicos valles de las riberas del Saja; se olvidará de sus ovaciones para decir de esta ó la otra ciudad, con entusiasmo, que guarda un Van Dyck, un Rubens, un Murillo...

Suele él decir que el músico Monasterio murió, quedando de sus cenizas un «Monasterio, fotógrafo»... Que en la fábrica del compositor hay un paro, bien; que huelga el violinista que hipnotizaba á las muchedumbres, sí; pero que las facultades creadoras ni la ejecución pura han muerto, no: descansan sobre montes de laureles. Ni tampoco su «objetivo» es el de los sucesores de Daguerre, es el de un artista que sorprende la belleza en todas partes: en las quebraduras de una roca, en las quimas verdeguantes de un cagigo secular, en los hilos del agua de un regatuco, en los rostros... ¿Se quiere una prueba? Va con el artículo: es el retrato de Monasterio, sin retoque, de verdad, hecho por Monasterio.

Madrugador, activo, incansable, merced al espíritu de coloso que lleva dentro de su pobre vestidura carnal, cumple á maravilla sus deberes en muchos Consejos y Academias, en su familia, en su cátedra; ayuda á los jóvenes en quienes ve las señales del artista; dice las verdades del barquero al lucero del alba en defensa de sus amores artísticos, y sube á los pisos donde en Madrid celebran sus tristes bodas la miseria y el hambre, para socorrer á los



desgraciados con la limosna de las Conferencias de San Vicente de Paúl.

Esta es de sus labores la que más quiere; de los genios,

los que admira, no explicándose su ser, Mozart y Menéndez Pelayo, ante cuyas tallas gigantescas se descubre; y de países, los que más ama, el hermoso oasis lebaniego y Casar, un pueblecito montañés en donde, rodeado de recuerdos de gloria y del santo amor del hogar, vive en el verano, ni envidiado ni envidioso, feliz en absoluto... si no alterara sus nervios el estridente silbar de las locomotoras del Cantábrico.

J. A. GALVARRIATO.

SUMARIO

Galería montañesa: JESÚS DE MONASTERIO, J. A. Galvarriato.—**POR EL REO DE SOBA**—**Esbozo:** LA BANDERA.—FELIPE DE PÁMANES (continuación), Gonzalo de la Torre de Trassierra.—**NOTICIAS.**—FIESTA MONTAÑESA.—UN EPISODIO HEROICO, Tomás Caraves.—LA PASIEGA, Joaquín de Galvarriato.—DESDE SANTANDER, El diablo de la Tierruca.—LOS SALESIANOS.—**Memorias patrias:** GODDY, Pachín González.—JÚBILLO TONTO—AL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA.

POR EL REO DE SOBA

La Montaña está en peligro de ver alzarse en su suelo el tablado donde ejerce sus terribles funciones el verdugo, y es obligación de todos acudir a las alturas en demanda de misericordia para el reo y para el solar montañés.

Hay que agotar todos los recursos, mover todas las influencias, con el fin de que allá no se realice el repugnante espectáculo odioso del patíbulo. Los periódicos moviendo los corazones a la piedad y los representantes de la provincia de Santander haciendo valer su influjo, nunca mejor empleado, deben trabajar decididos, con fe, en evitación de un día de luto a la Montaña, prescindiendo de si Salvador Gómez Abascal merece la espantosa pena del morir, si por acaso existen inteligencias que se expliquen, ni como expiación, ni como ejemplo, la muerte de un hombre.

No es hora de saber, es hora de sentir; hora en que el eco miserable del Código debe ser ahogado por el estallido generoso de las almas.

Gestionen cuantos puedan el indulto del condenado de Soba, que nunca es el hombre imagen de Dios como cuando arranca una víctima al cadalso. Perdona quien tiene en su mano la luz del perdón, que disipa las densas negruras de la muerte; que jamás fué más grande Jesucristo que perdonando entre los tormentos de la agonía a sus propios verdugos.

ESBOZO

LA BANDERA

Ahí pasa un regimiento cuya música bate marcha; un oficial, el más moderno, el de los mayores entusiasmos, lleva con orgullo la bandera nacional... no esperéis que los españoles se descubran con cariño respetuoso ante el pabellón de la Patria.

Tal vez un veterano curtido en los combates se lleve la mano a la cabeza en militar saludo, mientras se afana en adoptar la postura gallarda de su juventud y pisa recio con su pierna de palo; quizás uno, doce, veinte, entre muchos, saluden al herir sus ojos los colores de la bandera; los demás...

Somos así.

España, en donde todo es imagen; nación en que es rey de los corazones el símbolo, a ninguno concedemos menos importancia que al que todo lo compendia y resume.

Pasan la mujer y el maestro y el sacerdote, gracia, saber y virtud; el general victorioso, que es alegría, y el Viático, dolor; la vida en el tropel de jóvenes hermosas, efluvios de Primavera, y la muerte con su triste severidad en el negro ataúd... y todos se descubren: el sentimiento ó la corteja lo imponen. Cruza por delante la bandera de la Patria, y ni siquiera merece que en ella se fijen los ojos, que centellean ¡de entusiasmo! cuando miran la antiestética figura del torero incivil, que luce por las calles su amanezado andar de chulo presumido.

Y la bandera lo es todo; todo lo grande, todo lo bello. Habla a las almas el lenguaje de los héroes y de los santos, el de los mártires y el de los triunfadores, el de la victoria que enajena y sublima y el del vencimiento, que invade con tristezas el espíritu. En ella, en sus pliegues, en sus colores, en su flamear viven palpitantes los triunfos y alegrías de cien generaciones, y en ella se ocultan los misterios de la raza para el porvenir, entre nubes de esperanza y de fe.

Cuando pase la bandera, ¡a descubrirse!

FELIPE DE PÁMANES

— (Continuación). —

En las postrimerías del reinado de Don Carlos I, en aquel glorioso siglo de nuestros mayores esplendores y poderío, en el año de 1555, Don Alonso Carrillo de Peralta entregaba vergonzosamente a los argelinos del Bajá Salak-reis la plaza de Bugia, conquista del gran Pedro Navarro en las costas berberiscas, y que mejor defendida en otras manos, había resistido dos sitios del intrépido Barbarroja, en los primeros años de ganada, y hecho perder al audaz dominador del Mediterráneo un brazo que le segara una bala de falconete. Los tiempos cambiaron, y también las personas, y no ignorándolo los mahome-

tanos, resolvieron arrancarse aquella espina que, clavada en su cuerpo, arrebatava y excitava su orgullo.

La guarnición de la plaza encontrábase muy a la española... sin precauciones, sin aprovisionamientos, sin haber practicado obras defensivas indispensables, por no estropear las huertas y pajares que explotaban el capitán y el teniente de vecedor, y disponiéndose a jugar cañas en el momento de la sorpresa.

Noticia detallada de todos los sucesos ocurridos en aquella ocasión, tan infausta a nuestras armas, nos da un curioso manuscrito que se conserva en la Biblioteca del Real Monasterio de San Lorenzo, de El Escorial, y del que me propongo extraer lo preciso únicamente para dar a conocer la noble y vigorosa alma de un montañés valeroso é ignorado, verdadero espíritu de la defensa y única figura grande entre tantas vergüenzas.

Escrita la relación por un sacerdote vizcaíno que se encontraba en la plaza, fué corregida y revisada al año siguiente por Fr Gregorio Monjarrés, sin que sea conocido el nombre del verdadero autor; éste, en su forma sencilla y natural de decir, está revelando la veracidad de cuanto afirma, y los montañeses le somos deudores de poder glorificar a uno de nuestros héroes: he aquí cómo encabeza su trabajo:

«Esta es una breve y verdadera narración que hizo un sacerdote, natural vizcaíno, que pasaba en Roma en el galeón de S. M., que fué a proveer y llevar la paga de Bugia y la Goleta por el mes de Agosto de 1555 años, y se halló en aquella fuerza de Bugia al tiempo que fué entregada a los turcos, enemigos de nuestra santa fe católica, y en ella pone algunas cosas señaladas que allí acaecieron antes que la cercasen los turcos y después, estando cerca, hasta que se perdió, y por no ser plático en la manera de su decir, suplica a los que lo quisieren leer suplían con su saber la torpeza de su escribir, porque su intención no ha sido más de decir verdad, porque algunos han querido escribir errores y lo que no pasó, por causas que les mueven, y porque la verdad de todo se supiese, hízola con mucha diligencia, así de lo que vido como informándose de personas que entendió que sin pasión, ni afición, así en Bugia como en Argel, habían de decir la verdad, porque hacer relación de otra cosa de lo que allí pasó sería gran cargo de conciencia, la cual puso en la forma siguiente.»

Como indicado queda, el galeón en que el sacerdote viajaba debía tocar en Bugia y la Goleta para renovar la guarnición, llevar las pagas y proveer aquellos presidios de algunos bastimentos: llegó el galeón a Bugia el día 14 de Agosto y llevaba «trescientos hombres soldados, doscientos para la Goleta y los ciento para Bugia... lxxvi mil reales para la paga de

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

D. DUQUE Y MERINO

Me pasa algo parecido á lo del apóstol: «Negarás tres veces seguidas al Maestro», porque se me ha dicho: «hablarás del Maestro una vez siquiera, y da gracias á que te perdono las otras dos del Evangelio».

Cogido, sin escape, tengo que atreverme con Duque, sacudiéndome del corazón el miedo moral que acomete á todo discípulo cuando tiene que juzgar frente á frente la personalidad científica del profesor.

De los escritores que conozco y trato, Duque y Merino es para mí el talento mejor equilibrado. Su sentimiento artístico, lo mismo en literatura que en música, que en los cuadros pictóricos, que en todo aquello, en fin, que conmueve el alma y sacude los nervios con sensaciones de escalofrío, no siente nunca la menor transformación por influencia de tal ó cual escuela. Tiene el enorme mérito de pensar por su cuenta, de ser libre, de leer y de ver y de oír las artes sin prejuicios ni sugestión: entrega su alma á la belleza, artística para sentirla profundamente; pero aísla su cerebro del contagio, y sano, libre, fuerte, no cree justo ni bello lo que no lo es, así le maten...

Atribuyen algunos este *no dejarse seducir* por lo moderno, al exceso de una educación clásica. Duque y Merino no tiene tampoco ese prejuicio, á pesar de conocer, muy hondamente por cierto, á todos los clásicos. Seguramente habrá leído algún libro de D'Annunzio, modernista de un sentimiento artístico quintaesenciado, que habla á las almas finas de un nuevo placer para ellas solas, y, sin embargo, no habrá dejado de reparar, como inteligente diamantista, lo hermoso y sano de lo feo y lo ruin. Parece que le estoy oyendo decir, después de la lectura:

—«Esto es perfecto; esto otro no se puede decir mejor. Lo de más allá es de toda exquisitez... Pero mejor que esto de aquí, es aquello de Quevedo; un pensamiento, más delicado, y parecido á éste, es el de Calderón en tal parte; mejor dicho que esto otro, está dicha por Pereda ó por Armando Palacio tal otra cosa parecida»...

Para demostrar este perfecto equilibrio de su corazón y de su cerebro, baste decir de una vez que hasta en política, donde se ciegan tantos y tan grandes talentos, Duque y Merino conserva su sangre fría á pesar de todo. Amante de la libertad, cuando su virgen amada le hace una traición, frunce el ceño y se la echa en rostro. No aguanta imposiciones en nada: es un perfecto liberal en todo. Su juicio frío le gobierna únicamente.

En cuanto á sus obras literarias.. Duque y Merino ha hecho más artículos que libros. Si se recogieran todos los primeros, habría para hacer algunos de los últimos. Sin embargo, tiene uno muy curioso é interesante, *Argumento de Amadis de Gaula*, publicado por la Biblioteca Universal con mucho aplauso. Otros dos ó tres libros de cuentos, algunas comedias inéditas, originales y arregladas, y otra obra, por lo menos empezada, de erudición y averiguaciones históricas. Pero en lo que Duque y Merino es admirable, es en la literatura de los diálogos, en la suelta, sencillísima y suave naturalidad con que hablan sus personajes. No se ve nada forzado: la verdad, la observación le guían como á través de un camino lleno de luz. Patente como el sol está lo que digo, en la descripción de las costumbres campurrianas de antaño, de su libro último *Contando cuentos y asando castañas*. Para mí es uno de los mejores modelos de conversación escrita: sus personas

no dicen, no se escribe de ellos: viven, hablan, *palran*. De nuestros autores pasados, de los que yo he podido reportar, el que mejor ha hecho hablar á sus personajes ha sido Moratín. Pues para mi modo de leer y de ver las cosas, Duque y Merino dialoga con tanta naturalidad como el autor de la *Escuela de los maridos*.

Duque, pues, es un excelente hablista. Su vasto saber, porque sabe de todo, le hace amenísimo. Veinte horas con él no aburren. Narra con placer y extiende esa delicia al auditorio. Enseña siempre algo: lo mismo contando un cuento—del que sale más airoso que escribiéndole—que lanzando un chiste duro y terrible como una puñalada. Hierde con la frase, sin el martillazo ruidoso del subrayado. Al contrario, entonces es cuando menos intención parece poner.

Hacen gracia algunas originalidades que tiene: una de ellas, quedarse mudo y triste—mudo y triste, no hay que darle vueltas.—cuando oye soltar una majadería y no puede llamar estúpido al que la soltó. Otra originalidad consiste en no creer en que amanece, como el genial Maeztu no cree en Cuenca. Porque Duque, que trasnocha mucho, y estudia de noche, aunque vaya á casa á las dos, no se levanta nunca hasta la una de la tarde...



Tal es Duque y Merino, por lo menos según le han visto mis pobres ojos de miope del número tres...

R. SÁNCHEZ DÍAZ.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

LUIS BARREDA

De la mano le subió hasta las alturas del Parnaso montañés la musa pálida, la misma que inspirara melancolias dulcemente rimadas á Escalante, á Silió y á Enrique Menéndez; le subió sacándole de pronto del anónimo de las letras, de entre un pelotón que pugnaba por abrirse paso á través de los abrojos y los guijos que entorpecen dolorosamente la senda allá abajo, en lo hondo del valle...

La musa pálida, mimándole, agasajándole con las caricias de su hálito vivificador, le enseñó las cadencias y los ritmos vagos de la balada del Norte. Quizá no fué—alguno lo ha dicho—la verdadera poesía de nuestros montes, poblados de aldehuelas placenteras y vividos por zagalones que triscan alegres, con la alegría sana de una naturaleza fieramente robusta; pero de los encantos de sus sonos acordados, adormecedores, dulcisos, sacó Barreda con alma de artista todo lo que la musa le ofreció. A la mitad de la cuesta pudo llegar con los merecimientos de su *Cancionero*, tan lindamente dicho y tan delicadamente sentido: desde allí á lo alto le sobró con *Cántabras*. Ya está, pues, en nuestro *Helicón* venerando, casi al lado de vates ilustres, como su hermano menor, para aprender de ellos las grandezas de pensamiento, las sublimidades de expresión, las maravillas del sacro fuego, que hace nombres insignes y memorias gloriosas inacabables.

Luis Barreda, aún muy joven, es el poeta á quien reclama en esta galería la actualidad de un libro recién publicado, por el que está oyendo alabanzas. Aparte de algo suyo, poco leído, que apareciera en periódicos antes de la fecha de su revelación como literato, puede decirse que esta fué la en que le galardonaron con premio de honor, en ciertos Juegos Florales donde hizo gala á su tierra de cantarla en las estrofas que merecieran el laurel del triunfo; después, sin que pasaran muchos meses, imprimió su *Cancionero montañés*, que fué en todas partes recibido con aplauso; y ahora acaba de leerse la colección de poesías suyas en que fundo, como digo antes, su «actualidad», ya que esta sólo puede darla el deseo de todos los buenos montañeses de ensalzar lo que por acá lo merezca, cuando más patente sea su justicia y mejor convenga á nuestras emulaciones y para nuestros fines.

Ya lo he dicho en otra parte, y no me pesa de repetirlo: los versos de Barreda tienen la galanura de la forma sobre todo. Día llegará, y no tardando, en que sea com-

pleto. Hasta el presente ha leído más que ha sentido, y la corrección de las líneas purísimas con que traza resulta de mayor mérito que la «plasticidad», que la sencillez de la concepción artística; pero, cuando dominado el secreto de la exteriorización, ahonde en sus propios sentimientos, sorprendiéndose en la intimidad de los dolores, que no podrá evitar el alma suya al contacto de las impurezas del mundo, entonces, digo, sus versos habrán de parecerse más todavía á los de aquellos que él tomó, con exquisito gusto, por maestros.

Allá, en un cuartito coquetón, trabaja, leyendo mucho y asimilándose bastante, rodeado de monaditas de arte que ha reunido con atenciones delicadas; dicen que «forja» ahora algo teatral. ¡Qué bien si hasta en esto lograra



parecerse al amigo suyo, por quien codició los favores de la musa pálida, la de los cendales de niebla y el monte de nieve, que canta en su cadenciosa poesía!

Jesús de COSPEDAL.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

DOCTOR EUGENIO GUTIÉRREZ

Aquel hombre de clarísimo talento y simpática reputación, gloria montañesa de las más puras, el Doctor Argumosa, fué el imán que llamó al norte de la Cirujía á Eugenio Gutiérrez, mozo veraneante en Puente de San Miguel. No hay duda: los fulgores de aquel sol que irradiaba los triunfos de la Ciencia, deslumbráronle, y, átomo, se sintió atraído hacia su órbita para ser planeta, y luego sol también, sol que brilla con luz poderosa, y dice con lumbres de prestigios más allá de las fronteras, que no está moribunda, que resucitó gallarda, fiel á sus tradiciones gloriosísimas, la Cirujía española... Pongamos en el cuantioso capital del muerto ilustre esta partida: la de haber conseguido que en la Montaña penetren hondo las raíces de los más hábiles y concienzudos operadores.

Y nadie lo diría; nadie hubiera dicho que en el mozo poeta, dibujante, orador, novelista, músico, y sobre todo, en el mozo tímido y quintaesencia de la pulcritud, anidaba el germen del ginecólogo insigne, del *dandy* quirúrgico, del operador de alientos, cuyos bríos se agigantan á la vista de los escollos, y corta seguro, rápido, sereno, sin instante de indecisión, con maravillosa desenvoltura; del que el primero había de ejecutar con éxito en nuestro país la extirpación total de la matriz por la vagina, y—entre las seis de todo el mundo—las dos únicas operaciones cesáreas del historial de nuestra Cirujía.

A sorprender en los códigos las variaciones del derecho, y no en la mesa de disección los misterios de la vida y de la muerte; á luchar con la palabra por la honra del acusado, enfermo del espíritu, y no con el bisturi por la salud del enfermo de la materia, le llevaban sus aficiones, y embebecido oía que *justitia est virtus quæ jus suum cuique tribuit* y se engolfaba en el *jus civile Papirianum*, huyendo de la ostiología, asignatura que le crispaba los nervios. Incógnita es esta, la del cambio de la tibieza en pasión profunda, que pide la investigadora análisis, con Argumosa por primer elemento, de algún perspicaz biógrafo de Gutiérrez.

Estudió, observó, escudriñó, llenó su cerebro de enseñanzas, vaciólas después en el molde de su gran inteligencia, y, esclavos los nervios, el corazón firme, vivos los ojos, los dedos sabios, sereno el pulso, vendaval con pauta, sin perder su elegante postura de *eupatrida*, se le ve hoy en su cruenta labor, artista, el más artista de los ginecólogos españoles, y dominando sin rival en el campo de la Tocología.

El entusiasmo por la Ciencia, el amor á la humanidad y á sus discípulos, á quienes enseña por el método de descubrimiento, el más racional según Spencer, las satisfacciones purísimas de los triunfos, el *placer* de provocar las palpitaciones de la carne enferma, ansiosa de vivir, la bendita embriaguez de la sangrienta lucha con el dolor y la muerte, campeón incansable de la salud y la vida, producen á Gutiérrez una sed rabiosa de trabajo, una sed inex-

tinguible; y visita por mañana y tarde á sus enfermos, y opera en los sanatorios, y despacha su consulta, y escribe artículos profesionales, y memorias para los Congresos, y aumenta el caudal, ya rico, de unos apuntes que han de constituir al publicarse una obra monumental de enseñanza quirúrgica provechosísima. . y á las catorce horas de una labor que no se alcanza pueda resistir, aún ha de estudiar en los libros y consultar los trabajos de las eminencias de su especialidad en el extranjero.

Es la personificación de la simpatía, aunque al primer golpe da en los ojos la veta de la raza; conserva las aficiones de la juventud á la literatura, cuyo desarrollo sigue atentamente; idólatra de la música, es en la crítica del arte peritísimo; lo bello y lo inteligente y lo laborioso le enamoran, y cree en la voluntad: «querer», esta es su divisa.

Montañés de corazón, lleva siempre en la memoria á la Montaña; y en el bullicio de la corte, y entre el maremagnum de su compleja y absorbente labor, nunca le falta un momento para hablar de lo de allá y creer que tiene delante de los ojos una escultura de Santillana, una umbria del monte Corona, el faroluco de la isla de Mouro ó las hoces de Bárcena... las hoces de Bárcena, que ya en Mayo dominan, á medias con el bisturi, á Eugenio Gutiérrez, porque ellas son el camino que conducen á la *llanauca*, á la villa en donde goza del descanso del estío, desde el instan-



te en que por las agujas de su estación entra el tren pigmeo con resoplidos y pitadas de tren formal, que hacen sonreír burlescamente á Mozagro y á la hoz de Santa Lucía.

J. A. GALVARRIATO.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRATO

GALERÍA MONTAÑESA

JOSÉ MARÍA QUIJANO

Eso que se quiere ahora que haga España — dejarse de «libros de caballería» y meterse á trabajadora — fué lo que hizo oportunamente este D. *Pepitón* Quijano, há ya más de veinticinco años, en lo mejor de su juventud y más florido de sus ilusiones.

Entonces ejercía la abogacía — abogaba con honra, con talento y con provecho; — pero se acordó un día de que tenía un molino casi improductivo cerca de su casa solar; pensó á la vez que en aquel molino podía él establecer una *industria*, y... soñado y hecho: colgó aquel día la aristocrática toga y se vistió *sin más* la prosáica blusa del obrero.

Es decir, no lo hizo así precisamente, ni tan rápido ni tan al pie de la letra; estuvo «indeciso» una temporada — promiscuando, — y jamás intentó despojarse de la levita. Pero desde aquel día de su «vocación», de su feliz y sublime *corazonada*, dejó realmente el bufete «para los ratos de ocio»; y firme, constante, *convencido*, incansable en el proyectar y trabajar, el letrado Quijano, á quien todos querían y buscaban en Torrelavega, se fué convirtiendo año tras año en el «gran industrial» y respetable «prócer» á quien tantos señalan como un *ejemplo* en Santander.

Y «ejemplo» es ya hoy, de los más fecundos — por tal y como tal se le presenta aquí entre las verdaderas notabilidades montañesas, — y muestra singular, notoria, de lo que pueden y consiguen, en estos tiempos, el corazón sano y la fuerza de voluntad cuando mueven y *secundan* á una inteligencia clara. Quijano la posee clarísima, adornada de útil y brillante cultura, adquirida en la Universidad y en el mundo; y como no tiene nada de flemático, aunque lo parece, y sabe como nadie cumplir con su deber, aunque no lo cacarée, ha podido realizar «milagros», verdaderos milagros, en poco tiempo relativamente — si bien á costa de grandes dolores de estómago, — ganándose en toda la provincia una de las reputaciones más envidiables, más brillantes y más sólidas.

Aunque no lograra ya más que lo mucho que ha conquistado — que si lo hará, pues ahora le escarabajean *astilleros* en el magín, — Quijano llenaría ya «una página» — así como suena — en nuestra historia provincial, abierta á todo linaje de méritos; y es que no se equivocó, ni le liasonjeó tampoco muchísimo, con decir ello tanto, el que le llamó no hace mucho, á raíz de no sé qué tiempo, el *Peredo* de nuestros *industriales*. Manzanedo y D. Antonio López manejaron más capitales que él y pudieron crear así cosas más grandes, aunque mucho más *repartidas* y muchísimo menos montañesas; pero fuera de D. Juan de Isla — y Velasco sabe lo que esto quiere significar, — no creo que haya nacido en esta tierra espíritu más activo, más original, más emprendedor, más *reflexivo* y más patriota.

Empíricamente, burdamente, por salto — por la lotería de una mina ó la pérdida de una cosecha, — ha habido y hay aquí muchos *genios*, que amontonan las talegas en su desván y mangonean desde entonces como grandes personajes, pasmo y adulación de los papanatas. Pero Quijano — hecho, además, de otra pasta, con otros gustos y otros «principios» — ha procedido siempre con tiento, con estudio, con cálculo — *intelectualmente*, — valiéndose sólo de sí mismo. aprendiendo *por sí* en los libros y en los grandes maestros fabriles; y de esta suerte, ascendido hoy á «capitán general» entre los Sánchez, las *hormiguitas* y los pudientes, bien se le ve en todo que procede de «cuerpo *facultativo*», que no prescindió para nada del natural señorio, que nada le estorbaron tampoco sus primitivas fae-

nas, que nada le anubló ni le *secó* el consabido polvo de las aulas, y en fin, que no tuvo ni tiene en su pró más *improvisación* que la primitiva, ó sea su extraordinaria «conversión» á los negocios y á la metalurgia.

Esta sí fué su *ganga*, y nadie podía presumir hace treinta años, cuando picaba algo en la política y era diputado, alijado de Posada Herrera, que aquel joven cachazudo, más amigo de teatros y periodiquillos que de máquinas y aritmética mercantil, fuera el que, antes de peinar canas, transformara radicalmente la vida económica de esta tierra. Ni su cuna, ni sus estudios, ni sus aficiones le llamaban por tal camino; ni siquiera tenía un amigo — ni un conocimiento, — fuera de la curia, de la *politiquilla* y del Casino; y, sin embargo, él fué, cuando ya no se acordaba nadie del Horno de Jurino ni se alzaban cuatro chimeneas en toda la provincia, el primero que enseñó prácticamente — y mejor — que aquí hay más que hacer que sembrar maíz y vender harina y cacao.

Quijano fundó *escuela* — hay que reconocerlo, — y la fundó luchando contra toda clase de prejuicios, de prevenciones... y de personas. Para ello viajó mucho, estudió más, se adiestró en lenguas, se metió á ingeniero, aprendió Mecánica y Metalurgia, y al poco tiempo, en pocos años, aquel molino en que instaló una fabriquita de puntas de París, le convirtió *científicamente* en las grandes *Forjas* que elaboran hoy, cada doce meses, más de cinco mil toneladas de alambre. Y *personalmente*, puede que otro abogado metido á negociante hubiera sacado más provecho, — toda España está llena de abogados, y no



abogados, que negocian hoy de lo lindo en minas de... papel y papeles de minas: — pero lo que hay que alabar y que admirar en Quijano, y es lo que importa al público, es

que su labor es *trabajo cierto*, de los que hacen sudar verdaderamente, de los que empujan al progreso, y de los que no apilan sólo el oro en un arc, sino que *disfunden* el pan para toda una comarca y por toda una región.

Quijano *fabrica*, no negocia, y no aumenta sólo su haber, sino la riqueza de todos; y al buscar ayuda, al asociar caudales, al planear empresas, no repasa los códigos de sus antiguos desvelos, para inventar estas ni las otras *combinaciones* bancarias, sino que *medita* y *medita* proyectos de ingeniería, á ver qué provecho *verdad* se puede sacar de este suelo y del esfuerzo é inteligencia de sus hijos. Por eso, cuando caigan al abismo bien pronto tantas tramoyas como se levantan ahora, al són de bombo y platillos, bajo el disfraz de la insupportable «regeneración», quizás no quede en pie, ó en vida, de lo nuevo, mucho más de lo que él ha proyectado, impulsado, iniciado ó dirigido: estos ferrocarriles que nos ligan á las provincias vecinas, las *forjas* de su Corrales y los hornos altos de la Isla del Oleo que venia preparando, el solito, desde los primeros meses de 1896. Lo demás, quizás será todo *ruinas*, y la mayor parte, no habrá dejado de seguro otra enseñanza que la de que no se necesita ir á Baden ni á Monte-Carlo... ni á San Sebastián siquiera para jugar á la ruleta.

Es, pues, un hombre — «todo un hombre» — D. José Maria Quijano, en unos tiempos y en una tierra en que abundan los homrecillos; un hombre de positivo, singular y reconocido valer, que levanta muchos pares de codos sobre cuantos se creen de su «gremio» — ¡como que es un buen mozo! — y que puede alternar dignamente con los miembros más distinguidos de los otros *gremios* más altos. Hoy es, verdaderamente, una *figura* prestigiosa, merecedora de llenar por todos conceptos preferente lugar después de nuestras indiscutibles *glorias*; y también ocupa su puesto, y hace también

«á pluma y pelo», y está también penetrado de todo lo que es la vida moderna — de cuyo *confort*, entre paréntesis, se aprovecha como nadie, — sabiendo perfectísimamente, de una parte, que sin pan no se puede vivir, y de otra, que no sólo se vive de pan; que en todas partes *cae* perfectamente, y nadie combina como él lo útil con lo agradable... ni templa mejor una habitación. En un mismo día, resuelve una dificultad de sus fábricas, preside las sesiones de dos ó tres Consejos de Administración, *brinda* en el banquete con que se obsequia á un nuevo autor dramático, bromea á carcajadas en la tertulia íntima de Pereda, y va luego con el marqués de Villatorre á otra tertulia de más etiqueta, á la que asisten damas, y en la que hay que hablar á ratos de trapos, ó de bodas, ó del *gallear* de la tiple del Teatro Principal, como en casa del *maestro*, muchas veces, de cuadros, de versos, de chismografía artístico-literaria y de las «cosas que fueron.»

Porque, esto más, es hombre amentísimo — bonachón, alegre y cariñosote como pocos, aunque no deja de tener su *recámara* y sus murrias, y su desbordante optimismo no es tan cándido como parece; — y si explicando á los profanos problemas de Mecánica y misterios de la Electricidad, eclipsa á todos los *Wanderer* de los diarios populares con su física y su química *re-creativas*, consiguiendo que entienda el oyente lo que hacen confuso los «sabios» en la Politécnica, también sabe entretener á señoras con relatos «domésticos» y no resulta nunca pesado en *piña* de mozos mundanos ó círculo aburrido de holgazanes. No le preocupan los «intereses materiales» más que en justos términos y á sus horas; fuera de su despacho y de su precisa obligación, ni habla ni quiere oír de tal, prefiriendo temas de «vaga y amena literatura»; y á lo mejor, entre negocio y negocio, más tiempo y cuidado emplea en indagar cuál es hoy el sastre mejor, ó dónde venden

el diván más blando, ó en qué café se despachan los mejores sorbetes de fresa, que en saber cómo está el mercado de hierros y cómo quedaron los «cambios.» Es comodón, amigo del regalo, hasta algo «sibarita», bastante aficionado á lo esplendoroso y *representativo*, gustándole que todo brille y que ruede mucho el dinero; y es que él, el trabajador incansable y proyectista fecundo, tiene bastante imaginación para comprender — y esto sea quizás su *característica* — que el *trabajar*, el afanarse así, no es un *fin*, sino un medio solamente... aparte, por supuesto, de lo que á la decencia de Adán le manda la doctrina cristiana.

La cual doctrina — para concluir, como *nota final*, como el mayor y más justificado elogio, — también *entra*, ¡cosa tan rara! en las empresas y pensamientos de Quijano, aun en las más «materiales», por *resabio* bendito de su origen, de su educación y de su propio convencimiento. Es cristiano en su casa, *pero* también lo es en la «vida pública», en fábricas y talleres, donde vale más demostrarlo y donde es hoy más difícil el serlo. Escuelas, *ecónomas*, cajas de ahorros, *seguros*, ninguna de estas instituciones redentoras de la Economía moderna se le han escapado á él desde el primer día; y primero, mucho primero que el gobierno se preocupara del «problema obrero» y que propagara tales enseñanzas la *Revista Católica de las Cuestiones Sociales*, tenía él resuelta la cuestión en su Corrales, sin alharacas, sin ruido, generosa y prácticamente. Y así, en su Corrales no hay problema social; no hay resistencias ni «socialismos»; nadie habla para nada del «patrón», sino de *Don José*, y trabajando allí más de 500 personas — atiéndase este dato, el punto final, — no ha habido todavía en veintitantos años un conato de *HUELGA*. Creo que esta maravilla vale mucho más que una estatua.

Pedro SÁNCHEZ.

SUMARIO

Galería montañesa: JOSÉ MARIA QUIJANO, Pedro Sánchez. — FELIPE DE PAMANES (continuación), Gonzalo de la Torre de Trassierra. — DESDE CABEZÓN DE LA SAL, Moñago. — **Esbozo:** AMANECIENDO. — FIESTA MONTAÑESA. — «LA TEJA», Fernando Segura. — NOTICIAS. — DESDE TORRELAVEGA, Dobra. — **Memorias patrias:** OQUENDO, Pachín González. — CURIOSIDADES.

FELIPE DE PAMANES

— (Continuación). —

Terminada la conferencia, pensó Pámanes volver á Bugia para dar cuenta al capitán de todo; pero se encontró con que su escolta, atemorizada, se había huido en dirección á la plaza. Determinó, pues, escribir, informando de todo y manifes-

tando su opinión de que el castillo se podía y debía defender, y no estaba en condiciones de ser abandonado; pero los demás se negaron á firmar ese informe, porque opinaban lo contrario; y como esto fuera causa de discusiones y altercados, llegaron éstos á oídos de los soldados, los cuales cobraron odio al contador Pámanes, y no se recataban en manifestárselo, contando, como contaban, con la aquiescencia de los jefes. Impusieronse los que opinaban por el abandono del castillo, que eran todos menos Pámanes, y en este sentido enviaron un hombre al capitán.

A poco de salir del castillo, los moros notaron su paso y cargaron sobre él con gran algazara, logrando, sin embargo, evitar el caer en sus manos y llegar á la plaza, aunque recibiendo once heridas. En confusión les puso este suceso, del que

se enteraron por las voces de los sitiadores, y temiendo que el mensaje no hubiera llegado al capitán, en su ansia de recibir la orden de retirada, resolvieron enviar á otro con el mismo informe de su desesperada situación; y entretanto, como Diomedes continuara diciendo que al venir el día los turcos renovarían el cañoneo y arrasarian la fortaleza, siendo todos muertos, la guarnición empezó á desmandarse, y Pámanes cerró con llave la tronera por do habían entrado él y sus compañeros, con recelo que por aquella parte no se fuese algún bellaco á los turcos y les diese aviso de los casos del castillo y gente del. Hecho esto, corrió en busca del alcaide y le hizo que doblara las guardias en todas las puertas y se aprestase á rechazar el próximo ataque, si se verificaba; y aconteció, entretanto, que Ochoa de Calaya le dijo al alcaide

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

† D. ANGEL DE LOS RÍOS

TENÍA buen color, la cabeza muy poblada de pelo alborotado y recio, la cara pequeña y enjuta, y aún parecía más chica de lo que era, por lo espeso de la barba, que le ocupaba la mitad; la barba y el pelo, cano; la frente ancha y destacado el entrecejo; la nariz curva, y la mirada de sus ojos verdes, firme y escrutadora; cara, en fin, cervantesca y un tanto *aquijotada*. Vestía en el campo traje modesto de paño oscuro, fuerte y barato, y calzaba abarcas de tarugos; pero el rústico descargador de yerba sustituía, en frecuentes ocasiones, los burdos ropajes del oficio por la flamante levita y todos los accesorios correspondientes a esa prenda de sempiterna distinción, incluso el aliño, muy esmerado, de la barba y el pelo.

Más que un señor de aldea, con resabios de labriego, parecía entonces aquel singular campurriano un personaje de corte. Tan bien le sentaba la levita y tan aseñorados eran sus modales.

Después de terminada su carrera de abogado, fué durante algunos años periodista en Madrid, á la manera de entonces, tan diferente de la de ahora, discutiendo y exponiendo mucho y batallando poco; gallardías de torneo, más que guerra implacable de pasiones. Vivió después largo tiempo en varias provincias de España, unas veces por gusto y otras desempeñando cargos públicos de importancia.

Como escritor, mucho y bueno se podría decir de su estilo gallardo, brioso, castellano limpio, neto como la sangre que corría por sus venas, y de su modo de ver y de sentir la tierra madre y de cantar su hermosura.

Desparramados en periódicos y revistas andan por ahí notables trabajos suyos, de crítica ó de erudición, todos ellos enderezados al bien y á la mayor gloria de la provincia, que la tuvo muy señalada en contarle á él entre sus hijos.

De sus obras más notables, pueden citarse: *Ensayo histórico, etimológico y filosófico sobre los apellidos castellanos, desde el siglo X hasta nuestra edad*, impresa por la Real Academia Española, después de haberla premiado en público certamen; *Noticia histórica de las behetrías, primitivas libertades castellanas*, libro que es un asombro de erudición y de ingenio, y muy de admirar por el *montañesismo* que respira, y el tradicionalismo científico y patriarcalmente democrático en que está inspirado; *Los Eddas*, traducción del poema de este nombre, algo como la *Iliada* de los suecos, empresa de los albores literarios de nuestro amigo; *Los Garcilasos*, admirable serie biográfica de esta dinastía de guerreros y de poetas de entronque montañoso. *La parte de los navegantes montañoses en el descubrimiento de América...* *Biografía del célebre poeta dramático D. Pedro Calderón de Barca...* *Juan de la Cosa*.

Dejó dos novelas y una leyenda inéditas, históricas y montañosas también.

Con valer tanto el escritor, valía más el hombre. Su corazón fué tan grande como su inteligencia; todo él espíritu de caridad sin límites é inagotable, como el Oceano; en actos de ella arriesgó cien veces la vida, durante las inclemencias invernales en aquellos desamparados desfiladeros.

Corrió el mundo, y teniendo en él deudos encumbrados y valedores poderosos, prefirió siempre á lo más solicitado por las vulgares ambiciones, las estrecheces y oscuridades de su valle nativo, cuya prosperidad fué su consanto maná. Tuvo, además de la religión divina de su fe

cristiana, inquebrantable, la terrena del honor y de la Ley justiciera é incorruptible. Fué tal la integridad de su conciencia, que si un día hubiera llegado á reconocerse delincuente y no hubiese habido juez que persiguiese su delito, él se hubiese declarado juez y hasta carcelero de sí propio. Tuvo la pasión de los débiles y de los menesterosos y de los perseguidos; el ansia inextinguible del saber y el delirio por las glorias de su patria. Gastó su vida y su patrimonio en lidiar valerosamente contra todo linaje de infieles.

Con tales condiciones de carácter, este hombre hubiera sido en los siglos medios caballero andante ó cruzado; pero le tocó vivir en estos tiempos descoloridos y prosáicos, y sus arremetidas andantescas le resultaron muy á menudo *quijotadas*, hasta por los escalabros...

Este hombre insigne, con todo su saber, con todas sus virtudes, con todos sus timbres de ilustre linaje, con todos sus sacrificios enderezados al bien y á la gloria del suelo en que nació y de la patria entera, tenía notables rasgos que merecen citarse, y entre ellos el siguiente que le pinta de pies á cabeza.

En cierta ocasión se le ocurrió á un convecino suyo, que ya no era mozo, ir á mirar un poco por el ganado que tenía en el invernál. El día era de Diciembre. Estaba el cielo gris; afeitaba el cierzo de puro frío, y aquella misma noche cayó una nevada de dos palmos. Nevando desde el amanecer, y helando desde que anochece, pasó más de media semana, y no volvía el hombre que había ido al invernál, ni se conocía su paradero. Entérase del suceso don Angel; toma el camino del pueblo, volando más que pi-



sando sobre la espesa capa de nieve que la tapiza y emblanquece; llega, golpea con su garrote las puertas cerradas por miedo á la glacial intemperie; ábrense al fin

una á una; pregunta, indaga, averigua, estremécese, indignase, amonesta, increpa, amenaza donde no halla las voluntades á su gusto; y por último, endereza á garrotazos las más torcidas, hasta conseguir lo que va buscando: media docena de hombres que le acompañen al invernial donde debe hallarse su infeliz convecino; hace buen acopio de provisiones; exhorta á los seis que le rodean, poco resueltos; animanse y se enardecen al cabo; emprenden la marcha los siete monte arriba; y anda, anda, anda, cuando llegan á traspasar las cumbres, sienten dolorido el pecho, y se ven envueltos en remolinos de nieve cernida, desmenuzada y sutil, que les impide hasta la circulación; y nuestro hombre, de complexión de hierro y que camina siempre delante, nota que le va faltando su indomable fortaleza: que los miembros se le entumescen; que no puede modular una sílaba con sus labios contraídos por la frialdad; que están yertas, insensibles, sus manos amoratadas; empieza á temer algo serio, y no por él, y salta, brinca, se frota, se golpea, grita y aulla como un salvaje... todo menos vacilar y detenerse; y luego canta y se chancea mientras anda, para alentar y dar ejemplo á los que van á sus órdenes y le siguen en el silencio aterrador de aquellas alturas solitarias é inclementes. Al fin quiere Dios que columbren el invernial, que les queden fuerzas para llegar á él, que lleguen vivos y que encuentren adentro lo que van buscando. El hombre está allí, pero á punto de morir de hambre y de frío y de desconsuelo. Mientras unos le con-

fortan, otros encienden una fogata que le vuelve el calor. Tras de la bebida espirituosa, D. Ángel va alimentando con prudencia al hambriento y aterido, que devora más que come cuanto le ponen por delante. Ya hay hombre; pero alelado, taciturno y entristecido. Es preciso curar también aquella tristeza, y como nadie sabe una palabra de esas cosas, enjareta en voz alta y resonante medio poema del *Mio-Cid*. Como si callara. El hombre no chista, ni siquiera presta atención. Hay que hacer más, y canta á grito pelado tonadas del valle nativo, y hasta el prefacio de la misa del día del *Corpus*, la más solemne y regocijada del año. En esta prueba ya mira el hombre al cantor y muestra algún deleite en oírle. Pues hay que echar el resto: ¡A bailar todo el mundo!... Y como nadie se mueve, baila él como un desesperado á lo alto y á lo bajo, y después la jota aragonesa, y por último, un zapateado que arranca al entontecido una exclamación de asombro y una risotada de alegría; y al caballero, ya descujarínado y jadeante, estas palabras que parecen una maldición: «¡acabarás, hijo de una cabra!».

Todos ya «en buen amor y compañía», descansan, se calientan, hablan, comen; se acaba el día, duermen; amanece el siguiente, claro, sereno y radiante de sol, y se vuelven los ocho por encima de la nieve congelada, como si nada hubiese sucedido.

Este era el hombre.

J. M. de PEREDA.

SUMARIO

Galería montañesa: † D. ÁNGEL DE LOS RÍOS, J. M. de PEREDA.—FELIPE DE PÁMANES (continuación). *Gonzalo de la Torre de Trassierra*.—«LA TEJA», (conclusión). *Fernando Segura*.—**Esbozo:** EN VIAJE.—CARTA DE MÉXICO.—LA MARINA DE GUERRA QUE CONVIENE Á ESPAÑA, J. A. GALVARRIATO.—NOTICIAS.—**Los que vuelven:** D. JOSÉ SÁNCHEZ RAMOS.—EXPORTACIÓN DE MINERALES.—**Memorias patrias:** FORTUNY, Pachín González.

FELIPE DE PAMANES

— (Continuación). —

He copiado íntegra la relación del manuscrito en estos detalles tan interesantes, porque me ha parecido que nada mejor podría reflejar el estado de los ánimos de la guarnición en aquellos momentos y la falta de resolución de su alcaide; Pámanes, al ver la desbandada, gritó si había quince ó veinte valientes que quisieran quedarse con él, y mantendrían por el Rey el fuerte; pero ni uno solo se prestó á ello, y como empezaran á decir algunos que iban á estallar las minas y que los hornillos de éstas estaban encendidos, fué preciso abandonar precipitadamente las murallas, si bien luego se vió que aquello no era cierto, y que, en su miedo, no habían hecho ni aun eso para inutilizar al enemigo fortaleza y cañones.

Llegaron los fugitivos á Bugia media hora antes de amanecer, y D. Pedro se arrojó llorando en los brazos de su primo D. Alonso; y el contador, que se halló allí, que en el camino siempre había venido riñendo porque se había dejado el castillo, con el enojo que traía, dijo: «Si

vos, D. Pedro, huviérades puesto recaudo, el que convenia en vuestro castillo, como buen alcaide, no llorádes agora como mujer; mas yo os certifico que adelante conoceréis el yerro que hoy se ha hecho.» Perdido el castillo Imperial, estaba decretada la pérdida de Bugia; pero aún era preciso que su guarnición y su jefe diéran nuevas muestras de impericia y cobardía, y que el alma valiente y generosa de Pámanes brillara en toda su grandeza.

Al abandono del castillo Imperial siguió el abandono de otra posición importante, aquella misma mañana, sin que sirviera de estímulo á los amedrentados soldados el que en aquel momento los turcos penetraban en el castillo, «con sus banderas y algazara, y subieron á lo alto, dando grandes voces, llamando á los cristianos gallinas»; nadie se movió contra ellos ni trató de volver por su honor ultrajado más que Pámanes, el cual, presentándose al Capitán, le pidió «dos escuadras de gente» y con ellas ocupó inmediatamente la posición perdida; pero el débil jefe de la plaza cedió á los consejos de sus amigos, envidiosos del predominio de Pámanes, los que consiguieron se le diera la orden de retirarse á la ciudad, con lo que ésta perdió, á más de un gran repuesto de municiones, cuarenta casas y varios almacenes, el principal punto de abastecimiento de agua, de la que tanto luego habían de menester. Después de esto, se perdió otro castillo que existía sobre la costa, pasando los turcos la guarnición á cuchillo, y desde el que destruyeron á cañonazos el galeón del Emperador que, como dijimos al principio, había venido de España con las pagas y soldados y se encontraba fondeado al abrigo de la fortaleza.

D. Alonso Carrillo, viendo lo que la situación empeoraba por momentos, comenzó con gran actividad á fortificar el recinto de la ciudad y logró que saliera para España una fragata con noticias de lo que pasaba; pero si las obras fueron ineficaces por lo tardías, el aviso resultó ineficaz también, por haber caído en poder de los turcos; éstos, posesionados de los fuertes exteriores, rompieron el fuego con gran número de piezas de artillería sobre los muros de la ciudad el día 22 de Septiembre, produciendo en ella tal pánico, que paisanos y soldados «se cortaron de miedo y perdieron el esperanza de poderse defender; y todos andaban tan medrosos, que era maravilla de verlos, que no parecían sino estautas», mientras que nuestro paisano, el heroico Pámanes, «de noche ni de día no cesaba trabajar, discurriendo por las estancias, esforzando los soldados y diciéndoles: Ea, hermanos, no tengáis miedo de ser perdidos, que Dios nos ayudará.»

Gonzalo de la TORRE DE TRASSIERA.

(Continuará).

“LA TEJA,”

— (Conclusión). —

Más se dolió la pobre niña en la tarde de un domingo, porque había venido muy ufano Ricardo á la aldehuela con traje fino de lanilla, con sombrero nuevo y botines lustrosos, con camisa planchada y reluciente, con su golpe deslumbrador de gemelos de *doublé*, con corbata de seda y leontina de plata. Ya era un señorito Cardo; y ahora Celia se avergonzaba más que cuando el mozo, moviendo la mano como un bebé que llama, quiso robarla una caricia, poniéndola en la pelusilla del ros-

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVÁN/ATO

GALERÍA MONTAÑESA

ENRIQUE MENÉNDEZ

ADMIRO yo y debo mucho al tierno cantor de «la aldeana», y es él digno de minucioso estudio; razones ambas que vienen a colocarme en trance análogo al del inexperto mozalbete que, al verse por vez primera ante la niña amada, titubea y no sabe dar forma ni color a sus pensamientos.

Amós de Escalante dice de Menéndez, que «es quien más hondamente ha sentido la poesía montañesa». No cabe discutir la afirmación del gran maestro, ni aun trayendo a la memoria las rimas solemnes de *Una fiesta en mi aldea*.

Y es de advertir una particularidad: Enrique Menéndez no mostró en su primer libro por cuáles senderos había de caminar en adelante. Faltaba allí unidad de pensamiento. Latía el alma de un poeta, pero nada más. Al lindo romance

Bien venida á mi ribera,
niña de los negros ojos,

sucedía larga serie de versos festivos á un sombrero viejo, á traducciones de Lamartine, sendas quintillas ridiculizando femeninas impertinencias. Era aquello una sinfonía sin tema fundamental ni procedimiento determinado, y en la que, al ritmo grave de un *adagio* germano, seguía el aire juguetero de un bailable francés.

No puede juzgar los méritos del notable literato quien sólo haya leído sus primeras *Poesías*. Es preciso seguirle en el rápido progreso que alcanzara con sus prosas magníficas; que en ellas es quizás donde más alto vuela el nimen del poeta y más se ensancha su corazón de artista.

Excepción hecha de Becquer y Gabriel D'Annunzio, no sé de autor que pueda compararse al de *Desde mi huerto*, en el dón rarísimo de escribir poesías en prosa. Se me dirá que todos los grandes prosadores tienen ese dón. Distingamos: libros de prosa que sin tipos, diálogos, acción, ni nada de cuanto contribuye á despertar el interés del lector, consiguen deleitar y conmover, merced á la hondura del pensamiento y filigranas del estilo, no abundan ni en la más rica literatura.

Gentes habrá, acaso las mismas que tachan de fatigoso al incomparable Valera, para quienes sea verdadero trabajo leer de un tirón la prosa castiza de Menéndez. Peor para ellas, si en cambio hallan amenidad constante en mal traducidas novelas, oprobio del buen gusto y de nuestra habla.

Con pureza igual brilla esta en la única obra dramática de nuestro literato: en *Las Noblezas de Don Juan*, la discutida comedia estrenada en Madrid no há mucho, y á cuya producción dedicaran concienzudos artículos de crítica distinguidos periodistas, unánimes en admirar y aplaudir la dicción preciosa y el vivo diálogo que en los tres actos campean.

Y este dominio del diálogo, puede asegurarse que es naturalísimo en Enrique Menéndez. Basta hablar con él una vez sola para cerciorarse de ello, y oírle soltar entre sonrisas frías y frases dulces el torrente de agudezas é ironías que hacen de él un volteriano... muy católico...

Pero donde se revelan en todo su esplendor el talento artístico, la exquisita sensibilidad, las facultades creadoras del poeta montañés, donde éste llega á los más altos peldaños de la escala de la gloria, es en el admirable y

apenas conocido *Romancero de una aldeana*, colección valiosísima de muy originales y correctas elegías, libro intachable y el más acabado quizá de cuantos inspirara la musa de los pesares en estos últimos tiempos; tan hondo como *Dolores*, de Balart, pero más refinado, más sutil, más elegante y vago...

Bastaría este *Romancero* á perpetuar el nombre de un poeta; pero su autor, alma delicadísima, al publicarle no codició el aura popular, y si el aplauso de los pocos, de los elegidos.

¡Feliz idea la del artista al no ofrecer sino á contadas almas la historia de sus más íntimas y profundas pesadumbres, ya que no á todos es dado apreciar y medir debidamente el ajeno quebranto!

Y ese es Menéndez Pelayo el pequeño: un prosista elegante como Fray Luis de Granada, ameno como Becquer, pulquerrimo como Valera, y un poeta dulcemente triste á lo Musset, pero más espiritual, atildado y rítmico á lo Boileau, sencillo como el propio maestro León. Y fuera el mejor de los romancistas contemporáneos á no estar en el mundo Amós de Escalante, el hijo predilecto de la musa



del Norte, de esa musa apacible y melancólica que vivirá por los siglos de los siglos... aunque á ello se opusieren mis buenos censores del *Gedeón*.

Luis BARREDA.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

R. SÁNCHEZ DÍAZ

PARA los que no le han leído, tal vez sean precisos estos renglones como presentación de su retrato en esta galería de montañeses; pero los que leen sus artículos, mitad sociología y mitad literatura, en los que campean las gallardías de una pluma pronta siempre á romper contra los convencionalismos y las fórmulas vanas, y más si unos y otras tienen como fin el vilipendio de la justicia y la humillación de los de abajo, le conocen, sin dudas ni atenuaciones, porque es un escritor tan espontáneo y un pensador tan valiente, que *vuelca*—perdonen los puristas—su alma de soñador descontento, siempre que halla ocasión de protestar de algo malo y motivo para cantar lo bello y lo bueno.

Sus primeras campañas las hizo en el *Campóo*, un periodiquito de buena intención y mejor recuerdo, que leíamos todos los campurrianos, pero que nadie pagaba; luego *El Cantábrico* ha sido su tribuna favorita, porque es algo liberal y muy montañés, condiciones que estima en muy alto grado Sánchez Díaz.

En los dos periódicos de allá, sus artículos han sido *locales* por punto general: desde la sentida descripción de una romería hasta la briosa protesta contra tal autoridad perturbadora del orden, ó cual entidad ó personaje reñidos con la estética ó el altruismo.

Fuera de la Montaña sus campañas son más generales, y en algunos periódicos asturianos ó en revistas y semanarios de Madrid ha dejado su pluma, movida siempre por algún ideal profundamente humano, hermosos artículos de una literatura sustancial y tendenciosa, en los que se ve el germen de algo que no es sólo amena literatura galana de forma, pero huera de sustancia y miedosa de intención; que es Sánchez Díaz de los escritores que aspiran, no únicamente á producir la emoción estética, sino también á mover las voluntades hacia lo justo, apartándolas de la senda del egoísmo.

Por esto le presentaba al gran público como «escritor de costumbres que puede pintar, sin menoscabo del arte, las grandes crueldades sociales, haciendo propaganda en favor de la humanidad y la justicia».

Tiene publicado un libro, *Páginas de mi vida*, que se agotó inmediatamente, porque, por fortuna, aún quedan aficionados á lo bueno y á lo artístico; prepara otro suyo, *Plumazos*, la «Colección azul», y él editará en Octubre

Amores, al cual se puede augurar un brillante recibimiento.

Sánchez Díaz es viajante, y á esta su condición social debe muchas de las buenas cualidades que como escritor posee: educando su instinto mercantil ha elevado su plasticidad de pensamiento y afinado su natural espíritu de observación. Buscando el negocio encuentra el arte, y así le favorece este feliz consorcio que ha creído el *rara avis* de un viajante cultísimo, que aumenta su caudal intelectual, porque nunca ha pensado en ser erudito y recoge impresiones para su vida del entendimiento, utilizando las ventajas de la económica, lo cual le permite ser dueño y señor de su pluma, porque no vive de ella, ni ha de ajustarse á las exigencias del mercado literario, más explotado, á buen seguro, con malas artes que el industrial.

Este es Sánchez Díaz: un alma rebelde y bravia sujeta por el culto del arte, capaz de la lucha porque triunfe la verdad siempre y hagamos una gran patria. Incansable



para trabajar, odia la nación muerta y cree que del trabajo saldrá la nueva, nada más que del trabajo, «el trabajo por la riqueza y el trabajo por el ideal».

L. DE HOYOS SÁINZ.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

LUIS M.^o DE LA TORRE Y DE LA HOZ

CONDE DE TORREÁNIZ

Al coger la pluma para trazar esta semblanza, vienen espontáneamente á mi memoria aquellas hermosas palabras del insigne estadista Canning: «Mi carrera política he de hacerla en fuerza de *»respetabilidad de carácter*: no he de intentar otro medio. Confío en el poder de esa cualidad lo bastante para creer que, aunque no sea el camino más breve, es el más seguro de todos».

No parecerá extraño el recuerdo á quien de veras conozca al Conde de Torreániz, y, por no serlo, lo consigno en este lugar; porque tales palabras, en sus labios, constituirían una autobiografía, y en todo caso aquella cualidad, con cuanto en sí lleva, refleja la característica de su importante personalidad política.

La respetabilidad de carácter implica, en efecto, todas estas condiciones: laboriosidad, rectitud, bondad y sinceridad. Y todas ellas las posee en grado eminente nuestro ilustre conterráneo; y porque es notorio é indiscutible lo afirmo, sin reparos de propia lisonja, que tal vez los vínculos de la sangre pudieran hacerme concebir; que si en ello algo me va y vale—y así es, sin duda, por ley misteriosa de solidaridad familiar,—no acrece ni amengua porque yo lo diga ó lo calle, sino por el grado mayor ó menor de verdad que haya en lo presupuesto.

Alto, fornido, arrogante, varonil figura; imaginación viva, algo soñadora y vagamente triste, como fueron y son la generalidad de los que llevan el apellido *Hoz* de esta rama; hombre de mundo, cortés y de voluntad firme, quizá con exceso, como convenia al apellido paterno; de educación selecta, perfeccionada en el Real Seminario de Nobles de Madrid, y después en el Colegio Borbón de París; bien relacionado en la Corte, por los altos puestos que en ella ocupara su ilustre padre D. Marcelino; Maestrante de Ronda y Caballero de la Orden de Calatrava; hijo único, con dinero y buena salud, es de presumir que por tales dotes, cualidades y circunstancias la juventud de nuestro personaje debió de ser amable. Mas sea de ello lo que quiera, lo que sí afirmo con certeza es que no fué nunca la frivolidad pasto de su culto espíritu, ni aun si quiera en los ardientes años de la primera juventud. Véase la prueba.

A los veintidós años entró en el Consejo Real, hoy de Estado, con nota de *Sobresaliente*; y allí continuó su carrera administrativa durante los cinco años del Gabinete O'Donnell-Posada. Nombrado algo más tarde Director general de los Registros de la Propiedad y del Notariado, contribuyó en gran manera al planteamiento y ejecución de la Ley Hipotecaria, de la cual era entusiasta paladín; como que había ya dedicado en los años 1850 y 52, y aún posteriormente, importantes trabajos, algunos no impresos, al estudio de estas árduas materias relacionadas con el crédito territorial; todos los cuales trabajos, por mi propia afición á esta rama del derecho, he tenido ocasión de ver y repasar antes de ahora, admirando en ellos una feliz adivinación, un verdadero avance de los principios fundamentales de la obra gloriosa de D. Francisco de Cárdenas.

En 1853, á los veintiséis años, fué elegido por primera vez Diputado á Cortes, por el distrito de Santa María de Nieva (Segovia), y ese mismo distrito representó siempre, sin interrupción, salvo el período revolucionario de 1868

á 1875, en que, fiel á la Monarquía de Borbón, vivió retirado de la vida activa de la política.

Parecerá extraño á mis lectores montañeses que, descendiente tan esclarecido de la *tierruca*, no aspirase en ningún tiempo á la representación de alguno de sus distritos; pero es que recordaba siempre á este propósito el consejo de su discretísimo padre, á quien, en vida y en muerte, rindiera fervoroso culto. No quería aquel bondadoso señor que su hijo tuviese enemigos en su propio país, que era como tenerlos dentro de casa ó en el seno de la familia, y consideraba que la política habia de procurárselos necesariamente. En lo cual, sin duda alguna, se equivocaba; porque su hijo, si tuvo adversarios, no dejó enemigos en Santa María, y no los hubiese dejado tampoco en la Montaña.

A raíz de la Restauración, D. Antonio Cánovas del Castillo premió sus méritos y servicios en el partido conservador, nombrándole Senador vitalicio; y el Rey recompensó su fidelidad y lealtad con la concesión del título nobiliario que ostenta desde el año 1875, título en el cual quiso vincular á perpetuidad el apellido de su padre *Torre*, y el nombre del pueblo de su nacimiento, *Anaz*.

Por donde se van viendo ya pruebas repetidas del amor inmenso de Torreániz á su país natal; fuera de que bien lo pregonan las hermosas y ricas fundaciones, instituidas en vida en su propio pueblo. Y digo esto, no precisamente en són de elogio—aunque lo merezca,—sino por dejar aquí bien sentado el gran amor de su edad madura, aparte del de su hogar y familia: Anaz, su rinconcito adorado,



el huerto por su mano plantado; donde el aura es amiga, el sol no ofende y el verde campo deleita; donde

*Libet jacere modò sub antiqua ilice,
Modò in tenaci gramine.*

Estamos en el periodo más activo y fecundo de la vida de Torreánaz. Imposible seguirle paso a paso en su laboriosa carrera. Baste decir que en este periodo fué Consejero del Banco de España, Consejero de Estado y Presidente de varias de sus secciones, individuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Vicepresidente del Senado, etc., etc.; y que escribió, entre otras, las tres principales obras siguientes:

Les Conseils d'Etat, opúsculo editado en francés, en uno de sus viajes por la vecina República y en vindicación de los altos Cuerpos Consultivos, históricos y tradicionales, de la vieja Europa. Fué premiado por la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París;

Los Consejos del Rey durante la Edad Media, en dos gruesos volúmenes; trabajo histórico-crítico, que mereció unánimes alabanzas en España y en el extranjero, por la riqueza de sus datos, en gran parte ignorados, y sacados de los Archivos de Simancas (1), Alcalá y Madrid, por la solidez de sus conocimientos y la seguridad de sus pasos en el vasto é intrincado laberinto de la Administración; y, por último,

Los Antiguos Gremios, Memoria leída en el acto de su recepción en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de la cual no he de decir sino que es de los estudios más á conciencia hechos acerca de esta institución en España.

Murió Cánovas del Castillo sin haberle llamado á los Consejos de la Corona, único peldaño que le faltaba subir en la carrera administrativa. No es que desconociese los méritos de *La Torre*, como él siempre cariñosamente le llamaba. Ciertamente es que varias veces quiso hacerle Ministro; pero las combinaciones y necesidades de la política le impusieron otras tantas el sacrificio de preterir á su antiguo amigo, bien seguro por otra parte de su adhesión y lealtad incondicional.

(1) Por cierto que en uno de sus viajes á este Archivo tuve el suerte el acompañarle; y ahora lamento no recordar algunas de sus chispeantes y graciosísimas improvisaciones en quintillas y décimas correctas, con las que él, por su parte, entretiene los escasos ratos de vagar y ocio, mientras llegaba la hora de confeccionar por nuestras propias manos el chocolate, el té y algún otro manjar culinario. Porque es de advertir que en aquella época, ya lejana, no había fonda en Simancas, y de Valladolid nos venía el pan nuestro cotidiano, y algo teníamos por fuerza que oficiar de cocineros, á pesar de nuestra absoluta incompetencia (mayor suya que mía) en las artes excelsas de Billart-Savarin.

¡Terribles días los que sobrevinieron en nuestra patria poco después de la muerte de aquel gran estadista! En ellos vimos deshacerse los últimos gloriosos restos de nuestra dominación colonial: perderse en ambos mares del Pacífico y de las Antillas nuestras miserables y costosas escuadras, y lo que es más doloroso aún, vimos á todo nuestro numeroso ejército de tierra desembarcar en estas benditas costas españolas, anémico, enfermo y consumido físicamente, y no menos lacrado en su espíritu y en sus tradiciones y heroicos apellidos.

En tales circunstancias, en Septiembre de 1898 discutíase en el Senado la autorización al Ministerio Sagasta para renunciar derechos de soberanía y ceder territorios en las provincias y posesiones de Ultramar, cuando, lleno de patriótica indignación, levantóse el Conde de Torreánaz y pronunció el más enérgico discurso de censura que oyera aquel gobierno por sus actos en lo relativo á la guerra y á la conducta diplomática, discurso del que siento no transcribir algunos de los párrafos más notables, por temor á hacer demasiado largo este escrito; pero lo recomiendo al buen gusto de mis lectores.

Llamado D. Francisco Silvela á ocupar el poder, confiósele el alto puesto de Gobernador del Banco de España. Los compromisos del Tesoro público con este establecimiento eran enormes. Sólo los pagarés de Ultramar importaban cerca de mil millones de pesetas al 5 por 100. Se redujo este interés al 2, y se resolvieron las demás dificultades pendientes en virtud del convenio que, firmado por el Sr. Villaverde y el Conde de Torreánaz, se publicó en la *Gaceta* del 3 de Agosto de 1899; labor inmensa y patriótica que, si de una parte era debida á la inteligente iniciativa y enérgica gestión de aquel Ministro, por la otra requería toda la autoridad, todo el prestigio y acierto de que dió muestras inequívocas el entonces Gobernador del Banco de España.

Cuatro días antes de abrirse las Cortes, en Octubre del año último, fué llamado por el Sr. Silvela para desempeñar la cartera de Gracia y Justicia, aceptando, con este honroso encargo, todas las reducciones de gastos propuestas por su antecesor el señor Durán y Bas. La cifra de aquel proyecto de presupuestos para pago de dietas á jurados é indemnizaciones á peritos y testigos, y para sostenimiento de los reclusos en establecimientos penales, resultaba á todas luces insuficiente; y á remediarlo en lo po-

sible tendieron los varios proyectos de ley presentados por el nuevo Ministro, al propio tiempo que respondían á manifestaciones reiteradas de la opinión pública y al estado actual de las necesidades y costumbres en España y en el extranjero (1).

No he de hablar de su campaña en las Cortes como Ministro. ¡Hablen por mí Montero Ríos, Moret, Ochoa, Canalejas, los ilustres adversarios todos con quienes contendiera! Ellos, en público y en privado, hicieron siempre justicia á la corrección, rectitud y caballerosidad del Conde en las discusiones.

Fuó un buen Ministro parlamentario, aunque en el trato con los diputados, su sencillez y naturalidad y su absoluta sinceridad, no eran siempre bien entendidas. ¡Ya se ve! Son tan pocos los que no pretenden parecer cosa distinta de lo que son, que el caso, por inverosímil, había de explicarse por la malicia.

Torreánaz salió del ministerio cuando más agradable y útil hubiera podido ser su permanencia en él. Pero cuantos le queremos lo celebramos, porque el descanso le era absolutamente preciso para el restablecimiento de su quebrantada salud.

..

Comparando ahora aquellas condiciones naturales y por ley de herencia adquiridas, con las posiciones que por su propio esfuerzo y laboriosidad supo alcanzar, bien puede decirse que el Conde de Torreánaz es honra y prez de la Montaña, espejo de caballeros y ejemplo digno de ser imitado, por los favorecidos de la fortuna singularmente. ¿No es verdad, por lo mismo, que aquellas palabras del político inglés, que encabezan estas líneas, dan por sí solas la silueta moral del personaje de esta semblanza?

Ramón FERNÁNDEZ MONTORIA.

(1) Me refiero á los tres principales proyectos siguientes:

a) Proyecto de ley, leído en el Senado, para rebajar ciertos delitos á faltas y llevar la celebración de los juicios por jurados en causas leves á las capitales de partido judicial.

b) Proyecto de ley, leído también en el Senado, sobre abono del tiempo de prisión preventiva en la duración de determinadas penas, aprobado inmediatamente por aquella Cámara.

c) Proyecto de ley, leído en el Congreso, autorizando á los Tribunales para suspender la ejecución de las penas leves, impuestas á los que, nunca con anterioridad, hubiesen cometido delito.

El enunciado solamente de cada uno de estos proyectos, justifica lo que en el texto se dice respecto á la tendencia y finalidad de los mismos.

SUMARIO

Galeria montañesa: CONDE DE TORREÁNÁZ, Ramón Fernández Montoria.—**FELIPE DE PAMANES** (continuación), González de la Torre de Trasserra.—**NOTICIAS.**—**Mis viajes:** DE OTROS TIEMPOS,

R. Sánchez Díaz.—UN DOLMEN, Amós de Escalante.—CARTA DE MÉXICO, Telesforo Gómez San Pedro.—EL CORREO DE BILBAO.—**Memorias patrias:** ALVARADO, Pachín González.—LA LEVA.—UNA BODA, F. S.—EXPORTACIÓN DE MINERALES.—**ESCENAS MONTAÑESAS.**



FELIPE DE PAMANES

— (Continuación). —

«Y así fué luego á buscarle, y habiendo más de hora y media quedaban allí los dos solos con el herrero, que se decía Juan de Coca, entendiéndose en hacer los

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

GERARDO ABASCAL

UN LECTOR MALICIOSO.—¿No es usted amigo íntimo del doctor Abascal?

Yo.—Servidor de usted.

EL LECTOR.—¿Y le va usted á alabar, naturalmente?

Yo.—Naturalmente.

EL LECTOR.—¿Y se considera usted con autoridad para hacerlo?

Yo.—No, señor: ni para alabarle, ni para nada; pero crea usted que, si en este mundo no hablaran más que los que tienen autoridad, pasaríamos la vida en perpetuo silencio, y nos aburriríamos muchísimo.

EL LECTOR.—Pero, entendámonos: ¿no teme usted que en el caso presente se le tache de parcial?

Yo.—No, señor; primero porque no lo seré, y después porque sé que de todas maneras se me ha de tachar de algo, y me da lo mismo que sea de eso ó de otra cosa.

EL LECTOR.—Hombre, me parece mucho desahogo el de usted.

Yo.—Tantísimas gracias. Pero ahora me toca á mí la vez de decir: entendámonos: ¿es que quería usted, lector apreciable, que la semblanza de Abascal la hiciera un enemigo?

EL LECTOR.—No digo tanto.

Yo.—Porque eso sería pretender que se quedara sin semblanza.

EL LECTOR.—¿Pues?

Yo.—Porque no los tiene... asómbrese usted... ni entre los de su oficio.

No estoy seguro de que lo que voy á decir no lo haya dicho antes Perogrullo; es más, creo que lo habrá dicho, porque es digno de él; pero eso no ha de ser obstáculo para que yo lo repita, y menos ahora que lo considero de oportunidad indiscutible.

Dadme un hombre de entendimiento claro, de recto juicio y de sana conciencia, y os devolveré una notabilidad en la ciencia ó el arte que sea de vuestro agrado. ¿Queréis un médico? Un médico. ¿Preferís un abogado? Un abogado. ¿Os gustaría un ingeniero? Un ingeniero. En fin, lo que más desee el respetable público. Eso de que cada hombre nace para una cosa, á mí, dicho sea con todos los respetos, me parece una solemne tontería. No hablemos de los genios, porque esos son contados y generalmente sirven para todo: vengamos un peldaño más bajo, á los que les siguen en la escala intelectual, y convengan ustedes conmigo en que el hombre que tiene talento le aplica á lo que quiere y como quiere, é igual le manifiesta trazando ferrocarriles ú observando á los astros, que haciendo jaulas para grillos.

Primera materia... y lo demás es cuento.

Y si á la primera materia se unen el juicio recto y la conciencia sana... miel sobre hojuelas.

Pues todo eso lo tiene Abascal, como pocos. Por lo cual quiso ser médico, y fué médico notabilísimo. Aspiró más adelante á cirujano, y lo es de los mejores. Y lo mismo hubiese sido, si le hubiera dado la gana, perito agrícola sobresaliente ó matemático de primera fuerza. ¡Todo!

Es decir, todo... menos político profesional.

Porque Abascal es el hombre más sincero que conozco. Así, en absoluto. No me atreveré á decir que no haya hombres tan sinceros como él—más, ninguno,—pero sí afirmo que no los conozco yo.

No hay nada que nos cueste tanto como confesar un error. Y á los médicos, no sé por qué, les cuesta todavía más que al resto de los mortales.

El autor del epigrama famoso tenía razón.—¡Se ha muerto!, dijo el médico.—No, señor; contestó el aludido; y el médico replicóle con autoridad:

¡Calle el necio!

¿Querrá saber más que yo?

Abascal no es de estos: no discute con el muerto que sostiene que vive todavía. Le basta su palabra.

Es decir, no necesita tanto. Pocas veces se equivoca en el ejercicio de su profesión, porque es un espíritu reflexivo y sereno, y sus diagnósticos son de aquellos de «nadie los mueva»; pero cuando yerra es el primero que lo conoce, lo confiesa paladinamente, sin humildad ni jactancia, y no se entretiene en imitar á D. Hernógenes soltando una ristra de términos técnicos para convencer á la familia interesada de que el error, más que suyo, ha sido de la naturaleza, que no llevó la enfermedad como debió ir, según todos los autores ingleses y alemanes.

Y sucede una cosa, extraña á primera vista. Confiesa el error con tan noble sinceridad y tan espontáneo arranque, que cuando acaba de decir que se ha equivocado inspira más confianza que anteriormente. Es la honradez que se impone.

¿La honradez médica? No; la honradez... no hay más que una.

Yo soy un profano en las ciencias médicas. Lo soy y lo quiero ser. Tan profano, que hasta me repugna y me



amedrenta oír hablar de operaciones y de enfermedades. Sin embargo, algunas veces llegan hasta mí los elogios que hacen de Abascal sus clientes y compañeros.

Yo bien le conozco como médico por experiencia propia. Como cirujano, no. Pero dicen los que saben de eso, que operando es un verdadero artista. Se hacen lenguas de su diagnóstico seguro y de su manera de proceder, rápida y elegante, con el bisturí en la mano. Yo no lo he visto, ni lo permita Dios, pero repito la frase del boticario del cuento, aunque con diverso sentido: ¡como si lo viera!

Además, tengo un dato; mejor, varios datos. He viajado algunas veces con Abascal. Pues bien, no he estado con él en ninguna parte donde no haya encontrado personas que le quisieran obsequiar. ¿Y saben ustedes quiénes eran? Clientes agradecidos.

Para que no le falte nada, tiene ángel, como dice la gente de Madrid. No hay hombre más simpático bajo la capa del cielo. Y lo es sin querer, sin hacer nada para serlo, por privilegio especial, por ley de naturaleza, como son limpios los armiños y los gatos elegantes. No ha puesto el pie en una casa en la que no haya sido aún más querido que admirado. No hay enfermo á quien no le alivie más su presencia que el medicamento prescrito. Lo dicho, que tiene ángel.

Él no hará nada, absolutamente nada, porque lleva su moralidad y el respeto de sí mismo y el odio al recla-

mo hasta los últimos límites, para entrar en una casa...

Pero en la que entre... se queda.

Espíritu bien dispuesto para recibir las emociones que produce la belleza, ama el arte con pasión, con delirio, y sabe de literatura mucho más que algunos que se dedican á ella y se tienen por eruditos. Pero, por nativa modestia, lo oculta cuidadosamente. Cuando lo revela en la conversación, es sin darse cuenta de ello.

Forma entre esos aficionados que guardan sus cuadros y sus obras de arte para recreo propio. No es de los ricachones que sacan todos los días sus tapices al balcón para que se oreen...

Y para que los vean los vecinos.

Le conoci hace muchos años: éramos jóvenes—él más que yo,—y desde los primeros días se ganó mi voluntad y conquistó mi cariño. Tenía ya entonces la misma rectitud de juicio que ahora. Parecía que su espíritu había nacido antes que su cuerpo.

Todos los que fuimos sus camaradas, estábamos seguros de su porvenir: todos sabíamos que él llegaría.

¡Ay! De aquel grupo de montañeses que en la juventud formamos pía, ¡cuántos y cuántos se han quedado en el camino! Estremece y espanta volver la vista atrás. Éramos legión y ya

no llegamos á grupo. Tú, que puede que leas estas líneas en Reinos, ó tú, que acaso las verás en Santander, y dos ó tres más, que no tendréis noticia de ellas, desperdigados por los vendavales de la vida, decidme: ¿dónde están aquellos amigos nuestros de la juventud?

Tiene razón Echegaray, que ha sentido estos mismos pesares. Estrechémonos, cerremos las filas para que se noten menos las bajas que la muerte va haciendo en ellas.

De Abascal, considerado físicamente, no hay nada que decir. Ahí tiene el lector su retrato. Sin embargo, sepa, porque eso no se ve, que es alto y derecho, y que la fotografía no ha acertado á copiar lo noble de su mirada, en la que se ve su alma entera.

Ahora, dos notas características.

No contesta nunca á las cartas de los amigos y llega siempre tarde al tren.

Así es Abascal.

EL LECTOR MALICIOSO.—Me parece que se ha despachado usted á su gusto.

Yo.—Sí, señor; muy á gusto mío. Pero, oiga usted, amigo: ¿cree usted que D. Federico Rubio es alguien?

EL LECTOR.—Hombre, ¡por Dios!

Yo.—Pues pregúntele usted por el doctor Abascal.

Eusebio SIERRA.

SUMARIO

Galería montañesa: GERARDO ABASCAL, Eusebio Sierra.—FELIPE DE PÁMANES (continuación), Gonzalo de la Torre de Trassierra.—Esbozo: COLETEANDO.—DESDE SANTANDER, El Diablo de la Tieruca.—EL PEÑÓN DE SANTA ANA, Enrique Menéndez.—UN ELOGIO, Dr. P. Prieto de Castro.—NOTICIAS.—LA OBRA DEL FOTÓGRAFO, Jesús de Cospedal.—AMOR MERCANTIL, Honorio Torcida.—**Memo-rias patrias:** LAS NAVES DE CORTÉS, Pachín González.—EL SARDINERO.—ESCENAS MONTAÑESAS.

FELIPE DE PÁMANES

— (Continuación). —

Esto se supo de muchos renegados que eran en el concierto, y decían que cada noche estaban esperando que saliese la gente de Bugía para hacer su hecho, y que decían unos entre otros. «¡Oh!, reniego de tal; ¿cómo estos perros destos cristianos no salen? ¿Qué diablos hacen encerrados como puerco?»

Para abreviar; dos ó tres días después se recibió una carta del Rey de Argel, proponiéndoles la entrega de la plaza, á la que se contestó con dignidad, aunque sin altanería, rechazando la propuesta; aquella misma noche se pasó al campo de los turcos, escapando por una tronera, un trompeta catalán, el cual les mani-

festó el estado de ánimo de la guarnición y les decidió á que diesen el asalto á la plaza; diéronlo en efecto al día siguiente, y por ambas partes se peleó con furia; Pámanes tuvo que correr á casa del capitán y sacarle de ella á viva fuerza para que se pusiera al frente de sus tropas; los turcos fueron rechazados, perdiendo más de 600 hombres, mientras que de la guarnición sólo hubo 42 muertos y 64 ó 65 heridos, contándose entre los primeros D. Pedro de Peralta, el primo de D. Alonso Carrillo, que tan mal supo defender en los comienzos del sitio el castillo Imperial, y cuya pérdida se pudo apreciar bien en este combate; porque desde él, los turcos hicieron vivo fuego á la plaza, distinguiéndose, entre ellos, un artillero francés que gritaba: «Dejadme tirar á estos perros destos españoles, que son enemigos de mi Rey.»

A pesar del triunfo, el ánimo de la gente no reaccionó, y los que más estaban en entregar la plaza se reunieron, y todos juntos fueron á la casa del capitán para tratar de ello; y hubo uno que dijo que debía oírse al contador Pámanes, y aunque á disgusto de la mayoría, el capitán dispuso que se le llamase. Comprendió Pámanes de lo que se trataba, y se excusó; pero á un segundo llamamiento, fué y entró diciendo: «¡Qué diablos de junta es esta á tal hora?» Y el capitán respondió: «Ya venis echando

chispas; bien decían acá que nos habíades de poner en revuelta en viniendo.» Púsose acto seguido á discusión y votación el asunto, y habló primero el capitán, dando á entender que ni la plaza podía defenderse, ni había posibilidad de ser socorridos; y como terminara pidiendo su opinión á Luis Godínez, éste se excusó de darla, diciendo que era hombre de ley y no de armas, y que pues era alcaide y capitán, mirase bien lo que hacía, y que si Dios le daba vida él daría cuenta á S. M. de lo que se hiciese; Lavado, Bárcena, Zalaya, Tabladillo, Alcibar, Crespo, Castillo, Juan de Milán y Fray Gregorio Monjarrés, «todos á una voz dijeron que les parecía que se debían hacer los partidos con el Rey; y en todo esto estaba el contador Pámanes torciéndose las manos y dando gemidos, que las lágrimas de los ojos le corrían por la cara al ver lo que pasaba.» Ocioso es decir que Pámanes se opuso á la entrega con todas sus energías, y llegó su indignación hasta increpar á Lavado, diciéndole entre otras cosas: «Y vos, señor Lavado, pareceos bien votar y consentir en tan gran yerro y maldad como esta; mal haya cuanto sueldo el Rey os ha dado á vos y á estos caballeros, que tan mal pago le dáis en querer entregar su tierra á sus enemigos; y pluguera á Dios que yo pudiera dar castigo en esto, que por vida del Rey, que antes que de aquí me partiere, ya hiciera

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

ADOLFO VICENTE WÜNSCH

Es santanderino, de la propia calle de San Francisco, y por lo tanto *cabe* su retrato—*a pesar* del apellido—en esta Galería.

Dejó a cargo del fotógrafo la *evocación* del físico y prescindiendo de la profesión de D. Adolfo ante la Hacienda, para la cual nuestro hombre es comisionista: una más en la lista de paradojas que muchos hombres de arte nos ofrecen en la lucha por la existencia, y de que son buenos ejemplos el *casi* montañés, músico inspiradísimo Llorente, que es boticario, y los ilustres novelistas Pereda y Oller, que según señalaba Feliú, con oportunidad, son ante el fisco fabricante el uno y procurador de los Tribunales el otro.

A Wünsch son debidas todas cuantas iniciativas musicales y cuantas tentativas de vulgarización del divino arte han tenido lugar en la tierruca de treinta años acá.

De esto podrían dar fe muchos santanderinos pasados ya a la reserva—ó con el pase en perspectiva,—que no habrán olvidado las secciones musicales de «La Lirica» y «El Ateneo», y los conciertos íntimos con que se han regalado los aficionados en más de un aristocrático salón, y guardarán memoria de los célebres cuartetos que, con ayuda de aficionados tan excelentes como los Huidobro, organizó Wünsch en su casa. Monasterio, Arbós, Rubio y cuantas notabilidades pasaron por Santander, tomaron parte en algunos de ellos.

Y si como organizador-director de orquesta, vulgarizador del arte y propagador de la cultura musical y del buen gusto ha rebasado Wünsch el límite de aficionado bueno, como organista, harmonista y como *maestro de capilla* ha entrado por derecho propio en el terreno de los músicos de cuerpo entero. Acaso de esta preferencia y especialidad suya provenga el refinado gusto que le distingue; pues sospecho que los clásicos musicales—compendiados en toda su pureza y esplendor en la música religiosa—son para el buen maestro, lo que los clásicos literarios para el crítico y el hablita.

Y revistados ligeramente los antecedentes musicales de D. Adolfo, dejó otras muchas empresas que, en privado, acometió en bien del arte, para llegar a su gran obra, la más conocida y la más *personal*: el orfeón «Cantabria».

Allá por el año 91 se agruparon en derredor de la mágica batuta de Wünsch unos cuantos jóvenes santanderinos, aficionados de calidad algunos, y amantes de la música todos; y comenzando por ensayar motetes, *Kiries*, esta Misa y aquel *Te Deum*, terminaron en verdaderas sesiones musicales. De entonces data la popularidad de don Adolfo, pues si sus méritos artísticos ya eran apreciados y conocidos, no lo eran por todos.

Formado el coro, la constancia de Wünsch, la fe con que todas las noches daba comienzo a su tarea, su afición entusiasta—de que llegó a contagiar a los discípulos,—y principalmente sus excepcionales condiciones para la enseñanza, hicieron lo demás. Hicieron que, cuando esa agrupación contaba apenas un año de existencia, fuera *consagrada* como orfeón por su Presidente honorario el insigne Monasterio; hicieron que, presentado el ya entonces orfeón «Cantabria» en el concurso celebrado el 92 en la capital de la Montaña, a pesar del carácter local de la Sociedad, un jurado competentísimo no vacilara en señalarle por unanimidad la distinción más alta; que en el concurso habido en Madrid dicho año, obtuviera el lugar inmediato a los célebres de Bilbao y Coruña; que en el si-

guiente concurso de Santander (año 93) quedara sin el primer premio el notable orfeón Pamplonés, porque el «Cantabria»—aunque fuera de concurso—había cantado mejor la obra impuesta; que en Pamplona ocupara un buen lugar el orfeón, en lucha con Bayona, Biarritz y Bilbao (superiores al «Cantabria» dos veces en número de voces); y por último, hicieron que en el gran concurso celebrado en Valladolid el 94 se colocara el «Cantabria» en primera fila, obteniendo el primer premio de dicho concurso, en que *se jugó* algo así como un *campeonato* entre los mejores orfeones de España.

Wünsch tiene *historia anecdótica* interesante; y aunque no abonde en ella, algo he de decir pretendiendo hacer su retrato moral, no sin antes consignar que da quince y raya al Sastre del Campillo; pues si éste ponía el hilo y la aguja, aquél, con respecto al «Cantabria», pone en ocasiones la *tela*: el dirigir el orfeón le produce dividendos pasivos.

Posee Wünsch en Cajo una magnífica finca, en la que veranea, coincidiendo muchas veces su veraneo con interesantes ensayos del orfeón. La distancia, la hora intempestiva del ensayo, la falta de tranvías y la sobra de tropiezos en un camino intransitable en noches de lluvia, no impiden ni una noche que D. Adolfo vaya a pie al local del orfeón y a pie vuelva a Cajo a las once, con la satisfacción de haber dirigido al «Cantabria».

Exigente con los orfeonistas en asistencia y puntualidad, ya es sabido: llegado el mes de Junio se entabla reñida competencia entre la música de la Plazuela y los ensayos del orfeón.



D. Adolfo persigue en el día a tenores y bajos y barítonos, y cuando en el ensayo nota la falta de alguien cuyo concurso es preciso para tal pasaje ó necesario en la *cuer-*

da, se encamina á la Plazuela ó al *boulevard* y vuelve al orfeón con los *faltones*. Para él lo interesante es este acorde, aquel pasaje de *boca cerrada*, el otro *solo*; y él, tan razonable á otras horas del día, *metido* en el orfeón no comprende que haya quien, á los veinte años, deje de ir al ensayo por... pasear con la novia. Esto hace que, simpático y bondadoso como es, tenga enemigos que tarde perdonan, enemigos de *manos blancas*, que no transigen con perder las ocasiones que ofrecen el paseo ó el teatro.

Una noche preparaba Wunsch al orfeón para un concurso, y al dar la señal de comenzar el ensayo notó la ausencia de un *guión* en la cuerda de tenores. Fijo en la idea que en el momento le dominó, y sin explicación ninguna, lanzóse á la calle con batuta y todo, dejándonos sin saber qué pensar: al cuarto de hora apareció en la puerta, trayendo de la oreja al *guión*, que entre ceñudo y risueño fué á colocarse en su sitio.

Después se supo que D. Adolfo, conocedor de las novias de todos los orfeonistas y hasta de las horas que cada pareja dedicaba al palique, había sorprendido al *guión* en flagrante delito de *cuchicheo*...

En el año 93, preparado el orfeón para el concurso de

Pamplona, resintióse la salud de D. Adolfo, y su familia logró convencerle de que, emprender en aquellas circunstancias un viaje largo, sería cometer una imprudencia. El día en que el orfeón salió para Pamplona se hallaba Wunsch en cama, y por su habitación desfilaron los orfeonistas en despedida. Con director improvisado llegó el «*Cantabria*» á Pamplona, y en esa forma hubiera entrado en concurso á no haber recibido á tiempo un telegrama anunciador... de la llegada de D. Adolfo.

No fué posible contenerle en Santander, y allá fué, á Pamplona, tras de su «*Cantabria*», contra los consejos de los *suyos*: de la cama á la estación, y de la otra estación al concurso.

Alguien pensará que lo escrito son dos anuncios de semblanza, por haber en ello tanto de historia del orfeón como de datos referentes á D. Adolfo Wunsch.

Yo aseguro que esto es una semblanza sola. Porque (créame á mí, que tengo motivos para estar en el secreto): El orfeón «*Cantabria*» es Adolfo Vicente Wunsch.

Leopoldo PARDO É IRULETA.

SUMARIO

Galería montañesa: ADOLFO VICENTE WUNSCH, Leopoldo Pardo é Iruleta.— FELIPE DE PÁMANES (continuación). *Gonzalo de la Torre de Trassierra*.— PEREDA Y EL TEATRO.— LAS NAVES DE CORTÉS, *Pachín González*.— **Esbozo:** ALLÁ...— NOTICIAS.— ESTADÍSTICA MINERA: SANTANDER.—FRAGMENTO, *D. Duque y Merino*.— ¡MADRE! *Concha Espina de Serna*.— FERNANDO SEGURA.— EL CORREO DE BILBAO.— **Memorias patrias:** CASTELLANOS Y PORTUGUESES, *P. G.*— LOS CHINOS.

FELIPE DE PÁMANES

— (Continuación). —

Partióse de allí Pámanes, ganoso de medir sus armas con los enemigos de su patria, en tanto que los demás oficiales resolvían su pérdida, no sólo entregando la plaza, sino deshaciéndose de Pámanes, único obstáculo que para ello encontraban. Para lo primero, el veedor Lavado redactó los capítulos de la entrega que se debían proponer al Rey, y que consistían en síntesis en la evacuación de la plaza, permitiéndoseles á la guarnición y á los vecinos regresar á España con sus hijos, mujeres y hacienda, en barcos que les facilitarían los turcos; para lo segundo, se compraron asesinos que matasen al contador; pero el capitán, que á pesar de su cobardía y de su falta de carácter tenía sentimientos generosos, mandó inmediatamente que Pámanes se le presentara, y ya en su casa, le dijo: «Señor contador, juro por Dios que es verdad que están repartidos más de cuarenta ducados entre unos soldados para que os den escopetazos.» Y el contador dijo: «¿Y por qué? ¿Qué ha hecho?» Y el capitán le dijo: «Porque habéis tratado al veedor y á esos otros, siendo personas honradas, como si fueran negros de Guinea.» Y el contador le dijo: «¿Pues cómo, señor, trabajando yo en lo que toca al servicio de

S. M. y á vuestra honra consiente v. m. que se haga eso contra mí?» Y él le respondió: «¿Qué queréis que haga yo, señor, que cada uno hace lo que quiere?» Y el contador le dijo: «Esa culpa vuestra es, que si en los principios, cuando éstos os comenzaron de hablar en esto de entregar á Bugia con partido, hobiérades decabezado dos ó tres dellos, ninguno se os osara desmandar; pero ellos han conocido que estáis flaco de cabeza, y por eso hacen lo que hacen; y si eso es así, yo adivinaré con el dedo quién puede ser; mas yo prometo á Dios que si antes que me maten yo le encuentro, él me lo pagará, y venga lo que viniere.»

Don Alonso Carrillo tenía ya su plan meditado para librar á Pámanes y entregar la fortaleza; así que le dijo le esperaba un momento y él le revelaría los nombres de los conjurados; y saliendo de la habitación, cerró rápidamente la puerta, dejando en ella á Pámanes imposibilitado de salir, en tanto que la capitulación se realizaba.

Juan de Milán y Ochoa de Zalaya fueron los encargados de conferenciar con el Rey de Argel y proponerle la capitulación; recibiólos con altanería y se negó á aceptar ningún género de consideraciones á los que ya juzgaba vencidos; pero Juan de Milán, el calabrés, que hablaba la lengua turca, le dijo sin que Zalaya pudiera entenderlo, que para que de una vez pudiera entrar en la plaza firmase los capítulos tal y como estaban concebidos; que ya dentro, podía hacer lo que tuviera por conveniente, y que el capitán se daría por bien cumplido dejándole retirarse con los heridos y sólo veinte familias, por él designadas, las cuales podrían llevar sus bienes, quedándole al Rey en la plaza un inmenso botín y gran número de cautivos de todas edades y sexos.

Gonzalo de la TORRE DE TRASSIERRA.

(Continuará).

PEREDA Y EL TEATRO

Dijo *El Globo* hace algunos días que el Sr. Balart se proponía dar á conocer en el teatro al público de Madrid las costumbres más típicas de las regiones españolas, á cuyo efecto se había dirigido á diversos literatos, «habiendo recibido la primera respuesta, muy entusiasta, de D. José María de Pereda, quien le ha ofrecido escribir algunos diálogos que den muestra de lo mucho bueno que encierra la Montaña.»

Aunque así se afirmó y fué la noticia recogida por los periódicos madrileños y montañeses, nosotros nos resistimos á creerla, y esperamos su ratificación ó que se rectificara.

Y se ha rectificado.

En lo dicho por *El Globo* hay no poco de buen deseo y mucho de fantasía; pues lo cierto es sólo que Balart y Pereda cambiaron impresiones sobre la conveniencia de que algunas de las obras del gran novelista fuesen amoldadas á las condiciones del teatro, y que el último, á las vivas instancias del primero, respondió que accedía á que de alguno de sus primorosos libros se entresacara lo que pudiese constituir una obra teatral; pero sin prometer que fuera él mismo ó otra persona quien acometería el empeño.

Y esto es lo que hay. Alguien ha recibido el encargo del maestro para emprender la ruda labor de hacer representables *Sotileza*, *El sabor de la tierra*, *La Puchera*... Y llamamos á la labor ruda, porque entendemos que la hermosura de los caracteres, lo castizo del lenguaje, la sal fina de abolengo clásico de los dichos y la difícil facilidad de los diálogos, han de ser escollos en que tropiece la mano diestra encargada de traducirlo para la escena. El escritor que ha echado sobre sus hombros la enorme pesadumbre de tal trabajo, bien merece que le aplaudan y le den alientos los devotos de la literatura; el mayor enemigo de su obra será él mismo, porque nunca ha de estar satisfecho de lo que haga: siempre ha

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

† EVARISTO SILIÓ

Se despidió del mundo cuando podían y debían esperarse de su ingenio, llegado á la madurez, muy sustanciosos y sazonados frutos. Treinta y tres años contaba entonces el poeta, y era su nombre no ya sólo popular en aquellos valles de la Montaña, cuyas brumas alimentaron el manantial límpido y fresco de su inspiración, sino respetado y querido en los círculos literarios de España entera. Su fama póstuma la ha consagrado el rey de nuestros críticos: Marcelino Menéndez y Pelayo.

Y ha de tenerse en cuenta que Evaristo Silió murió aún más joven de aquella edad para las letras. Cinco ó seis años antes de bajar á la tumba, y en ocasión en que se hallaba en Valladolid, en casa de su hermana doña Asunción, cayó á tierra como herido de un rayo. Privado estuvo, al parecer, de vida más de veinticuatro horas, y al recobrar sus facultades algo debió sentir que se apagaba dentro de él, porque mirando fijamente á los suyos, gritó ¡me quedé imbécil! con infinito desconsuelo.

Y no, no era verdad; no se quedó imbécil, pero no fué ya el mismo. Su naturaleza debilitada no le consintió dedicarse más á aquello que era su única vocación. Su poesía continuaba viviendo dentro de él, llenando un alma sencilla y buena como pocas, relampagueando en la conversación muchas veces; pero no volvió más á ser canción suelta, estrofa viva, música halagadora que lleva al corazón ecos perdidos del valle montañés...

¡Pobre Evaristo! Yo era muy niño entonces y le recuerdo, sin embargo, como si le acabásemos de perder. ¡Cuántas veces me llevó de la mano, por las *camberas* empinadas de Iguña, ó me sentó sobre una piedra para hacerme gozar de panoramas cuya belleza apenas comprendía mi alma infantil! ¡Y siempre Iguña, siempre su valle, el mío, el de mis padres y mis abuelos, en el corazón y en los labios!

Evaristo Silió fué un gran poeta. No ha tenido la Montaña enamorado más constante ni más leal, que mejor sienta su hermosura. Su libro *Desde el valle* es una joya en que no se sabe qué admirar más: si los primores de ejecución ó la profundidad del sentimiento. Esas tardes oscuras, misteriosas, tristes, de la Montaña, en que la niebla lo invade todo y sólo turba el profundo silencio y la solemne quietud de la naturaleza el rumor del río que serpentea entre maizales, arboledas y prados, ó se despeña, alborotado y espumoso, por una cortadura, formaron el espíritu del bardo montañés, como ellas triste, como ellas soñador, como ellas solemne. La inspiración del vate es como un rezo que convida á la meditación; nos envuelve, nos aprisiona en su misterio, nos hace alzar los ojos, escuchando con ansia inextinguible «el más allá»...

Desde niño se enamoró Silió de sus montañas. Espoleado por el genio que dentro de él se revolvía, abandonó el valle natal, pero llevándolo siempre con él en la memoria. Y cuando vió que el mundo no era más que «un gran valle», menos cuajado que el suyo de bellezas, no más abierto á la esperanza ni á la felicidad, el poeta cantó, cantó en acentos conmovedores las hermosuras de su tierra y las tristezas de su alma.

Hay entre las poesías de Evaristo Silió una que refleja, á mi entender, mejor que todas, el ambiente íntimo en que su alma vivía, la constante preocupación engendradora de invencible tristeza. Aludó á *Los viajeros*.

Cuenta el poeta, con sencillez encantadora, cómo, sien-

do muy niño, pensaba que era Iguña la única tierra creada por Dios. Los viajeros remontaban, no obstante, la última cumbre y se perdían detrás de ella. ¿A dónde irán esos viajeros? Llegó un día en que el niño fué hombre, se puso en marcha, y traspuso la cordillera que limitaba el valle aquél; pero vió, á poco, que el mundo era un gran valle de desdichas y que los caminantes cruzaban del mismo modo sus fronteras, abismándose tras la muerte... Y la pregunta surgió otra vez en su alma, horrible, despiadada, amedrentadora, sin encontrar respuesta que calma-se la honda aflicción: ¿A dónde irán esos viajeros?

«Sólo sé que al fin un día,
tal vez hoy, quizá mañana,
la postrera voz que oímos
me dirá: «Despierta y anda.»
Y me iré con los viajeros
que trasponen la montaña.»

La voz temida llegó, en efecto, y llegó pronto. Aquella pesadilla, que atormentaba el corazón del pobre bardo, se trocó en realidad desconsoladora. Y en su valle natal, á la orilla del Besaya, de agua más limpia y diáfana que el cristal, entre aquellas arboledas en que alternan los chopos de copa erguida y los castaños corpulentos, entre praderas y maizales, protegido por la iglesia cercana, que le acogió en sus brazos al nacer, en el cuarto mismo desde donde mirara, absorto, en su niñez, á los caminantes doblar la última cumbre, junto al balcón que por San Roque —la fiesta de su aldea— era tribuna á cuyos pies bailaban



mozas y mozos, al són de alegre pandereteo que acompaña briosa tonada popular, entregó su alma á Dios, sin un quejido, sin protestar de que la vida se acabase tan pronto

para él, seguro ya del viaje que emprendía y del destino que Dios le reservaba tras aquella jornada definitiva...

*y se fué con los viajeros
que trasponen la montaña.*

Al borde de la *mies* de Santa Cruz, sobre un cerro, que viene á ser primer peldaño de una escalera de colinas cada vez más agrestes y empinadas, entre *sus* aldeanos, duerme el poeta.

Cerca, muy cerca de su tumba, cantan las mozas canciones del país, que repite el eco de cañada en cañada; los *campanos* del ganado que pasta en la tierra próxima llevan hasta él sonidos que alegraron su infancia; la niebla envuelve el cementerio en las tardes tristes que cantara el

poeta, para regarlo con sus lágrimas; y cuando el sol sale, dorando los peñascos de las mas altas cumbres, plateando el río, abriantando la mies baja y las verdes praderas, entre los avellanos que crecen allí cerca silba el malvís cantos de amor y juguetea, trinando sin cesar, los presumidos *colorines*...

El poeta, así, arrullado por aquello que amó más en el mundo, descansa en medio de la campestre soledad. Y *su* Montaña, *su* valle, *su* rincón están con él.

¡Fué más que un gran poeta! ¡Fué un alma pura, sencilla, sin rencores, alma impregnada de todos los perfumes y armonías de la bendita tierra en que nació!

César Silió y Cortés.

Valladolid.—Julio—1900.

SUMARIO

Galería montañesa: † Evaristo Silió, César Silió y Cortés.—Felipe de Pámanes (conclusión), *Gonzalo de la Torre de Trassierra*.—**Enbozo:** ¡A DEFENDERSE! —LOS CANTOS MONTAÑESES.—SONETOS, *Alejandro Nieto*.—EL SERVICIO DE MINAS EN SANTANDER.—NOTICIAS.—GLORIAS MONTAÑESAS.—AL DIRECTOR DE CORREOS.—**Memorias patrias:** BATALLA DE LAS TERCERAS, *Pachín González*.—IMPORANTE.—EXPORTACIÓN DE MINERALES.

FELIPE DE PÁMANES

— (Conclusión). —

Aceptó el africano, firmó el convenio, y ufanos se retiraron á la plaza los emisarios, á los que el capitán recibió más ufano todavía en la creencia de que todas sus proposiciones habían sido aceptadas; corrió presuroso á soltar á Pámanes y darle cuenta de lo pactado, y éste, al enterarse, le dijo: «¡Ah, Sr. D. Alonso, cómo nos habéis echado á perder por consejo destos bellacos traidores á Dios y al Rey! ¿Y qué seguridad tenéis dese cumplimiento del Rey? Si no lo cumple, pedídselo en Chancillería; y al fin, vos lo habéis hecho y vos lo pagaréis con deshonor de persona y perdimiento de la vida y hacienda, y nosotros personas y haciendas.»

Para terminar; los turcos entraron en Bugía y los españoles fueron objeto de brutales atropellos, y las iglesias y conventos de profanaciones sin cuento; todos fueron reducidos á cautiverio y despojados hasta de sus ropas; los padres y los maridos vieron el deshonor de sus hijas y mujeres, y el heroico Pámanes fué de este número. «El almirante del Rey, con ciertos turcos, fué á la nao do la gente de Bugía estaba embarcada, y tomó una hija del contador Pámanes, doncella de edad de trece hasta catorce años, que se decía Francisca de Pámanes, de harto buen parecer y un muchacho muy bonito, de edad de nueve hasta diez años; y antes de esto, había tomado una hija del pagador Ochoa de Zalaya, doncella de

doce hasta trece años, bien hermosa, y se las llevó al Acesoar, donde el Rey tenía sus tiendas.»

Al tratarse de que el capitán dijera las personas que le habían de acompañar á España, D. Alonso, que no podía menos de reconocer que Pámanes era el único que le había hablado con verdad, cruda, sí, pero siempre salvadora, en sus días de mando, ahora en la desgracia, comprendiendo más su valor, trató de que fuera uno de los que con él regresaran; pero sus consejeros le dijeron: «Que de ninguna manera lo llevase, porque en llevarle llevaba el cuchillo con que los degollarían, porque conocían que sólo él había acertado, y así lo dejó cautivo con su mujer y cinco hijos.»

Ya en Argel, el Rey mandó que se le presentara Pámanes, y colocando á su lado el verdugo, le dijo si era cierto que el se había opuesto siempre á la entrega de la plaza y hasta pretendido quitarle la vida, y Pámanes le contestó: «Que los cristianos tenían la costumbre de decir la verdad á Dios y al Rey... que era verdad que lo había hecho y que el capitán no le había querido escuchar ni dar gente para ello.» Y el Rey estuvo un rato sin hablar, mirándole, y miró á los alcaides que estaban allí sin hablar palabra, y mandó al *Chau* (verdugo) que se retirara... que fué maravilla cómo el Rey no le había mandado cortar la cabeza por hablarle tan osadamente. Y desde entonces fué voz corriente en Argel «que en Bugía no habían encontrado más que gallinas, con un solo gallo, que había sido el contador.» ¿Qué fué de Pámanes? ¿Murió en el cautiverio? ¿Logró salvarse? ¿Es este Pámanes el mismo que años después figura en la América española? Por feliz me tendría yo si pudiera algún día salvar estas lagunas; sólo se sabe que el Rey de Argel le trataba con consideración, que á las veces le enviaba dinero y que muchas trató de que se hiciera turco, ofreciéndole «que le daría una alcaldía de las mejores», á lo que Pámanes siempre replicó: «Que antes consentiría morir, y que de hombre que negase su ley nunca confiase nada.»

Los jefes de la victoria guarnición que siguieron al capitán en su regreso, se re-

partieron, como propios, los tesoros de la nación, confiados á su guarda; y mientras sus infelices compañeros morían ó arrastraban vida miserable de forzados, ellos, en España, hacían ostentación de la riqueza que habían robado á la patria; no la gozaron, sin embargo, con sosiego; aquellos tiempos eran otros tiempos; aquellos poderes otros poderes, y aquellas justicias otras justicias: de nada sirvió á D. Alonso Carrillo ni su posición, ni su alcurnia, ni el influjo de sus deudos; el día 4 de Mayo de 1556 subía al cadalso en Valladolid; y el verdugo, al degollarle, gritó con voz poderosa: «Esta es la justicia que el Rey manda hacer con este hombre por no haber cumplido las obligaciones de soldado.»

Destino ha sido de nuestra raza cantábrica el abrillantar los anales de la patria en sus más tremendos desastres: lo mismo cuando sucumbía ante Augusto y sus legionarios, que cuando en Bugía parecía haber desaparecido el honor y el brío de la infantería española, legendario siempre, y más en aquel siglo de Ceriñola, Pavia y San Quintín; lo mismo al arriarse la bandera en el Morro de la Habana, ante el poder debelador de los cañones británicos, que al luchar anémicos y hambrientos en las trincheras de Santiago de Cuba contra la escuadra y el ejército rapaz del pueblo que en gran parte nos debía su independencia.

Cuando España entera sucumbía ante el poder romano, un puñado de montañeses demostró al vencedor del mundo lo que puede la fe y el amor á la patria en corazones vírgenes de ambiciones terrenas; cuando la fortuna, esclava de la nación dominadora, la volvía la espalda en reveses repetidos, Pámanes en Bugía, Velasco en la Habana, Bustamante en Santiago de Cuba, eran el eco de aquella patria chica, lanzando el grito agudo y vigoroso de Aradillos y Portus-Victoria.

¡Gloria á Felipe de Pámanes! ¡Gloria á Velasco! ¡Gloria á Bustamante! Ellos nos dicen la perenne vitalidad de las nobles casas montañesas; ellos nos auguran la aurora de nuevos días, que vendrán seguramente, porque yo, aunque parezca paradójico en este siglo de nivelación y democracia, tengo todavía fe en la raza, esa

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

VÍCTOR FERNÁNDEZ LLERA

HACR bastantes años, en el Ateneo, hablando de Séneca y del estoicismo, conocí a Llera. Entonces practicaba yo con un radicalismo que me ha sido muy costoso, cierta teoría: la de que en las esferas de la ciencia y del arte no se puede reconocer como prójimos, más que a los dotados de esos instintos y fuerzas superiores indispensables para la investigación, para el descubrimiento de bellezas nuevas ó la revelación de conmovedoras intimidades.

Los imaginativos actuales hemos llegado a la vida en mal hora; necesitamos de los pensadores, de los que ahondan buscando las raíces de la cultura; y en páginas tal vez modestas, en charlas, en discursos, nos ofrecen la verdadera savia de la historia y el secreto de la vida; son como mineros tenaces que extraen de las entrañas de la tierra metales preciosos para que otras manos les comuniquen imperecederas formas.

Pues bien; aquí escasean los pensadores, los mineros del pensamiento. Los que se las dan de pensadores suelen ser repetidores, mineros de camama que se pasean por la subterránea galería y aparecen en el libro ó discurso afectando el cansancio del primitivo trabajador, del que labró la mina. Esto es insufrible, y más para muchachos que no han aprendido la hipocresía social, la de oír un discurso necio sin reírse, ver un doctor tan aparatoso como hue-ro, sin sentir la tentación de deshacerlo, como el niño su juguete, por escudriñar el secreto de inocencia ó de estultez que anima al figurón.

Y el figurón está en todas partes: puebla las Universidades, Ateneos, Círculos y tertulias, resobando, á guisa de mañoso cubiletero, las creaciones ajenas que, como se renuevan tan de tarde en tarde, resultan desteñidas, pringosas, nauseabundas. ¡Qué matanzas tan atroces he hecho de estos tales! Los campos de mi imaginación téngolos poblados de suplicios, donde, mientras yo viva, sufrirán sin tregua los muchos que le merecen inacabable martirio.

Hallar un pensador era para mí entonces un motivo de verdadero jolgorio, celebrado con la correspondiente explosión de intimidades y el acrecentamiento del odio é insanas intenciones para los repetidores de lo ajeno.

Juzguen los lectores cuán grata sorpresa recibiría yo al reconocer en Llera á un hombre original, pensador por cuenta propia, fieramente independiente y moderno sin afectaciones.

A poco le oí en el Ateneo varios discursos inolvidables. Versaron sobre *La Imitación de la Naturaleza*, *Forma artística*, *El Arte realista*, *El realismo en la novela y en el teatro*, *Ritmo de la poesía* (vulgo forma poética).

Fué la primera vez que vi, con el entendimiento, las reglas yertas, momificadas, en los tratados, en los manuales, y en boca de los hombres-máquinas animarse, vivir, estallar en el espacio, iluminando las ignotas regiones donde no penetra más que la divina intuición. Cuando me sorprendió el acorde perfecto entre la generación artística y los grandes preceptos antiguos con que la madre Grecia amparó al arte de la barbarie para mientras exista el mundo. La primera vez que ví á un hombre de ciencia en posesión de un sentido común tan robusto, como para no conceder plaza á ninguna de las filosóficas tonterías, entre las cosas sublimes del arte, el más puro y glorioso resplandor de lo divino que llega al hombre.

Y luego, al contender con los gozquecillos, ¡qué dialéctica! ¡qué elocuencia! Su palabra era un martillo de forjar. Convencía y aterraba con el fragor del golpe.

Muy pocos presenciaron sus oposiciones brillantísimas á la Cátedra de Latín, que hoy desempeña en el Instituto

de Murcia, y son menos los que conocen sus monumentales trabajos filológicos sobre *El Fuero Juzgo* (traducción romance), *Gonzalo de Berceo*, *El Libro de Alexandre*, y en general, sobre los documentos castellanos anteriores al siglo XV, que tiene inéditos.

Su cerebro posee la amplitud telescópica necesaria para abarcar el conjunto inmenso del idioma, y la visión microscópica de esas como menudas vegetaciones que apareciendo en los oscuros orígenes, van modificándose con arreglo á invariables leyes y dando lugar á las actuales formas del lenguaje. La posesión del sentimiento del castellano permítele animar toda su labor científica con las luces del arte, complemento del humano saber.

También ha hecho algunas traducciones de clásicos latinos, publicadas por la Biblioteca clásica.

Extrañarán algunos que, sin ser montañés, aparezcan estos renglones míos en un periódico de la región, y tratando de un montañés.

El secreto está en que siendo de los pocos que conocen de verdad á Llera, no he querido perder la ocasión de decirlo en letras de molde, para contribuir á que sea estimado entendimiento tan superior y extraordinario, alma tan bien templada, español tan castizo, y como tal, propongo en demasía á retraerse, á no dejarse conocer. En los tiempos que alcanzamos, todo lo bueno, y mucho más lo óptimo, debe ser conocido para provecho común.

Ante tan inapelable sentencia, espero que se desarregue el ceño de Llera, y que su modestia me perdonará.

Y vaya, para remate, un saludo á la Montaña, por donde Castilla se asoma al fiero mar Cantábrico, donde se extreman la hidalguía, el arriscamiento y temple de la raza, donde reverdecen los antiguos laureles con Pereda,



se reconstituye nuestra vida en el inmenso cerebro de Menéndez Pelayo y abundan los hombres de pró, como en su Galería de retratos demuestra EL ECO MONTAÑÉS.

Francisco ALCÁNTARA.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

DOMINGO CUEVAS

TIENE, allá en Comillas, un despachuco chiquitín, muy majo, instalado en lo alto de la casona de sus mayores, con ventanal al mediodía, lleno de la luz y de los aromas del campo vecino. Traspuesto el ventanal, corre a lo largo de la fachada la solana clásica, en donde hacen su nido las golondrinas y en cuyo balcón se posan un rato los gorriones para aletear en seguida en los cristales que cierran el despacho, a cuyo llamamiento siempre responde el solitario de la casona con buen acopio de granos de alpiste ó de pan desmenuzado.

Dentro del despachuco todo está a la mano. La librería a la derecha, con el estante al aire montado, sin estorbo de puertas ni cristales, repleta de clásicos; la mesa contigua, pequeña, cubierta con tapete, y sobre ella lo indispensable para escribir con comodidad; enfrente el sillón mullido; debajo el felpudo que abriga; sobre el alféizar de la ventana frutas puestas a sazonar, que olean el ambiente, y aquí y allá retratos de amigos con cariñosas dedicatorias; algún objeto de arte; vistas y cuadros de paisajes montañoses, y dominando la pequeña estancia, un severo crucifijo, de talla, buena escultura, encerrado en modesta urna de cristal.

En el recogimiento y soledad de este despacho, Domingo Cuevas ha dejado trascurrir los mejores años de su vida sin darse a conocer como escritor, atento sólo al recreo del espíritu, que se empapaba en la lectura de los buenos autores, en la contemplación de los admirables paisajes de aquel suelo privilegiado; en la observación minuciosa de los diversos tipos y caracteres que allí abundan, tanto como el helerho...

Sabían de él sus muchos amigos—y de ello corrió la fama por aquellos contornos—que Domingo Cuevas era un espíritu culto, enamorado de lo clásico y español neto en achaques de literatura; que era un observador sagaz y fino, pronto a encontrar el ridículo en donde asomara y a atajarle con cuatro rasgos ingeniosos; que era hombre de gusto refinado; cuentista admirable en lo íntimo de una reunión, y que tenía arrobos de gracia cuando se presentaba como habilísimo imitador de cualquier tipo que se le pusiera por delante.

Hace pocos años, por un compromiso de amistad, describió en unas cuantas cuartillas uno de esos tipos. Aquellos párrafos, de castizo humorismo, de estilo cervantesco, de vigoroso poder descriptivo, fueron justamente celebrados cuando vieron la luz en uno de los más acreditados periódicos de la corte. Desde entonces apareció el escritor; los amigos y el juicio de la crítica le animaron a seguir la—para otros—escabrosa senda, y hoy figura el nombre de Domingo Cuevas en honroso lugar de la lista de escritores montañoses.

Sus cuadros de costumbres, su galería de tipos, sus descripciones de las costas y paisajes de la Montaña, coleccionados la mayor parte de ellos en un tomo rotulado *Recuerdos de Antaño*, fueron acogidos con extrema simpatía por todos los amantes de las letras patrias.

Esos artículos, escritos en castellano neto, sin modernismos ridículos ni arcaísmos empachosos, nos recuerdan nuestras cosas, nuestros tipos, nuestras costumbres de otros tiempos, respiran montañesismo en todas sus páginas; y esta simpática labor de Domingo Cuevas le trae hoy, por estímulos de justicia, a figurar en la *Galería montañesa* de este periódico.

Lástima grande es que, a veces, por reflejo del pícaro carácter, por encogimiento de modestia, quizá por cansan-

cio, lo que empieza con altos vuelos de inmejorable novelista y promete sazonadas páginas de interesantes sucesos, aderezadas con singular donaire, termine prontamente, inesperadamente, cuando el lector está más engolfado en aquellas descripciones, perdiendo de este modo la narración su interés y el autor parte de la admiración con que era leído.

Por eso la labor más preciada de Domingo Cuevas es la en que se limita a describir tipos, paisajes y costumbres, no la que abarca asuntos novelescos.

El cuento le *dice* mejor que le escribe.

Entonces, cuando cuenta, hay que oírle... y hay que verle.

Si los que hoy son pasatiempos literarios de Domingo Cuevas los hubiera emprendido en los albores de su lozana imaginación, tal vez tendríamos que ensalzar aquí las privilegiadas dotes de uno de los primeros novelistas de nuestra patria.

Así y todo, esos pasatiempos literarios tienen su miga; tienen mucho mérito, y ocupan su puesto muy honrosamente en la literatura montañesa contemporánea.

Vayan, para terminar, cuatro rasgos fisonómicos de este hidalgo de la tierra: es cetrino de color y avellana-do de miembros; usa perilla cervantesca y lentes del número 5; es aprensivo hasta lo cómico y graciosamente irresoluto; ordenado y metódico; prudente y discreto; afable con todos y de todos querido; porque—¡raro ejem-



plar!—ha sabido siempre arreglárselas de tal modo, que ni tuvo, ni tiene, ni tendrá enemigos.

Esta es su mejor ejecutoria.

José D. de QUIJANO.

EL ECO MONTAÑES

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

† JOAQUÍN BUSTAMANTE

El día 1.º de Julio de 1898, las injusticias de la guerra marcaron el término de la noble existencia del Capitán de navío D. Joaquín Bustamante y de Quevedo, soldado esforzado, marino distinguidísimo, buen ciudadano y eximia personalidad del mundo científico, en el que su constante producir y especialmente su última obra, *Curso de electricidad teórico-práctica*, desarrollando las más profundas teorías de la gran escuela moderna de Secchi, puestas aquéllas al alcance de todos, forman un conjunto de trabajos que le valieron universal reputación.

Dedicado a la Marina por afición y por historia de familia, ingresó a los doce años en el Colegio Naval, siguiendo sus estudios con notable facilidad y con repetidas notas de sobresaliente.

Salido a navegar en Diciembre de 1861, y después de los usuales viajes de instrucción, fué embarcado como Guardia marina en la fragata *Triunfo*, de la escuadra que, al mando del Almirante Pinzón, salió para los mares del Pacífico en Agosto de 1862. Declarada la guerra, primero al Perú y luego a las Repúblicas aliadas de aquella costa, estuvo Bustamante en todas las operaciones de la campaña, tocándole la mala ventura de embarcar a última hora en la goleta *Covadonga*, a bordo de cuyo buque fué herido y prisionero en el desgraciado encuentro con la corbeta chilena *Esmeralda*; encuentro, como otros de época más reciente, en que la malhadada intervención de los hombres políticos ha obligado a la Marina a efectuar disparates que sólo la disciplina puede justificar.

Después de un cautiverio de año y medio, durante el que estudió las profundas matemáticas de Ronsky, las enciclopedias de Montferrier y los tratados de Mecánica racional, entonces más modernos, regresó a España Bustamante, navegando por los mares de la Península hasta 1871, en que marchó a Filipinas, donde hizo una campaña activísima. Allí fué segundo Comandante de la Comisión Hidrográfica; jefe de la Estación naval de Davao; levantó el plano de las islas Saranganis, y por último, con el mando del cañonero *Mindoro* hizo toda la campaña de Joló en 1876, desde el desembarco de Paticolo, toma de la plaza y ataques de Parang y Maibung, regresando a España a fines de aquel año, gravemente enfermo.

En aquella fecha los torpedos tomaron desarrollo en España, donde no teníamos ni material ni textos de enseñanza, y Bustamante fué uno de los que dedicaron todos sus esfuerzos a crear lo que no había, siendo en la Escuela de Torpedos unas veces Profesor y otras discípulo, de los primeros; y durante quince años de trabajos continuos, en que de alumno pasó a Profesor, después a Subdirector, y a Director de la Escuela por último, a pesar de no ser más que Capitán de fragata, la Marina recogió una abundante cosecha de escritos y aparatos de todo género, contándose entre sus obras más notables, sin mencionar infinidad de artículos, *La aguja náutica*, *Los torpedos eléctricos*, *Descripción e instrucciones para el reconocimiento, conservación y manejo del torpedo mecánico Bustamante*, *Apuntes sobre el material de Marina*, y sobre todas, el *Curso de electricidad*, obra de altos vuelos que en algún tiempo no será fácil se supere.

Durante esa época presentó, en unión de Balseiro, el aparato de puntería para los torpedos automóviles, hoy reglamentario, acompañado de un interesante folleto, y poco después su torpedo mecánico, también de reglamento, y con el que defendimos la mayor parte de los puertos de Cuba en la última guerra.

Los sucesos de la malaaventurada con los Estados Unidos son demasiado recientes para que tengamos que recordarlos, y menos cuando es evidente que de haber habido el más pequeño hombre de Estado al frente de nuestros negocios, no se habría ido jamás a una guerra insensata por pueril temor a movimientos populares. En este terreno es gloria y honor para Bustamante el haber votado, valiente como era, que la escuadra no debía ir a Cuba, y al votar así y sostenerlo con su firma no temía las algaradas en los muelles, porque se inspiraba en su amor a la patria; la historia juzgará a los hombres que en una u otra forma figuramos en el sangriento drama de 1898.

Dice un Almirante inglés, conocido publicista, que el Almirante Cervera debió desobedecer, volverse a España desde Cabo Verde y hacerse fusilar con sus Capitanes, con lo que habría salvado para España a Puerto Rico y las Filipinas; y eso, que es claro como la luz del sol para todo el que sepa dos palabras de historia, ya que no de estrategia, era imposible hacérselo comprender, no ya al pueblo español, sino a muchos que se llaman hombres ilustrados; y Bustamante, después de cumplir con su deber diciendo enérgicamente con su jefe dónde estaba el inevitable desastre, dió un nuevo ejemplo de sublime abnegación por la disciplina, por santa obediencia militar, honor del soldado que marcha al sacrificio por sublime religión del deber; lo que si no saben admirar los presentes, han de reconocer con justicia los hombres del porvenir,



Encerrada, por absoluta necesidad, la escuadra en Santiago de Cuba, y agotadas las fuerzas de nuestro valiente ejército por años seguidos de un clima horrendo, y

disponiendo la escuadra de un contingente de hombres sanos y bien nutridos acabados de llegar de España, llegó la hora de echar en tierra nuestras compañías de desembarco, que formaron un batallón de más de 500 hombres, á las órdenes de Bustamante, quien siempre que hubo fuego hacía presente su personalidad en el sitio de mayor peligro, como jefe de Estado Mayor, respetándole los proyectiles americanos hasta el malaventurado día en que debía caer para no levantarse jamás.

En efecto; en la batalla del día 1.º de Julio de 1898, tomado El Caney por el enemigo, muerto el valiente general Vara de Rey, heridos el general Linares, el coronel Ordóñez y casi todos los oficiales, sin soldados de que disponer, más que de sombras de hombres devorados por la calentura, después de haber sacado el general Linares cien convalecientes del hospital para las trincheras, é imposible de contener el avance de los americanos, hubo necesidad de relevar las compañías de Marina, á las que se les había confiado la defensa de las avenidas del Cobre y del camino de Punta Cabrera, por donde se sabía que venía una columna enemiga, y llevarlas á lo más rudo de la batalla. No pudo relevarse la gente del *Colón*, por haber aparecido el enemigo por la cañada que defendía; pero Bustamante, con las compañías del *Teresa*, *Vizcaya* y *Oquendo* y de los destructores, en total unos 400 hombres entre marineros y soldados de infantería de Marina, llegó al campo en lo más rudo de la pelea, teniendo que desplegar su gente al descubierto sin protec-

ción alguna de nuestra artillería, que no servía para otra cosa que para que murieran heroica é inútilmente al pie de los cañones nuestros pobres artilleros, sufriendo en cambio un manto de hierro de la artillería más moderna americana, que en el despliegue se cebó en las compañías de Marina, hasta que tomaron posición y fueron las que rechazaron al enemigo. En ese despliegue, hecho á pecho descubierto, entre los vivos y el entusiasmo de los compañeros del ejército que lo presenciaban, le tocó á Bustamante caer gloriosamente en defensa del mandato de la patria, y sin cuidarse del dolor de la herida y de la imposibilidad de seguir á los suyos, dió un grito de ¡viva España! y al corneta la orden de tocar á ataque.

Llevado Bustamante al hospital de Santiago, tuvo el tremendo pesar de ver aquella santa casa en poder del enemigo; y cuando renacían las esperanzas de una pronta curación, el clima puso fin á una existencia de honor y de virtud, entregando Bustamante su alma á Dios el 19 de Julio, después de cumplir los deberes del más ferviente católico, tranquila su conciencia, mirando á lo alto, pero llena su alma de tribulación, como el que deja una joven y virtuosísima esposa y seis hijos de menor edad, sin fortuna y privados de un esposo y de un padre modelo, como lo era aquel querido compañero de colegio, compañero de nuestras excursiones juveniles por las Repúblicas del Pacífico, compañero de prisión y de estudios más serios más tarde, compañero de Joló y de aquellos arrecifes de Filipinas, que recorrimos juntos con el teodolito en la

mano, con el mismo jefe que había de ser nuestro Almirante en la escuadra de Santiago; separados después por algunos años, para venir más tarde á derramar juntos nuestra sangre en defensa del absurdo de la conservación de Cuba, pero en cumplimiento de un sagrado deber de disciplina, religión del honor, que es la única que puede salvar la familia militar, y en la que la patria puede hallar una sublime esperanza del porvenir.

Reconociendo la patria cuánto debía á su memoria, hizo traer á España los restos de gloria de Bustamante á depositarlos en el panteón que tiene reservado la Marina para los que, bajo su bandera, han sido mejores servidores en la guerra, en la ciencia ó en el trabajo. El Gobierno, después, le ha concedido la cruz laureada, que es la cruz de los valientes.

.....
¡Descansa en paz, querido Bustamante!

Ya las canas pueblan la cabeza de todos los de nuestro tiempo, y en plazo fatalmente corto hemos de contar juntos nuestras campañas donde la justicia y la luz imperan; y entonces, cuando los terrenales dolores de los abandonados seres queridos hayan pasado como surco de lágrimas para alcanzar allí arriba días mejores, cree que los que hoy nos consideramos más afortunados, te diremos que tuviste gran suerte en no ver tanta guerra, tanta ingratitud y algunas veces tanta ignorancia ó tanta maldad!

Victor M. CONCAS.

Capitán de navío.

SUMARIO

Galería montañesa: † JOAQUÍN BUSTAMANTE, Victor M. Concas, Capitán de navío.—UNA IDEA, Siul.—Esbozo: BARBARIE.—NOTICIAS.—DESDE TORRELAVEGA, Dobra.—EL CINEMATÓGRAFO, Eze.—EL CORREO DE BILBAO.—LA TORTOLA, Fernando Tejedor.—LAS NAVES DE CORTÉS, Pachín González.—EL JUEGO.—**Memorias patrias:** CARTA DE SEGOVIA Á MEDINA DEL CAMPO, P. G.—CURIOSIDADES.

UNA IDEA

En Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Francia, desde 1871, y casi todas las naciones, existe la *Asociación para el progreso de las ciencias*, especie de federación temporal, siempre veraniega, de cuantas Academias, Sociedades, Corporaciones é individuos se dedican á la ciencia y al arte con sus derivaciones y utilidades.

Congréganse durante una semana cada verano en un determinado punto de su territorio, en la ciudad cuyo

Ayuntamiento, conocedor de sus intereses, invita y sufragará parte de los gastos para recibir seguros ingresos, no sólo en numerario, sino en crédito y propaganda, al reunir en su seno lo más granado é influente por su posición y autoridad, de estadistas, sabios, artistas, profesores, ingenieros, industriales y demás elementos intelectuales y económicos de la nación.

Celebranse dos sesiones generales, y tantas parciales como secciones de cada una de las ramas del saber ó del ganar puedan constituirse, alternando con excursiones, giras y visitas al país, sus maravillas naturales, sus establecimientos industriales, sus monumentos históricos y cuanto en el mismo hay que ver, estudiar y releer.

Motivos de fiestas, y fiestas cultísimas y útiles, son estas congregaciones de elementos tales, facilitadas por cuantos recursos tienen autoridades y particulares para hacerlas fáciles, agradables y buscadas; y como recuerdo de ellas quedaría siempre el libro de sus actas, que es colección interesante de estudios y monografías verdaderamente magistrales, á juzgar por los publicados en el extranjero, siempre que presida tales congresos una docena de hombres que bien puede y debe reunir-

los la Montaña, con seguridad de obtener el más completo éxito en la iniciativa y organización de esta obra de verdadera regeneración nacional.

La prensa y los montañeses tienen la palabra.

SIUL.

..

Nos parece tan acertada la idea que esboza en los renglones precedentes un montañés que ya honra y más ha de honrar aún á la Montaña, que gustosos le ofrecemos nuestro insignificante pero entusiasta concurso, y acudimos en demanda de su fuerte apoyo á la prensa montañesa, á los maestros y á la juventud brillantísima que promete han de seguir luciendo el Arte, la Ciencia y la Literatura en la Montaña, para que alguno recoja la idea y apunte el modo más eficaz para ser llevada á realización.

La región y España misma ganarían mucho con que los montañeses fundáramos la *Asociación para el progreso de la Ciencia*.



EL VECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

DOCTOR MADRAZO

HENRIQUE Diego Madrazo y Azcona, es un intelectual, dotado de las grandes virtudes que se engendran en la dura labor cotidiana del cirujano que rinde á su profesión culto ferviente.

Su espíritu, abierto, templado en lucha con la adversidad por los fueros de la Ciencia; su sereno juicio y su voluntad inquebrantable le dan el acierto en la observación y la firmeza propia, en el obrar, de los seres superiores, debiéndose á esto que acometiera el empeño difícil de construir un Sanatorio quirúrgico á la altura de las exigencias científicas, para rivalizar noblemente con los más afamados del extranjero.

El Doctor Madrazo, á impulsos de un sano y patriótico deseo de mejorar los medios empleados en la enseñanza oficial de la Medicina y Cirujía, entró á formar parte del Claustro universitario de Barcelona en el año 1884, y durante tres cursos explicó la asignatura de Patología quirúrgica.

En este tiempo luchó con ahinco, con verdadero entusiasmo por el mejoramiento de las condiciones higiénicas de aquel hospital, tan primorosamente descrito en su obra *Lecciones de clínica quirúrgica*; y cuando se convenció de que el ministerio de Fomento no iba en su apoyo, renunció la cátedra, por razones de humanidad y patriotismo, haciendo constar en la renuncia que su constitución moral no le permitía seguir al frente de una clínica en que se hacía imposible la aplicación rigurosa de los elementales principios de la Cirujía moderna.

Cirujano por vocación, no podía estar separado de lo que era su vida, el operar, prestando servicios á los dolientes, y menos en nuestro país, donde tanto escasean los buenos operadores; y al efecto, no bien hubo concebido la idea de fundar un Sanatorio quirúrgico, ya estaba funcionando el primero que edificó en la alegre y pintoresca villa de Vega de Pas, la villa de su nacimiento. Era capaz para veintidós operados; reunía todas aquellas condiciones que apetecen los buenos profesores y los enfermos celosos de su comodidad; y de tal manera corrió la fama de las curaciones en el Sanatorio de la Vega conseguidas, que pronto resultó pequeño y hubo de pensar el Doctor Madrazo en hacer otro en una población á la que pudieran trasladarse los enfermos sin las grandes molestias de un viaje, cuya terminación era recorrer en malos coches cuarenta kilómetros.

Se inauguró el Sanatorio quirúrgico de Santander hace cuatro años, en el transcurso de los cuales se han hecho en él más de dos mil operaciones con excelente resultado, puesto que sus estadísticas, fiel reflejo de la verdad, y que no incluyen operaciones de escasa importancia, arrojan una mortalidad de 2 por 100, insignificante aun sin tener en cuenta que allí se practican los trabajos más difíciles y peligrosos de la Cirujía, arte que, como ninguno, ha llevado al límite los atrevimientos.

Las notas más salientes del Doctor Madrazo, son la sencillez de su conversación, en la que nunca se le oye pronunciar un término técnico, en su afán de vulgarizar los conocimientos; la modestia llevada hasta la exageración, pues, hombre de grandes convicciones, celoso de su deber, sabe practicar el bien por el bien, sin deseo ni esperanza de otra remuneración; y así sucedió que, cuando por los servicios por él prestados en el hospital de San Rafael con motivo de la catástrofe del *Cabo Machichaco*, alguien quiso proponerle para una recompensa, se opuso tenazmente á ello. Otra nota de su carácter es el respeto, consideración y cariño con que habla de sus compañeros, de los cuales se encuentra propicio siempre á hacer grandes elogios.

Finalmente: el Doctor Madrazo es un sociólogo acabado; un espíritu observador y concienzudo le ha dotado de una serie de conocimientos nada comunes, siendo de admirar la claridad y precisión con que trata todos los problemas que preocupan al mundo civilizado. Y no sólo habla muy bien, sino que además escribe con gran corrección y elegancia, como lo demuestra en los capítulos de su renombrada obra *Clínica quirúrgica*, en aquellos pasa-



jes en que se ofrece motivo al tratadista para lucir sus galas de literato.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

FERNANDO PÉREZ DEL CAMINO

OTRO que erró la vocación. Hizo sus estudios en la Facultad de Medicina de Madrid; ganó el título de médico; hizo su primera visita de tal... y se dijo *in continenti* «ahí queda eso». Y no volvió á visitar más.

¡Acto laudable y meritorio que, imitado por otros, librería á tantas víctimas de la muerte!

Su afición, sus aptitudes y ciertas voces secretas de su alma, le llamaban por sendas bien distintas; y Camino, que supo practicar con prudencia el *nosce te ipsum*, tomó resueltamente el del Arte, después de cumplir sus deberes de ciudadano en el ejercicio de las armas... cumpliendo su *servicio forzoso* en la de Caballería, pues tuvo la suerte de nacer tan á tiempo, que «le cogió la quinta forzosa de Castelar».

De resultados de lo cual ha escrito Camino, andando los tiempos, un lindo y regocijado libro titulado *El cabo Pérez*, autobiografía del autor, con lo que ha ganado, aparte de muchos aplausos, un prestigio extraordinario «entre los del arma» donde cumplió tan honrosamente sus servicios.

Camino fué discípulo aventajado del ilustre maestro belga Carlos Haes, en la Escuela Nacional de Pintura, y compañero de Plá, Sáinz, Pelayo y otros muchos, que, como él, han ilustrado su nombre en Exposiciones y concursos de Arte.

La pintura de paisaje fué la especialidad cultivada por nuestro artista, y principalmente la de marinas, que todavía no alcanza en España la calificación de *especialidad autónoma*.

También fué certero en esta elección el instinto de Camino: no sólo porque el culto, casi idolátrico, que rinde á la Naturaleza le atrajese con fuerza, sino porque el espíritu de Camino parece creado para disfrutar á sus anchas en la soledad y recrearse en la pura contemplación del paisaje, sin echar de menos la comunicación de sus impresiones, ni compartirlas con nadie.

Y eso que es Camino un espíritu culto y un ingenio despierto, que posee como pocos el arte agradable de la conversación. Es la suya chispeante, amena y discreta; pero necesita para lucir tal facultad envidiable, un auditorio reducido y de gran intimidad. Ante el resto del público, aparece como hombre oscuro, retraído y de avinagrado genio.

No sé si decir de él que es un pensador; pero si tal calificativo cuadra á quien vive del jugo de sus propias ideas y le perturban poco las vulgares que á otros sugestionan, Camino es pensador, y en grado eminente.

En su manera de pintar dejaron hondas huellas las enseñanzas de su maestro; y de entonces acá, apenas si le han hecho mella las nuevas tendencias por donde va la pintura de su género. Aunque no lo dice muy claro, parece-me que odia el *modernismo* y desprecia el *decadentismo*.

En general, su colorido es jugoso y de buena entonación; su factura sencilla, pero á veces demasiado escrupulosa, y gusta cultivar la nota plácida y serena del paisaje y de la mar.

Mucho más que en el gran cuadro de composición, pintado en el taller y con el pensamiento puesto en el público más que en la obra, luce en el apunte directo de la naturaleza: entonces es más espontáneo, fácil y justo. Entre las paredes del taller se asfixia, se hace meticuloso, indeciso y hasta pueril.

Esto no obsta para que haya ganado ya una medalla en la Exposición Nacional.

A Camino le hace falta para pintar, la comunicación directa é íntima con la Naturaleza; y á este efecto ha ideado los procedimientos más peregrinos. Primero se hizo *yachtman*, y se compró un balandro, el famoso *Mechelín*, para recorrer las costas y rías y pintar desde la *toldilla*. Luego abandonó la mar y se compró caballos, y se fabricó una ingeniosa carreta con todas las comodidades apetecibles al mismísimo *Tartarin de Tarascón*, para recorrer en *villegature* la comarca montañesa.

Desgraciadamente, me veo obligado á decirlo, las facultades intelectivas de Camino están en gran desequilibrio con sus facultades activas: pinta poco, muy poco. Acaso es del parecer de Bécquer, que decía, en su gran egoísmo de artista refinado, que sus mejores versos no los escribía, sino que se los guardaba para saborearlos á solas.

Así es Camino; quizá los cuadros que mejor ha visto y sentido se los ha guardado para sí, y no ha querido ni desflorarlos llevándolos al lienzo.

Yo no digo que se haya hecho precisamente para él aquella frase del gran bohemio Eulogio Florentino Sanz: «Hay años que no está uno para nada;»—pero, para Camino, ¡hay trimestres!...

También maneja con gallardía la pluma, que, entre otras muestras muy gratas de su ingenio, ha dado á la estampa *El cabo Pérez y Marinucas*, colección esta de cuadros costeros, recibida con aplauso del público, que agotó pronto la edición.

En la madurez de su juicio está ahora Camino, y las



muestras que de él lleva dadas y le han conquistado nombre, hacen esperar obras que admirar.

¡Fuera pereza!

A. ORTÍZ DE LA TORRE.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

JOSÉ SÁNCHEZ RAMOS

CUANDO NO tuvieran los montañeses en el prontuario de sus condiciones otras buenas—y tienen muchas—que el amor al trabajo y al país en que nacieron, aún la suma de virtudes que esos dos amores representan, sería bastante para que la raza mantuviera el parangón con las demás del mundo.

Ved el muchachuco que abandona, pobre de equipaje, rico de ilusiones, el pueblo en que nació, para ir a un punto de América donde el trabajo es ley de vida... Allí se pondrán a prueba sus energías y su tesón; será el desencanto flojo, porque la noche es necesaria para disponer la lucha del día siguiente; las zozobras y los disgustos y los dolores le asietarán el alma; pero esta no se rendirá nunca, y el montañés va creciendo, despertando más y más su despejo característico, opondrá a todas las tribulaciones su heroica conformidad al precepto divino: *In sudore vultus tui vesceris pane*. La suerte le colocará entre los escogidos; colmándole de favores, ó le señalará con la negra tilde de la desgracia; y él, vivido por la pesadumbre, gozará sólo dulzuras si el sueño bienhechor le pone delante las cumbres que rodean el pueblecito de sus años primeros y llorará por no poder restituirse a la Montaña; y él, mimado por la Fortuna, acariciará en la imaginación deliciosamente el momento de emprender el retorno a la tierra amada, en la que ha de dejar memoria perdurable de su amor.

*Feliz ó desgraciado,
yo siempre te amaré.*

Esta promesa del grandilocuente vate de Hinojedo es el mote que todo montañés emigrante puede escribir en su escudo, como le escribe en su corazón, al esfumarse y desvanecerse desde el mar, por babor, la línea de acantilados y verdura que ciñe la costa de la Montaña...

No huelgan esos renglones a guisa de prólogo breve de la breve semblanza de D. José Sánchez Ramos. No fué este hijo de Cabezón de la Sal de los que abandonan el hogar paterno, patrimonio de la estrechez, pero fué uno de tantos montañeses como dan el adiós a su aldea, plétóricos de esperanzas: que siempre el montañés que se arroja a lejanas latitudes tiene en el corazón más ilusiones que risueñas realidades en el vivir de la tierruca.

Preguntad en los mil pueblos de ésta quién dota al hospital y a la escuela y a doncellas pobres; quién construyó tal camino ó erigió tal ermita ó casa de servicio público... preguntadlo y os contestarán que todo es debido a la munificencia, a la generosidad de este ó de aquel indiano, hijo del pueblo. Preguntad en Cabezón de la Sal, hermosa villa montañesa, a quién debe las ventajas de contar con el alumbrado eléctrico, y sabréis que a D. José Sánchez-Ramos, hombre que entre los mil azares de la gran política en extraño país, entre las satisfacciones de la familia, entre los desvelos que producen difíciles empresas industriales, entre los murmullos adormecedores de los que adulan y entre los triunfos ruidosos de la inteligencia y del trabajo, ni un instante dejó de pensar en su pueblo, en su pueblo asentado al pie de montañas que le rodean y le embellecen, señor de un valle del Paraíso que recorre, rico en armonías, el viejo Saja, bajando rumoroso de Cabuérniga, para ir a contarle al Besaya en Torres y en Requejada al mar, los tesoros de hermosura que sorprende en sus propias riberas.

Sánchez Ramos nunca olvidó a la Montaña. Pequeño el avance en los primeros años de su inmigración en la República mexicana, era el norte de sus trabajos el vol-

ver al punto de donde saliera, para sentir más hondas las dulces sensaciones de la niñez al ver morir al sol tras de las cúspides de los Picos de Europa. Abierto el camino de los que triunfan, conquistada la halagadora sonrisa de la suerte. Sánchez Ramos—ó *Don Pepe*, como cariñosamente le llaman en México,—montañés antes que capitalista, hijo amante primero que hombre de negocios, pospuso los que allá le embargaban a la voz de la tierruca, y a ella vino, y en ella gozó los sentimientos más puros y más grandes de toda su vida, pródiga en sucesos interesantes de los que obligan al alma a estremecerse y al corazón a latir con violentas sacudidas.

Allá fué, a México, cuando aún la expedición militar del general Prim vivía con toques enérgicos en la memoria y en los ojos de los mexicanos. Casi enemigo de la República considerábase a todo español, por tal hecho, no más, necesitado de extraordinaria cordura en sus relaciones, y todavía así careciendo de esperanzas para ser. Pues Sánchez Ramos supo pronto conquistar un nombre en la lucha de la honradez, de la laboriosidad y de la inteligencia; y los mexicanos más opuestos a asentir a las virtudes de los españoles, fueron los que se adelantaron a reconocerle fama de emprendedor y a solicitar su consejo, cuando no su concurso, en las campañas que en todos los órdenes se acometían para el renacimiento prodigioso de la República, cuyas victorias en los combates de la paz son timbres de gloria para España.

Ese poderío de México, en el orden mercantil, en el industrial, en el fabril, hasta en el de legislación y artis-



tico; ese despertar, que maravilla, del territorio civilizado por Hernán-Cortés, para construir grandes vías de comunicación, para roturar terrenos baldíos, para detener el

curso de las aguas estériles, haciéndolas servir á los fines de la industria; ese paso de gigante que México ha dado en el camino del progreso, y también la consideración que á los españoles se guarda y el cariño con que se les distingue entre todos los extranjeros... todo eso: desarrollo de la riqueza y de la cultura mexicanas y reconquista del buen nombre español allí, obras son en que Sánchez Ramos tiene gran parte, obras en que puso á contribución sus dotes excepcionales de hombre de negocios, de diplomático, de extranjero respetuoso, de español incondicional.

Encargado de una comisión diplomática en los Estados Unidos del Norte de América, cuando difíciles las relaciones de las dos Repúblicas. su sagacidad, su exquisita distinción, su trato severo y afable en uno, diéronle, no tardando, un rumbo que seguir con seguridades de éxito; pero no era el del disimulo el camino que ambicionaba su carácter austero y firme, y renunció á las luchas diplomáticas. Poco menos que de visita entró entonces en las fábricas del célebre Remington, y á poco era el eje principal de la importante casa constructora.

Regresó á México, y sus iniciativas, á veces arrojadas, y lo alto de la cotización de su nombre, permitiéronle acometer las más árdas empresas, sin que en ninguna fallaran sus cálculos, á una beneficiosos para las Sociedades que dirigía y para la riqueza del Estado, que le es deudor de mucho de su florecimiento.

Fábricas de tejidos, de hilados, de papel, explotación de minas, desecación de lagunas, plantaciones, construcción de ferrocarriles, creación de Bancos; es decir, las industrias madres, la transformación de los productos naturales y del cultivo, las redes de comunicación necesarias para su desarrollo y la reunión de capitales, imprescindibles hoy más que nunca en las empresas... todo lo abarca y lo conduce á vencer el claro talento, la férrea voluntad y la ojeada admirable de Sánchez Ramos. No es, por eso, maravilla que en México le proclamen hombre insigne y que en la Política de la República tenga sin pretenderlo, una influencia notable, que no utiliza sino para hacer más estrechas y cariñosas las amistades de mexicanos y españoles.

..

De sus trabajos descansa en Santander, desde donde sube con frecuencia á Cabezón de la Sal, querido por él con verdadero entusiasmo. Allá en México le solicitan los negocios; aquí, rodeado de su familia, realizase su ansia de siempre, y disfruta, como jamás disfrutó, admirando las bellezas de la Montaña, mientras tal vez discurre que ésta y su pueblo deben ser los lugares en que planee sus iniciativas, ya consagradas, y en donde sus hijos, montañeses por herencia y por amor, rindan á España el culto que éles le inculcado desde que, siendo niños, pudieron comprender.

J. A. GALVARRIATO.

SUMARIO

Galería montañesa: JOSÉ SÁNCHEZ RAMOS, J. A. Galvarriato.—REGIONALISMO.—¡SANTANDER, ALERTA!—Esbozo: JUSTO CASTIGO.—NOTICIAS.—DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierruca*.—VERSOS, *Alejandro Nieto*.—UNA IDEA.—VENCIDA: NOVELA CORTA Ó CUENTO LARGO (conclusión), *Delfín Fernández y González*.—**Memorias patrias:** EL TOSTADO, *Pachín González*.

REGIONALISMO

Ha sonado tanto en toda España nuestra gran fiesta de familia del 12 de Agosto, que importa aclarar su significación si hemos los montañeses de prevenir el peligro de que se nos acuse de ir contra la unidad de la patria, acusación tremenda, que en Madrid se vomita muy fácilmente, ya por santo horror á los intentos de los separatistas catalanes y de los bizcarras, que sublevar el ánimo más tranquilo, ya por ignorancia de lo que el regionalismo quiere decir y significa en los escritores que se ocupan de estos asuntos.

Fiesta de región fué la montañesa que presidieron Pereda, Monasterio y Menéndez y Pelayo; regocijo familiar de hermanos que se juntan para estrechar los vínculos del afecto y brindar por la gloria de la madre común; expansión colectiva de una «craza» que conservando perenne el individualismo de los cántabros sus antecesores, sabe como estos unirse alguna vez en aras del amor á la patria chica.

No importa que después de la «romería», donde todos nos divertimos y gozamos, la gente jaranera enarbolara los palos pintos de acebo nudoso, y

que en su consecuencia anden por ahí más de cuatro personas con bizmas y descalabraduras, como el hidalgo manchego tras del combate con los yan-güeses. No importan ni los arañazos de damisela, ni las lanzadas de briosos paladines, para reconocer lo grande de la *Fiesta montañesa*. Al fin, ni con muertos luchan ni rematan los nobles á los moribundos; para los vivos de ánimos fuertes guardan los suyos y el empuje de su brazo.

Unánimes todos en aplaudir á posteriori la fiesta de familia, ó algunos en desacuerdo, lo que resulta de todas maneras es que despertó gran entusiasmo en la Montaña toda; que acudió á la capital gente de los pueblos más lejanos y escondidos, y que la inmensa mayoría de los montañeses que estuvieron en la plaza de toros están satisfechos y nada de lo de esencia tienen que censurar. Y si es digna de que se oiga la opinión de los ilustres, no por eso, cuando se trata de algo eminentemente popular, ha de rechazarse *ab irato* lo que apunten los sencillos que gozan con el baile pobre montañés, los humildes que aplauden los números de la danza, los que en nuestro entusiasmo vemos en la fiesta del orfeón «Cantabria» una obra de sano montañesismo que puede y debe tener su continuación en los años venideros.

Como tal obra de apretura de los lazos del cariño entre los montañeses de todas las comarcas; como cultivadora del afecto entre hijos de la misma madre, que apenas si se conocen; como obra que busca mantener el cariño á la región, puede considerarse en uno de sus aspectos la *Fiesta montañesa*. Eso se quiso que fuese, eso fué y eso deben ser las fiestas sus continuadoras.

Pues en este sentido de llamamiento á la unión y al cariño regionales, regionalista fué la *Fiesta montañesa*, pero sin asomos de insulto á la Patria, á

quien los montañeses tributan el más rendido y fervoroso de sus amores. No caben allí ni actos ni predicaciones que vayan á herir el concepto que de España pueda tener el madrileño más enemigo de los provincianos.

El regionalismo montañés no tiene parentesco con el que se llama regionalismo, y no lo es, de los dementes de Vizcaya y Cataluña; el regionalismo montañés es... el regionalismo: una fuerza que, muy lejos de tender á disminuir la de la Patria, la aumenta; que no es desmembración, sino unión provechosa; que no es odio, que es amor.

Ni es de este sitio, ni á nosotros toca explicar en extenso el regionalismo de los montañeses; pero sí, como á cada uno, nos compete afirmar que el hon-do amor de sus hijos á la Montaña no enturbia ni disminuye sus grandes sentimientos de puro españolismo; que, patriotas, hijos de España, celebran los triunfos de España y como propias lloran sus desventuras, sin encontrar en ellas motivos para criminales y cobardes aflojamiento de lazos; antes, sí, motivos mayores para amarla con ternura.

¡SANTANDER, ALERTA!

Comunicannos personas que por sus cargos pueden y deben estar en el secreto, que, SIN TARDAR MUCHOS DÍAS, se sentará en los terrenos de la dársena la *primera piedra* para la estación del ferrocarril de Bilbao á Santander.

Más nos comunican, más que exalta; pero para aviso bastante es lo consignado.

Ahora viene bien aquello de

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

FERNANDO FERNÁNDEZ DE VELASCO

SERENA y firme, pero apacible y tranquila la mirada; grave el continente; gallarda todavía la gentil apostura, que parece más propia de otra indumentaria y de otros tiempos; compasado el andar, y señoril y caballero el aspecto todo de la persona, con un algo de marcialidad natural y severa, como si se mezclaran en su conjunto extraño los rasgos característicos del artista del siglo XVI con los del Capitán de los tercios de Flandes de entonces mismo; un poco echado atrás por la costumbre de mirar de frente; un bastante cuellierguido por la natural gentileza del busto, que de igual manera en pie derecho como en cualquiera otro modo de estar, resulta vigoroso de líneas, recio y bien trazado, como un valiente barro etrusco de los mejores; y un mucho, en fin, de atildado y correcto y pródigo en demostrar, sin pretenderlo, el señorío que le viene de linaje, va por la vega de Curriedo, por las calles de Santander ó por los salones de Madrid—donde mejor cuadre á su voluntad, puesto que en todas partes es de idéntica manera,—el ilustre solariego D. Fernando Fernández de Velasco y Pérez de Soñanes.

Aquella cruz de Calatrava que le adorna el pecho, no le ennoblece más ni le da mayor preza que la que tiene en su cara montañesa, heredada de viejo, pero cuadra muy bien á aumentar en él la austera expresión y el noble aspecto. Es una de las más linajudas familias de estas montañas la suya. Yo aprendí una vez en casa de otro montañés meritisimo, honra nuestra, de D. Eduardo de la Pedraja, revolviendo con su sabia ayuda aquella tan rica y valiosa colección de documentos de su admirable biblioteca, que son el mejor archivo de Cantabria, cuál fué la hidalguía de los ascendientes de este modelo de caballeros. Desciende, por línea de varón, del noble D. Pedro Fernández de Velasco, señor del Soto de Quitanoaheles, muerto en la memorable y sangrienta batalla de Aljubarrota, en 1383, donde peleó con denuedo en favor del derrotado pendón de Castilla, por el temerario D. Juan I. Fundó aquel ilustre guerrero la línea de Velasco, llamada de la Rueda, descendiente á su vez de Fernán Sánchez de Velasco, de donde dimana el patronímico, pues que su padre fué Sancho Sánchez de Velasco, señor de Ruesga y Soba en esta provincia y de la Puebla de Arganzón, así como Adelantado y Merino Mayor de Castilla, según consta por despacho en el *Seguro de Tordesillas*, que escribió el Conde de Haro, y en otros libros de genealogistas que tratan de viejas cunas castellanas. Tal es de antigua la fama de su apellido.

Con estos antecedentes y con añadir que no han hecho en él los años señales hondas, á la manera que se mantienen verdes y lozanos los recios robles de la Montaña, combatidos del huracán muchos inviernos, bien puedo pasar á indicar algo de su significación personal, deplorando con toda mi alma no tener para este empeño mayores fuerzas. Y conste que la admiración que en él siento es muy sincera, tanto, que á valer más mi pobre pluma, no se hallara para biografiarle otra opinión más digna de respeto que la mía, porque la mayor parte de los méritos públicos de D. Fernando Fernández de Velasco están alcanzados manifestándose él decididamente en un campo del que yo vivo por arraigadas profundas convicciones alejado á mil leguas. Sus ideas, diametralmente opuestas á las que yo concibo, en ciertos importantes pormenores, le alejan de mi devoción; pero la manera de sentirlas y de expresarlas me admira y me entusiasma. Es un hombre que pensará como quiera, pero quiere siempre honradamente,

supeditando todo á la severidad de la conciencia, que vive en él siempre vigilante, con la inflexible balanza de sus justicias preparada para pesar sus reflexiones y aconsejarle en cada caso; y si se equivoca lo hace tan libre de prejuicios y de sugerencias, que bien puede parecernos respetable su equivocación á los que vimos la fe sincera con que apadrinó toda su alma el resultado del análisis.

Luego, aparte sus otras condiciones morales, tan admirables, le trae á esta galería el mérito de su vasta ilustración.

Es un gran erudito Fernández de Velasco. Sabe tanto como algunos reputados de sabios y mucho más que la mayor parte de los «ilustrados». Sus trabajos periodísticos, verdaderamente notables, lo demuestran; y son prueba de ello, bien galana, los que aparecieron en *El Arte en España*, publicación fundada por D. Gregorio Cruzada Villamil hacia 1862; en *La Constancia* y *El Siglo Futuro*, de Madrid; *La Monarquía Tradicional* y *La Verdad*, de Santander, y *El Euskaro* y *La Tradición Euskara*, de Bilbao.

Escribió además un admirable cuento, labor literaria de verdadero mérito, titulado *Los dos indios*, que debió aparecer hacia 1866 ó 67 en *La Hormiga de Oro*, de Barcelona, y un notabilísimo discurso para ser leído en el Congreso Católico de Zaragoza el año 1890, sobre la tesis XIV, que era la siguiente proposición: «Siendo la prensa un simple medio, de suyo indiferente, para guiar á la cultura ó á la barbarie, señalar las reglas á que debe sujetarse para promover la primera y evitar la segunda».

Actualmente se halla ya dando de mano á otro trabajo



de importancia: una extensísima biografía de D. Juan de Isla, para el Homenaje á Menéndez Pelayo.

En todas estas obras suyas imprime un estilo vigoroso

y entonado, rebotante de clasicismo puro, sin afectaciones ni esfuerzos; demuestra saber profundo, mucha lectura y juicio clarísimo, que le coloca en muy ventajosas condiciones para emitir con valiente desenfado su opinión; y en alguno de sus trabajos, pero especialmente en las cartas particulares, inéditas por supuesto, que sobre motivos varios escribe con frecuencia a sus amigos, se muestra con un ingenio tan feliz y donoso, poseedor de una *vis cómica* tan admirable, que, considerando además en los hermosos párrafos que hace la limpieza y corrección de frase y la armoniosa construcción de sus períodos, bien puede calificarse de afortunadísimo estilista.

Es lástima grande que el vivir holgado y el desconocimiento «práctico» absoluto de las necesidades que proporcione la batalla por el pan cotidiano, aleje de la «acción» del mundo a hombres como el solariego de Soñanes; porque una parte considerable, la mayor sin duda, de los esfuerzos de que son capaces, se pierde inutilizada en la tranquila posesión de sus deseos. Ni las mismas posiciones políticas son bastante a mover con los necesarios entusiasmos estos organismos privilegiados, cuando reposan abitos en una holganza que casi lo es completa, fuera

de los cuidados burocráticos, y una vez pasada las fogosidades de la juventud, siempre briosa y llena de alientos para todo, apenas si producen en un año lo que podrían muy bien crear en pocos días. Esto explica que Fernández de Velasco, tan sereno de juicio, tan rico de estilo, tan abundante de conocimientos en todos los órdenes del saber, pero especialmente en Historia y Literatura, y tan fácil y suelto de pluma, no tenga anotados en su «haber» efectivo de hombre de letras otra cosa que trabajos breves, de periódicos en su mayor parte, que apenas si han tenido la suficiente resonancia para que se sepa lo que puede y lo que vale.

¡Ah!, si hubiera empleado sus envidiables facultades en obras de más vuelos, ya sería mayor el número de montañeses que mentarían su nombre con respeto, con el respeto que merece el verdadero y único señorío de los tiempos modernos, en los que el único blasón que ha de imponerse es el ganado, batallando en las honrosas lides del saber, con la fuerza y las armas de la inteligencia!

José de COSPEDAL.

Santander. Agosto, 1900.

SUMARIO

Galería montañesa: FERNANDO FERNÁNDEZ DE VELASCO, *Jesús de Cospedal* — ¡SANTANDER, ALERTA! — NOTICIAS. — DESDE CABEZÓN DE LA SAL, *Moñago*. — DOS FILOSOFÍAS, *Tomás Cárcaves*. — PARA EXPORTADORES, X. X. — DE HISTORIA: PELAYO Y ALFONSO XIII. — SONETO. *J. Domínguez Lara*. — CORREOS. — *Memorias patrias*: FELIPE II, *Pachín González*. — CURIOSIDADES.

¡SANTANDER, ALERTA!

Los renglones que con este título publicamos la última semana, han producido todo el buen efecto que era nuestra aspiración. La prensa toda santanderina ha clamado contra el propósito de construir en los terrenos de la dársena la estación del ferrocarril de Santander a Bilbao, y puede esperarse que se conjure el conflicto que se acentuaba.

Mejor que escribir nosotros sobre los efectos de la noticia del sábado último, será que traslademos a estas columnas parte del artículo de fondo que publicó el miércoles nuestro estimado colega *La Atalaya*:

«En vista del sueldo que reproducimos el lunes, de nuestro colega *El Eco Montañés*, que daba la voz de alarma a los santanderinos, afirmando que, sin tardar muchos días, se sentaría en los terrenos de la antigua dársena la primera piedra para la estación del ferrocarril de Santander a Bilbao, el señor gobernador civil reunió en su despacho al señor Alcalde y a los señores Jado (don Angel) y Gómez (don Severiano), representantes de los propietarios que forman parte de la «Junta de defensa», creada con carácter permanente para abogar por los intere-

ses de Santander en este importante asunto; y acordó todos en apreciar la gravedad de la noticia publicada por *El Eco* y recogida por la prensa local, convinieron en la necesidad de dirigirse al señor ministro de Obras Públicas en la forma que la urgencia y singularidad de las circunstancias exigían.

Así se hizo, en efecto, inmediatamente. El señor gobernador civil, de acuerdo con los señores antes nombrados, expidió a Madrid un extenso telegrama, de cuyo contexto nada hemos podido decir porque los señores reunidos en el despacho del Gobierno se juramentaron para guardar silencio respecto de todo lo allí tratado, hasta tanto que del ministro se recibiese la contestación esperada.

Ayer llegó ésta en telegrama urgente dirigido al señor gobernador civil. El cual, inmediatamente, a las doce y media de esta madrugada, llamó a su despacho a los señores Jado y Gómez y a los representantes de los diarios de la mañana, para darles cuenta de las buenas noticias que acababa de recibir de Madrid.

Leído el telegrama del señor ministro, lectura que produjo en todos muy viva satisfacción, el señor duque de Hornachuelos, a quien debemos agradecer el gran interés que ha puesto en asunto que tanto nos importa, nos facilitó, para darla al público, la siguiente

NOTA OFICIAL

«Autorizado oficialmente por el señor ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas, del que acabo de recibir extenso telegrama, contestación al mío de ayer, puedo asegurar que la Compañía de ferrocarriles de Santander a Bilbao no puede en modo alguno poner la primera piedra de la estación en los terrenos de la antigua dársena, ni inaugurar obras, entre otras razones, porque aún no es-

tá aprobado el proyecto de la estación definitiva. Asimismo me dice el señor ministro que, antes de aprobar el proyecto, está dispuesto a pedir nuevos informes, y que se halla animado del mejor deseo respecto de los intereses de esta ciudad.»

Ha resultado, pues, lo que nos proponíamos.

A *EL ECO MONTAÑÉS* compete velar por los intereses de la región, unido a sus estimados compañeros, y hablar de aquello de que tenga la fortuna de enterarse, para que los colegas montañeses den a los asuntos la importancia de sus comentarios. Esto queríamos ahora y esto se consiguió.

La influencia de *El Eco* es tan limitada, que solo nada puede alcanzar. «Levantó la liebre» de la estación de Santander-Bilbao, y los periódicos santanderinos la han perseguido y la matarán: a ellos corresponde la gloria de la jornada.

Pero no hay que dormirse. El enemigo es hábil y poderoso y no ha de considerarse derrotado a las primeras. Bien ha cumplido la prensa su deber y el gobernador el suyo. Lo que ahora se necesita es que los representantes en Cortes dediquen al asunto su atención y defiendan al Ayuntamiento y a la ciudad de Santander de las injustas pretensiones de la Compañía del ferrocarril de Santander-Bilbao.

NOTICIAS

Asegúrese que concurrirá al certamen de bandas que se celebrará el 16 de Octubre en Zaragoza, la banda municipal de Santander.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS

CULTO, ameno en el decir, afectuoso, alma abierta naturalmente á los requerimientos de la amistad, artista en gustos, en palabras y en acción, César Silió vence, conversando, á quien le escucha, con la viveza de su genio, con la galanura de su frase, con el relampaguear de su entendimiento poderoso y delicado, robusto y sutil á la vez, que vierte raudales de luz á pesar de los frenos con que la modestia le reprime.

Abogado en funciones, á la vista el delincuente á quien patrocina, delante el Tribunal, que en su severidad ni parpadea, oídos los duros cargos del acusador. César Silió como que se agiganta, su voz enronquece, brillan más sus ojos y los argumentos de ley y las llamadas al sentir brotan de sus labios, calientes, inflamados, elocuentísimos, capaces en la avasalladora carrera de su exposición de agitar las almas, de conmoverlas, de producir el escalofrío de lo piadoso para rendir á los jueces, arrancando de la cárcel ó del patíbulo á la víctima de las pasiones.

Cuando escribe no triunfa en él del literato el polemista, porque al igual que las armas de la razón y de la Ciencia, esgrime con gallardía las del sentimiento y las del Arte, fundiéndose en uno solo las dotes del hablista clásico, de imaginación lozana, que derrocha brillantesces y esplendores del lenguaje, con las del razonador frío que aguanta impasible los golpes del adversario y escoge serenamente el momento oportuno para concluir, vencedor, la lucha, con la réplica lógica, aplastante que lleva en sí el tremendo azote de la mudez.

Es periodista; dirige *El Norte de Castilla*, de Valladolid, periódico castellano de pura raza, y como tal serio, grave, comedido, galante en la discusión, noble y generoso con el que se rinde, altivo y corajudo, mole que no se inmuta cuando se las há con campeones que presumen de bizarria. *El Norte*, que es la vida de Silió: *El Norte* con sus campañas patrióticas, de verdadera enjundia; con su amor á la madre Castilla, olvidada cuanto pobre y se envuelve en rotas vestiduras de amarilla tierra, bien pudiera servir para trazar la semblanza de un ilustre periodista; pero no, que ni como de los escogidos en la numerosa falange de la prensa periódica, ni como orador de altos vuelos, ni como letrado meritisimo, ni como escritor de fama, ni como conferenciante de Ateneo, surge y se dibuja claramente entre nosotros la figura de César Silió, de la misma manera que considerado como lo que es: como uno de los primeros penalistas y sociólogos españoles.

Era casi un niño cuando se afilió á la escuela penal antropológica, correspondiéndole la gloria de haber sido el primer abogado español que llevó á los tribunales pruebas de carácter antropométrico, con tanta inteligencia y fortuna, que arrancó así á su defendido de las manos del verdugo.

Joven, muy joven era todavía, y ya en el Congreso jurídico internacional de Lisboa, adonde acudieron los criminalistas más notables del viejo mundo, obtenía César Silió un nombre por la plenitud de conocimiento y las acertadas observaciones que demostrara en la discusión de todos los problemas: de entonces viene la consideración y el cariño con que le distinguen los más sabios criminólogos de todos los países.

Publicó en 1894 un libro, *La crisis del derecho penal*, obra en que el joven criminalista dió gallardas muestras de su saber, de su estudio, de sus experiencias en las cárceles y en los manicomios, de su amor á la estadística cri-

minal, y de tener pensamientos suyos en materias tan difíciles, dato que es preciso haber en cuenta para juzgar del mérito alcanzado por el autor, que ha sabido formarse rápidamente una personalidad.

En esta obra, avalorada por siete cuadros demostrativos de la delictuosidad, según la instrucción y la temperatura, Silió se afana por armonizar el libre albedrío con los últimos descubrimientos de la Antropología criminal, y sin decir si lo consigue con los esfuerzos titánicos de su gran inteligencia, fortalecida por un convencimiento íntimo y seguro, procede afirmar con el eminente antropólogo Alvarez Taladriz, que «no cae en el abismo de las puras abstracciones metafísicas como cualquier penalista clásico empedernido, sino que, por el contrario, representa de un modo magistral el *eclecticismo* razonador y armónico que busca por los espacios, donde pueden batirse las alas de la imaginación, broches preciados que sirvan de enlace para engastar en la materia somática ese deslumbrador *brillante* del espíritu, cuyas facetas roban todos sus colores á la aurora del día más hermoso de la vida, gracias al primoroso buril del joven antropólogo, que quizá en alguno de aquellos momentos en que la duda cartesiana invade nuestra inteligencia, haya exclamado desde el fondo de su recto pensamiento:

Si non e vero, e ben trovato.

Hace algunos meses apareció *Problemas del día*, libro en que Silió trata de varios asuntos, importantísimos todos, especialmente para la prosperidad de nuestra España.



En él se ve al hombre que no se desanima por los reveses, que cree y espera, que estudia sin vagar, profundizando en los problemas cuya resolución más nos importa,

y que ofrece á los de arriba, á los gobiernos los resultados de sus estudios, para que apliquen el remedio al mal. Las causas del último desastre, los medios para reponernos de las pérdidas sufridas, en qué consiste el insignificante aumento de población de España en el siglo que concluye y muchos otros asuntos de palpitante interés, estúdialos y resuélvelos César Silió con una clarividencia y serenidad de juicio que encantan y maravillan.

Sin pretensiones de ningún género se publicó este libro, y, sin embargo, bajo el punto de vista de la importancia de sus conclusiones le creemos, como muchos le creen, uno de los más interesantes y convenientes escritos en

lengua castellana. Puede asegurarse, sin abuso de la hipóbole, que en *Problemas del día* se da resuelto el de nuestra reconstitución.

César Silió y Cortés, hombre de mundo, orador elocuente, escritor de gallardías, literato escogido y periodista ilustre es, ante todo y sobre todo, un penalista y un sociólogo de los que triunfan en el campo de las ideas y tienen el deber de enseñar, luchando por la gloria y en beneficio del país en que nacieron.

J. A. GALVARRIATO.

SUMARIO

Galería montañesa: CÉSAR SILIÓ Y CORTÉS, J. A. Galvarriato. — ¡SANTANDER, ALERTA! — **Esbozo:** KRÜGER. — POR EL REO DE SOBA. — NOTICIAS. — DE LA MAÑ. — ALMAS Y BLOQUES, *Alejandro Nieto*. — EXPOSICIÓN INDUSTRIAL. — **Frases históricas:** DE OQUENDO, *Laro*. — DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierruca*. — NÁUTICA. — DE LETRAS. — **Memorias patrias:** GUZMÁN EL BUENO, *Pachín González*. — LOS REYES Y EL «CANTABRIA».

¡SANTANDER, ALERTA!

Nos haremos pesados, y nos lo llamarán. No nos importa, porque no envilece la pesadez en el cumplimiento de la obligación.

Dimos la voz de alarma en el asunto de la edificación de la estación del ferrocarril Santander-Bilbao en los terrenos de la dársena, y no hemos de dejar llamando la atención de los santanderinos, para que eviten que el atentado que se medita tenga realidad.

Cuando hace quince días dijimos el propósito que había de colocar la primera piedra de aquel edificio, los periódicos y la Junta de defensa y el gobernador escribieron y telegrafiaron activamente. El ministro de Obras públicas contestó con un telegrama, *balaceándose*.

Nuestro temor es que los entusiasmos disminuyan, que las gentes se confíen y que el enemigo, que es muy despierto, muy sagaz y muy poderoso, se aproveche de la apatía de Santander para dar el golpe seguro. Convengamos en que si se da, el motín fuera contraproducente, porque la guardia civil protegería los derechos adquiridos y los alborotadores serían quienes pagaran por inocentes culpas de otros.

Mejor es prever que remediar.

En la Dirección general de Obras públicas está el peligro. Si en ella se abandonan los derechos de Santander y el expediente es informado, el ministro dictará la Real orden.

Nuestras noticias siguen siendo de peligro para Santander. ¿Se hace cuanto humanamente es posible para que los terrenos de la dársena se reconozcan como propios del Ayuntamiento?

En todo caso, el deber está cumplido por nuestra parte; y si se fía la resolución á lo que opinar pueda particularmente un ministro, que no es del ramo

por añadidura, El Eco MONTAÑÉS, seguro de haber obrado cual correspondía, tendrá el derecho de censurar si el asunto se pierde, y hasta puede que «tire de la manta».

ESBOZO

KRÜGER

La lucha entre el elefante y la hormiga toca á su fin.

Krüger, el Presidente de la República del Transvaal, se ha refugiado en territorio portugués, desde donde vendrá, si los ingleses no le cortan el rumbo, á Europa. ¡Con cuánto dolor habrá abandonado su país—su país, que tuvo para él la desgracia de ser rico,—el venerable Presidente!

Al trasponer los límites de su territorio. Krüger hundiría sus ojos, humedecidos por las lágrimas, en la tierra bendita en que sintió, acariciándole, el aleteo de la fortuna venturosa y el hundirse del cuchillo del dolor en los pliegues más recónditos del alma. Miraría á la última línea que marca en el cielo el contorno del más alto monte, y viendo con la imaginación las señales de la guerra cruel, á sus hermanos desnudos, hambrientos y perseguidos y á los soldados de Inglaterra victoriosos, sentiría brotar de su corazón el odio de los odios, y para sus enemigos pediría á Dios justo la pena del crimen de lesa humanidad.

Allá, desparramados por el país que se resiste á la esclavitud, quedan aún los valientes que oponen su amor á la patria á los anhelos de expansión de un pueblo, el más rico del mundo, y tanto como rico, infame. Para ellos, en las oraciones de Krüger habrá un recuerdo y un ansia: el recuerdo de amor inextinguible; el ansia de un triunfo que ya no se dibuja, ni por el más ardiente deseo, como realidad probable.

¡Así Dios quiera desmentir los cálculos de los hombres, y la victoria luzca brillantísima, endulzando las tristezas y los infortunios de los héroes africanos de África del Sur!

POR EL REO DE SOBA

EL ECO MONTAÑÉS une sus votos más fervientes á los de las personas y colec-

tividades que gestionan el indulto de la pena de muerte impuesta á Salvador Gómez Abascal, esperando que la Reina hará uso de la más hermosa de sus prerrogativas para salvar la vida á un hombre y evitar á la Montaña el espectáculo horroroso del patíbulo.

NOTICIAS

Ha salido para Comillas nuestro querido amigo D. José Díaz de Quijano, director de *El Mundo Naval Ilustrado*.

En la carretera de Oviedo, entre Casar de Periedo y Villanueva de la Peña, han sido descortezados, para que se sequen, más de 50 hermosos árboles.

No es de aplaudir la hazaña, pero téngase en cuenta que los álamos consumen la savia de las tierras próximas.

Los propietarios ó llevadores se revuelven contra el atropello que comete el Estado.

Hemos recibido un ejemplar de *El Anunciador Noticiero* de Santander, dedicado á la «Fábrica de mosaicos venecianos y piedra artificial de V. Valderrama».

El número acredita á aquella industria santanderina no menos que á los talleres de D. José María Martínez, en donde se hicieron los grabados.

Nuestro querido colega *El Liberal Montañés*, de Torrelavega, hace suyas nuestras manifestaciones respecto á la conveniencia de que se dividan los servicios de Correos y Telégrafos en aquella ciudad y sea otra la hora de salida del correo de Santander para Asturias.

El Avisador, de Santoña, se lamenta de que por no atender aquella Corporación municipal sus consejos, haya el serio peligro de una epidemia en la villa.

A la pregunta publicada en *Alrededor del Mundo* «Qué población española fué destruida, salvándose solamente un niño de pecho del degüello general», se ha contestado lo siguiente:

«Cuando la invasión de los vándalos en España, la población de Otañes, en la provincia de Santander, fué completamente

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

DUQUE DE SANTO MAURO

DON Mariano Fernández de Henestrosa y Mioño, conde de Estradas y duque de Santo Mauro, pertenece a la ilustre familia montañesa de los Mioño por su madre la condesa de Moriana; es bachiller del Instituto Cantabro y licenciado de la Universidad de Valladolid.

Ingresó en la carrera diplomática guiado por sus aficiones, por su amor a la cultura y por su carácter afectuoso de hombre de mundo, en 1877, saliendo de España dos años después, cuando tenía veintiuno, para ir con una Comisión de oficiales de Marina a la India inglesa, a Cochinchina, Annam, Yokohama y San Francisco, en calidad de Secretario honorario sin sueldo. Permaneció en los países de Oriente dos años, al fin de los cuales regresó a la patria con la satisfacción de haber conseguido el objeto que se le encomendara, que fué el de la autorización para que pudieran emigrar labradores libres a la isla de Cuba, necesitada de brazos, si no habían de quedar sus campos yermos a la abolición de la esclavitud.

Fué su carrera corta, pues en 1883, siendo tercer Secretario, hubo de abandonarla por motivos particulares, con sentimiento suyo: que era aquella *clasificación* la que indudablemente mejor correspondía a sus finas maneras, a su perspicacia, a sus dotes de ductilidad y claro entendimiento, indispensables en las luchas de la Diplomacia, a menudo de mayor trascendencia para las naciones, que las otras que exigen el arder de la pólvora en los combates.

Político por tradición, sus rumbos, tradicionales también, eran los de las ideas conservadoras, y afiliado al partido de aquel gran hombre que se llamó Cánovas del Castillo, en mal hora muerto para España, Fernández de Henestrosa presentó su candidatura a diputado a Cortes por Madrid en las primeras elecciones hechas con el sufragio universal, consiguiendo en reñidísima lid el acta que le llevó a los escaños del Congreso.

Joven, que quiere decir entusiasta, estudioso y observador, no hubo de limitarse su papel representativo a imitar a los cien figurones con miedo al público, tartamudez en la lengua y serrín en el meollo, que *roban* puestos a los que tienen valor, palabras e ideas, y en aquella legislatura presentó, redactándola y apoyándola, una proposición de ley dirigida a corregir los vicios esenciales de que adolece nuestra ley de Expropiación forzosa. Quería el diputado por Madrid acabar con los defectos que hacen injusto lo legislado en la materia entre nosotros, y proponía que jurados de hombres buenos determinaran rápidamente en cada caso la tasación de la cosa a expropiar, eludiendo el peligro que para los propietarios entraña el afán de los expropiadores por arrojar a los dueños de la finca sin más garantía que la de la fianza; quería que se cumpliera lo prevenido y mandado por la Constitución para estos efectos, que es, salvo excepciones, la entrega de la cantidad convenida. Cuán beneficiosa hubiera sido esta proposición convertida en ley, dicelo su simple enunciación, sin necesidad de explicarse con su texto clarísimo y razonado.

En vida de aquellas Cortes sonó en el Congreso la palabra «soportar»; Cánovas, gallardo siempre—hasta en el morir,—aun en medio de sus extravíos, dejó el Poder, y Fernández de Henestrosa continuó conservador, sin cargo ni puesto ninguno, hasta que en las últimas elecciones fué elegido senador por la provincia de Jaén.

Sus propios merecimientos, su posición independiente, su clara inteligencia para dominar pronto los asuntos ad-

ministrativos y su respetabilidad, joven como es, por nadie discutida, hicieron ser candidato del Gobierno del Sr. Silvela para la Alcaldía de Madrid, a donde fué, dejando las comodidades tranquilas de su casa, fiel a su pensamiento de que los hombres se deben a los partidos en que militan.

Entre los quebrantos que su puesto le proporciona, no serán, de seguro, los menores la imposibilidad de dedicarse a su afición favorita, a la caza, de la que es apasionado, lo mismo en la Montaña, por hoces y vericuetos, que en las intrincadas y peligrosas selvas de la Indo-China, y la dificultad de correr, enjeto por sus deberes de alcalde, a dominar desde las cumbres de Bárcena los contornos del bellissimo jardín ignés, embriagándose en Las Fraguas con los aromas que despierta una Naturaleza hermosa, siempre verde y florida.

Sin otros merecimientos que los alcanzados por su esfuerzo personal: sin la consideración de que acaso es su familia, entre las montañesas, la que mayores heredades posee en la tierruca; sin dar importancia a su apellido materno, ilustre en la Montaña, ni a su propio nacimiento en el valle de Silió, el duque de Santo Mauro podría ocupar dignamente un sitio de esta Galería por su ferviente montañesismo, por su amor de entusiasta a las glorias de la tierra, que le hacen recordarla dondequiera que va, con efusión, y que le ha inspirado la idea de hacer a sus hijos una casa, para que viviendo en ella, para que ad-



mirando las hermosuras y aprendiendo las glorias de la Montaña, sean montañeses, ya que no de nacimiento, sí de corazón.

Pach: GONZÁLEZ.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

LINO CASIMIRO IBORRA

S el estilo es el hombre, como se ha dicho tantas veces, en pocos artistas se ve tan clara esta pretendida afinidad entre el ser social y su producción artística, como en el pintor santanés Iborra.

Llega éste á Madrid con la timidez del novel amante del arte, y lucha sin protección ni apoyo, hasta lograr vivir independiente, del producto de su paleta. Esto, que demuestra una energía y una voluntad poco comunes en nuestros artistas, es la nota característica de Iborra.

En la Escuela de Pintura se hizo notar muy pronto entre los discípulos más concienzudos y notables, mereciendo que los eminentes pintores D. Luis y D. Federico de Madrazo, fijasen mucho su atención en él y le juzgaran digno de un porvenir brillante en el arte; y en lucha con artistas hoy tan conocidos, como Zorrada, los Alvarez Dumont, Peña, Salinas y otros, obtuvo las distinciones más altas que la enseñanza concede.

Luego, pintando todos los géneros, gastando sus talentos en obras industriales, en las que la explotación de la necesidad tomaba la máscara de la protección, luchó siempre sin un puesto en las esferas de la enseñanza, sin una recompensa en las Exposiciones á que concurría, sin nada de lo que tantas veces prodiga el favor á las nulidades. Pero Iborra, hombre de fe y de constancia invencible, logró con su seriedad de carácter y su perseverancia en el estudio, hacer valer su firma, acreditarse como maestro y adquirir una posición modesta, refugiado en el santuario de su hogar, sin mendigar un favor, y sufriendo con ánimo sereno las injusticias de su país y la indiferencia de los montañeses.

Numerosos retratos, cuadros de historia, como el titulado *Vendiendo á Cristo*; otros idílicos ó elegiacos, como *El angelus* y *Madre Mía!*; varios descriptivos, de los que son buen ejemplo, *Tirando de pluma* y *Enjaulando*, algunos de carácter filosófico y varios de animales, ha pintado con igual esfuerzo, hasta que sus notables *Carneros* de la última Exposición de Bellas Artes le hicieron obtener una medalla, si bien inferior á la que merecía. El cuadro aún sigue en el estudio del artista, sin que haya sido adquirido por el Estado, como es de derecho, mientras los protegidos de la Administración llenan los muros del Museo Moderno con cuadros que deshonran el nivel de nuestra pintura si por ellos se midiese.

Iborra pinta los animales directamente á todo su tamaño, y tiene una gran práctica que le permite dominar este género, difficilísimo en extremo. Sus cuadros de borregos, de tamaño natural, de la última Exposición, son los mejores que ha producido la pintura española, iguales en mérito á los tan celebrados de los pintores flamencos. Iborra pintaba muy duros sus primeros cuadros, como todos los artistas que llegan muy alto; siempre el análisis precede á la síntesis: (Velázquez no empezó por *las Hilanderas*). Después adquirió Iborra más jugo en sus oscuros, que tienen mucho de las tintas de Brawer y de Van-Dik; hoy domina la técnica, y como su evolución es lenta, puede esperarse todavía aún más perfección en su estilo.

El éxito que produjeron varios cuadros que envió á una casa de comercio de Londres y que fueron vendidos uno tras otro, con gran beneficio, hizo que los gerentes de la empresa pensasen en establecer una exposición permanente de arte español, y el viaje á España de Mr. Jorge Ferdinando, ilustrado y activo negociante: á su vuelta se

abrió en una de las calles más céntricas y aristocráticas de Londres una exposición de artes españolas, que está produciendo un gran efecto entre las altas clases inglesas, y que ha abierto un nuevo mercado á nuestros artistas. Iborra, nombrado representante en España de este importante Centro, debido sólo al éxito de sus cuadros, es el encargado de juzgar las obras que figuran honrándonos en el extranjero, y ha procedido en este difficilísimo cargo con un tacto y una rectitud extraordinarios.

La aristocracia montañesa no conoce, y por tanto, no aprecia á Iborra, y solamente el opulento é ilustrado capitalista de Ampuero, D. Emilio de Talledo, le encargó últimamente un cuadro. Iborra ejecutó para este señor una obra bellísima.

En un paisaje de radiante luz, sestean un rebaño á pleno sol, bajo un cielo luminoso y de finísimo colorido: Raquel, en medio de los carneros, destaca su esbelta figura, y su hermoso rostro soñador ofrece la expresión de la vidente presintiendo en el cristianismo la liberación de la mujer. Este lienzo ha demostrado, como lo probará el cuadro de grandes proporciones que prepara, que Iborra domina, no sólo las profundas y calientes tonalidades de los interiores, sino que acomete con igual brío las energías luminosas de los efectos del sol.

De Iborra debe esperar mucho la pintura española: el que ha sabido vencer las dificultades del arte con solo el esfuerzo de su voluntad, sin apoyo ni protección alguna, no



dejará de luchar nunca por alcanzar la meta, ahora que está en el pleno de sus facultades técnicas, y teniendo la fortuna de conservar puro el idealismo y los ensueños de artista.

José PARADA Y SANTÍN
Catedrático de la Escuela de Bellas Artes.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

EUSEBIO SIERRA

No sé si estará bien que llamemos á Eusebio Sierra «el hombre de la Montaña»; pero que debe figurar entre los montañeses ilustres, es cosa indiscutible.

El simpático director de este Eco, eligiendo como intermediario á otro montañés amigo mío, no menos simpático, aunque si más metido en carnes, (1) averiguó que yo tenía el honor de conocer á Sierra.

—¿Quiere usted hacerme su semblanza?—me preguntó.

—Con mucho gusto—le respondí.—Si se tratase de ciertos otros compañeros míos en letras, á quienes considero indignos de atenciones, me costaría más trabajo complacer á usted. Pero siendo como es Eusebio Sierra una buena persona, un amigo sincero y un escritor de primer orden, ¿porqué no le de manifestar en letras de molde el buen concepto que me merece, máxime cuando es uno de los pocos autores formales y *tratables* que «andan por el mundo»?

En este momento no puedo hacer la biografía de Sierra con datos numéricos.

Que nació es indudable. ¿Cuándo? Ni lo sé, ni me he atrevido á preguntárselo, porque en cuestión de edades, no siempre resultan oportunas las investigaciones.

Creo, sí, que es mayor en edad que un servidor de ustedes. Es decir, que tiene más de cuarenta años. Estamos ya en la edad en que el vulgo, dándose de bofetadas con la higiene, nos aconseja que no nos mojemos la barriga... En fin, para que tengan ustedes un dato más fijo, les diré que la edad de Eusebio Sierra fluctúa entre los treinta y los setenta años.

Ignoro también si le crió su señora madre ó alguna nodriza de las que tanto abundan por el país, ó si en su lactancia intervino el biberón ó actuó el botijo.

Lo que puedo asegurar es que adquirió un desarrollo físico, del que no debe estar quejoso.

Sí, señores: Eusebio Sierra es un buen mozo en toda la extensión de la palabra y en toda la extensión del orbe terráqueo.

Lo que no tiene en su interior es abundancia de mantecas, lo cual le permite lucir una esbeltez que para si quisiera el Presidente del Consejo de ministros.

Cuando pretendo imaginarme la figura de Don Quijote de la Mancha no tengo más que recordar á Eusebio Sierra, y le veo hasta con el yelmo de Mambrino, sirviendo de tapadera á sus cabellos indómitos.

Muy guapo, que digamos, no es Eusebio (y no se ofenda por esta declaración mi querido colega). Sus facciones duras, su tez negrucha y su expresión sombría, se dan de cachetes con el carácter festivo de sus trabajos literarios.

En este contraste, que es positivo, nos parecemos Sierra y yo. Ambos hemos hecho reír en el teatro á los espectadores, y al presentarnos en escena, nuestro aspecto les ha hecho llorar.

En lo que nos diferenciamos notablemente es en la voz. Sierra es lo que se llama un bajo profundo; mejor dicho, es un fagot en sus puntos más graves. Yo, en cambio, soy un clarinete en sus notas más agudas; no queriendo decir con esto que yo blasone de agudo, pues en agudeza me aventaja con mucho mi montañés y querido amigo.

Este último extremo se halla plenamente corroborado por la serie envidiable de éxitos que Eusebio ha tenido en todos los teatros de España.

Como autor cómico le conocí hace la friolera de veintinueve años, cuando en el Teatro de Variedades estrenó, con el malogrado Segovia Rocaberti, la comedia en dos actos *De incógnito*, en la cual hacía Luján las delicias del público.

De entonces acá Eusebio ha publicado muchas composiciones y ha estrenado una infinidad de obras teatrales, entre las que recuerdo *Los amigos de Benito*, *Nicolás*, *De Madrid á Paris*, *La caza del oso*, *La estudiantina*, *Al maestro cuchillado*, *Cara ó cruz*, *La Señora de Rodríguez*, *Carambolas*, *Caza de novios*, *Entre dos fuegos*, *El campo*, *Crisis total*, *El de anoche*, *¡Pobre Gloria!*, *Específico moral*, *Los inconvenientes*, *Por delegación*, *Los incasables*, *Traducción libre*, *Vencer por sorpresa*, *Vestirse de ajeno* y *La contradanza*.

La cualidad más apreciable en Sierra es la modestia. En este punto presenta singular contraste con muchos vanidosos percebes que no le llegan á la suela del zapato y andan por esos círculos y por esos escenarios dándose tono.

¡Parece mentira que un hombre tan montuoso como Eusebio (por lo de santanderino y por lo de Sierra), sea tan llano como es!

Otro mérito hay que reconocer en Eusebio Sierra: es un maestro jugando al billar. Le he visto muchas veces *carambolear* con Ramos Carrión y con Julián Romea, que no son ranas, y los ha dado unas palizas morrocotudas.



En resumen: un hombre que, además de ser de la Montaña, es buen mozo, honrado jefe de familia, sincero amigo, gran carambolista y reputado autor; ¿qué más condiciones necesita reunir para merecer hoy preferente lugar

(1) José Díaz de Quijano.

en esta *Galería de montañeses* y más tarde otro puesto de igual categoría en la gloria eterna?

Para terminar: el ilustre Sierra (que, dicho sea de paso, no tiene ene-

migos ni por aquí, ni por allá) está muy encariñado con su país y se acuerda de la tierruca todo el tiempo que permanece en la corte, hasta el extremo de que mientras otros emplean las

interjecciones de asombro «¡Cáspita!» ó «¡Córreholis!», Eusebio instintivamente exclama: «¡Liérganes!»

Juan PÉREZ ZUÑIGA.

SUMARIO

Galería montañesa: EUSEBIO SIERRA, Juan Pérez Zuñiga.—AHORA Ó NUNCA.—**Esbozo:** INVIERNO.—LA FIESTA DEL ÁRBOL.—NOTICIAS.—EL POZO DE LAS TORCAS, Delfín Fernández y González.—RENOVACIÓN.—LA GUARNICIÓN DE SANTANDER.—TORRELAVEGA Y CASTROURDIALES.—MISTERIO, Antonio García de Quevedo.—**Frases históricas:** DE DUGUESCLIN, Laro.—EXPORTACIÓN DE MINERALES.—DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierruca*.—**Memorias patrias:** MIGUEL SERVET, Pachín González.

AHORA Ó NUNCA

El Cantábrico, que, desde su fundación, demostró anhelos porque el ferrocarril del Meridiano se construya, ha tenido la atención de reproducir en sus columnas lo que á este propósito decíamos en nuestro número anterior, y *La Atalaya*, que viene hace días tratando el mismo asunto, con mucho brío y con mucho acierto, también toma en cuenta lo dicho por nosotros, y sobre ello hace sabrosos comentarios, que quisiéramos aprendiesen de memoria los que se encuentran en el caso de poder traernos las gallinas.

A cuanto se ha dicho antes y ahora acerca de tan trascendental cuestión, algo hemos de añadir, que, aunque humilísimo, como nuestro, nos parece digno de tenerse en cuenta.

Todos los montañeses consideran el proyectado ferrocarril del Meridiano de interés capital para nuestra provincia, y especialmente para el puerto de Santander; pero algunos de nuestros paisanos, acaso los de más potencia pecuniaria, temen que los que como accionistas se lanzasen al negocio, correrían mucho riesgo de salir con las manos en la cabeza, porque siendo, al decir suyo, escaso el actual movimiento de mercancías entre Santander y Madrid para una sola vía férrea, la escasez resultaría mucho más grande si ese movimiento se dividiera entre dos Compañías, y porque, al verse la del Norte con un competidor molestísimo, haría un titánico esfuerzo para arruinarle.

En cuanto á lo primero, hay que tener en cuenta que el movimiento actual entre el centro de nuestra Península con Inglaterra, Alemania y otras naciones, no se hace, como lógicamente debiera hacerse, por nuestro puerto, que es el más cercano á Madrid, porque el ferrocarril del Norte se lleva artificialmente gran parte de este movimiento á otros puntos, y porque, con otras combinaciones que el Meridiano podría matar fácilmente, se da también el caso anómalo de que muchas mercan-

cías procedentes del Norte de Europa y consignadas á Madrid, desembarquen en puertos del Mediterráneo.

Respecto á la competencia es un coco que, al menor examen, se desvanece como el humo.

Si bien al Norte le fué fácil hacérsela al Cantábrico en una sección tan corta como la de Santander á Torrelavega, estas facilidades desaparecen tratándose de luchas de mayor empeño.

Con mucho mayor coste de línea y muchos mayores gastos de tracción el Norte que el Meridiano, no podría luchar con éste sin grandísima desventaja; y si se empeñaba en hacerlo, se vería obligado á devolver á Santander el movimiento que le arrebató para llevarle á otros puertos, cabeza de sus otras ramas, puesto que no habían de consentir el verno privilegiados con enormes rebajas de tarifas, á no obtener ellos iguales beneficios, que no podría darles el Norte sin arruinarse por completo.

No se nos oculta que, en tesis general, los ferrocarriles paralelos suelen ser malos negocios; pero, en este caso concreto, repetimos que no hay que basar los cálculos en el tráfico del momento, sino también en el que ahora nos arrebatan impunemente nuestros enemigos de siempre, y en el importantísimo que ha de surgir con la creciente explotación de minas, con las nuevas industrias que se anuncian, y con el inmenso desarrollo que está llamada á adquirir en breve nuestra agricultura.

No olviden nuestros capitalistas y nuestras boyantes sociedades de crédito, eso de la mucha menor distancia kilométrica que el ferrocarril del Meridiano puede tener, eso del mucho menor coste de la línea, ni eso de los mucho menores gastos de sostenimiento y tracción; no olviden tampoco que, un movimiento de mercancías y viajeros que no bastase al Norte para vivir, proporcionaría al Meridiano vida holgada; y esos santanderinos que lloran como Jeremías al menor riesgo de que nos abandonen poderosas empresas que buscan el negocio donde le hay, y hacen bien, no olviden, repetimos, que, si les damos facilidades de importación y exportación, no nos abandonarán, por la cuenta que les tenga, sino que, por el contrario, tendrán mayor empeño de quedarse en nuestra casa, luchando con otras empresas que vendrán después necesariamente.

Para terminar, aunque nos sea doloroso decirlo, tenemos que advertir que, en algunos corros de la Bolsa y en otros Centros financieros de Madrid, se habla ya, como de cosa que se está madurando, de la construcción de un ferrocarril eléctrico entre Madrid y... BILBAO.

Es decir, que, á la chita callando,

nuestros admirables vecinos se van al bulto, y hacen bien, mientras nosotros perdemos el tiempo en discutir si son podencos ó galgos los canes que nos preocupan.

Mucho ojo, pues.

Esa Cámara de Comercio y esa Liga de Contribuyentes (instituciones cuyos constantes buenos servicios reconocemos, agradecemos y admiramos), creemos no han de olvidar que no es la más importante de sus misiones, siéndolo mucho, la de tender la diestra en demanda de mercedes del Estado.

ESBOZO

INVIERNO

Llegó á las hojas y á las flores, anémicas ya, el hábito, frío como el de la muerte, del primer suspiro del invierno, y unas inclinaron sus cabezas de colores sobre los tallos que tiritan y otras desprendiéronse, imagen de los pensamientos, del árbol que las sustentaba con sus jugos, para caer al suelo crujientes y amarillas á rodar entre el polvo—jellas, tan pulcras y lustrosas!—impelidas por el viento que no permite el descanso de la suspirante tribu ni en el escondrijo del último rincón.

El sol ya no quema ni regocija con sus rayos de oro de un mundo que arde en pira colosal, y madruga icterico, y recorre pálido su órbita, y se duerme sin fulgores en las neblinas del anochecer, que velan su sueño de moribundo. El cielo arrojó su túnica de gasa azul, adorno de los días estivales, y se vistió de luces mortecinas, blancuzcas, cenicientas, sin nubes, ni rosicleres: su inmensidad monótona hace surgir en el alma la idea de lo infinito. Y la tierra, que del sol vive, esconde su cara sonriente y nos muestra el rostro huraño, padre de lo triste, de lo oscuro, de la nieve y la necesidad...

El verano es protector del pobre, á quien ampara con los frutos de la tierra, con el calor de los cielos, con la luz... El invierno es el amigo de los poderosos, de los triunfadores, de los que en el valle de lágrimas encontraron al nacer el paraíso.

Se fueron ya los días del gozar arrancando en la labor el pan del cuerpo; y el pobre, queriendo mover sus energías, no hallará el trabajo que las acoja. Y vendrán las noches de hielos, crudas, implacables, inmensas como ilusión sin realidad; y el necesitado no tendrá abrigo contra los crueles afores de la cellisca helada; ni alimento que le defienda de las mordeduras del hambre, ni consuelo en las reconditeces de su alma sin ventura para sufrir resig-

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

EL PADRE CUETO

No hay quien no se descubra al verle pasar por las calles, por aquellas calles de mi hermoso país, donde se nota la fiebre vertiginosa del trabajo y atruena el ronco rumor de las muchedumbres á veces perezosas cuando el sol calienta, á veces activas, cuando la tarde declina en ocasos de colores.

Pasa casi siempre de paseo, sin séquito, sin pompas, con el hábito blanco y la capa morada, bajo de cuerpo, cansados los ojos que reflejan una mansedumbre y una misericordia infinitas, menudo el andar, tardo, como si los altos pensamientos del cerebro y los grandes cariños del corazón gravitaran pesadamente sobre la materia, sonriente con la beatitud de las almas blancas que dijo un poeta, como si afuera echara toda la bondad que no cabe dentro, que necesita comunicarse con los dolientes y con los tristes; y hay que ver las turbas de obreros que regresan de las fatigas de los talleres, donde las carnes se tuestan y los huesos se ponen doloridos, en demanda del hogar pobre, cómo se paran, cómo sonrien también, y ceremoniosamente, y con cariño se descubren ante el Padre Cueto, quien ama y bendice, quien saluda y comparte, mientras sigue á lo lejos jubiloso el semblante, con la serenidad de los iustos, rápida la mano en bendiciones, como si sobre su amante pueblo quisiera derramar todas las gracias del cielo y todas las ternuras de su corazón, abierto y compasivo en todas ocasiones para los tristes de la vida, para los forrados del dolor, para todos los vencidos de la suerte.

La turba de desarraigados chicuelos corre desalada á su encuentro para arrodillarse y besar el pastoral anillo, á quien recibe siempre la tierna sonrisa cariñosa; y muchas veces he visto á los heterodoxos de antaño, á los hombres de más libres ideas y de más recio carácter, combatientes denodados en más viejos tiempos, doblar pausadamente las rodillas en tierra, inclinar la cabeza con respeto, y llevar los labios á la mano del Prelado, que antes que retirarla con intransigente despego se adelanta, se apresura á extenderla como si los llamara, como si les prometiera perdones y bienaventuranzas, mientras que sigue sonriendo, sonriendo siempre con una dulzura evangélica que parece ir diciendo: Venid á mi que soy manso y humilde de corazón; yo os perdono, como mi Padre que está en los cielos...

Tiene para nosotros, los canarios, muchos rasgos simpáticos el Padre Cueto.

Todavía recuerdo con horror aquellas luchas violentas que espantaron terriblemente mis primeros desperezos espirituales de niño, aquel fragor de combate rudo, de duelo á muerte, de batalla incruenta pero desoladamente angustiosa,—porque más terribles que las guerras con las armas son las contiendas de ideas, los choques de creencias, el airado clamor de las polémicas religiosas que llevan la alarma á la conciencia de un pueblo—por las que no se llegó al motin milagrosamente, pero que trajeron días de luto, instantes de sobresalto y de duelo, en que se perturbó la sagrada paz de las familias y los partidarios de ambos bandos militantes, católicos á machamartillo unos, librepensadores á cal y canto otros, pasaban por el oprobio de las excomuniones y por los rigores de la encarceración y del destierro.

Fueron estos días negros para mi país, pacífico extremadamente, creyente sincero, con fe incontrastable, contento de continuo con mirar al cielo para ver aquel sol africano que incendia las ideas y la sangre, porque más allá también se presiente á Dios; y hubo un momento en

que se dudó que esta anormalidad de la vida social pudiera vencerse, y que llegara un día en que los bandos luchadores y las sectas bravas en sus odios callaran de pronto sus gritos de combate, sus fieras osadías invencibles, y que alguien, con generoso espíritu, con pensamiento cristiano, por inspiración divina más que humana, en medio del rumor de la pelea, sin decidir la suerte entre vencedores y vencidos, sino uniéndolos á todos en un abrazo de paz, pudiera decirles, consolidando la obra tranquilizadora en lo futuro: Amaos los unos á los otros, que sois hermanos en Cristo.

Labor cristiana, triunfo excelso de un pensamiento superior y de un cariño inmenso, fué esta pacificación lenta, pero positiva, de las almas, realizada por el Padre Cueto en pocos meses de hábil episcopado; y así, no es extraño que muchos, cuando le vieron llegar á las playas del verdeante terruño isleño, al pie de los graníticos picachos atlánticos, con el hábito blanco y la dulce bondad en la mirada, por analogías inexplicables, por coincidencias venturosas, recordaran la llegada de la blanca paloma al arca, con el ramo de oliva, en señal de que ya habían comenzado á descender las aguas del diluvio, y que la tierra, pasada la cólera divina, abría de nuevo sus fecundas entrañas al esfuerzo incansable de los hombres.

Días tristes fueron también para mi patria chica, aquellos que siguieron á los comienzos de nuestras últimas guerras coloniales, en que los mozos se buscaban en los pueblos como en una cacería humana, cuando la nación



nos exigía por primera vez, violados nuestros fueros regionales, anulados nuestros privilegios territoriales, el tributo de carne y sangre, la ominosa contribución de guerra y la ley inexorable vengaba en los infelices culpas

que no cometieron, y rebaños de prófugos salían en los trasatlánticos para las colonias como reses que se llevan al degüello, dejando atrás la rúca de hijos famélicos y el bagaje de los hambrientos hogares deshechos como nidos en otoño y mirando por última vez, como condenados de limpia conciencia, al alejarse de las costas rientes, cómo en las brumas y entre coloraciones del sol, con rumores de olas en la playa, y de pinos en las cumbres, y con las postreras lágrimas de los ojos, quedaban atrás la heredad, la casita, todos los cariños de la tierra, mientras que los extrañaban, los proscrubían unos preceptos legales que no entendían y por unas culpas ligeras de que no podían ser responsables.

Hubo un momento de pánico, de angustia, de verdadera agonía moral, en que en todos los hogares se rezaba como si en ellos, sin excepción, se hubiesen encendido los Cristos para los duelos, y la opinión, reaccionando se renamente buscando ánimos para la tribulación en una suprema esperanza, cual si reclamara el único auxilio salvador posible, confió al Padre Cueto la misión delicadísima de recabar de los poderes públicos unas gracias, un indulto, menos que eso, la legítima rehabilitación de derechos de defensa desconocidos, objetivo difícil de conseguir en aquellos momentos de crisis nacional, de honda convulsión que prendía en las entrañas de la patria y que a la postre ha traído este prolongado estertor actual de España.

Parecía difícil el empeño, pero al fin se obtuvo el anhelado indulto para los prófugos y desertores de Canarias.

No era posible negar la justicia de lo que se pedía, y no era posible que una negativa resistiese la bondadosa sonrisa del Padre Cueto, que pedía gracia para los suyos, para aquella gente altiva, capaz de todos los heroísmos, para los que le respetan y le quieren de verdad, con afecto que nace más que de la gratitud, de lo más íntimo del pueblo, grande en sus odios como en sus amores.

Muchos conocerán en otras regiones peninsulares, por su virtud, por su talento, por esa llaneza familiar con que agasaja á todos los tristes de la vida y á todos los vencidos de la suerte, al Excmo. Sr. Dr. D. Fray José Cueto y Díez de la Maza, Obispo de Canarias, ilustre montañés, cuyo nombre, en día no lejano, si se consigne romper los pudores de su humildad nativa, obtendrá glorificación merecida por el libro, por la cátedra, por el púlpito, en las grandes luchas de la palabra y de la pluma, que son hoy las armas de combate en la batalla social; pero quien desee conocer al Padre Cueto, tiene que vivir en mi país canario, en las peñas atlánticas, y admirarlo con la muchedumbre heterogénea, que invade las calles llenas de rumor de talleres y caldeadas por fiebre de trabajo, cuando marcha de paseo con su traje blanco, su mirada de mansedumbre infinita, reflejo de un alma blanca, mientras los chicuelos doblan la rodilla y los grandes descubren la cabeza. y él, con su sonrisa de beatitud sincera, parece que va predicando con el ejemplo las misericordias augustas del sermón de la Montaña.

Angel GUERRA.

SUMARIO

Galería montañesa: EL PADRE CUETO, *Angel Guerra*.—LOS HISPANO-AMERICANOS.—ECOS DE LA COLONIA.—LA FIESTA DEL ÁRBOL.—**Esbozo:** LOCURA.—BODAS REALES, *B. Pérez Galdós*.—PAVESAS, *Alejandro Nieto*.—NOTICIAS.—DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierra*.—**Memorias patrias:** PEDRO III EL GRANDE, *Pachín González*.

LOS HISPANO-AMERICANOS

Ya están entre nosotros.

Hay, por fortuna, españoles que no han visto el total naufragio de nuestros ideales en la última derrota; que tienen esperanzas en las virtudes históricas del pueblo español; que acarician la ilusión de un porvenir menos que el presente cargado de los nubarrones de la tristeza. Y esos buenos hijos de España, esos hombres que tienen fe, acometieron la empresa de reunir en un Congreso representantes de todos los países en que se habla el majestuoso idioma de Castilla para estrechar los lazos del cariño y trabajar de consuno por la prosperidad y el engrandecimiento de la madre atribulada y de las hijas venturosas.

Un mar inmenso entre América y España, el mar de los triunfos ó los martirios, pero siempre de los sobera-

nos alientos españoles, es poco para separar á los que poseen la misma tradición brillante y el mismo presagio de un mañana de espléndidas victorias en la lucha nobilísima por la civilización.

No se ha extinguido aquí, en el viejo solar de todas las supremas gallardías, la fortaleza de ánimo para sufrir los embates de la suerte, ni las aspiraciones á ser un factor de importancia en el mundo, ni el amor ferviente á la gloria. La raza no piensa envilecerse traicionando al generoso espíritu de sus mayores. Hay mucha luz, la clarísima luz de cien soles en el cenit, desde Aradillos á Covadonga, desde el Salado á Granada, desde Pavía á Trullas, desde Bailén á los Castillejos, para que con unas cuantas nubes de tristeza y de infortunio se pretenda empañar el brillo de nuestras luchas por la patria y la humanidad.

Y allá en América, las repúblicas jóvenes, nacidas para orgullo de su madre histórica, no temen al qué vendrá, confían en el noble esfuerzo vigoroso para ser, para seguir siendo, para aumentar el lustre de su nombre; que nobleza obliga. Inspirándose en las tradiciones gloriosas de su raza, siempre la primera en oponer sus caudillos, sus sabios, sus artistas á la invasión de la barbarie, de la ignorancia y de lo informe y rudo, amanlas con la vehemencia del pueblo, con los entusiasmos de la juventud y aspiran á renovar en lo futuro las brillanteces de los siglos españoles...

Ya están entre nosotros. Acuden al llamamiento de España, con fe, esperanzados, con amor, y traen dentro del alma el propósito firme de contribuir esforzadamente á levantar el edificio de la fraternidad hispano-americana.

Orgullosas las repúblicas de su estirpe nobilísima; con orgullo España, que las amamantó, viéndolas luchar y vencer en el combate por la grandeza y la cultura; ellas audaces y generosas, en la primavera de la vida nacional; prudente y cauta la madre á quien el tiempo y las desdichas enseñaron... mucho se puede hacer, mucho se hará seguramente en pro de unas relaciones artísticas, literarias, mercantiles, que á una sean beneficiosas para España y sus hijas las brillantes repúblicas de América.

¡Bien venidos sean los americanos á la medio en ruinas, pero gloriosa casa solariega de sus mayores!

ECOS DE LA COLONIA

Hace pocas noches se habló entre montañeses en cierto café de esta corte de la proposición presentada recientemente á la Junta de Obras del Puerto de Santander por uno de sus vocales; proposición en la que se pide que, en vista de las dificultades, *acaso insuperables* (esto lo decimos nosotros) que se presentan para terminar felizmente ese *cuento de la buena pipa* que llaman *di que de Gamazo*, se modifique el calado

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

MARQUÉS DE COMILLAS

POR no creerme acreedor á recompensa alguna y para no dejar envuelto en duda lo desinteresado de mi afecto hacia Santander, renuncié los honores para que fui propuesto, pero conservando al mismo tiempo como prenda de la mayor valía las demostraciones de cariño que el pueblo de Santander me ha dispensado. Recordaré siempre que hay una ciudad querida (Santander) á la que jamás podré pagar con mi profunda gratitud y acendrado cariño la deuda con ella contraída.

Con estas frases contestaba años atrás el excelente Marqués de Comillas al telegrama en que ilustres y numerosos montañeses le rogaban que aceptase el título de Duque de Santander, con que el gobierno, á instancias de todo aquel pueblo, quería premiar los generosos arranques del caritativo prócer á raíz de los tristes sucesos originados por la explosión del *Cabo Machichaco*.

La figura del Marqués de Comillas tiene sobrado relieve nacional, más que regional. Osadía grande fuera en nosotros tratar de hacer una biografía que está en la memoria y en el corazón de todos los buenos españoles. ¿Quién no conoce las nobles iniciativas de D. Claudio López como Presidente y gerente de la Trasatlántica, el único prestigio sin distinguos que ha quedado en España después del desastre? ¿Quién ignora la poderosa intervención é influencia de esta firma acreditadísima que hoy abarca el mundo de los negocios, conocida y respetada en el extranjero tanto ó más que en su patria? Presidiendo el Banco Hispano-Colonial, la Compañía General de Tabacos de Filipinas, la Sociedad Hullera Española, el Consejo de Administración de los ferrocarriles del Norte, y otras sociedades de análoga importancia, interviniendo con su consejo ó decisión en empresas de altos vuelos, llevan siempre consigo sus resoluciones un ideal simpático y atractivo, pues se inspiran preferentemente en grandes pensamientos de patriotismo acendrado y noble.

En todas sus grandes empresas mercantiles se preocupa ante todo del bienestar del obrero. Es notable y poco conocida la sabia organización de escuelas, círculos, montepíos, pensiones y socorros con que atiende solícito á todas las necesidades del personal que sirve en las Compañías que él preside. El actual ministro de Instrucción pública, en un viaje que hizo á Cádiz el año anterior, al enterarse personalmente de los beneficios que el Marqués dispensa á sus obreros, de la excelente organización de aquellos centros educativos, improvisó un notable discurso en alabanza del que tanto se preocupaba en dar soluciones patrióticas al problema social, y en un entusiasta telegrama felicitó al Marqués por el desarrollo de tan notable obra, desconocida hasta entonces por el ministro.

Estos ensayos consolidados más tarde, trajeron consigo el alejamiento de las huelgas, y bendiciones sin cuento al iniciador de empresa tan alta. Por eso el Marqués de Comillas quiso hacerla general y favoreció con sus iniciativas y resoluciones la creación de los Círculos Católicos en España, su obra predilecta, que tantos y tan incalculables beneficios está produciendo en nuestra Nación.

Pero todo esto; su influencia en los negocios; su espíritu noble de caridad y justicia; su modestia grande; los esplendores de sus títulos y las excelencias de sus actos, están, como decíamos, en la conciencia de toda España.

En este lugar, en las columnas de *El Eco MONTAÑÉS*, debemos presentar tan noble figura por el lado de las afecciones regionales y de las obras que por este amor á la tierra han surgido bellas y esplendorosas como todas

las suyas, nobles y trascendentales como los pensamientos todos de su iniciador.

Hay que ir á Comillas; hay que visitar esta pequeña población, limpia y simpática, arrullada por las olas del Cantábrico, para impresionarse con aquel ambiente de bienestar, de holgura, de tranquilidad, de trabajo. Allí no hay pobres. Los más necesitados reciben alimentos y pensiones; la gente moza halla ocupación en fábricas y construcciones. Los marineros tienen sus embarcaciones y artes de pesca; las mujeres ocupaciones productivas adecuadas dentro de su hogar. Por doquiera soberbios monumentos de arte arquitectónico, obra de los López; un hermoso hospital-asilo, obra de los López; fundaciones piadosas con premios al trabajo y á la virtud, obra de los López, y dominando al pueblo, en lo alto de pintoresca colina, el suntuoso Seminario pontificio, obra de los López, obra bendita y regeneradora, que encierra dentro de sus artísticas paredes, y en sus claustros de severo arte gótico, un plantel de sacerdotes de Cristo, con misión civilizadora, con luces de cultura, con instrucción sobrada, con ejercitada piedad y abnegación.

En su palacio de Comillas tiene D. Claudio López un completo museo de arte montañés. Hay allí profusión de bellezas y objetos artísticos, ordenado y clasificado con esmero, en donde todo respira montañesismo sano y amor á la tierra. Es aquello como la esencia de la Montaña: armas, muebles, imágenes, códices y manuscritos, estatuaria, trozos de arte arquitectónico, diseños y planos, vistas fotográficas... todo culto, todo artístico, todo mon-



tañés. Alguno de aquellos documentos y objetos ha servido para ilustraciones de la Historia, y los servicios que ésta y otras obras análogas la han prestado, fueron causa y motivo de que el Marqués de Comillas ostente entre sus

muchos blasones y títulos, el de Académico, con que hace algunos años fueron recompensadas sus labores y estudios.

Espíritu culto, superior á todo encomio; eminencia financiera; orador elocuente; suma modestia y caridad; iniciador ó amparador de toda idea noble y elevada; patriota hasta el sacrificio, éste es el Marqués de Comillas, que siempre tuvo por norte de sus acciones aquéllo que más y mejor se inspirara en las sublimes ideas de la religión, de la patria... y de la tierra.

Porque el Marqués de Comillas, si por accidentes de la vida, no nació en la Montaña, es montañés por adopción, por las afecciones, por el apellido, por el título, por la sangre, y hasta por el cariño y por la voluntad de todos nuestros conterraneos.

Por eso debe figurar con toda justicia y en lugar preeminente en esta *Galería de montañeses ilustres*, el ilustre y esclarecido nombre del Marqués de Comillas.

Joaquín de SANTILLANA.

SUMARIO

Galería montañesa: MARQUÉS DE COMILLAS, Joaquín de Santillana.—LA FIESTA DEL ÁRBOL.—**Esbozo:** OS LOQUITUR.—ESPAÑA Y AMÉRICA.—NOTICIAS.—DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierra*.—EL MERIDIANO.—INTIMA, Antonio G. de Quevedo.—LA OBRA DE GALDÓS, J. Antonio Galvarriato.—LIGA MARÍTIMA.—POR LOS ÁRBOLES.—**Memorias patrias:** ERCILLA, Pachín González.—DE ACTUALIDAD, *Un montañés*.—PETICIONES DE SANTANDER.

LA FIESTA DEL ÁRBOL

Decíamos hace días que esperábamos la voz de un hombre de buena voluntad que llamara á la unión á los defensores de la repoblación de los montes en la tierra. Y esa voz, por suerte, ya se ha dejado oír.

En la última sesión de la Liga de contribuyentes de Santander, el señor Barrio propuso que esta corporación, á quien tantos beneficios se deben, tome la iniciativa en llevar á la práctica el pensamiento de instituir en la Montaña la *Fiesta del árbol*, con el fin de hacer que las nuevas generaciones tengan amor al arbolado en vez de deseos de destruirle como ahora, y para que se aprenda á sacar partido de las condiciones naturales de producción que tiene el suelo de la provincia. La proposición fué aceptada.

Ya estamos satisfechos.

La Liga de contribuyentes tomará á su cargo esta obra de verdadera importancia, y poniendo en ella todo el brío que acostumbra, la llevará á pronta realización, con lo cual se habrá hecho acreedora á los plácemes de cuantos están fijos en un asunto que reviste caracteres de vital interés para la Montaña.

Ahora no hay que perder el tiempo. La primavera es la estación oportuna para las plantaciones, y para entonces, para Febrero ó Marzo deben estar formadas la Junta provincial y las locales con objeto de que la simpática Fiesta pueda celebrarse, á ser posible, á la par

en todos los ayuntamientos montañeses.

La Liga, que ha tomado la iniciativa, tropezará [de seguro] con los obstáculos de la inercia, poderosa en el suelo montañés, con el abandono, con la incuria, pero no se arredrará para torcer su rumbo sabiendo que la necesidad de la *Fiesta del árbol* vive en todos; que la ayudarán en su empeño cuantos no sienten el influjo de la pereza; y que á la postre no han de ser los pobres de energías, los fríos de entusiasmo quienes aplaudan con menos calor, libres ya de las ligaduras del cómodo egoísmo.

En la institución de la *Fiesta del árbol* tiene EL ECO MONTAÑÉS esperanzas de seguros y grandes beneficios para la región. Por eso aplaude calurosamente al Sr. Barrio, que propuso se instituyera, y á la Liga de contribuyentes que se dispone á emprender los trabajos que han de dar por fin mucho riqueza material con la repoblación de los montes, y otra riqueza no menos estimable con la cultura del sentimiento en la niñez de ahora y en las generaciones venideras.

ESBOZO

OS LOQUITUR

La oratoria es el vicio de los países meridionales, de las razas artistas: en cada griego había algo de Demóstenes; en cada romano de Cicerón.

Igualmente en cada español hay siquiera barruntos de Alcalá Galiano, de Olózaga, de Castelar.

El cielo azul, los campos floridos, un sol que inunda la tierra con mares de luminarias y esplendideces infunden la alegría de vivir. Es más dulce y tiene mayores encantos el trino de las aves; suena mejor el agua que corre lamendo las yerbas de las orillas; es más rico en sonos deleitosos el viento que juguetea con las hojas de los árboles... Hasta el mar, tendido en llanura inmensa bajo los fulgores del celeste incendio, sabe cantares de mayor armonía que los tristes y broncos de las regiones de los fríos y las brumas.

El hombre es semimuerto en los países en que el sol enciende lucecillas que se ahogan en los vapores de las nieblas, como se amortiguan las luces de los tímulos entre las negruras de las dal-

máticas. El hombre rompe en sonidos articulados que comunican los amores de las almas si la luz que alumbró á sus ojos es la luz vivida, poderosa de un sol que habla á la tierra con potentes estallidos de resplandores que lastiman.

La raza sigue quemando incienso en el altar de la oratoria.

Vinieron de América hijos ilustres de las repúblicas que en otro continente son orgullo del espíritu español, y durante quince días hemos girado en el torbellino de la palabra. Hispano-americanos y españoles desataron de las lenguas el nudo del silencio, y los discursos grandilocuentes, artísticos, afectuosos, atropelláronse en la lucha de la cortesía y de la inspiración para fundirse en un himno gigante a la fraternidad, como las ténues ondas del lago se persiguen resbalando sobre sí para despeñarse por el precipicio fundiéndose en el trueno ensordecedor de la catarata.

Palabras, muchas se oyeron. ¡Ah, si lo que decían las bocas lo inspiraban los corazones!

Hay que creer que sí. La mentira es pálida y fría; sus labios están resacos; sus ojos no fulguran. Y en los oradores de allá y de aquí se veían los entusiasmos, el calor de las almas, los amores de la sangre que se busca, en los ademanes viriles, en el rojear de los labios húmedos, en la congestión de los rostros, en el brillo de la mirada relampagueante.

Hay que creer, sí, que los oradores no batallaban en el juego estéril de una comedia indigna. Fuera eso darnos la patente de tontos de remate.

Cuando á España los pueblos todos le son hostiles, cuando el ayer trae á la memoria turbonadas de tristezas; no es halagueño el presente y está cargado de negras nubes el horizonte del porvenir, no abrazarse con los hijos de sus hijos es segura perdición. Cuando el coloso de América acaricia planes conquistadores para los hispanos de aquel mundo, no hay otra salvación que España.

Ya lo dijo un orador: ó reafirmar el espíritu español ó resignarse á perecer.

ESPAÑA Y AMÉRICA

El domingo se cerró con brillantez el Congreso hispano americano.

En el principio hubo mucha gente que expresaba su opinión de que para

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. G. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

AMÓS DE ESCALANTE (JUAN GARCÍA)

Con repugnancia invencible al objetivo fotográfico el insigne escritor, por fortuna tenemos que llegara á nuestro poder el *capricho* con que se engalana El Eco: un retrato, pequeño, sí, pero de sumo parecido, cuando no en las facciones, poco precisadas, en el gesto y aire que son las facciones de la persona, como las otras lo son únicamente del rostro.

¡Qué ocasión de retrato para una pluma castiza y hábil, de las que de pluma saben pasar á pincel en cuanto la mano se lo manda! No acierto, en verdad, qué culpas hayan podido traer á varón tan exento de ellas á caer entre las puntas de la mia.

Mucho más, cuando no ha menester nadie alcanzar su aménisimo trato ni la honra de visitar su casa para saber de *Juan García* y decir de él, por lo tanto. Porque todo está en sus escritos.

Ya sé que al decir esto rompo con el juicio de muchos, que le creen avaro de sí, de su modo de sentir y pensar y expectador único del fondo de su espíritu.

Yo pienso, en contra de ellos, que *Juan García* ha dejado en sus libros lo mejor suyo, lo más íntimo y secreto, lo más difícil de dejar en palabras: la esencia entera de su alma nobilísima. No es ciertamente hombre aficionado á contar qué hace, cómo escribe, si va ó viene, si le aplauden ó le olvidan. Ni se desprecia ni se encarece en papeles: se guarda de continuo, como aconsejan la prudencia y el buen gusto; y á la hora de salir en sus líneas, que á veces la traen necesidades del cuadro que traza, aparece lo menos que puede, velado y con disculpa, parecido á todos los demás no siéndolo, para que nadie con la comparación se duela de la inferioridad propia, que es discreción que muy pocos tienen. Pero si no habla de sí en esta forma externa y clara, ni de sus actos en la vida y en el mundo, ¿qué no dicen sus brillantes páginas de las tendencias generales de su pensamiento, de su peculiar modo de ver y juzgar las cosas? ¿Qué no cuentan de su corazón y sus preferencias?

Digo, pues, que se le ve en sus obras, y quisiera acertar á decir cómo se le ve.

Juan García es un caballero antiguo, en todo cuanto este adjetivo tenga de encomiástico. Español hasta el fondo de su alma, en ella guarda la piedad profunda de los españoles de antes, su moral austera, su hondo amor y nunca quebrantada obediencia del hogar, aquella cortesía con los viejos y los sabios y rendimiento con las damas, rendimiento y cortesía llenos de respeto y que no nacen en los labios, sino adentro, sin que hagan los labios otra cosa que vestirlos al pasar afuera, con la dicción noble y correcta, tan lejana de la afectación cuanto de la vulgaridad.

Tanto como español es montañés. Apegado al solar como la idea al cerebro en que nace; pagado del alto linaje de que viene, no para otra cosa que para no oscurecerle y para probar con obras y pensamientos cómo se funda en algo el respeto de las gentes á un apellido, á un escudo, á una casa; prendado de su tierra, no con amor irreflexivo y ciego, sino avivador del alma y los ojos, que no lleva á escarnecer la ajena, sino sólo á elogiar la propia y poner en su servicio lo mejor del pensamiento y del corazón... ¿Cómo hay quien piense que no está *Juan García* en sus libros?

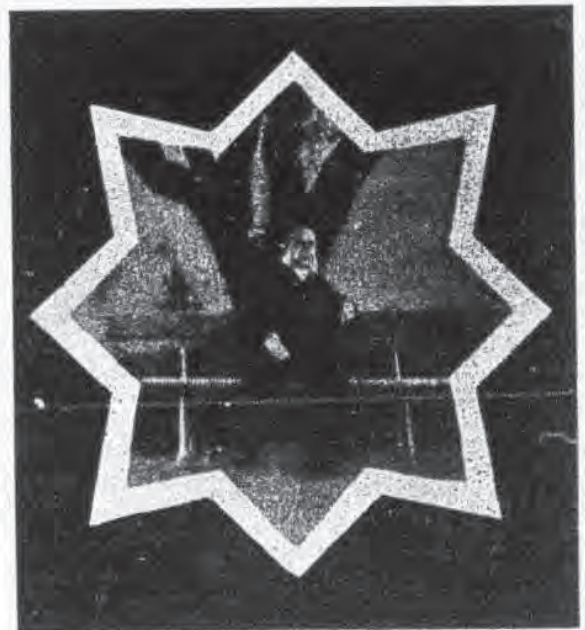
En *Ave, Maris Stella*—el diamante negro de su corona de escritor,—que es la obra que por su labor de novela parece menos á propósito para que el autor se quede en sus páginas, acierta mi atención á verle todo entero. Todos sus personajes *claros*, todos los que quedan en la parte de luz del inimitable cuadro, tienen de él; que bien se cono-

ce, creo yo, cuándo los personajes tienen del autor, y qué cualidades, de entre las que los definen han ido á estudiarse fuera y cuáles estaban en casa. De casa son, á no dudar, la sabia caridad y prudencia de *Fray Rodrigo*, el alma enamorada de su hermano el soldado, la caballerosidad y cortesía del hidalgo de Binueva, la lealtad de los que en las *Juntas* votan con su Rey y señor sin atender á que el mandato halague ó hiera, y hasta la actividad corporal y exacto conocimiento de la tierra puestos en el valiente *Rebezo*.

Flotando entre las nieblas que visten el paisaje allí pintado, vagando entre las ramas, sollozando con el arroyo, añadiendo con la lamparilla aquella de la Virgen que el *Rebezo* y D. Alvaro ven por la «estrecha saetera», ha quedado, para quien quiera leer bien, el espíritu de *Juan García*.

Ya he dicho del amor de éste á su Montaña que no era ciego. Como amor noble y bien nacido, no le ha llevado á no poder dejarla cuando otros anhelos lo pedían, ni á cecarla ni atarse á ella de por vida como el desconfiado á su prenda. Y, movido por necesidades de su educación de noble ó de sus ansias de artista, visitó tierras y admiró monumentos, anduvo en corte, ocupó largo tiempo preferente puesto en estrados y salones, ilustró empresas literarias y hasta sirvió en labor de la misma índole, á su Estado.

Hoy vuelto á la tierra, como después de guerrear volvían los caballeros de otro tiempo á la suya, nunca olvidada ante las bellezas de otras ni entre el tráfico y afanes de la vida, el insigne escritor vive alejado de la sociedad y casi ajeno á la parte activa de la literatura, dedicado en su venturoso hogar á la más noble empresa en que corazón y talento pueden emplearse, única ante la que no se puede



pedir cuentas á autor ninguno, aun valiendo lo que éste, por su ausencia del campo literario: la educación de los que al heredar tan buen apellido, han de heredar cuantas virtudes van á él anejas y el secreto de hacerle valer cuanto hasta ahora.

Y hoy como ayer hállele quien quiera cortés sin adulación discreto sin igual ni aun imitador, agudísimo y grave a un tiempo; tan sutil en razones como claro y fácil en palabras; economista sin rival en esto de impuestos literarios, perdonándoles toda la cuota a los débiles y nuevos y exigiéndosela doble a los primeros y a los maestros.

Distínguese igual al escritor que al caballero, lo mismo a Juan García que a Amós Escalante, un sello de perfección y originalidad, de superior en lo exquisito y lo noble, una marca especial que le define y determina con una rara exactitud. Hasta su peculiar modo de vestir, de una elegancia de siempre, desdeñosa de efímeros usos y for-

mas, atildado y pulcro como todo en él, lleva ese sello que se dice.

Varón superior, en fin, gloria de la Montaña como escritor y honra suya como hombre, del cual quiero acabar diciendo lo que Fernando del Pulgar en su *Retrato del Marqués de Villena*:

«No quisiera negar que este caballero no tuviese defectos como los otros hombres; pero púelese bien creer que si la flaqueza de su humanidad no los podía resistir, la fuerza de su prudencia los podía disimular.»

Enrique MENÉNDEZ.

SUMARIO

Galería montañesa: AMÓS DE ESCALANTE (JUAN GARCÍA), *Enrique Menéndez*. — LA EXPOSICIÓN MONTAÑESA. — **Esbozo:** SIN ASUNTO. — ANTAÑO. ¡A SAN ANDRÉS!, *Domingo Cuevas*. — NOTICIAS. — DESDE SANTANDER, *El Diablo de la Tierruca*. — A LA PATRONA DE ESPAÑA, *Concha Espina de Serna*. — LA VÍA ESTRECHA. — CAMPURRIANA, *R. Sánchez Díaz*. — **Memorias patrias:** D. JUAN NICASIO GALLEGO, *Pachín González*. — REVISIÓN DE TARIFAS.

LA EXPOSICIÓN MONTAÑESA

Aquella improvisación de este verano para reunir en la plaza de la Libertad, en Santander, productos de las industrias montañesas, obtuvo un resultado tan hermoso, que inmediatamente se acarició la idea de celebrar, en el mes de Agosto de 1901, una Exposición provincial. Y bien recibida, comenzaron, sin pérdida de tiempo, las gestiones preliminares, consiguiéndose la promesa de apoyo del Sr. García Alix, ministro de Instrucción pública.

Después acá, en los periódicos sanderinos se ha podido leer que, el Consejo de Agricultura, la Cámara de Comercio y la Liga de contribuyentes, prosiguen trabajando el asunto con verdadera fe, razón por la cual son dignas de aplauso las corporaciones mencionadas.

Según noticias que tenemos, se ha hecho mucho para el logro del pensamiento que tantos beneficios ha de reportar a todos los elementos de vida de la Montaña. Muy lejos, pues, de nosotros, en este artículo, ni rastro de censura.

Pero parécenos oportuno consignar lo que Segovia ha realizado en menos tiempo que Santander, disponiendo su Exposición para el verano próximo, a fin de que el ejemplo sirva de acicate a nuestra voluntad.

La *Sociedad Económica segoviana*

de *Amigos del País*, que tomó a su cargo celebrar la Exposición, ha publicado una notable circular dirigida a los habitantes de la provincia pidiendo la cooperación de todos para el mejor éxito de la empresa.

«España—dice—será una nación culta, rica y respetada por todas las demás, si sus hijos se educan para el taller, para la agricultura, para la industria, y si se inculca en ellos el amor a las ciencias y a las artes, al paso que se les aleja del vicio y se les ejemplariza en las sublimes enseñanzas de la virtud y de la moral cristiana, si se les congrega en gremios y se les estimula en públicos certámenes para premiar el producto de su inteligencia y de su laboriosidad.»

Esto es como el alma de la idea. Después consigna que tiene la protección de la Diputación, del Ayuntamiento de la capital y de otras corporaciones y colectividades, y que espera obtener el patrocinio de la Reina Regente.

A continuación cita las personas que han de constituir las Juntas protectora y general, y las distintas Comisiones a que hace referencia el programa de la Exposición. Y entre esas personas figuran los diputados y senadores, las autoridades, los alcaldes de las poblaciones de mayor importancia, los directores de los periódicos de la provincia, comerciantes, artistas, hombres de ciencia, los segovianos de mayor altura y redactores de *La Correspondencia de España*, de *El Imparcial* y de *El Heraldo de Madrid*.

Todo esto ha hecho Segovia en poco más de un mes, y sus representantes en Cortes, además, han conferenciado con los ministros para recabar el mayor apoyo de la hermosa idea; y presumible es, por tanto, que Segovia celebre con brillantez un certamen provincial, de lo cual han de alegrarse cuantos se interesan por el progreso del país.

El proyecto de Exposición provincial montañesa, no sabemos nosotros que haya salido del período de incubación, y como el tiempo corre, y como el verano está más próximo que parece, nada tiene de particular que muchos se pregunten si no es hora de ir concretando, de avanzar en firme, de activar los trabajos preparatorios... de imitar a Segovia.

El tiempo que pasa no vuelve jamás, y ya que pasa, es justa aspiración de los hombres que su pasar no sea moti-

vo para lamentarse de no haberle aprovechado.

No se olvide que este género de certámenes tienen el seguro de su importancia en la preparación inteligente y en el plazo sin agonías; y que la Exposición provincial de Santander es de obligación que sea un verdadero alarde de su vida floreciente.

ESBOZO

SIN ASUNTO

Ya están las cuartillas delante y en la mano la pluma ansiosa de verter en ellas lo que invisiblemente destila en sus puntos el cerebro ó el corazón... Y arriba y en lo hondo el saber y el sentir, ni laten; duermen con el sueño profundo de la bestia, que dejó las energías en la dura labor de abrir con el arado surcos en las palpitantes entrañas de la tierra.

El papel tieso, inmóvil, blancuzco, tendido ante los ojos, parece que pide las manchas de la tinta que le hermoseen, quitándole la monotonía de la superficie igual; parece que pide los rasguños de la pluma que en su correr le dignifica, comunicándole la vida de la idea. Y como si tuviera alma de hombre, el papel, conociendo las angustias del escritor que batalla por sacar chispas de luz de la espesa sombra, parece que sonríe villanamente, gozándose en la pena del cautivo del trabajo.

Y hay que escribir. Cuando rindiéndose a la impotencia, mudo el entendimiento y el corazón mudo, el pobre esclavo de la pluma comienza a oír la dulce voz de la fantasía que le armoniza, una palabra terrible—¡Original!—ahonda desgarrando en el espíritu, y le trae a la negra realidad de la obligación, del escribir sin asunto, que es como sacar agua del fuego, lumbres de la niebla, sonos del vacío.

¡Rompiérase la pluma en mil pedacitos, trocáranse en pavesas las cuartillas, hasta se hiciera un auto de fe con el gordínflón regente para cobrarse las pesadumbres que brotan, como avispas encolerizadas al conjuro de la voz ¡Original!, cuando ésta envenena las dulzuras de la fantasía que adormecen al escritor!



EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

JESÚS SARABIA Y PARDO

Al hablar á montañeses de un Sarabia y Pardo, parece huelga añadir que se trata de un ferviente devoto de la tierra, de un corazón abierto siempre á lo bueno, de una inteligencia superior y de un caballero cumplido.

En éste, con cuya presentación me honro, corren parejas su carácter, modesto en demasía, su ciencia bien probada y su laboriosidad asombrosa.

Des de muy niño manifestó grandes aficiones á los estudios médico-quirúrgicos, y á ellos se consagró con entusiasmo y gloria, alcanzando siempre en las aulas notas de sobresaliente y algunos premios; y de sobresalientes también fueron calificados sus ejercicios al licenciarse, como asimismo los de su investidura de Doctor, en 1887.

Muy poco después fué nombrado médico-director de los baños del Monasterio de Piedra; pero dejó muy pronto la plaza, y buscando más abiertos horizontes para el empleo de sus aptitudes profesionales, se trasladó á Madrid, en donde no tardó en hacerse notable, pues en 1889, su excelente folleto *El Suicidio como enfermedad social*, fué premiado por la Sociedad Española de Higiene. Igual honrosa recompensa merecieron de la misma docta Corporación sus otros notabilísimos trabajos *Profilaxis de la tña ó Higiene de la boca*, obras ambas que han sido muy elogiadas.

Por otro notable opúsculo, *Estudio higiénico de las casas de maternidad*, recibió plácemes entusiastas de facultativos y profanos, y fué nombrado corresponsal de la Real Academia de Medicina.

Desde 1891 á 1895 desempeñó en la facultad de San Carlos el cargo de Profesor de la Clínica de niños, excitándose tanto entonces sus aficiones á esta compleja especialidad, que, anheloso de ampliar más aún los profundos conocimientos en ella adquiridos, marchó á París, en donde puede decirse que *se completó*. De regreso en la capital de España, fué á engrosar la piña de los maestros del Instituto Rubio, y allí sigue prestando, con otros ilustres especialistas montañeses, beneficios sin cuento á los enfermos desheredados, y abillantando los timbres de la tierra santanderina.

Ni este delicado puesto, ni su acreditada consulta particular, ni la ruda labor de una visita numerosa, son bastante á rendir sus fuerzas; pues aunque parezca inverosímil, todavía le queda tiempo para colaborar asiduamente en la antigua *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, con Gutiérrez, Mariani, Espina y otros famosos médicos, y para preparar nuevos trabajos científicos de mucha miga, llamados á aumentar su renombre.

Al repercutir en esta corte los ecos de aquella explosión horrenda del *Machichaco*, que cubrió el suelo de cadáveres y retorció de espanto los corazones, el Doctor Sarabia, creyendo que su personal ayuda pudiera ser útil en el lugar de la hecatombe, se apresuró á delegar en otros compañeros sus obligaciones cotidianas, y montó en aquel tren memorable y triste, en el que, aturdidos por la pena, bajamos á Santander muchos centenares de los que aquí formamos la colonia montañesa; y una vez allá, prestó, con su digno colega Ortiz de la Torre, inolvidables servicios en el hospital improvisado en el gran hotel del Sardinero. Por su lucido proceder en aquellas críticas circunstancias, fué premiado con la Cruz de Beneficencia, con la medalla creada por el excelentísimo Ayuntamiento y con las bendiciones de los que, en lucha titánica, arrancó de las garras de la muerte.

Como en pocas de sus ramas, es la ciencia médica ingrata y difícil en la de las enfermedades de los niños, y por eso, sin duda, los grandes triunfos en ella alcanzados por Sarabia, le han hecho una reputación envidiable. Para pregonarla, la pobre pluma que estas líneas traza lamenta su carencia de elocuentes bríos; pero confía en que los lectores de *EL ECO* serán benévolos con ella, en gracia al noble empeño que ahora la mueve; pues si con otra más correcta y brillante ganarian mucho en sustancia, crean que no la aventajaría en cariñosa sinceridad.

Pero á lo que entiendo, no han de ser necesarios elogios más vivos para que el Doctor Sarabia quede á la altura merecida; porque todo lo que hay que decir del médico, lo dicen por bien expresivo modo las muchas madres que, al recordar trances apurados de niños enfermos, invocan conmovidas el nombre de aquél y derraman lágrimas de gratitud, por considerarle salvador providencial de los pedazos de su alma.

Por lo que al hombre se refiere, ligeramente apuntadas quedan al principio las condiciones de su carácter, y en cuanto al *paisanuco*, despojado de su valor científico, los que sepan aquilatar su delicado sentir y su profundo amor, despierto á todas horas, por el venerando solar montañés, con Sarabia contarán siempre para aliviar desventuras



y á su puerta llamarán, seguros de que ha de abrirse, para contribuir á cuanto tienda á la prosperidad y al esplendor de nuestro adorado terruño.

Honorio TORCIDA

GALERÍA MONTAÑESA

SANTIAGO LÓPEZ

TIENE, entre muchas de sus excelentes cualidades, una que realza sobre manera su personalidad distinguidísima: el sentimiento de la caridad, al estilo cristiano, sin que la mano izquierda se aperceba de los actos benéficos de la mano derecha. Pero á bien que no le vale este modesto sigilo y esta linísima discreción á Santiago López, porque las bendiciones de familias y de pueblos enteros atestiguan, mejor que el tenedor de libros de su casa, la cuantía de las limosnas.

Hay muchos caminos que conducen á las alturas de la celebridad. Para mí, el hombre más admirado es el que llega á esas eminencias haciendo el bien por donde quiera que pase.

Santiago López, distinguido ingeniero, gerente de la Sociedad Hullera Española, consejero de importantes Compañías, presidente de la empresa naviera Vasco-Cantábrica, alma de artista, hombre de vasta cultura y general ilustración, destacará siempre, antes que por estos títulos preeminentes, por la bondad de su alma. Sabe mucho y es modesto. Tiene millones y es pobre. Para él nada quiere. El bienestar de los suyos le ocupa y le preocupa. Prefiere consolar á un enfermo que asistir á un baile. Gusta más de remediar necesidades que de obtener crecidos dividendos en las empresas que dirige.

En aquella región minera asturiana del valle de Aller, entre las altas chimeneas empenachadas de negro humo, á orilla de riachuelos de aguas oscurecidas por los residuos del carbón, á la sombra de vastos castaños y robles, puede contemplar el viajero que atraviesa la estación de Ujo, un risueño grupo de blanco caserio levantado únicamente para mejorar la condición del minero. Aquí la escuela; allá el casino con biblioteca, salas de juego y teatro; sobre aquel cerro surtidos economatos con todo lo preciso, á precios mínimos, para el sustento de tantas familias; barriadas de casas para obreros que con el transcurso del tiempo y mediante determinados requisitos, pasan á ser de su propiedad, y en el centro de la barriada, descollando entre el airoso grupo, severo templo de esbelta torre, con la enseña de la cruz que redime, en lo alto de su cúpula... Pues en todo ello puso mano Santiago López, con solicitud bienhechora y entusiasmo grande.

En su casa de Comillas, á donde va todos los veranos en busca de reposo, se le vé siempre rodeado de pobres; unos en su despacho contándole penas; otros en la antesala, esperando el turno, y alguno que presume de pillo y avisado, escondido en *la que calleja*, atisbando el paso de nuestro hombre para salirle al encuentro:

—D. Santiago; mire que la mi yaca se me desgració, y malas penas si podemos este año *apañamos* con la miseria que nos produce la tierra.

—Padrino; bien podía *señalarme* un *diariucu*, porque con el *histéricu* de la parienta, no tengo ni *pa melecinas*.

—¡Ay D. Santiago el mío! que el difuntu me dejó *toa empená* y aquellas criaturas están *aterecias*.

—Señor; venía á ver si podía *señalarme* un cuartilluco de leche, porque no *mos alcanza* la hacienda.

Y así siempre; todos los años. Y siempre se remedia la necesidad, y se atiende á todo, y se prestan consuelos y se señala el *diariucu*.

Y todo ello con la sonrisa en los labios y con aquella mirada dulce y tranquila de eterna conmiseración.

Y el tenedor de libros, pulseando columnas y columnas de números por cantidades entregadas á Don Santiago para pensiones en Comillas, para pensiones en Santander y en Madrid, y en Barcelona y en todas partes.

Que no me digan que esto no es sublimemente hermoso, que esto no es *biografiable*, si vale la expresión, y que el nombre del ilustre montañés, del bondadoso santanderino D. Santiago López, no merece, por los beneficios que prodiga á la Montaña, en la persona de tantos montañeses, lugar distinguido en esta galería de distinguidos paisanos.

Cuando nuestro biografiado presentó su candidatura para diputado á Cortes por el distrito de Cabuérniga, en cuyas elecciones obtuvo una votación lucidísima, votación que le dió asiento en el Parlamento español, todos esos que viven del amor y de la caridad de Santiago López acudieron solícitos, no con su voto, sino con su entusiasmo y su cariño á la fiesta de la elección, y hubo gritos de júbilo, y cohetes, y arcos triunfales, y músicas y vivas entusiásticos. Pero algún maliciosillo, que nunca faltan, solícito su voto por los elementos enemigos á esta candidatura, pensó á su modo sobre á quién había de conceder el sufragio y se dijo: Si no voto al contrario, puedo pasarlo mal; si no voto á D. Santiago, la libra de carne y el cuartillo de leche que me paga todos los días, no ha de quitármelo, porque es muy bueno. Y votó al contrario. Y no le quitaron la libra de carne ni el cuartillo de leche.



Tenía razón el hombre; lo que no tenía era vergüenza; ni entrañas de político D. Santiago López.

Para terminar: creo que nuestro biografiado verá con disgusto los párrafos que anteceden y el retrato

que acompaña á estas líneas. Es enemigo de elogios y exhibiciones. Pero no importa. Entre Galvarriato y yo la hemos urdido, porque es de justicia la exhi-

bición y el elogio en este caso. Y para que no se enoje con nosotros, le prometemos que no hemos de volver á hacerlo. Al menos en estas páginas.

José D. de QUIJANO.

SUMARIO

Galería montañesa: Santiago López, José D. de Quijano. — ¡Adelante! — **Esbozo:** Emulación. — Buena ocasión. — Noticias. — Felicitación, F. Ceruti. — **Averiguaciones montañesas:** Contestaciones. Un pasiego, Delfín Fernández y González. — Abusos intolerables. — De higiene. — A Pepe Estraña. *El Diablo de la Tierruca.* — ¡Buen viaje! Fernando Pérez del Camino. Servicio de correos. — **Memorias patrias:** Carlos III, Pachín González. — Bromas, Joaquín de Galvarriato. — **La cuenta del siglo:** Tratados.

¡ADELANTE!

Si no tuviéramos una fe decidida, una esperanza muy grande en los bríos de la juventud literaria montañesa, por la observación de lo que producen y se publica, y por el conocimiento de lo que muchos no quieren dar á la imprenta, el reciente triunfo de dos jóvenes literatos montañeses haríanos adquirir aquella esperanza y aquella fe.

Galdós, Echegaray y el Sr. Ortega Munilla componían el jurado de *Blanco y Negro* para premiar dos novelas que reuniesen las condiciones del certamen abierto por aquella publicación.

Mil pesetas, y quinientas pesetas son manjares muy apetitosos para los literatos españoles, y así no es de extrañar que sobre el jurado calificador cayerá un chaparrón de más de 300 obras, número que indica cuánto se escribe en España y cuan poco se remunera aquí al forzado de la pluma.

Escogieron dos; pero los ilustres escritores creyeron de conciencia recomendar la adquisición de otras doce novelas merecedoras de premio. Pues bien; entre esas doce, escogidas entre más de trescientas, figuran las tituladas *El camino*, de Fernando Segura, y *La fragua de Vejo*, de Delfín Fernández y González, ambos montañeses; santanderino el uno, cabuérnigo el otro.

Y para aquilatar lo que esto representa, hay que saber, además de lo del número, que al certamen han acudido firmas justamente consagradas, autores famosos, novelistas acostumbrados á vencer. ¡Qué grande se reconocería el

triunfo de aquellos escritores si se publicaran los nombres de las autoridades que figuraron en el concurso!

Este triunfar no ha sido para nosotros una revelación; ha sido una cosa que esperábamos de la juventud montañesa que escribe. ¿Fueron al certamen Delfín Fernández, y Segura? Pues era para nosotros natural que vencieran.

El primero se hizo algo de prisa sin duda, pero observa, trabaja, lee, goza de un temperamento artístico de primera y adónde apunta ya se ve en sus libros *Cabuérniga* y *Pos vereis*.... y se verá más claramente en su novela *El riñón de la Montaña* que en estos días se imprime en Barcelona.

El segundo... Del segundo ya dijimos en una ocasión lo que nos pareció conveniente, sin miedo al odio africano con que Segura distingue á todo el que tiene la audacia de suponer que lleva algo grande en el cerebro, y en los ojos mucha luz, y no nos hemos de repetir, ni hablar de sus crónicas brillantes, brillantísimas del *Boletín de Comercio*, ni de sus otros trabajos peregrinos, ni de su manera especial de ver las cosas y juzgar á los hombres, ni de su fecundidad maravillosa, ni de sus facultades para ser en todos y cada uno de los géneros literarios, ni siquiera de la lucha que sostiene consigo propio, contradiciéndose á cada paso, escritor que está en crisis y en crisis peligrosa por el desencanto á lo Espronceda, á lo Heine y á lo Bartrina que le produce su sistema de explicarse lo que sucede en el mundo. Quédesse todo para cuando alguien de *EL ECO MONTAÑÉS* se atreva á escribir la semblanza de Fernando Segura.

Entretanto, gocemos como triunfo montañés, como triunfo propio el triunfo de aquél y de Delfín Fernández, y á ellos y á otros cuyos nombres acuden á los puntos de la pluma digamos los que desde la llanura batimos palmas á los que suben:

¡Adelante, por la Montaña!

ESBOZO

EMULACION

Según las notas oficiales del gobierno civil, en los primeros nueve días del año actual se han registrado ciento cuarenta y tres sucesos criminosos por suicidios, asesinatos, heridas y otras menudencias.

Las provincias hacen todo lo posible por que Madrid no las aventaje: en veintisiete se registraron en igual período ochocientos noventa y cinco sucesos de aquella índole.

No hay provincia que quiera quedarse la última. Esto es altamente consolador, y anima, anima á esperar el amanecer de una aurora más brillante que las postreras del siglo último.

La emulación se juzga una virtud poderosa, y ya se ve como la practicamos los españoles: no consintiendo cada cual que el vecino de la esquina haga más barbaridades que él.

Indiscutiblemente es nuestro el porvenir.

BUENA OCASIÓN

El Diablo de la Tierruca, incansable paladín de los intereses de la Montaña, propone desde las columnas de *El Cantábrico* que, dadas las dificultades que ofrece la construcción del dique de Gamazo, la Junta de Obras del puerto santanderino, solicite del Estado que le ceda, por lo que otros le hubieran de dar, el dique flotante que se destinaba á Subic, que ahora se malvenderá en subasta pública, como se malvendió el de la Habana.

Con el artículo á que hacemos referencia ha coincidido la noticia de que la Comisión provincial de Palma de Mallorca solicita se la conceda el dique repetido, y como el telegrama no da más explicaciones, se supone es que se pretende por graciosa donación.

Ante tales cantos de sirena levantina, el Gobierno no debe olvidar que los innumerables grandes vapores que frecuentan la bahía de Santander, tienen muchas veces que interrumpir su carrera para ir á Francia con el exclusivo objeto de limpiar fondos, lo cual representa para la navegación gran pérdida de tiempo.

Basta este hecho, sin otras nil consideraciones, para demostrar que el dique de Subic prestaría servicios mucho más importantes en Santander que en Palma de Mallorca, y que, de consiguiente, si el Gobierno quiere aprovecharle para la casa propia, tiene que decidirse por el puerto del Norte.



EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

EDUARDO DE LA PEDRAJA

Es opinión muy extendida y corriente, en la Montaña y fuera de ella, que los indios ricos que vuelven de allende el agua, traen para acá malas ideas y mala salud, y que su dinero ni á ellos mismos aprovecha; porque sólo se cuidan de aumentarlo, aun á costa de privaciones y estrecheces, á que voluntariamente se sujetan, como si todas sus aspiraciones se cifraran en el constante anhelo de poder hacer un ruidoso testamento. No diré yo que no suceda esto en algunos casos; pero entiendo que debe de padecer frecuentes excepciones esta costumbre; porque van siendo ya muchos los que conozco de indios ricos, inteligentes é instruidos; y, sobre todo, fervientes y desinteresados patriotas, que son honra de la provincia en que nacieron; no habiendo en esto novedad que pueda causar maravilla; porque, cabalmente en esta provincia, y supongo que también en otras, ocurre que son muy contadas las casas antiguas, aun de las muy señoriles, que no deban á algún indiano su presente bienestar, ó, cuando menos, el aumento de su primitiva fortuna, que, sin este arrimo, se hubiera reducido á un misero pegujar, donde el señor hidalgo sembrase sus berzas, y á unos pocos carros de prado y rozadío, en donde sustentar un par de vacas y con qué aderezarles el establo.

Esto, sin contar con que fueron muchos los indios de cuyas larguezas en fabricar ó enriquecer parroquias y santuarios, ó en establecer fundaciones benéficas, se podría hacer larga y curiosa relación; de suerte que hay sobrado motivo para no seguir la corriente de la vulgar opinión; considerando, además, que á la diversa vida de unos y otros indios puede haber contribuido, casi siempre, la respectiva diferencia de su origen, y, con esto, las ideas de religión y de honor que en su educación recibieron, y los conocimientos con que sus padres los prepararon antes de pasar por primera vez el temeroso charco.

De uno de estos indios me propongo hablar hoy; porque pocos montañeses hay tan merecedores de figurar en las columnas de EL ECO MONTAÑÉS como el Sr. D. Eduardo de la Pedraja, y pocos también serán los montañeses ilustrados y amantes de su tierra que no le conozcan, especialmente si han querido saber algo de la provincia, y más todavía si se han visto en el caso de tener que escribir de su historia, de sus monumentos ó de sus costumbres; cosas todas de que el Sr. Pedraja ha juntado y tiene tan gran caudal de antecedentes y peregrinas noticias, que con ellas puede colmar las medidas del deseo más exigente, y ser, como lo es en la Montaña, señero á quien todos, cuando lo hemos necesitado, tuvimos que acudir, tomándole por Mentor y por guía.

Con decir que el Sr. Pedraja ha estado en América, no una, sino varias veces, ya se deja conocer que no es ningún doncel enservorizado de repente, y por seguir la moda, con las aliciones arqueológicas, históricas y artísticas; pero, sin que sea de rigurosa obligación declarar, en una semblanza, la edad de cada cual, quiero decir aquí que, según noticias que tengo por seguras, aunque no cometí la indiscreción de pedírselas á él, nació en 1838 en Liencres, donde residían y eran vecinos bien acomodados de bienes de fortuna sus honradísimos padres D. Juan de la Pedraja Samaniego y D.^a Feliciania Fernández Prieto,

quienes, viendo la buena disposición del rapaz, determinaron prepararle con los estudios y la educación convenientes, presumiendo que podría serle útil pasar, cuando fuera hombre, á México, donde el señor don Juan tenía parientes influyentes y ricos, de los cuales los más próximos, por ser primos hermanos suyos, eran los hijos del Sr. D. Manuel de Samaniego, Conde de Samaniego del Castillo, del hábito de Calatrava y teniente coronel de un regimiento de dragones, en tiempo de la dominación española; quien, por su fidelidad á la patria, hubo de emigrar á los Estados Unidos, donde falleció.

En compañía de D. Desiderio Samaniego, hijo del Sr. Conde y cuñado de D. Eduardo, marchó éste, por primera vez, á México en 1863, y allí permaneció algunos años, viniendo alguna vez á España, y haciendo otros viajes, hasta que habiendo logrado realizar una fortuna suficiente, emprendió una larga excursión por Europa y, al cabo de ella, se estableció en Santander, empezando poco después, hacia 1870, á reunir cuantos libros, documentos y papeles volantes ha podido hallar relativos á la Montaña, lográndolos con tan favorable suerte y ordenándolos con criterio tan acertado y científico, que, con razón, ha podido decir de esta colección el Sr. D. Marcelino Menéndez Pelayo, en su *Epístola á mis amigos*:

*«Ni á tí, que guardas
Con docto afán, en codiciado archivo,
De la vieja Cantabria los anales,
Y en rancios pergamínos escudriñas
Las olvidadas montañesas glorias;»*



y luego añadir, en nota al tomo I de la tercera edición de *La Ciencia Española*: «D. Eduardo de la Pedraja y Samaniego, poseedor de la más rica colección de libros y papeles relativos á la Montaña, tiene reunidas gran número de papeletas para un Catálogo de autores montañeses.»

Y con no menor razón pudo el *Chico de la ventera*, en *Semblanzas santanderinas*, segunda serie, dedicarle este soneto:

«Como otros, fuese á América buscando
Fortuna, del trabajo en la campaña;
Que la fortuna, á veces, no es huraña
Con aquel que la busca trabajando.
Por fin, un capital asegurando,
Del hogar en demanda, vuelve á España,
Y de hecho se estaciona en la Montaña,
Su sueño de otros tiempos realizando.
Nadie como bibliófilo le arguya:
Erudito la fama le confiesa;
Y, aunque el mundano trato no rehuya,
Es de la ciencia y el estudio presa
El que afirmarnos puede que es la suya
La mejor biblioteca montañesa.»

Porque, en efecto, la colección del Sr. Pedraja no sólo es la más rica, completa é importante de libros y papeles relativos á la Montaña, de modo que puede hoy ser considerada como su único archivo provincial; sino que probablemente es la más completa colección monográfica de España.

Compónese esta colección de trece principales secciones que comprenden la prehistoria y la historia de la provincia: merecen citarse para que el lector pueda formarse idea de su mérito: 1.º, Fósiles; 2.º, armas prehistóricas ó de la edad de piedra; 3.º, Huesos prehistóricos como molares y colmillos del oso de las cavernas, de rinocerontes y de otros animales primitivos; 4.º, objetos celtas de cobre y de bronce; 5.º, objetos romanos; 6.º, medallas acuñadas en honor de montañeses ó en memoria de sucesos ocurridos en la Montaña; 7.º, retratos de montañeses ilustres; 8.º, autógrafos de escritores montañeses; 9.º, colección de periódicos publicados en la provincia; 10.º, colección de libros de autores montañeses; 11.º, colección de obras impresas en la provincia; 12.º, documentos, papeles y obras que en todo ó en parte tratan de la historia de la provincia, y 13.º sellos, entre los cuales ocupa preferente lugar el antiquísimo del Concejo de San Vicente de la Barquera, del cual dice el Sr. Amador de los Ríos,—seguramente sin haberle visto—que el ayuntamiento de dicha villa le conserva como una reliquia, cuando hace ya infinitos años que el tal sello, que más bien parece del siglo XIII, estaba en América donde el Sr. Pedraja pudo adquirirle.

Después de lo cual puede juzgar cualquiera de la importancia de esta colección y del servicio que, en reunir y ordenarla, ha prestado y presta el Sr. Pedraja á las letras y especialmente á la historia de la provincia; siendo muy de notar que al trabajo asiduo

y á los sacrificios pecuniarios con que ha logrado reunir tantos y tan importantes ó raros documentos hay que añadir la limpieza de conciencia y de manos con que los juntó y con que los posee; no habiendo habido en formar esta rica colección, los gatuperios y artificios con que otros formaron las suyas, ni usado el Sr. Pedraja de la treta vulgar de anochecer los libros prestados, ni dado el conocido salto del tigre ni encargado al sastre bolsillos en 4.º y en 8.º donde ocultar los libros que se garbean, como se dice en la germanía del oficio; que estas y otras artes de la picaresca usaron en otros tiempos, y no sé si las usan en los presentes, más de cuatro bibliófilos y bibliómanos de menos delicadeza y escrúpulos que el Sr. Pedraja.

El cual, no siempre se ha contenido en los términos de colector; que alguna vez, por empeño de algún amigo, rompiendo el dique de su modestia, ha publicado algún trabajo histórico, cuyo principal mérito es la verdad, única virtud literaria que á todo trance solicita.

Los que ahora recuerdo son: 1.º *Apuntes sobre el Castillo de San Martín y ermita del mismo nombre, suministrados á la Comisión de monumentos, con motivo de la construcción recientemente descubierta al OE. del citado fuerte*. Se publicaron en *El Atlántico* en la hoja de *Miscelánea* semanal correspondiente, si no me es infiel la memoria, al mes de Mayo de 1886.

2.º *Primeras páginas de las investigaciones históricas sobre la introducción de la imprenta en la provincia de Santander y bibliografía de su prensa oficial y particular que ocupan las páginas 223 á la 230 del libro DE CANTABRIA, LETRAS, ARTES, HISTORIA, SU VIDA ACTUAL*.—Santander, 1890.

3.º *Páginas de las investigaciones históricas para la historia del pueblo de Liencres*.—Santander, 1892.

4.º *Investigaciones para la historia del pueblo de Liencres. El Castillo*. Remitido en cuartillas para el tercer tomo del *Homenaje á D. Marcelino Menéndez Pelayo*.

5.º Cuartillas de su Catálogo de libros que no sabemos cuando tendremos la suerte de verlas publicadas.

Por todo lo cual, con perfecta justicia y con no pequeña utilidad, es académico correspondiente de la Historia, individuo de la Comisión de Monumentos y Comendador de Carlos III, y con esto pongo punto final á este artículo, temiendo molestar en su invencible modestia á mi amigo el Sr. D. Eduardo de la Pedraja.

Fernando FERNÁNDEZ DE VELASCO.

Villacarriedo Enero 1901.

SUMARIO

Galería montañesa: Eduardo de la Pedraja, Fernando Fernández de Velasco. Vida que se escapa.—Modificación. Noticias.—Necesario.—«Electra». J. A. Galvarriato.—Lo de la dársena.—Dos copas, Honorio Torcida.—**Averiguaciones montañesas:** Contestaciones. Juan Calderón.—El correo de Santander.—Pático, Luis Alba.—De la guerra.—**Memorias patrias:** Espinel, Pachín González.—La Compañía Transatlántica.

VIDA QUE SE ESCAPA

Van adelantadas, muy adelantadas, y por buen camino, las gestiones que se realizan para la construcción del proyectado ferrocarril de Burgos á Bercedo.

El ingeniero, M. Williams, ha marchado á Londres con el fin de consultar á sus consocios respecto á la proposición hecha para refundir en uno aquel proyecto y el del ferrocarril minero de la sierra á Bilbao.

El Sr. Aznar se halla decidido á coadyuvar enérgicamente á la realización de estos fines, contando con el incondicional concurso de poderosos capitalistas bilbaínos.

En tanto puede saberse qué hace la empresa del ferrocarril Astillero-Ontaneda, qué hacen los capitalistas montañeses?

Se está blandiendo el arma amenazadora de la vida del puerto de Santander.

Aún es tiempo si se corre mucho y se aprovecha bien, para detener el golpe.

Cuando éste descargue, cuando la construcción del ferrocarril de Burgos-Bilbao se ejecute, Santander habrá recibido una herida mortal que ha de conducir al primer puerto del Cantábrico á miserable aniquilamiento.

Viven alegres los luchadores. Los apáticos se consumen, tristes y enfermizos, en el sucio regazo de la inercia.

Bilbao quiere vivir y para vivir lucha. De Bilbao será la hegemomía de nuestro mar, del mar de Cantabria en lo futuro. Dios ayuda al laborioso.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

DON BENITO PÉREZ GALDÓS

DESCUBRIR á Galdós como novelista y dramaturgo fuera insigne candidez; juzgar su obra, más que simple presunción, soberbia de la que Dios nos libra. Ni tanto, sino nos librara, cabría aquí donde no dejan sitio para otras glorias cuya



excelsitud admiramos, nuestras glorias, los triunfos de los hombres de la Montaña, la hermosura de sus monumentos, los mil encantos de su incomparable Naturaleza.

Cabe sólo que hablemos de Galdós, si no como montañés de nacimiento, si como montañés por el alma, por su libre voluntad, por haber nacido en la Montaña muchos de los hijos de su entendimiento y de su fantasía que le han dado inmortal renombre, por solariego de *San Quintín*, desde la que contempla las durmientes aguas del puerto de Santander, las turbulentas olas del Cantábrico, y las moles graníticas que se esfuman verdinegras al sur, hundiéndose en las nubes los picos por donde se asoma á las planicies de Castilla, su vieja madre, la abrupta Cantábrica.

Galdós es casi nuestro. Hace treinta años fué á Santander atraído por el imán de Pereda, y desde entonces, ni un solo verano nos faltó su visita, resolviéndose al fin á estar con nosotros en su casa de la Magdalena, en la que han germinado los pensamientos de muchas de las obras, y se han escrito no menos de diez y ocho entre las setenta y siete que constituyen el asombroso bagaje literario de uno de los hombres que más honran á España en ambos mundos; del novelista á quien «pocos de Europa igualan en lo trascendental de las concepciones, y ninguno supera en riqueza de inventiva» según asegura quien puede asegurar: Menéndez y Pelayo, el primer crítico, la gloria más legítima de la edad presente.

Allí escribió Galdós *Un faccioso más y algunos frailes menos*, *Mendizábal*, *De Oñate á la Granja*, *Luchana*, *La campaña del Maestrazgo*, *La estafeta romántica*, *Vergara*, y *Bodas reales*, entre sus «Episodios» que «han enseñado verdadera historia á muchos que no la sabían, no han hecho daño á nadie, han dado honesto recreo á todos, y han educado á la juventud en el culto de la patria»; allí la 2.ª y 3.ª parte de *Angel Guerra*, que patentiza en el gran escritor «el sentimiento de la poesía arqueológica de las viejas ciudades castellanas»; allí *Nazarín*, donde persiste la evolución de su propio pensamiento religioso «no

Panteja. — Hija mía... huyas de mí!
Maxim. — no huyes, no... Rosanita.
(Telón)
Fin de Electra

B. P. Galdós

ÚLTIMA CUARTILLA DE «ELECTRA.»

educado ciertamente en una disciplina muy austera..... pero muy distante siempre de ese nuevo pensar relativo, con el cual se vive continuamente fuera

de Dios, aunque se le contiese con los labios y se profane para fines mundanos la invocación de su santo nombre»; allí *Halma*, allí *El abuelo*, libro de los más excelsos de la pasada centuria; allí sus obras dramáticas *La loca de la casa*, *La de San Quintín*, *Los condenados* y *Doña Perfecta*, y finalmente, allí escribió *Electra*, el drama que ha tenido la virtud de agitar las muertas aguas de la indiferencia y traer á franca lucha fuerzas estériles por la inacción, haciendo pensar á los hombres de espíritu sereno y de conciencia honrada.

Y más todavía;

Gloria, «literariamente una de las mejores novelas de Galdós..... principalmente por la elevación ideal del conjunto que no se empaña ni aun en aquellos mo-

Celipín, el montañésuco de alma de buen temple, que abandona su hogar y marcha con el palo al hombro á los Madriles del rey de España «á aprender mucho y á ganar dinero», y *Cuarenta leguas por Cantábría*,

un viaje es instructivo y delicioso visitando ruinas y monumentos y lugares de nuestra región.

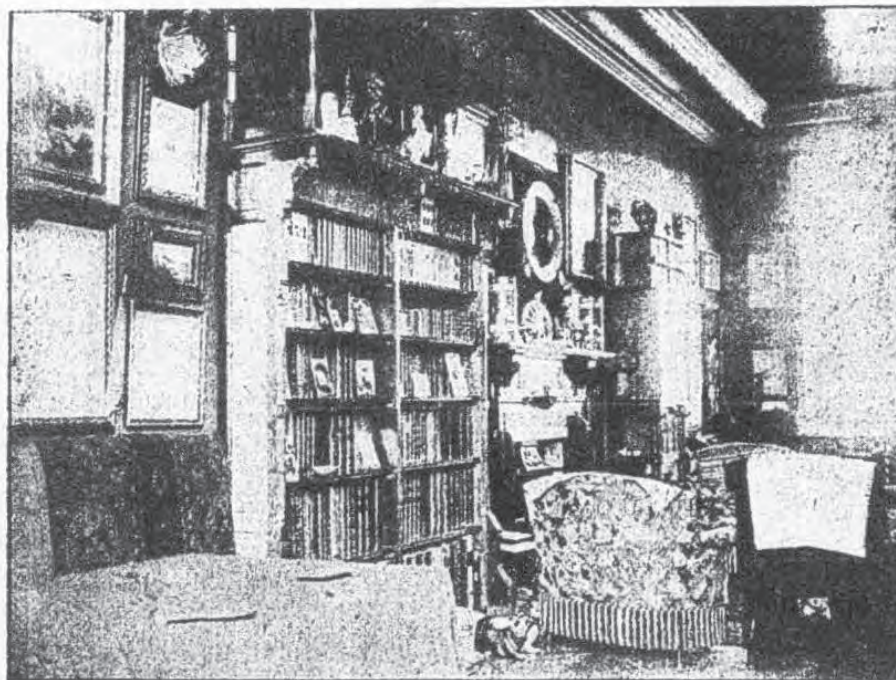
¿Hace falta más para probar que D. Benito Pérez Galdós, cuyas obras «tienen, sobre todo un hondo sentido de caridad humana, una simpatía universal por los débiles, por los afligidos y menesterosos, por los niños abandonados, por las víctimas de

la ignorancia y del vicio, y hasta por los cesantes y los llamados *cúrsis*», es casi nuestro?

Pues sépase que D. Benito, alma grande, corazón



«SAN QUINTÍN.» FACHADA DEL SUR



«SAN QUINTÍN.» DESPACHO DE GALDÓS

mentos en que la emoción es más viva», montañesa es; y *Marianela*, esa joya tanto como diminuta rica, es obra cuya acción pasa en las minas de Socartes, en la Montaña; y *El Doctor Centeno*, es el título de

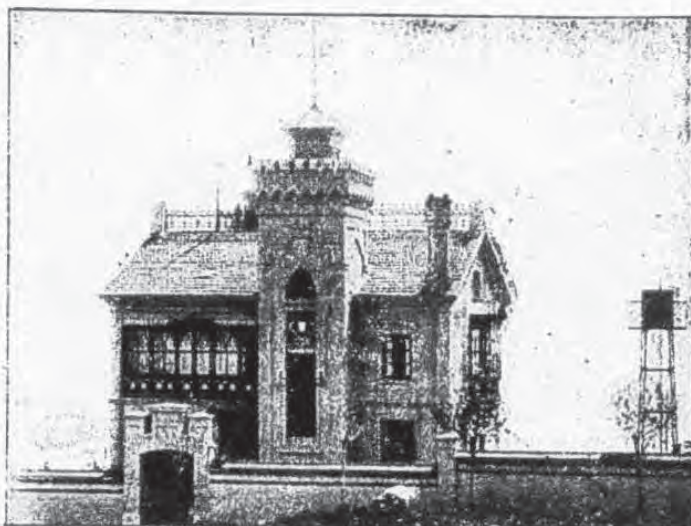
generoso, uno de los hombres más buenos que existen, si acoge con pena toda desgracia, con mayor si es montañesa; si recibe con cariño á los escritores, con más si son montañeses, y guarda para nuestro gi-

gante el autor de *Peñas arriba* sincera admiración.

Por eso, ahora que sus enemigos le discuten, los canallas le insultan en anónimos cobardes, y el rencor y la miseria de espíritu se desatan para perseguirle con la calumnias; ahora que hay peligro en que EL ECO MONTAÑES hable, ahora nosotros, montañeses, y por montañeses nobles, arrojamos por la borda el lastre

de los escrúpulos, la prudencia del miedo que aquí no vive, y honramos estas columnas con los grabados de su casa y de su gabinete de estudio, con el de la última cuartilla de *Electra*, y con el retrato de D. Benito Pérez Galdós, el primero de los novelistas españoles por fecundidad y por saber, reiterándole el testimonio de nuestra respetuosa simpatía.

LA REDACCIÓN.



«SAN QUINTÍN». FACHADA DEL NORTE

SUMARIO

D. Benito Pérez Galdós: *La Relación*. — Lo de la dársena. — *Esbozo*: Música. — Del mar. C. Olavarría. — Noticias. — Programa de peticiones. — Desde La red. — *Averiguaciones montañesas*: Preguntas. — Contestaciones, Juan Calderón. — De la excursión, Joaquín de Galvarriato. — *Memorias patrias*: Voladura del Maine, Pachín González. — Las comisiones de Santander. — *Grabados*: D. Benito Pérez Galdós. Última cuartilla del drama *Electra*. — San Quintín, Fachada del Sur. Fachada del Norte. Despacho de Galdós.

LO DE LA DARSENA

No es cosa tan fácil, como algunos pudieran creer, la favorable solución del importantísimo asunto de los terrenos de la dársena; y no lo es, aparte otras consideraciones que no piden ser aquí consignadas, porque los abogados de la Compañía del ferrocarril son gentes muy despiertas, muy sagaces: hombres de los que, como vulgarmente se dice, se meten por el ojo de una aguja.

No quiere esto decir que los representantes de Santander no sean hábiles; lo son, lo han sido; pero siempre es menos difícil triunfar de un adversario romo que del que lucha tenaz, corajudo, con ansias de vencer.

Varias conferencias se han celebrado en presencia del ministro de Obras públicas, y momentos hubo en que pareció perdida toda esperanza. El tino de los comisionados de Santander, la transigencia de los de la Compañía, el buen juicio

de todos, se impusieron, y hoy podemos confiar en que la capital montañesa no ha de ver pisoteados sus anhelos con la erección de un edificio que, en los terrenos de la antigua dársena, representara la ceniza puesta en la frente de todo un pueblo honrado, pacífico y trabajador.

Será muy pronto cuando el ministro de Obras públicas resuelva —lo esperamos— en favor de Santander; más tarde, si brota algún chispazo, serán sólo fuegos de artificio. Propositiones de alguien, cuyo nombre no estamparemos porque no se ofenda con nosotros; deseos, en uno y otro lado, de temolar el ramo de oliva, han de hacer que rápidamente, después de la resolución ministerial, se zanje este asunto, en el cual, vencidos ó vencedores, hemos visto peligros trascendentales, de que es oportuno huir.

Santander triunfará—así lo creemos;— pero su triunfo será un triunfo noble; de los que no humillan al contrario; de los que no hieren su amor propio; de los que no engendran rencores y deseos de venganza.

Celos mal entendidos hicieron cruzar tempestades de odios entre Bilbao y Santander. Por fortuna, el iris de la paz apareció entre las brumas del encono, y necesario es, indispensable, que reine la armonía y jamás se turbe entre dos pueblos hermanos, que sienten la bendita emulación de la lucha por

la vida, y dan ejemplo a España entera de fe, de constancia y de valor, para resurgir, entre haces de luces esplendorosas, de las negruras del vencimiento.

ESBOZO

MÚSICA

Yo no sé desde cuándo no escuchaba la música de un piano de manubrio; probablemente desde los últimos días de sol, allá por el otoño.

Este útil lírico-callejero parece que se esconde durante los días mates, sombríos, tristes del invierno, como si la alegría que oculta en el cilindro negárase a brotar, temerosa de morir ahogada en el espacio gris que dejan las nubes plomizas, aproximándose a las agujas de los campanarios.

Despunta ya la primavera, lucen los árboles sus brotes, el sol envía desde lo alto efluvios que prometen la derrota de los fríos que acobardan... y la sangre se despiereza y los músculos reviven. Suenan las notas alegres del piano callejero, y como los ojos a la salida de un túnel, abre el espíritu a la esperanza, a los anhelos del encanto del vivir. Bullidora la sangre por el influjo del calor que es vida, despierta el alma por la armonía de los sonidos, el hombre es otro; y tal que pluma en ristre y ceñudo no halla una idea ni un sentimiento que marcar en el papel, se mira complacido de repente asediado por enjambres, benditos avisperos que al herir en el alma mueven la mano que emborriona cuartillas borracha de inspiración.

¡La música! Es lo que más nos acerca a Dios, y lo que más desespera.

Mano inhábil, refugio de sabañones, puntea en el principal desdichadísima guitarra, y los nervios irritados punzan. Cuando el profeta exclamaba: Oh, vos, qui transitis per viam, attendite et videte si est dolor sicut dolor meus, debía el pobre estar oyendo

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

JOSÉ DÍAZ DE QUIJANO

Su tallo no es flexible como el junco precisamente. Esto no obstante, se puede Santander vanagloriar de contarle entre sus hijos naturales. Porque Quijano es natural de Santander.

De lo que no podrá vanagloriarse el simpático montañés es de que sea yo quien haga su semblanza en *El Eco*. Pero en honor á la verdad, aunque para este fin podía haberse buscado un escritor más listo, más... cómo diríamos... más... Galvarriato que yo, difícilmente habrá quien conozca mejor á Quijano, pues en tareas periodísticas, editoriales y escénicas, en comidas y excursiones, en asuntos íntimos de familia, en glorias y fatigas, en fin, de todo género, hemos caminado unidos fraternalmente muchos años por este pícaro valle de lágrimas y de *caspicias*, como decía el buen Mazón.

Reconozcamos ante todo, que Pepe Díaz de Quijano, á pesar de ser corto de vista, tiene *pupila* y *quinqué* para dar y tomar.

De sus primeros años no hablemos, pues decir que pasó el inevitable periodo de la lactancia y que cursó con aprovechamiento el *Fleury*... etc., etc., sería una vulgaridad.

Respecto á su edad, sólo sé que contaba cuarenta años á la terminación del siglo XIX. Ahora ignoro los que tendrá, porque cada día vivimos más de prisa.

El peso de Pepe asciende á un respetable número de toneladas, sin que haya logrado disminuirlo el *masaje* á que le suelen someter entre su médico y una antigua cocinera de la casa.

Hombre tan modesto como ilustrado y tan jovial como enemigo de etiquetas sociales, Quijano es frío para los extraños, alectuoso para los amigos, consuelo de los necesitados y providencia de las empresas de carros de mudanzas.

Dar idea de lo que ha hecho durante su vida, de lo que hoy hace y de lo que piensa hacer, es tarea no solo larga sino ancha y profunda. Porque Quijano ha sido casi todo lo que se puede ser. Creo que no le falta más que ser cornetín de pistón, auditor de la Rota y ama de cría para casa de los padres.

Su aplicación le llevó á ser abogado.

Su instinto musical condujole á la posición del ábil pianista y del inspirado compositor.

Sus condiciones de literato le proporcionaron aplausos en la escena (género chico) y un buen puesto en la prensa (género grande).

Su espíritu industrial le llevó á montar y dirigir una imprenta y á erigirse en editor de obras tanto profesionales como literarias.

La conveniencia de un sueldo le llevó á la Compañía Trasatlántica.

El deseo de constituir familia le llevó al tálamo, encontrando *amparo* en él.

Y en fin, su carácter emprendedor le llevará, tal vez, á explotar en cercano plazo y en lejanos inares la pesca del bacalao con ametralladora.

No sabe Pepe Quijano estar sin hacer algo (aparte de la indicada formación de la familia).

Y el caso es que hace todo lo que se propone.

El año 1885, inolvidable para mí porque fué el año del cólera y el año en que me casé, también lo será para Quijano, pues entonces vino á Madrid y se dió á conocer con las zarzuelas *Faustito* y *Baños de*

impresión, en las cuales él mismo puso la música, el público los aplausos y la crítica los elogios.

Después colaboramos estrenando con buen éxito las obras tituladas *El quinto cielo*, *Los tíos*, *Las goteras*, *La lucha por la existencia* y *La gente del patio*, sufriendo ambos con relativa paciencia las chinchonías de bastidores, que no son pocas.

También es de Quijano la música de la zarzuela política de Navarro Gonzalvo *Casa de huéspedes*, estrenada con éxito en el teatro Eslava cuando aún entretenía ver en escena las figuras de Romero, Pidal y otros caballeretes por el estilo.

Desde hace algún tiempo trae Pepe entre manos una obra magna, algo así como si se hubiera propuesto formar un registro de nacimiento de todos los peces que pueblan el Océano. Ello es la publicación de un *Diccionario enciclopédico de Marina*, del que ya ha salido á la venta el primer tomo: unas 16.000 cuartillas de cosas de mar... realmente la mar de cosas... ¡y no ha hecho más que el A. B. C. del Diccionario! ¡Escuso decir á ustedes las cuartillas que necesitará gastar cuando llegue á la M, cuanto ni más á la Z!

En la actualidad dirige con gran acierto una publicación importantísima: *El Mundo Naval Ilustrado*, continuación de la *Revista de Navegación y Comercio*, fundada por él y criada á sus ebúrneos pechos; y á la vez se ocupa en terminar la música de una ingeniosa zarzuela santanderina, y anda metido en eso de la *Liga Marítima Española*, quizá sin prever lo peligroso que es andar entre ligas.

Y mañana... mañana le veremos hacer una de



dos cosas: ó dirigir la orquesta de un teatro, ó desempeñar la cartera de Marina, no obstante la oposición de los abadejos perseguidos.

Entre las buenas condiciones de Pepe Quijano descuellan su espíritu emprendedor, su gusto artístico, sus conocimientos enciclopédicos y su buen corazón.

En cambio tiene la manía de la inconstancia caprichosa, y así como varía continuamente de ocupaciones, varía de amistad, de muebles y de domicilios.

¿Hoy vive en la calle de Sagasta? Pues mañana vivirá en la de Silvela. Se muda de casa quince veces al año, y cuando no puede moverse, cambia el destino de sus habitaciones, haciendo hoy despacho lo que ayer fué comedor y dormitorio lo que era despensa, ó se entretiene sencillamente en cambiar de sitio sus muebles, sus papelotes, sus cachivaches y

sus amigos, siendo para estos últimos, mientras los tiene acoplados cerca del alma, el prototipo de la expansión y del cariño.

En lo que no es voluble Quijano es en su amor á la *tierruca*, y prueba de ello es lo que hace durante el estío, aventajando en una cosa á las «frases que se transcriben»: en que á estas se las ve entre comillas, y á Pepe se le ve entre Comillas... y Madrid.

¡Y en tanto el *Mundo Naval* sin cesar navega por el piélago inmenso de una nutrida suscripción!

¡De Quijano es el Mundo!

Que Dios conserve muchos años en él al montañés gordo. Así lo desea el madrileño flaco

Juan PÉREZ ZUÑIGA.

SUMARIO

Galería montañesa.—José Díez de Quijano, Juan Pérez Zuñiga.—Los festejos.—**Esbozo:** Contradicción.—Noticias.—Diálogo, C. Olavarría.—**Santander:** Una joya nuestra. El boliche. ¡Más partidos, caballeros!—Aniversario. (Delante de la Cruz), Concha Espina de Serna.—**Averiguaciones montañesas:** Preguntas, Contestaciones.—Los directores del Banco de España, Un paisano.—La pesca de altura (conclusión), Ernesto Lyders.—**Memorias patrias:** Extrañamiento de los jesuitas, Pachín González.

Grabados: José Díez de Quijano—El boliche.

LOS FESTEJOS

Todavía están pensando en Santander en que va siendo hora de pensar en el programa de festejos para el verano.

Hasta hoy lo único cierto con que se puede contar es de fuera: los coros Clavé, que visitarán á la Montaña en Agosto. De la Exposición agrícola é industrial sólo se puede decir que es probable que tenga realización. De otros números del programa no se tiene noticia.

Y vamos á entrar en Abril.

Pronto, muy pronto, los programas de algunos puertos, que lo anuncian, comenzarán á invadir la Península ofreciendo á los veraneantes distracciones, comodidad y jolgorios para abrirles el apetito á que vayan allá. Y no hay que perder de vista que es cierto en este punto lo de que «el qué da delante da dos veces», porque no es en plena Canícula cuando las gentes que huyen á las costas de los calores del interior se deciden por ésta ó la otra playa. Antes, mucho antes, las familias forman y discuten sus presupuestos, decidiéndose por ir al sitio en que más á gusto suponen que han de estar dados los alicientes con que se les brinda.

El año último hubo dos números

que llamaron extraordinariamente la atención: la batalla de flores y la «Fiesta montañesa». De la última, ó cosa parecida, no hay que hablar, porque exige una cantidad de perseverancia, de entusiasmo, de paciencia tan grandes, que es difícil haya quien se arroje á los trabajos, rivales de los de Hércules, de su organización, sobre todo cuando dormita el «Cantabria». Pero la batalla de flores que resultó de tanto lucimiento, fácilmente se pudiera preparar y en forma que la del año pasado apareciese, con toda su brillantez, deslucida.

Pero sea lo que fuere lo que se haya de ofrecer á los forasteros para pasar los días del estío en Santander, es necesario que se sepa cuanto antes para que los programas circulen y conquisten voluntades. Mejor que nada es un poco.

Santander está acreditado, acreditadísimo en el centro, y no es menester un gran esfuerzo—mejor aún buen tino y perspicacia—para que en los meses de verano se reúna allí un numeroso contingente de ambas Castillas.

Claro es que el nombre obliga, y la capital montañesa no puede presentar un programa de festejos á la altura de un villorrio, sino tan escogido y variado, ó más todavía, que el de la población del Norte que más se preocupe de este asunto importante por igual al comercio, á la industria y á la hacienda del Municipio.

Es indispensable que la Comisión de festejos dé muestras de vigorosa actividad.

ESBOZO

CONTRADICCIÓN

Llegó el Carnaval con sus locuras, y al ritmo de su danza de energúmenos, agítase la humanidad como herida

por la ponzoña de la tarántula. Tras la fiebre de la alegría sin límites, poniéndola fin, la Iglesia católica clamó, con las notas graves del órgano, con la angustia de la tristeza profunda, el *Pulsus* es, y el hombre, en la frente la ceniza del tremendo aviso, se entró por los días de la Cuaresma para entregarse al recogimiento y á la meditación, olvidado ya de la loca danza carnavalesca, que pugna aún por herir los ojos y el recuerdo con sus fulguraciones de borrachera risotona. Mañana comienza la semana grande, la en que se conmemoran los últimos días de Jesucristo ensalzado en Jerusalén por los mismos que habían de crucificarle en la cumbre del Calvario, entre dos ladrones. Y la humanidad, pasando revista á la epopeya augusta, dará con la frente en el polvo, llorando con voces de penitencia el *Vilserere*.

Viéndola triste, gembunda, posar los ojos doloridos, velados por las lágrimas, en lo alto de la cruz en la efigie del Dios-hombre, escarnecido y muerto por ajenas culpas, creyéndose que sonó la hora de la expiación espiritual, que concluyó el reinado del vivir alegre, para prepararse los hijos de la tierra á la muerte que amenaza de continuo.

No es así. Aquellos que al tronar de los versículos en el ámbito de las sagradas lóvedas encogíanse como aterrorizados, como queriendo disminuirse, anularse, para huir de la restalladura del apóstrofe iracundo de los salmos, son los mismos, los mismos que al descorrerse los velos de los altares y al sonar de las campanas vocingleras, esparcidas de la noticia de la Resurrección, arrojarán el vestido de luto, la carátula de la agonía y se entregarán á beber luces, alegrías y colores, embriagándose de naturaleza, como si al extinguirse los postreros ayes de dolor del mundo penitente, acabaran para in saecula los peligros del morir.

Y hoy como ayer, y mañana como hoy y siempre igual, la pobre Humanidad, loca de remate, digna de un manicomio tan inmenso como el planeta en que mora, continuará legislando para sí períodos de gravedad y locura, de tristeza y alegría, para ponerse meditabunda ó regocijada, *secundum tempora* y trasponer alternativamente los límites del júbilo y del terror, sin memoria nunca de lo pasado, ni propósito de una vida sin contradicciones.

Y así vamos las criaturas siendo absorbidas tristemente por la tierra que nos llama, por esa misma tierra que recibe alegremente á las nuevas flores aromosas nacidas en lo más inmundo de un pudridero.

¡Siempre la contradicción!

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

MANUEL DE EGUILIOR

El ilustrado director de EL ECO MONTAÑÉS me honra con el encargo de escribir la semblanza del preclaro limpiense cuyo retrato aparece en este número; y aunque pudiera inhibirme por incompetencia, ó excusarme por afección, prescindo de esos escrúpulos para escribir unos cuantos renglones como Dios m^a dé á entender, y desprendiéndome de todo apasionamiento, no una biografía, que no se me pide, ni para la cual tengo á la mano datos minuciosos, que tampoco había de solicitar ahora del interesado, á riesgo de suscitar los celos de su exquisita modestia, sino una impresión sintética, trazada con los rasgos á mi ver más salientes de su carácter y de su vida pública.

En D. Manuel de Egulior es acaso la nota de más relieve, entre las que realzan su respetable figura, la infatigable laboriosidad desplegada en cuantos cargos ha ocupado, laboriosidad no interrumpida ni en los períodos de relativa vacación, pues en defecto de puesto administrativo que servir ó de encomienda parlamentaria á que atender, nunca le ha faltado tarea en su despacho que, en órdenes diversos, diera pasto á una actividad reñida con la holganza, á pesar de la brillante posición social de que disfruta.

Otros rasgos característicos de nuestro ilustre paisano son: la honradez inmaculada y la firme consecuencia política, proverbiales en él y prendas preciosas, por lo raras, entre los hombres de gobierno de este y de todos los países. Liberal dinástico nació á la vida pública, y con esa significación se ha mantenido siempre sin vacilaciones ni discrepancias, guardando acrisolada lealtad al trono y al jefe indiscutible de aquel partido, D. Práxedes Mateo Sagasta, quien reconocido á sus servicios y estimando sus altas condiciones, le distingue con especial consideración y le ha confiado elevados puestos, entre los que descuellan el ministerio de Hacienda y el gobierno del Banco de España, que desempeñó á conciencia, mostrando en ellos sus profundos conocimientos económicos, adquiridos en la clásica escuela del inolvidable D. Juan Francisco Camacho, su maestro.

Fué singularmente notable la campaña del señor Egulior al frente del Banco, por haber coincidido con la crisis financiera á que nos condujeron en 1898 las guerras coloniales, y haber dominado con acertadas medidas el pánico que pudo ser de tan graves consecuencias, producido por la creciente exportación de la plata, que hizo al público acudir presuroso á las cajas de aquel establecimiento para cambiar sus billetes hasta formar la funesta cola, que enroscando sus anillos por las galerías bajas del hermoso edificio, como gigantesca serpiente, amenazaba ahogar el crédito de la moneda fiduciaria y llevarnos á la ruina del curso forzoso.

Por fortuna, el peligro se conjuró, y el Tesoro nacional tuvo toda clase de facilidades para atender á los enormes dispendios de las malhadadas guerras, venciendo así, en este aspecto, las dificultades de una situación que parecía insoluble.

Como labor administrativa es de notar también la obscura, pero constante y eficaz, que tiene sobre sí en sus funciones de Comisario regio de Consuegra y Almería, en cuyo cometido siguió al marqués de Aguilar de Campóo, habiendo entrambos dado fructífera aplicación á los fondos que recolectara un día

la caridad pública, y evitado con mano inflexible toda posibilidad de amañes y filtraciones, tan comunes en suscripciones análogas.

Hoy es senador vitalicio, y en el ejercicio de esta alta investidura sigue la misma línea de conducta que se trazara como diputado á Cortes por Laredo, cuyo distrito ha representado durante cerca de veinte años consecutivos.

Entonces, como ahora, no se preocupó de caciqueñas, ni de intrigas de política menuda, y dando menos importancia al reparto de credenciales y á las cuestiones enojosas de personal que á las de general interés, veló solícito por los de la provincia, y muy especialmente por los de aquel distrito, para el cual consiguió del Estado la ejecución de obras públicas importantísimas, que han fomentado la vida de aquella próspera región, en donde se le guarda por ello intensa gratitud.

Para terminar consignaré una apreciación que, á pesar de ser mía, considero de algún interés en los actuales momentos.

El Sr. Egulior es un liberal sincero que ama y practica la sana libertad; pero es á la vez un católico convencido que cree y observa la santa Religión: por donde se demuestra, sin necesidad de otros razonamientos, impropios de este lugar, que ambos dictados, bien entendidos, son perfectamente compatibles, y que el problema planteado hoy ante nuestras conciencias, á guisa de conflicto irreductible, por las exageraciones de unos y otros fanáticos sectarios, los rojos y los blancos, cuyas intransigencias respectivas nos hacen pensar con espanto en una nueva guerra



civil, tiene, sin embargo, una solución perfecta y armónica en la realidad.

Y yo me complazco en presentar como un ejemplo, vivo de tan consoladora armonía á ese hombre

público, intachable como católico y como liberal, modelo que debiéramos imitar todos, tanto en estas como en las demás condiciones suyas, antes puestas de relieve.

Otra, quizá, sería entonces la suerte de nuestra desgraciada nación, ahita de charlatanes y negociantes, pero ayuna, ó poco menos, de hombres

puros y rectos, que con labor continua, aunque reposada, encaucen nuestra marcha, no en pos de programas utópicos, sino de algo más práctico para nuestra reincorporación á la vida europea, cuyo requisito esencial es, sin duda alguna, el trabajo inteligente y honrado de los españoles.

M. Enrique Pico.

SUMARIO

Galería montañesa: Manuel de Egui-lor, M. Enrique Pico.—La veda.—Esbozo: Odios.—Noticias.—Abandono Paz y esperanza. Haydn, J. L. Estel-rich.—Sin discusión.—Residuos de un Trafalgar, Francisco de la Escalera.—**Averiguaciones montañesas:** Preguntas.—Gestiones favorables.—Poesía nueva. R. Sánchez y Díaz.—Fernández y González.—Desde Santoña, Ferdinandus.—Escarbando, Doctor Centeno.—**Memorias patrias:** Cavite, Pachín González.

LA VEDA

Sembrado de poblaciones, caseríos é invernales el territorio de la Montaña, que además cruzan y entrecruzan caminos que se pisan con frecuencia, es, realmente, insignificante la caza; pero eso no debe ser una razón para que no se cumplan las disposiciones de la ley que prohíbe cazar desde el 1.º de Marzo; antes esa misma escasez debe aconsejar á los cazadores la continencia para no concluir por entero con la poquisima caza de la tierra.

El verdadero aficionado, el cazador de verdad, aunque las leyes no se lo prohibieran, no cazaría en la época de la reproducción; pero la inmensa mayoría de la gente de escopeta y perro no sobresaleará por lo previsora, y de ahí la persecución de la caza, que en nuestra tierra camina al agotamiento.

No hay cazadores de oficio en la Montaña, pero hay otra plaga peor: los cazadores por gusto.

Es para muchos hombres incomprensible que se pueda gozar matando indefensos animales; pero esta cuestión aparte, es lo cierto que no hay aldea en la Montaña que no cuente con un par de señoritos desocupados que entretienen sus ocios de trescientos sesenta y cinco días mortales persiguiendo la caza con una constancia digna de mejor empleo.

Esos magníficos señores que se dedican al regodeo y placer de la *vita bona*, no renunciarán á la incomparable satisfacción de pegar un tiro á una liebre, aunque sepan que es la última y que con su muerte destruyen toda la casta.

Una mínima parte de los dichos cazadores será la que disponga de licencia de uso de armas; menos los que tengan la de caza; y últi-

mamente ni á unos ni á otros debe consentirse la violación de la veda.

La Guardia civil conoce en cada pueblo á estos verdaderos malhechores, que no dudan en causar perjuicios con tal de satisfacer sus entusiasmos. Y se impone que los persigan, y los detengan, y los denuncien, bien seguros de que, castigado uno sólo, se hará prudente, comunicando su prudencia á los compañeros.

Mejor que la represión por la Guardia civil fuera la persuasión propia, ó llevada por los buenos cazadores á los cazadores malos; pero no siendo esto posible, que sufran la pena justa quienes hagan mangas y capirotos de un precepto legislativo; más que de éste aún: de un principio natural que vive en el fondo de todas las almas.

ESBOZO

ODIOS

Los vientos de las iras escapáronse de los odres en que los guarda Eolo más abajo del suelo de la mar, y desparramados por España vuelan del llano al monte, del sur al septentrion, conduciendo en sus bramidos la venenosa semilla de los malditos odios.

Temporales furibundos azotándola rabiosamente, conmovieron las bases de la vetusta casona solariega de la nación triste. Hoy penetrando por los agujeros, por los resquicios, por las rendijas, el airazo zumbante del encono canta en las estancias del silencio y la quietud la estrofa abominable de la guerra.

No habrá salvación para nosotros.

Moribunda la madre que ni abrir puede los ojos á la esperanza, los hijos no la cuidan; empuñanse lívidos por la cólera que engendra el crimen, en lucha espantosa de hermanos que convierte en tempestades de aborrecimiento las blandas brisas de amor que fluyen de los corazones. Temblorosos los muros del solar paterno; profetas de la catástrofe de la ruina los gemidos que se escuchan de tillos desvencijados y techos rotos, nadie acude á detener la desgracia que se cierne con pesadumbre de tristezas incontables sobre la veneranda solariega, algún día desafiadora de los rugidos y los horrores del huracán.

Y, ¿así viviremos siempre? ¡Desdichada generación la nuestra! Confundiéndose nuestro primer vagido con el estrépito bárbaro de armas que esgrimían acometiéndose los hijos de la misma madre; desolación y muerte nos acompañaron á la escuela; jóvenes, infames apetitos ó santas aspiraciones nos ofrecieron el humo de la pólvora,

la sangre de mártires ó delincuentes; después vimos abrirse, por los eternos rencores de la raza, la sima en que desaparecía un río caudaloso de amores y venturas y esperanzas de la juventud. Luego... del cáliz del dolor vimos cómo apuró las amargas hediondas heces la pobre, la santa madre de un mundo que se rebelaba, mal hijo, escupiéndola en el rostro.

Las amarguras padecidas, las vergüenzas lloradas debían ser, iban á ser, viviendo en el alma siempre, las productoras del arrepentimiento. Ya no más luchas de hermanos, ya no más guerras con nadie jamás. Pasó el instante del dolor; y andrajosos, hambrientos, escualidos, no acudimos á vestir las carnes á comer, á ser robustos; acudimos á la pelea de los ruines; sin fuerzas para manejar el mandoble de otros tiempos, empuñamos el miserable cuchillo sin punta y roñoso para hundirnosle una y otra vez, con la locura de la rabia maldita, en el menguado corazón.

...Así educamos á nuestros hijos en la eterna lucha civil, y así, á no verlos con los ojos, sentiremos, ya desaparecidos, que sobre nuestros sepulcros pisotean sin piedad hombres de otros climas, empujando con las culatas á una turba inmensa de españoles nacidos para la esclavitud.

NOTICIAS

¿Concedemos un nuevo plazo á los morosos que hasta se quedan con los dulzores epistolares del Administrador, quien les ha escrito con la pluma mojada en miel de la fina de la Alcarria?

Merecer no lo merecen, ¡como no lo merezcan! Pero, ¡vaya! tampoco es cosa de atosigar á los pobrecitos; algunos de los cuales sólo nos deben... los 68 números publicados.

A disposición del respetable público tenemos la lista, el cuadro de honor, pudiéramos decir, con unos primores caligráficos que quitan el sentido, y ya hubimos de borrar á uno de los siete niños de Ectja, disminuyendo el valor de la cuadrilla.

¡Quién sabe! Quizás los seis bravos que se resisten con firmeza rayana en el heroísmo á cumplir con el deber—el deber en ambas significaciones—se decidan á entenderse con la Administración. Amen.

Nota. Estas advertencias saludables sólo son para seis, ¡seis! de nuestros suscritores á quienes se ha rogado por dos veces en carta—y en valde—que satisfagan sus descubiertos.

Dice un periódico de Castrourdiales que se habla allí con insistencia de la fundación de una sociedad para establecer altos hornos.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

AUGUSTO G. DE LINARES

Si por encima de la amistad de Linares no estuviese en mí el amor á la verdad y el espíritu de justicia, no enviaría estas líneas á EL ECO MONTAÑÉS, porque temo, y no es sobra de suspicacia, que si no rompa, nuble la agradecida afección que al sabio montañés me une.

Pero quiere EL ECO honrar con la silueta de Linares la sección de los montañeses que valen, de los que trabajan, y pocos, contadísimos, alcanzarán en este aspecto la intensa y continua labor del naturalista que allá en la riente playa del Sardinero investiga, cataloga y descifra datos, relaciones y leyes de la vida más simple en la forma y más general y difícil en el fondo. Puede afirmarse sin hipérbole que nadie trabaja en ciencia más que Linares. ¡Y oficialmente ha estado á punto de suprimirse su trabajo por no dar los resultados apetecidos!

Los que le tratan, le conocen ó simplemente tienen de él noticias, afirmarán plenamente lo contrario y buscarán explicación de esterilidad tan aparente en laboriosidad tan innegable. Es que Linares es un enamorado de la Ciencia, tan idealista, tan respetuoso y comedido, que alcanzando de ella, en fuerza de la soberana voluntad y la superior inteligencia que posee, las mercedes y las dichas reservadas á los favorecidos, ni las publica con la ostentación del esposo, ni las mancilla con las alharacas del prometido. Por ese pudor científico aparece infecunda tan abrumadora labor; y seca, fuente tan copiosa de doctrina sólidamente cimentada. Por ello, con filtraciones de su caudal y migajas de su botín, pueden resultar libros, donde él sólo puso unas líneas ó apuntó una idea. Y es que Linares resulta una inteligencia de ideas madres, como lo prueban sus escasos escritos, tan concretos, que disculpan en muy pequeña parte la inexplicable agrafia de D. Augusto, que privado de la cátedra y alejado de la pluma, habría de dar cuenta, en puridad de razón, de sus trabajos, que serán estériles, si con un poco esfuerzo de voluntad no los saca del puro mundo de las ideas y los trae al menguado pero necesario comercio de los hechos; pensando que la expansión del propio placer en la contemplación de la verdad y la belleza es característica del altruismo científico que las crea; y la reserva para el escondido goce sólo le está permitida al egoísta coleccionador ó al estéril dilettanti.

Es Linares el más completo naturalista español contemporáneo, porque la actual especialización de su trabajo es como la cristalización de una verdadera enciclopedia científica, no de un mosaico de lecturas, sino de un sistema de ideas.

Creo también—y no soy solo—que Linares es un filósofo, y en este punto, cuenta que como carezco de pruebas ostensibles, dejo sola tal afirmación para que se defienda de los que nunca oyeron hablar al director del Laboratorio de Biología, porque los que le oyeron no lo ponen en duda: como no regatean aplauso á su elocuencia, que es tan varonil como correcta, pues aquel decir de huracan no encuentra palabra baja ni concepto rastrero, manteniéndose siempre á tal altura, que subyuga al que le escucha y halaga al que le rebate.

Afirman algunos que Linares es un gran político *en potencia*, pero pensamos otros que el no haberse manifestado *en acción* es una desgracia para la representación de la Montaña; y respetando como cosa santa el pudor y la prudencia que de estas lides le alejaron, hemos de dolernos de que no se percatara, quien tan hondamente bucea en la enjundia de las cosas y los hechos, de la suprema misión social que tienen las aparentes triquiñuelas de la política.

Todo eso, y algo más, es Linares.



Algo más, que con ser mucho lo dicho, le sobrepaja en actividad social, ya que siempre estará por encima del sabio, el hombre, y sobre el maestro que predica, el ejemplo vivo que enseña.

L. de HOYOS FAJZ

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

MANUEL SALCES

PARA lectores de la Montaña, ninguna novedad ofrecerían las noticias biográficas que del paisajista Manuel Salces consignara yo en estas columnas del simpático ECO MONTAÑÉS, tan noblemente aferrado al rancio terruño.

Que es de Suano, lugar inmediato á Reinosa y más inmediato aún á la aldea donde nació el celebrado Casimiro Sáinz; que una inclinación irresistible lo arrancó del campo, haciéndole abandonar el arado por los pinceles; que vive de su devoción á la naturaleza, devoción instintiva, sana, impetuosa hasta el salvajismo; todo esto se sabe en Santander y quizá en los más apartados rincones de la Montaña, y por eso voy á contar lo que no se sabe, y es, cómo me tocó la suerte de descubrir en la corte á Salces.

Hará seis años recorría yo, como jurado de la sección de pintura, los salones del palacio en que se exponen las obras, en los últimos días de colocación, buscando cuadros para componer los conjuntos cien veces formados y deshechos que tan mal pueden parecer luego á los visitantes, cuando me extrañó ver á larga distancia, en un paisaje de tamaño reducido, algo digno de observarse, recuerdo de Casimiro Sáinz. Fué lo primero que aquel paisaje me trajo á la memoria; y llamando á mi compañero Ramírez, que estaba cerca, hicele notar aquel cuadro, que á larga distancia no parecía sino copia de Casimiro. Acercámonos, adquiriendo en seguida la convicción de que no era copia, pues aunque de rudísima factura, revelaba una impresión directa, viva y palpitante del natural.

Hallazgos como éste se dan pocos, pues en las escuelas donde se estimula á los alumnos para que conquisten el manejo del medio, la habilidad de ejecución, suele olvidarse, se olvida por los profesores cuánto valen estas gallardas y bravías manifestaciones del sentimiento propio, por donde se llega segura é infaliblemente á la manifestación y conquista de la personalidad.

Bajo el imperio de la emoción profunda que tal hallazgo me produjo, salí de la Exposición aquella mañana, y pensando en la manera de encontrar al autor del paisaje, recorrí á pie, pues ni coches ni tranvías circulaban, por ser el día en que Madrid festejaba la vuelta de Filipinas de Polavieja, la distancia que media desde las alturas de la Castellana á la pastelería de la calle Mayor, en que, como buen goloso, me surto diariamente de pasteles.

La pastelería, con la que nunca había cambiado más palabras que las indispensables para pedir las golosinas de mi preferencia, y que yo suponía no conociera mi nombre, se encaró conmigo, diciéndome: Pido á usted mil perdones; sé que usted es jurado de la Exposición, y me atrevo á recomendarle á un infeliz que presenta...

—¿De dónde es?

—De Reinosa.

Y dije para mí: este es mi hombre, relacionando en el momento aquella semejanza del paisaje con las obras de Casimiro, y en seguida supe cuanto de Salces tenía que saber.

Contento como si hubiese encontrado un diamante me fuí á almorzar, y nada me extrañó en Salces cuando al siguiente día tuve ocasión de saludarle y estrechar su mano áspera y callosa.

Desde entonces pienso en él con frecuencia, porque una de las cosas que me hacen más aborrecible nuestra sociedad culta, es la facilidad con que en ella se desprende el hombre de sus rasgos varoniles, de la energía del sexo, anegados todos en las femeniles trivialidades del *comfort* y figurín modernos.

Generalmente no saben los que entre nosotros se dedican á estudios y ejercen profesiones elevadas conservar lo que el contacto del terruño proporciona á esta raza nuestra áspera y nerviosa: el sentido común, la salud del espíritu, la llaneza; ofreciendo los grandes centros de población un contraste con las gentes rurales desfavorabilísimo para los primeros, en donde todos los descastamientos van acabando por desvanecer el carácter.

El buen Salces es algo así como un artista selvático, y pobre de él si no sabe conservarse tal como era el día en que abandonó la azada, tan sencillo ante los espectáculos de la naturaleza, tan entusiasta de sus hermosuras y tan vehemente para expresarlas.

Aquella comarca que señorea Reinosa, rica de los colores y matices del Mediodía, como contenidos en su manifestación por la sobria grandiosidad del Norte, produjo un Casimiro Sáinz, que los montañeses no supieron apreciar ni protegieron, aunque hoy se pavonean grandemente con la ostentación de sus obras; la misma comarca les proporciona ahora el continuador de la campaña que interrumpió la locura producida por la miseria y el desengaño; protejan á Salces, dediquen los pudientes algo de lo que se gastan en chucherías á alimentar el entusiasmo de este artista rudo y castizo, como las zarzas, nacido en los carrejos de Suano, y merecerán por ello más alabanzas de las que puedan tributárseles por la escasa ayuda que prestaron al gran Casimiro.



El tribunal calificador de este certamen artístico no se ha enterado del mérito de las obras que Salces presenta; mas para esto no hay otro remedio que el que encierra la antigua frase, *paciencia y barajar*.

Francisco ALCÁNTARA

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

DELFIN FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

La pluma se desliza placentera y veloz sobre el papel cuando de aplaudir se trata, y más especialmente si ha de celebrar triunfos de la juventud; que si hermosa la luz del sol en su apogeo y dulce la del que derramó esplendores, cuando desciende á ocultarse en los senos de las tinieblas, la una quema deslumbrando, y la otra daña con las dolientes melancolías del anonadamiento: la luz del sol que nace es la luz de la esperanza, y ésta la virtud á que se rinden almas y corazones por el gozo estremecidos.

Para los gloriosos viejos que se alimentan con los triunfos de otros días, astros de primera magnitud que subieron al cenit, y vulnerando las leyes de la mecánica del mundo permanecen inmóviles en la soberbia altura de sus aciertos, la admiración del más respetuoso cariño. Para los jóvenes que traen el germen de la lucha por el arte; para los puntos de luz que asoman en el horizonte de las letras, el entusiasmo de los creyentes en la eficiencia del espíritu, de sola la imaginación, para hacer amable la uraña vida.

Delfín Fernández, como otros jóvenes que no hay que nombrar aquí, es de los luchadores nuevos por la literatura, de los que noblemente ambicionan triunfos para ofrenda en el altar de la madre Cantabria; y se escribe de él con singular complacencia.

Le conocí cuando era niño, un niño grande, serio y observador, esbozo de hombre cabal; juntos vivimos mucho tiempo, y á mi me leyó sus primeras cuartillas, admitiéndome observaciones que me «autorizaban» su docilísimo carácter y mi *vejeza*—sin valor, por supuesto—en cosas de pluma: así me considero—y de ello no me apartaran frailes Descalzos—su primer consultor, el único tal vez, porque tardó muy poco en soltar los andadores. Por eso me pertenece de justicia suscribir esta semblanza.

Teniendo Delfín Fernández pocos años, no carece de biografía como hombre que en el punto crítico de emprender carrera pierde al padre y recibe en sus hombros de casi adolescente el peso terrible de una familia numerosa sin sostén; que sufre los dolores repetidos de la desgracia; que busca trabajo sin rendirse jamás; que opone á la persecución de la fortuna el fino temple de su alma, y que al fin domina la cumbre de las penas para descender al valle de las alegrías del bienestar.

Lo más insignificante puede influir en los destinos del hombre: el éxodo de Delfín Fernández por los campos de la tristeza y de la lucha, engendró los rumbos que le habrían de conducir al cultivo de las letras.

Rico el fondo de su sentimiento, las desgracias le inspiraron artículos que eran notas íntimas, exudaciones de un alma triste; con facilidad para la exteriorización, por la escritura, de su pensamiento, se arrojó á trabajos de conflictos de pasiones; montañés castizo, cabuérnigo hasta la médula y buen observador, hubo de escribir de costumbres de su valle. Todos esos artículos formaron un volumen, *Cabuérniga*, publicado el año 95.

Cabuérniga es una colección de cuentos de las tres castas dichas y corresponde en este escritor á un período que bien puede llamarse de prueba, de indaga-

ción. Informe su conciencia literaria, solicitado por fuerzas diferentes, el autor se inclina á una y á otra, sin rumbo fijo en el mar del Arte.

La Crítica recibió con aplauso el primer libro de un escritor joven que manejaba con soltura el idioma y describía brillante y justamente, prometiendo hermosos frutos para el porvenir. Es de notar—me importa—que alguien aconsejó á Delfín Fernández, razonando el consejo, el abandono por entonces de todo camino que no fuera el del costumbrista.

Pocos años después publicó otro volumen, «*Pos veréis...*» Aquí ya demuestra que, observándose á sí propio, juzgando sus condiciones, decidió marchar en un sentido. Por completo no pudo alcanzarlo: todos los artículos no son de costumbres; pero no aparecen en el tomo los que algún crítico (!) le señaló como género para él contumaz, y en cambio en lo que escribe de otro orden hay asomos de ironía dulcemente punzadora, que «sienta» muy bien en el fondo sentimental, sin ñoñez, de sus trabajos.

El juicio que mereció esta segunda obra fué lisonjero, notándose más naturalidad en el diálogo y más justeza y soltura en las descripciones. Fué un gran paso hacia adelante por la senda de las esperanzas, y acaso de la realidad, como escritor de costumbres.

El proceso lógico de la formación de un literato que como éste es hombre de entendimiento, se ha ido desarrollando paulatinamente y toca á su fin con el tercer modo que ofrecerá la novela *El riñón de la Montaña*, cuyo juicio no adelantaremos ni aun con la creencia firme en que en ella ha de revelarse ya otro escritor montañés de fuerte empuje.

Delfín Fernández consiguió halagüeña distinción



en el concurso de Blanco y Negro, con su novela corta *La fragua de Vejo*, y otro triunfo en los juegos florales de Sevilla con la titulada *Fraternidad*. Por montañesa puede pasar la primera difícilmente; ni así la

segunda. Y ambas son hermosas y en ellas se ve que el autor, gran amigo del trabajo, perseverante en el estudio y obediente á la crítica, ha ido aumentando el caudal de sus ideas y el conocimiento del corazón humano de tal modo, que le es permitido irse formando un buen nombre de novelista.

No le queremos por ahí los montañeses conocedores de su mucha valía; querémosle desligado en literatura de toda ateción que no sea la de la Montaña, la cual, si no ha de tener otro Pereda, porque no hay bloques con qué hacerle, es merecedora de que otros escritores notables continúen su labor, que no ha concluido ni puede concluir mientras haya un corazón, una romería, una deshoja, un cagigal; mientras el soplo de Dios no impulse á las olas al abatimiento de las cordilleras, ó hunda los montes cántabros en lo profundo del mar.

Posee medios Delfín Fernández para escribir muchas páginas que contengan los aromas de nuestras

campiñas de eterno verdor, la hermosura melancólica de nuestros paisajes, el fragoroso choque de las aguas en los peñascos de la costa, la placidez dulcísima de las noches estrelladas, el querer y el sentir, las esperanzas y las memorias, la fe y la duda de la gente de nuestra raza.

Hábil en la composición, firme y enérgico en el toque, brillante en el colorido, excelente narrando, felicísimo describiendo y exacto en el dibujo, á estas condiciones une Delfín Fernández y González un amor ardiente á la Montaña, para la que recoge todos los destellos de su espíritu, todas las ternuras de su gran corazón, todos sus entusiasmos de artista, que, si continúa tan laborioso y con el progreso que es de presumir, alcanzará para ella un buen nombre en las letras españolas, como le ha alcanzado ya entre la brillante juventud montañesa que cultiva la literatura.

J. A. GALVARRIATO.

SUMARIO

Galería montañesa: Delfín Fernández y González, J. A. Galvarriato. — Los terrenos de la dársena. — **Esbozo:** Alta política. — Noticias. — Lo que queda. — Propaganda. — Feroces, Eusebio Blasco. — El relleno de la dársena. — Alertal, Pedro Sánchez. — Asamblea de alcaldes. — Cantos de la Montaña. — Por humanidad. — Minas de la Bernilla. — **Memorias patrias:** Olózaga, Pachín González. — Juegos Florales.

LOS TERRENOS DE LA DARSENA

La Junta de Obras del puerto de Santander ha solicitado del ministro de la Gobernación que se la conceda una parte de los terrenos de la dársena de aquella capital para construir muelles cubiertos.

Este problema de la dársena va resultando insoluble.

¡Y nosotros siempre con el deseo de ver la solución! Si no fuera por muchas consideraciones, por la sola de haber salido de estas columnas la voz de alarma que impidió á la Compañía del ferrocarril Bilbao-Santander consumir sus propósitos, tan perjudiciales para el pueblo santanderino, y que juntó á los defensores de éste para abogar por su derecho en Madrid.

Quédese para unos apoyar al Ayuntamiento, y para otros ser partidarios de la Junta de Obras. Nosotros desconocemos los términos del problema y no sabríamos decir si á Santander le es más conveniente que todos los terrenos de la antigua dársena sean destinados á paseos y jardines, ó que en una parte de aquéllos se construyan muelles de que necesita el tráfico marítimo. Lo que sí sabemos es que á Santander le importa mucho que se acaben estos pujilatos de apoderamiento de la dársena, que ya recuerda á la manzana de la discordia.

Por si no fuera bastante que en el Tribunal de lo Contencioso Ad-

ministrativo se tramite ahora un pleito incoado por la Compañía del ferrocarril Santander-Bilbao contra la real orden de 12 de Febrero último del ministerio de Agricultura, que declaró que los terrenos solicitados por el Ayuntamiento de Santander, ganados al mar y rellenados por la Junta de Obras del Puerto, son del Estado; como si esto no fuera bastante á entorpecer trabajos que á Santander beneficiarían, hay, además, la oposición anotada entre las dos corporaciones.

Indudable que éstas persiguen ventajas para Santander, es preciso que cada una deponga su amor propio, y concertándose, influyan para que en el ministerio se resuelva lo que ellas, entendiéndose, hayan creído más beneficioso.

No quedarán así resquemores, siempre perjudiciales, y el acuerdo de ambas corporaciones, del Ayuntamiento y de la Junta de Obras, será una garantía de que ¡por fin! se ha llegado entre los de casa á lo más favorable para los intereses de Santander: á la unión de las voluntades.

ESBOZO

ALTA POLITICA

La Comisión especial de la Diputación provincial de Madrid tiene ya organizada, según dicen los periódicos, una corrida de toros para la Beneficencia, habiéndose de celebrar el día 16, domingo.

Los señores diputados han suplicado á la reina que concurran el rey y toda la real familia, por ser esto conveniente al hospital y también al pueblo, que necesita ponerse en contacto con el joven monarca.

¡Superior! ¡Magnífico! ¡Piramidat! Procedamos sin apresuramiento á abismarnos en las corrientes puras de honda subiduría que hay en esa subrayada afirmación diputadesca.

Conste, ante todo, que eso del contacto es una de las doscientas mil cosas que no nos preocupan. Después, bien se podrá decir que el tal contacto á quien conviene es al rey, mejor que al

pueblo. ¡Siempre la cortesanía equivocada con la bajeza lacayuna!

Luego se podrá preguntar á esos diputados, políticos de una escuela novísima de sistemas salvadores, si creen que el pueblo va á los toros; si acude algo de pueblo, si ese pueblo es el que representa al de Madrid y al de España; y si le representa, si es con ese pueblo con el que ha de ponerse en contacto el rey. En caso afirmativo, no nos extrañaría ver con los *ehrlimboles* que dijo el ilustre Valera, al «Minuto» ó al «Melones» ó á cualquier lucidor de popa y «persianas» en la calle de Sevilla.

¡Juzgar conveniente que un monarca se ponga en contacto con chulos y flamencas, picadores y monos-sabios, devotos de la bota y señoritos de sombrero cordobés...!

¡Qué talentos se escondían debajo del pelo ó de la calva de esos diputados! Apenas el pensar que sin ese motivo de la corrida de toros se hubieran perdido para la patria.

¿Qué harán, señor, qué harán los reyes de otros países en donde no tienen ¡desgraciados! corridas de toros, para ponerse en contacto con el pueblo? ¿Cómo se las arreglarán en Rusia, y en Italia, y en Bélgica, y en el Japón... los monarcas para ese contacto que debe ser algo de extraordinario interés?

¿Visitando fábricas, y exposiciones, y buques, y regimientos, y escuelas, y universidades? ¿Amparando la necesidad, y protegiendo á sabios y artistas? ¿Aspirando á ser felices á la manera del rey español que se lamentaba de que no comieran gallina á diario todos los españoles?

¡Ay! En esos países no puede existir el contacto entre el rey y el pueblo; no puede existir, porque todavía viven en las negrissimas sombras de la ignorancia torera. Nosotros que gozamos de este bien imponderable, no debemos ser egoístas y estamos en la obligación moral de proteger á esas naciones atrasadas...

Exportándoles, para que las ilustren, libras de gastos, á esos Sénecas de la Diputación provincial de Sined.

NOTICIAS

En la Universidad de Valladolid ha obtenido la calificación de sobresaliente en todas las asignaturas del segundo grupo

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

+ DON MANUEL RUIZ DE QUEVEDO

Esto no es una biografía ni una necrología; es el pago de una deuda de justicia que la prensa montañesa tiene con Ruiz de Quevedo.

Cuando ahora hace tres años murió D. Manuel, y la prensa toda de Madrid y mucha de provincias, además de las revistas de educación y enseñanza de España y América, le dedicaban las más sentidas frases, me causó pena, no por él, sino por la Montaña, que los periódicos de allá no se apercibieran de su muerte y sus activos corresponsales no supieran que fué montañés el apóstol de la enseñanza de la mujer.

Don Manuel Ruiz de Quevedo nació en Pesquera en 1817, y por vivir y trabajar en Madrid desde tan pasados años, no fué conocido en la Montaña hombre de tan extraordinarias virtudes y condiciones.

Fué D. Manuel: en la política, el desinterés; en la abogacía, el escrúpulo; en la administración, la integridad más austera; en sus escritos, de un natural casticismo y en sus oraciones correcto y reposado.

Dedicado primero á las cuestiones financieras, ayudó eficazmente á Mendizábal, de quien fué íntimo; periodista después y profesor más tarde, pasó por la política accidentalmente, desempeñando la Subsecretaría de Gracia y Justicia en 1873. Pero donde su figura adquiere relieve y personalidad es en las campañas en pró de la enseñanza como profesor del *Collegio Internacional*, de la *Escuela de Institutrices*, fundador de la *Institución libre de enseñanza* y especial y particularísimamente de la *Asociación para la enseñanza de la mujer*.

Dotado de una actividad tranquila, pero incansable, y de una gran tenacidad en sus propósitos, suavizada por las condiciones de su carácter bondadoso; preocupado constantemente en asuntos de interés general, ejemplo raro de la más completa abnegación, en términos que, bien puede decirse, lo sacrificó todo á los intereses generales, sin pensar nunca en el suyo propio; hombre, en fin, enemigo de apariencias y exterioridades; sencillo, modesto, fué uno de aquellos pocos, respecto de los cuales, la muerte no tiene que ejercer su piadoso ministerio de velar los defectos y hacer resaltar las virtudes, porque en vida, la crítica humana había hallado mucho que alabar y nada que censurar. Así se explica que lo-

grara vencer tantos obstáculos como encontró en su camino el establecimiento y arraigo de la *Enseñanza de la mujer*. Era de ver cómo ideaba reformas y procuraba recursos; cómo llamaba á todas las fuerzas en busca de un profesor idóneo, de un consejo útil, de un auxilio pecuniario, cómo se pasaba las horas y los días, hasta el en que murió, preocupado con el presente y el porvenir de las escuelas de la Asociación, sin más decidido apoyo que el debido á su virtuosa esposa, que llevó á tal empresa además de su personal trabajo, sus recursos todos.

Este fué Ruiz de Quevedo, y según el primero de nuestros periodistas en sentido artículo: «Pocos hombres habrán mostrado poseer en grado tal, aquella constante voluntad del bien que constituye la virtud en opinión de los estoicos. Para los que comprenden la hermosura moral, la vida de este gran filántropo constituye en su género una obra de arte acabada y perfecta. ¡Y qué obra admirable, qué obra portentosa esa, que exige, para ser cumplida, la consagra-



ción entera de toda una existencia, sin un desmayo, sin una nota que perturbe la armonía, sin una mancha que altere la pureza del conjunto!»

L. DE NOYOS SAINZ.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

FLORENCIO CERUTI CASTAÑEDA

Si el nombre de Ceruti ha sonado algo fuera de nuestras tierras, acháquese á la fuerza de las cosas y no al que lo lleva, que siempre hizo lo posible por guardar el incógnito más riguroso. No hace mucho todavía que en un momento de buen humor escribió Ceruti una chispeante é ingeniosa quintilla y la mandó á un concurso de ingenio del popular *Madrid Cómic*. Premiola el Jurado y el autor se vió forzado á dejar que apareciese su retrato en aquel periódico y á que merced á esto sonase por ahí fuera.

Quiere decirse que su modestia y su cariño entrañable á la *tierruca*, es la única causa de que su nombre no sea tan conocido como el de nuestros primeros escritores festivos, á cuyo lado merece en justicia figurar, y que no haya sido aherrojado su talento periodístico por los grandes rotativos. Pudo haber mandado á los periódicos literarios de Madrid y Barcelona sus versos fáciles y sonoros, y prefirió publicarlos todos en un gracioso y memorable semanario titulado *El Escajo*, que se publicaba en Torrelavega, y del cual era alma y sostén principalísimo. A lo sumo, sus composiciones poéticas se mostraron en los periódicos montañeses. Pudo también haber ganado un puesto preferente en el periodismo y optó por retirarse á los lares de sus mayores, después de haber sido redactor de *La Libertad*, de San Sebastián, y de *El Tiempo*, de Madrid.

Más todavía. Desatendió las indicaciones de los que le aconsejaban tentar fortuna con sus producciones dramáticas en los teatros de Madrid, y en cambio estrenó en Santander dos obras tituladas *Don Dinero* y *Santander en Cosmorama*, que se representaron muchas noches y que fueron muy celebradas por la crítica. Una vez en su pueblo natal, fundó Ceruti *El Liberal Montañés*, que ha dirigido hasta hace pocos meses, en el que rompió lanzas por todo lo que á la Montaña atañía y tocaba, y entró en la casa municipal, donde sus campañas edilesas, cultas y benéficas para los intereses de la localidad, le valieron recientemente la vara de la Alcaldía que hoy desempeña.

En estos someros perfiles de su vida se refleja bien á las claras la personalidad de Ceruti. Como literato caracterizase por la frescura de su ingenio, por la espontaneidad y facilidad de sus rimas y por esa gracia jubilosa, también espontánea y fácil, que no es rebuscada y que brota abundante y límpida como el agua de un manantial en los picachos, sin impurezas extrañas, y como el agua del manantial, despreocupada y riente. Es el que biografía un ingenio un poco desordenado, y bien lo prueba la irregularidad con que da á la publicidad las muestras del suyo y el ningún cuidado que ha tenido en coleccionarlas, con ser muy numerosas y suficientes para hacer unos tomos. Pruébalo asimismo el hecho de que sus composiciones son mandadas á las cajas invariablemente sin pulimento y sin corrección, motivo único de los ligeros defectos de que adolezcan, y á la par, de la originalidad, frescura y lozanía que en ellas campean, al igual que en las acuarelas de los maestros, de pincelada franca, puesta de primera intención. Añádase á esto que sus asuntos son nuevos, chispeantes é ingeniosos, que sabe desarrollarlos con desenvoltura y gracejo, que los viste con el ropaje de

una versificación fluida y fácil, que los exorna con el encanto de la naturalidad de la frase y la verdad de los trozos del natural, y... en suma, que es un poeta regocijado, leído con deleite por el reducido círculo de suscriptores á que llegan los periódicos en que él gusta exteriorizarse.

Como periodista raya á no menos altura, y no se sabe qué cualidad se destaca más, si la corrección y sobriedad de estilo, ó la firmeza y lógica de la argumentación, ó la amplia cultura que acredita en sus escritos, ó la moderación y la templanza y la alteza de miras que pone en la pluma cuando escribe.

Es, finalmente, Ceruti, un hombre de buena voluntad. Sana y noble ha sido la intención que ha guiado todas sus campañas periodísticas y municipales, y así ha de seguir siéndolo ahora que se encuentra al frente y puede su iniciativa desenvolverse libremente. Ha llegado á la Alcaldía con muchos y buenos proyectos, y todos esperan que ha de llevarlos á cabo ó ponerlos al menos en vías de pronta realización. Ni firmeza, ni inteligencia, ni habilidad le faltan, y ello abona el resultado que, sin duda alguna, será como se espera.

En puridad, aquí debiera hacer punto; porque con lo dicho queda ya de sobra justificada la inclusión de mi biografiado en la *Galería montañesa* de *El Eco Montañés*; mas antes de dar por cumplida esta para mí grata tarea, he de hacer constar otros títulos que en su elogio redundan y que justifican aún más estos renglones. Si Ceruti es siempre el amigo leal y el caballero intachable, compartiendo las tareas del periódico es un compañero afectuoso que hace suyas las alegrías y los triunfos de los que con él trabajan, y que se atribuye, si le dejan, todas las responsabili-



dades que de esas tareas provengan. Ultimamente, antes que literato, que periodista y que político, se estima de buen montañés, como lo han sido todos los de su linaje... Y ¡cuenta que todos lo fueron netos y legítimos!

A. GARCÍA DEL RÍO

EL VECO MONTAÑES

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

MARCIAL DE LA CÁMARA Y ARGÜESO

CUANDO nuestra villa de Reinosa—que ahora parece que quiere remozarse,—sin perder el impulso adquirido ni cejar en su avance hacia lo nuevo, recuerde con aprecio sus pasados días y sus ilustres hijos, y queriendo popularizar y perpetuar públicamente los nombres de éstos, mande esculpir las lápidas que enseñen á propios y extraños la *Gran Plaza de RODRIGO DE REINOSA*, poeta popularísimo en los días clásicos, autor de romances tan apreciables como el de *El Duque de Gandía* y aquel otro lindo romancillo satírico *A la Chinigala*, «el maligno juglar que aderezó el romance de *La Infantina*, tan agudo y picante como un *fabliau* francés y más sobrio que ninguno, y que desenfadadamente trazó los cuadros casi *arelinescos* de las *Coplas de las Comadres*, y en infinitos pliegos sueltos derramó los rasgos de su fecunda y maleante vena», según de él ha escrito el sapientísimo Menéndez y Pelayo; la *Calle del Licenciado DON ANTONIO DE QUEVEDO* y Hoyos, notable jurisperito, abogado de los Reales Consejos y Corte, que en el año de 1532 dió á la estampa el erudito y doctrinal *Libro de Indicios y Tormentos*—que contiene toda la práctica criminal y modo de sustanciar el proceso indicativamente hasta descubrir el delito y delincuente y ponerle en estado de condenarle ó absolverle, libro famoso, hoy rarísimo; la *Calle de Fray PEDRO DE REINOSA*, el autor de *Santa Casilda de Toledo*, ó la prodigiosa *fenix de la gracia*, poema en VII cantos en octavas reales, del cual se hicieron en su tiempo dos ediciones, la primera en 1722 y en 1727 la segunda; lápida especial y busto para la *Gran Calle del primer CONDE DE REVILLAGIGEDO*, Capitán General, Virrey en Méjico, descubridor de islas, poblador, diplomático, bienhechor de Reinosa, aunque sus beneficios se hayan *traspapelado*; la *Calle del segundo CAMPO ALANJE*, también Embajador, también Capitán General, ministro de la Guerra, Grande de España, una de las figuras cortesanas más salientes de su tiempo; la *Calle del GENERAL QUEVEDO*, de honrosísima historia militar, de raza de héroes, cuyos nietos la han confirmado con su sangre y con su vida en nuestros últimos desastres; la del abogado DON MANUEL CALDERÓN FONTECHA, hombre de grandes méritos, que tan señalados servicios prestó á Reinosa á principios del siglo XIX, singularmente con motivo de la guerra de Independencia, diputado á Cortes en 1820, Senador del Reino, Jefe político de Logroño y de Palencia, Fiscal y Magistrado de la Real Audiencia de la Coruña y honorario del Supremo de Guerra y Marina, padre de dos grandes ministros, hijos de Reinosa también, y como el que más acreedores á perpetuo recuerdo: DON SATURNINO CALDERÓN COLLANTES, diputado constituyente, por primera vez, en 1837, y en 1839 ya ministro de la Gobernación, ministro de Fomento más tarde, ministro de Estado durante el largo período de mando y apogeo de la Unión Liberal, y Presidente del Consejo de ministros, mientras O'Donnell estuvo en la guerra de África, «hombre de gobierno, hombre honrado—dice un biógrafo,—cuyo nombre quedará consignado en la historia sería de España, si algún día se escribe»; y su hermano DON FERNANDO CALDERÓN COLLANTES, primer marqués de Reinosa, cuya figura relevante

en la magistratura, carrera que siguió paso á paso desde el primer escalón hasta el más alto, en el Parlamento á que asistió desde el año 1843 hasta su muerte, y en el Gobierno desempeñando repetidamente, en distintos períodos, las carteras de Gracia y Justicia y de Estado, es una de las más interesantes de nuestra historia política de los últimos sesenta años, en que ejerció tanta influencia que, con razón dice el biógrafo citado, la historia de nuestra revolución quedaría incompleta, prescindiendo de su nombre, de sus discursos, de sus actos; hombre de alta doctrina, presidente de la Comisión de codificación y académico ilustradísimo de la de Ciencias morales y políticas; no deberá olvidarse Reinosa, en justicia, de dos que afortunadamente aún viven y trabajan diariamente en las ciencias, en las artes, en la publicidad: DON MARCIAL DE OLAVARRÍA, notable ingeniero de minas, secretario de la Comisión del Mapa geológico de España, cuyo *Boletín* con tanta frecuencia avalora con sus importantes escritos; y DON MARCIAL DE LA CÁMARA, el entusiástico Profesor de Arquitectura é incansable publicista, cuyo retrato, aunque tarde, pónese hoy entre los de esta *Galería montañesa*.

Talento, laboriosidad, constancia posee en grado eminente D. Marcial de la Cámara y Argüeso; hombre de muy amplia cultura científica, adornado de muchas y buenas letras, dotado de actividad suma y de gran energía y coraje para resistir y vencer obstáculos en época en que la publicidad libre demanda-



ba vocación, trabajo y carácter. Fuéronle todos necesarios en los comienzos de su ya larga carrera, porque entró en ella en tiempos de lucha, de diario batallar en todas las aspiraciones de la vida; y ánimo de menos temple que el suyo, y cerebro menos equi-

librado y nutrido de mucho saber, no hubiese podido resistir el continuo combate, ni hubieran llegado al triunfo.

Asombra lo que de lucha, polémica y disgustos de todas clases significa el mantenimiento del título de Profesor de Arquitectura, que D. Marcial ostenta como quien le ha ganado en todos, todos los terrenos, en beneficio y honra de una profesión que se jactó siempre de que Cámara le perteneciera; y no se puede ya comprender hoy ni aún leyéndolo su curioso libro *Los Profesores de Arquitectura* (Valladolid, 1871), que dedicó á sus compañeros para que *por doquiera se sepa quienes son estos Profesores y la consideración pública que tan respetable clase merece*. Porque aquella lucha no fué, acaso, para él, obra de menos de quince años, desde que en 1855 fundó la *Revista Artística*, periódico técnico el más ilustrado y progresivo de su tiempo; y que en su eslera, no fué ageno tampoco al movimiento general que agitaba á la sociedad española de aquellos días.

Pues, al publicar *Los Profesores de Arquitectura*, ya era hacía tiempo famosa y muy buscada por maestros y estudiantes la gran obra de Cámara *Tratado Teórico-práctico de Agrimensura y Arquitectura legal*, un grueso volumen que se vendía entonces á cuarenta reales, y de la cual se agotaron cuatro ediciones en muy pocos años: suceso que en España hace el mayor elogio que puede hacerse de un libro que, lejos de tener recomendación alguna oficial, como merecía, padeció en las escuelas el veto de miserables intrigas. Fué esta obra—sobre sus muchos méritos de técnica y de método—una feliz iniciativa y un grande éxito, génesis, tal vez, de famosos diccionarios y colecciones legislativas extendidas á todo lo legislado. Cámara, sin embargo, trabajaba su campo contra la vieja rutina de la arbitrariedad burocrática donde podía darla la batalla, y sólo aprovechó la legislación de sus especialidades para la *Agenda del Constructor*, de que publicó cuando menos quince volúmenes seguidos, y para los tres grandes tomos de 1876, 1877 y 1878 que consagró á la *Colección legislativa de Bellas artes, Obras públicas y Ciencias exactas*.

Porque, para entonces, habíase ya reunido tal falanque de hombres técnicos, estudiosos y científicos, profesores y artistas alrededor de nuestro D. Marcial, secundando sus iniciativas y alentando su constancia, laboriosidad y empuje, que fué necesario crear y ordenar, bajo la dirección de Cámara, la publicación de una *Biblioteca del industrial, Bellas artes, Obras públicas y Ciencias exactas*, de éxito extraordinario, y en la cual no publicó menos de cuarenta volúmenes el incansable publicista reinosano.

Sólo la lista de los títulos de éstos, alargaría demasiado esta semblanza. Pero no he de dejar de añadir á los citados el *Manual bibliográfico de obras raras y curiosas, antiguas y modernas, españolas y extranjeras*, la *Cartilla métrico-agraria*, el *Manual de contratos de servicios públicos*, el lujoso *Suplemento á la Biblioteca* con interesantísimos y preciosos grabados de raro mérito, *El palacio del Trocadero*, hermoso volumen en octavo en el que reseña su visita á la Exposición Universal de París de 1878, dedicando preferente atención á las Bellas artes y adornando el texto

con primorosos grabados, y la excelente traducción de *Los diez libros de Arquitectura de Vitruvio*, obra de estudio, de confrontación, de labor larga y atenta, que de manos de Cámara salió hecha un libro bastante para acreditar á un erudito, y cuya esmeradísima edición, casi sin precedentes entre nosotros, forma dos hermosos tomos en folio y un grande atlas de cien láminas magníficamente ejecutadas en París.

Después de tan colosal labor de publicista (no tomo en cuenta los cientos de artículos de polémica técnica, y políticos, y sociales publicados en varios periódicos, discursos de propaganda, trabajos en sociedades, comités, clubs, etc.), trabajo que no le impidió el de la práctica de su profesión, proyectando, planeando y dirigiendo importantes construcciones de edificios públicos y particulares, cumplidos enteramente los propósitos y fines que engendraron y determinaron la *Biblioteca del Constructor*, cuando parecía que Cámara debiera descansar de la incesante y activa labor de treinta años, su enérgica actividad en pleno ejercicio no hizo más que cambiar de trabajo. Se retiró á su posesión de Negredo, entre Palencia y Burgos, y no descansó un solo día, porque allí encontró también algo contra qué luchar: contra la rutina del cultivo, contra el terreno, contra el clima. El mismo dedicó, al par que su grande inteligencia y muchos conocimientos, sus fuerzas físicas á la transformación del cultivo del viñedo y los árboles frutales, y en poco tiempo convirtió 233 hectáreas de tierra en un hermoso vergel; un pedazo de terreno de Campos, en un magnífico parque, un *chateau* á la francesa; y de sus 24 hectáreas de viñedo obtuvo y crió él mismo vinos de varias clases, de los cuales su *Medoc* obtuvo la primera medalla de oro en la Exposición de Amberes de 1885, habiendo obtenido también medallas de primera clase en las exposiciones vinícolas españolas y en Burdeos mismo.

Y entre tanto, sin abandonar un instante su comunicación con las fuerzas sociales, iniciaba y tomaba principal parte, sin rehuir trabajo alguno, en las Ligas de Contribuyentes, en las Agrarias (en la Asamblea de Contribuyentes celebrada en Palencia el 25 de Marzo de 1888, leyó un discurso sobre el tema *Causa primordial del malestar de los contribuyentes*, del cual discurso van publicadas ya cuatro ediciones), en las de reformas sociales... en cuanto significa progreso, adelanto, deseo de mejoras para todos y lucha para obtenerlas...

Una vida de perpetuo á inteligentísimo, esfuerzo constante, de brega continua, de labor honrosa.

Y aún trabaja, y aún lucha sin abandonar el campo del combate... y aún ha de publicar algo nuevo que añadir á lo mucho bueno de sus cuarenta volúmenes publicados.

Se necesita mucho espacio y exceder los límites de la semblanza para decir lo que se debe de un hombre tan meritorio como D. Marcial de la Cámara y Argüeso. Pues á cariñoso, honrado, extremadamente modesto—como que no ha tenido tiempo para ser más que trabajador—liberal y hombre de su tiempo, no le gana nadie. Y á buen reinosano (extiéndase, por tanto, á montañés) tampoco.

D. DUQUE Y MERINO.

SUMARIO

Galería montañesa: Marcial de la Cámara y Argüeso, D. Duque y Merino. —Ebro abajo. —**Ebrozo:** Civilización. —Noticias. —La puja (continuación), J. A. Calvarriato. —De Correos. —Memoria eterna, Luis Barreda. —Meditando. —**Memorias patrias:** Toma del Sacramento, Pachín González. —La segunda de abono... El Administrador.

EBRO ABAJO

El orfeón «Cantábrico» irá en la primavera próxima á Barcelona y Zaragoza, con objeto de corresponder á las visitas que á Santander han hecho los Coros Clavé y la Tuna zaragozana.

El viaje, que se hará cuando el Director disponga, durará diez días. Irá también la banda municipal. La Junta directiva estudiará

el modo de reunir fondos para el viaje. Queriéndose que el orfeón se componga de noventa individuos, se fija un plazo para que ingresen los que reúnan las condiciones necesarias, y se comprometan á asistir puntualmente á los ensayos.

Es muy plausible la idea, y lo es más el acuerdo unánime de los socios del «Cantábrico», de ir á las capitales de Aragón y Cataluña en expedición artística. Y esto no solo

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

LEONARDO DE TORRES Y QUEVEDO

Es casi una desgracia para el ilustre matemático, Leonardo de Torres y Quevedo, que una serie de circunstancias, que soy el primero en lamentar, háyale traído á que sea yo el escritor de su semblanza para la Galería de EL ECO MONTAÑÉS. El espíritu de Pitágoras y el de Newton, y la bondad de la víctima de mi pluma, perdonen la profanación á quien todo eso de raíces, ecuaciones, logaritmos y trinomios, es tan habitual como la cuadratura del círculo, que debe ser, según lo que se me alcanza, algo que raye en lo prodigioso.

Años hace que en el Ateneo de Madrid, por esos movimientos inexplicables del alma, comenzó á serme simpático un señor de cara seria, pero bondadosa, que hojeaba libros de ingeniería y matemática, para mí, cuando me asomaba á ellos, perfectamente mudos. Pronto supe que era un sabio, y casi en seguida aprendí que era montañés.

No me avergonzó el desconocimiento que tenía de un hombre eminente de mi tierra. El pintor con sus cuadros, el novelista con sus libros, el poeta con sus estrofas, el músico con sus armonías, el guerrero con sus batallas, el dramaturgo con sus escenas, el político con sus discursos, hasta el médico y el cirujano con sus aciertos en salvar vidas, salen sin tardar mucho del incógnito, y ven sus nombres, embellecidos por la aureola del vencedor, entre la multitud que los aclama: es que sus obras hieren la imaginación, que es lo más sensible y lo más somero en todos. Pero aquellos hombres que se dedican á lo abstracto de la ciencia, tardan, tardan en romper el círculo formado por su gabinete de estudio, y cuando le rompen no es para que los conozcan las muchedumbres y los glorifiquen, es sólo para adquirir fama entre un puñado de escogidos de la verdad científica: la inteligencia mora en las profundidades del ser humano y es rebelde á los nerviosismos del sentimiento.

Leonardo de Torres y Quevedo, ingeniero que pudo ganar nombre entre las gentes realizando atrevidos proyectos de ferrocarriles funiculares en Suiza y en Montserrat, abandonó, bien acreditados sus talentos entre los del oficio, la práctica de su carrera para emprender el camino de la invención, el de la especulación científica, el de la matemática pura, hacia donde le llamaban sus facultades extraordinarias.

La inteligencia poderosísima, el estudio afanoso, la constancia sin límites formaron en él sociedad, y al hacer balance en la primera etapa de su funcionamiento, resultó la Ciencia gananciosa, y gananciosos su insigne adalid, la Montaña, de la que es hijo predilecto, y la patria entera, para quien son los laureles conquistados por Torres y Quevedo, reconocidos como laureles de legítima gloria por altas, por indiscutibles autoridades del mundo científico.

Triunfó; y triunfó luchando, no sólo contra el poder inmenso de la Ciencia, que guarda avariciosa el tesoro de sus secretos mejores, sino también contra sí mismo, contra su odio á la exhibición, contra su modestia de verdadero grande hombre para quien sus difíciles conquistas no son merecedoras de ningún aplauso.

Como suele ocurrir entre nosotros, por que los españoles no concebimos más saber que de política y toreo, ni otro opinar que sobre éxitos parlamentarios y estocadas, la noticia del valer de Torres y Quevedo nos vino de más allá de las fronteras, del cerebro del mundo, de París, de su Academia de Ciencias, de sus sabios más insignes. Entonces, ya consagrado por autoridad irrecusable, nuestra Academia de Ciencias le reclamó para sí, y hoy es uno de sus miembros más ilustres, y desde luego el único cuyos inventos asombran á los hombres más sabios de todos los países.

Sus máquinas algébricas tienen la fama del prodigio, y ninguna entre cuantas invenciones se han ideado para ejecutar mecánicamente operaciones de cálculo, produce igual sorpresa, según la opinión de un sabio francés. Este, Mauricio d'Ocagne, profesor de gran renombre, y las Academias de Ciencias de París y Madrid, declaran á una que estas máquinas de Torres y Quevedo resuelven en teoría el problema del cálculo mecánico, de manera absolutamente general y completa para la resolución de ecuaciones ó sistemas de ecuaciones de cualquier grado, algébricas y transcendentales, con determinación de sus raíces reales é imaginarias, según principios rigurosamente matemáticos, por procedimientos directos é inmediatos, con mecanismos sencillos y algunos de singular originalidad: teoría y mecanismos comprobados en la práctica con una máquina para trinomios, con el proyecto de otra para ocho términos, y con otra tercera para la resolución de ecuaciones de



segundo grado con coeficientes imaginarios, exhibida en la Exposición de París.

Y actualmente, bajo la dirección de nuestro paisano, Mr. Chateau, constructor de aparatos de precisión, lleva muy adelantada la construcción de una máquina para el cálculo de las raíces reales de una

SUMARIO

Galería montañesa: Leonardo de Torres y Quevedo, J. A. Galvarriato.—Minas de oro en Becerreá.—El diablo harlo de carne...—Ausencias, *Concha Espina de Serna*.—De necesidad.—Buen negocio.—Un cuento árabe, *José R. Lomba*.—**Memorias patrias.**—*Pachín González*.—De Correos.
Grabados: Cocina de un figón.—Sardineras.

MINAS DE ORO EN BECERRÍA

Ajena nuestra publicación en general, á esta clase de asuntos, la diversidad de apreciaciones que en distintos diarios y revistas hemos leído, y la circunstancia, esencialísima para nosotros, de saber que en el negocio estaban interesados capitales montañeses, nos impulsó á inquirir detalles que, con la mayor concisión, vamos á exponer.

Que la compañía THE LUGO GOLDFIELDS LIMITED se ha constituido en Inglaterra, es cierto, pero no lo es menos que el movimiento inicial le dieron nuestros paisanos, y que ellos, en unión de algunos bilbaínos, aportan dos quintas partes de las 150.000 libras esterlinas que forman el capital social.

Su objeto es la explotación de minas, que ocupan una extensión total de 600 acres.

Dividida en tres grupos, forman el primero las tituladas *Eva*, *Paquita*, *Mercedes* y *Nicolasa*, compuestas de potentísimos filones de cuarzo aurífero.

Constituyen otro grupo las llamadas *Anita* y *Río Navia*, con filones de cuarzo, muy metalizados, conteniendo oro, plata, cobre y plomo.

Eugenia Olga, que pertenece al tercero, es una antigua mina romana.

Que la compañía THE LUGO GOLDFIELDS LIMITED se ha constituido en Inglaterra, es cierto, pero no lo es menos que el movimiento inicial le dieron nuestros paisanos, y que ellos, en unión de algunos bilbaínos, aportan dos quintas partes de las 150.000 libras esterlinas que forman el capital social.

Su objeto es la explotación de minas, que ocupan una extensión total de 600 acres.

Dividida en tres grupos, forman el primero las tituladas *Eva*, *Paquita*, *Mercedes* y *Nicolasa*, compuestas de potentísimos filones de cuarzo aurífero.

Constituyen otro grupo las llamadas *Anita* y *Río Navia*, con filones de cuarzo, muy metalizados, conteniendo oro, plata, cobre y plomo.

Eugenia Olga, que pertenece al tercero, es una antigua mina romana.

Los filones tienen una potencia constante de 13'60 metros, y el largo, en las minas del primer grupo, de 3.300, con una altura, sobre el nivel del arroyo Balicedo, de 150 metros.

Entre los varios químicos, algunos de universal renombre, que han analizado estos productos, recordamos á Mr. Charles Martin, químico judicial de Bruselas, domiciliado en el núm. 30 de la Rue Vondel, que en cuarenta y cinco ensayos hechos ha obtenido un minimum de 12 gramos de oro por tonelada de mineral crudo, sacado siempre de todo el cuerpo del filón, y un maximum de 24 gramos.

El Sr. Sheperd, químico inglés, ha obtenido hasta 48 gramos de oro, pero el término medio ha sido de 12 gramos.

Por último, los Sres. Ogle y Cosby, ingenieros ingleses, que reciente y personalmente han recogido muestras, y que han estudiado las minas, ya muy adelantados los trabajos de exploración, han obtenido 13, 14 y 23 y medio gramos de oro en los varios filones examinados.

Como se ve, todos coinciden muy aproximadamente, en el término medio de riqueza mineralógica; pero en nuestro deseo de adquirir datos tan completos y acabados como nos fuera dable, procuramos averiguar en qué consistía la diferencia entre esa cantidad, casi uniforme, y las máximas, y la respuesta que se nos dió, y que reputamos tan ingeniosa como exacta, fué la siguiente: «Si en un periódico—nos dijeron—coge usted un pedazo del margen es seguro que no podrá usted leer ni una letra. En el título las verá usted grandes, y en el cuerpo se leerán más pequeñas, pero más abundantes. Lo propio pasa en las minas, singularmente en las de cuarzo.

do las minas, ya muy adelantados los trabajos de exploración, han obtenido 13, 14 y 23 y medio gramos de oro en los varios filones examinados.

Como se ve, todos coinciden muy aproximadamente, en el término medio de riqueza mineralógica; pero en nuestro deseo de adquirir datos tan completos y acabados como nos fuera dable, procuramos averiguar en qué consistía la diferencia entre esa cantidad, casi uniforme, y las máximas, y la respuesta que se nos dió, y que reputamos tan ingeniosa como exacta, fué la siguiente: «Si en un periódico—nos dijeron—coge usted un pedazo del margen es seguro que no podrá usted leer ni una letra. En el título las verá usted grandes, y en el cuerpo se leerán más pequeñas, pero más abundantes. Lo propio pasa en las minas, singularmente en las de cuarzo.

Hay trozos completamente estériles, como hay otros excesivamente mineralizados.

Vea usted el periódico, el libro, el impreso, por todas partes, y podrá usted juzgar si contiene ó no mucha lectura, muchos caracteres de imprenta. Recoja usted muestras de todo el cuerpo de un filón, pulverícelas, mézclelas y hágalas analizar, y entonces, y sólo entonces, podrá usted saber su ley, su riqueza, no exponiéndose á exageradas apreciaciones en pro ó en contra, á torjarse ilusiones ó á hablar *ex-cátedra*».

Satisfechos con esta explicación, que por racional y lógica trasladamos integra á nuestros lectores, añadiremos que en el pequeño valle que separa las minas *Eva* y *Paquita*, se están haciendo los trabajos necesarios para depositar el mineral que de ambas se arranque, y que allí también se construye la estación superior del cable aéreo que ha de transportar el mineral á 1.000 metros de distancia, con un desnivel de 400 pies.

La maquinaria, ya lista y próxima á embarcarse, se colocará en cuatro plataformas. En la inferior se beneficiarán los minerales, la inmediata se ocupará con aparatos de concentración, en otra se instalarán los pulverizadores, y en la superior un potente machacador.

Para la maquinaria se utilizará fuerza motriz, constituyéndose al efecto una presa y un canal, derivado del río Cruzul, de 1.000 metros de extensión, que llegará al punto preciso en salto de ochenta pies. La cantidad de agua aprovechable, que atravesará el valle de Balicedo en tubería de un metro de diámetro, será de 3.585 pies cúbicos por minuto, dando una fuerza disponible de 545 caballos, parte de la cual se aplicará á una dinamo para el alumbrado eléctrico.

aéreo que ha de transportar el mineral á 1.000 metros de distancia, con un desnivel de 400 pies.

La maquinaria, ya lista y próxima á embarcarse, se colocará en cuatro plataformas. En la inferior se beneficiarán los minerales, la inmediata se ocupará con aparatos de concentración, en otra se instalarán los pulverizadores, y en la superior un potente machacador.

Para la maquinaria se utilizará fuerza motriz, constituyéndose al efecto una presa y un canal, derivado del río Cruzul, de 1.000 metros de extensión, que llegará al punto preciso en salto de ochenta pies. La cantidad de agua aprovechable, que atravesará el valle de Balicedo en tubería de un metro de diámetro, será de 3.585 pies cúbicos por minuto, dando una fuerza disponible de 545 caballos, parte de la cual se aplicará á una dinamo para el alumbrado eléctrico.

EL ECO MONTAÑÉS

Director: J. A. GALVARRIATO

GALERÍA MONTAÑESA

VICENTE F. DE VALLICIERGO.

EL abandono en que vivimos de todo lo que puede contribuir a una perfecta educación, de cuanto contribuye a dotarnos de las más elevadas formas de cultura en general, hizo que hasta el Estado, rector de la vida en los pueblos modernos, se mostrara desdeñoso entre nosotros con la enseñanza de la caligrafía.

Hemos de aprender a leer y escribir como primera necesidad del hombre inteligente y medio único de comunicación provechosa de las ideas. ¿Por qué no ha de procurarse hacerlo bien, tanto más cuanto cuesta generalmente más trabajo aprender mal una cosa que aprenderla bien? ¿Por qué no ha de exigirse al maestro que escriba bien, haciendo que curse la caligrafía? ¿Por qué no exigirle que enseñe la escritura caligráficamente, es decir, con verdadero sentimiento de ese arte, para que pueda comunicar al niño el goce artístico de las formas pulcras y elegantes, goce que, después de todo, es el más perenne estímulo de calígrafos y pendolistas?

Los caracteres de letra se formaron en los pueblos de Europa, casi al par que las nacionalidades y los idiomas.

Representación gráfica del idioma es en cada una de las viejas naciones su respectiva caligrafía o el arte de escribir con las formas, carácter y estilo creados por el genio nacional.

La mayor parte de la prensa alemana se imprime todavía con los caracteres nacionales respectivos, aunque suelen dificultar la lectura a las gentes del Mediodía, acostumbradas a los latinos.

Cuantas veces he comentado el empleo de la letra inglesa para escribir en español, me felicitaron algunos partidarios y defensores de nuestra letra bastarda, y se me rieron muchos por el contraste que forma la voz de uno, condenando lo que hacen casi todos.

—Es inútil, mi amigo; todo el comercio usa la letra inglesa, es más elegante que la de Iturzaeta;—molándose a continuación de la inocencia mía que no paso por la legitimidad de un hecho consumado gracias a la falta de educación patria, y, sobre todo, de carácter. Cuando el nacional no se ha desvanecido por completo, siempre se levanta en el corazón la protesta contra lo extranjero, y si no se ve clara su justificación, esa protesta, por vaga que sea, basta para rechazarlo.

Los pueblos más prósperos, más vivos y enérgicos son los que imponen siempre sus usos. En lo que a mí se refiere tengo por vergonzoso el que nadie me imponga ni siquiera un beneficio, no ya un uso acogido en calidad de inferiores sufridos y dependientes. En muchísimos casos el uso de la letra inglesa es hoy entre nosotros fatal; pero el que por gusto y desconociendo lo que de característico y propio tiene la española, pasa porque sus hijos aprendan la inglesa en colegios o escuelas, me parece tan digno de lástima como si fuera a solicitar una librea para lucirla en la calle, complaciéndose en ostentar una prueba de su esclavitud.

Efectivamente, el tipo de Iturzaeta llega a lo mezuino en su pobre severidad, pero Torio nos dejó una forma galana, hermosísima, rica como ninguna, libre y genial.

El descuido de la caligrafía por el Estado ha hecho

que hoy casi nadie posea mediana letra. Por otra parte, la profunda decadencia del espíritu nacional, el afebinamiento, la carencia de criterio y voluntad, han permitido la generalización de la inglesa.

Y no se crea que sea estéril el llamar la atención sobre la pérdida del carácter nacional, aunque sea en materia tan baladí como se juzga a ésta de la caligrafía; pero aun estando solo, complaceríame en proclamar la conveniencia de escribir en España con nuestros caracteres, y la propiedad de tal correspondencia entre el idioma y su expresión gráfica.

Con lo dicho, queda demostrada la importancia de la caligrafía, y, por consiguiente, de los calígrafos que, como el que encabeza con su nombre estas líneas, llegan sin más recursos ni medios que su vocación decidida y su trabajo, a conquistar un nombre ilustre entre los primeros de su arte y profesión.

Nació Vallicierno en Puente de Arce (Santander) mostrando en la misma escuela de primeras letras las felicísimas aptitudes de pendolista que pronto, y gracias a la curiosidad que en él despertara cuanto se relaciona con la historia y práctica artística de la escritura, le convirtieron en un calígrafo.

Dedicábase en Santander a la preparación de carrera facultativa, cuando fué invitado por el Administrador económico de la provincia a copiar una Memoria que tenía el compromiso de remitir al ministerio de Hacienda.

Accedió Vallicierno, y a los quince días de llegar a Madrid su trabajo, le consultaban desde la Dirección general de Contabilidad si aceptaría una creden-



cial para prestar sus servicios en la citada dependencia.

Aceptó, y el 15 de Setiembre de 1870 tomaba posesión de su destino.

Ya en la corte y estimulado por la recompensa ob-

tenida, así como por los trabajos de notables pendolistas y excelentes calígrafos que tuvo ocasión de examinar, dedicóse de lleno al estudio científico y práctico de la Caligrafía.

Al efecto, adquirió cuantos autores de Caligrafía tanto antiguos como modernos pudo encontrar para ilustrarse, y con tales elementos, una constancia sin límites y el estudio concienzudo de los más afamados calígrafos que se ocuparan del perfeccionamiento del arte, consiguió, al año de estar en Madrid, llamar la atención de aficionados é inteligentes con los trabajos que ejecutaba.

El año 71 fué nombrado profesor de Caligrafía de la Sociedad *El Fomento de las Artes*, cargo que continuó desempeñando en la actualidad.

Terminó el primer curso con 15 alumnos, y ha conseguido en años sucesivos hasta 200 matriculados, pasando de 12.000 los que han asistido á sus clases.

En elogio del fruto de su labor, baste decir que de estos alumnos muchos ingresaron en oficinas públicas y casas particulares, disfrutando importantes sueldos como calígrafos en el ministerio de Marina, en el de Estado, Senado, Academia de la Lengua, en el Banco de España, etc., etc.

Ha difundido la enseñanza de la escritura, y es muy frecuente encontrar en toda la península discípulos suyos dedicados casi exclusivamente á la reforma de la letra, siendo para muchos esta especialidad la única manera de vivir, y con tal desahogo, que bien puede decirse ha creado una nueva carrera.

Como para dar una buena enseñanza caligráfica es preciso, indispensable, que ésta sea individual, y el esfuerzo del profesor, por hábil que sea, no es bastante para atender y corregir á más de cien individuos en una hora de clase, ocurriósele dar á la estampa unas muestras originales, presentando en ellas analítica y metódicamente los elementos gráficos y gradación en los ejercicios.

Mas no era tarea fácil el conseguir tal objeto con los grabadores que se dedican generalmente á esta clase de obras, y no porque carezcan de habilidad, sino por lo difícil que es al grabador prescindir en absoluto de su personalidad ó sea llegar á ser máquina fidelísima de reproducción de los tipos del calígrafo.

Tras de penosos ensayos, consiguió que un aprendiz, Gabriel Jiménez, se penetrara del carácter del grabado caligráfico, empezando el de los métodos de *Caligrafía inglesa* y *Redonda francesa*, que publicó pronto.

Y por cierto que lo que hizo con el único objeto de facilitarse el trabajo en las clases numerosas, alcanzó aceptación tan grande, que será raro el punto de España en donde sean desconocidos sus métodos y papel caligráfico. No le fué posible dar á luz la *Letra*

bastarda española, cuyos estudios tiene hechos, porque una larga y penosa enfermedad, privó de la vida á aquel joven que llegó á ser habilitado artista.

Desde la muerte de Gabriel Jiménez solo disgustos y amargos desencuentros halló cuantas veces pudo conseguir á fuerza de constancia enseñar á otros grabadores; esto ha entorpecido la publicación de su método de letra Bastarda Española, que solo merced á la fotografía va extendiendo entre sus discípulos.

Para dar idea de su actividad y constancia en el trabajo, basta este breve resumen de sus fecundas campañas.

Debese á su iniciativa el establecimiento de la clase de Caligrafía en la carrera del Comercio; fundó la del Fomento de las Artes, la del Centro Instructivo del Obrero, la del Centro de Asturianos, Circulo de San José, Circulo Obrero, Hospicio provincial de Madrid y la suprimida de la Escuela Normal Central de Maestros, hoy obligatoria en la carrera. Dánse otras en el Centro de Instrucción Comercial, en el Circulo Industrial y en el de funcionarios de las Compañías de los ferrocarriles.

Pues, bien, la mayoría de estas clases son dirigidas por él y auxiliadas por discípulos suyos, muy notables pendolistas, y las otras desempeñadas y dirigidas por alumnos suyos también. En donde no está, están sus métodos.

Hace algunos años fundó en el Fomento de las Artes, la primera clase de Caligrafía para señoritas, y con tan buenos resultados, que no hay Sociedad docente en donde no esté establecida. Las clases que él dirigía, están desempeñadas por la señorita Pinilla, alumna que fué de la del Fomento de las Artes.

Ha desempeñado ó desempeña los cargos siguientes: Calígrafo de la Real Casa, por oposición; calígrafo del Congreso de los Diputados, por oposición (dimitió); Profesor de Caligrafía del Instituto del Cardenal Cisneros, por concurso (núm. 1) (suprimida por el Sr. Bosch), y restablecida en la actualidad, la desempeña hoy; Profesor de Caligrafía de la Escuela Normal Central de Maestros (por elección); Profesor de Caligrafía del Centro de Maestros Auxiliares de Madrid; Profesor del Hospicio Provincial, del Fomento de las Artes, del Centro de Asturianos, del Centro Instructivo del Obrero y del Circulo de San José.

Ha sido premiado con diferentes medallas de oro y plata en Exposiciones nacionales y extranjeras.

Es Caballero y Comendador de la Orden de Isabel la Católica, por servicios prestados á la enseñanza popular, y tiene Menciones y gracias especiales; todo lo cual revela un mérito excepcional como artista caligráfico y como incansable y notabilísimo obrero de la cultura.

Francisco ALCÁNTARA.

SUMARIO

Galería montañesa: Vicente F. Valliergo, Francisco Alcántara.—A los lectores.—**Bellezas de la Montaña:** Palacio de Soñanes, Rodrigo Amador de los Ríos.—La Prensa y El Eco MONTAÑÉS.—Cruz terminal, Amós de Escalante.—Noticias.—Los colaboradores de El Eco.—«Cantabrias».—Mi canción, España, Jesús de Amber.—«Mis viajes», Pachín González.—Lo que queda.—**Esbozo:** La opinión.
Grabados: Palacio de Soñanes.

A LOS LECTORES

Con este número concluye la vida de EL ECO MONTAÑÉS.

No muere porque de su minúsculo balance económico resulte déficit, porque los escritores le huyan, porque carezca de ambiente

y horizonte favorables, ni por desánimo ó enfriamiento de quienes le redactan. Muere, no muere, le sacrifican éstos, con dolor, á sus intenciones particulares.

Contra la opinión de muchas personas,—algunas ilustres,—que consideraban descabellado el propósito de publicar en Madrid un semanario montañés, porque habría de ahogarle, antes del tercer número, la indiferencia de nuestros paisanos, se fundó este periódico, que, desde el momento de nacer al de morir, no señala en su vida paso atrás. Los suscritores aumentaron constantemente, los literatos distinguieron á EL ECO cada vez más, como los artistas y los aficionados montañeses á la lo-

tografía, y á favor de este pugilato generoso dispuso de mayores medios para vivir. Testimonios fehacientes son de esto las mejoras que fuimos introduciendo, como lo serían, á continuar, otras que teníamos preparadas al decidirnos á suspender la publicación.

Cada día se ensanchaba más y más su órbita, no sólo en la Montaña y entre los montañeses de todas partes, sino fuera de allí y entre muchas personas distinguidas sin vínculos de relación con aquella. Vinieron las circunstancias con mandato imperativo, y concluye EL ECO MONTAÑÉS cuando, su vida segura, más lisonjeras aparecían y más próximas á realizarse sus nobles esperanzas.

LO QUE QUEDA

LO QUE QUEDA

Habiendo empezado modestísimamente nuestra publicación, además de la mejora de dar grabados de monumentos y paisajes montañeses, se introdujo en *EL Eco* la de publicar los retratos y las semblanzas de los hombres de la región, distinguidos por destacarse en algún género de estudios o por algún modo de la actividad. Y de esto, de la *Galería montañesa*, sí que estamos realmente orgullosos: podemos estarlo, porque los escritores de aquellos artículos son plumas acreditadas; debemos estarlo, porque las figuras que aparecen en las páginas primeras de muchos números son garantía de que *EL Eco* vivirá en poder, o cuando menos en la memoria de cuantos quieran a la Montaña.

Acabará este nuestro modesto periódico —modesto, aunque ni castellanos, ni andaluces, ni gallegos, ni catalanes, ni vascongados, ni asturianos, ni extremeños, ni levantinos, han podido tener otro que se le iguale— acabará nuestro periódico, pero se le recordará como a un buen amigo, como el único de los periódicos montañeses que guarda en sus páginas los rasgos fisonómicos, y los anímicos también, de la mayor parte de los hombres que constituyen la riqueza intelectual de la Montaña.

No están todos en *EL Eco*, no están porque éste muere inopinadamente, en la plenitud de sus energías, y ya lamentamos nosotros, ya lamentamos que nos queden aquí ingenieros ilustres, jurisconsultos notables, laboriosos catedráticos, hombres de negocios, cuyos nombres pugnan por salir a las cuartillas; y ya lamentamos especialmente, entusiastas como somos de la juventud, que no figuren en *EL Eco* de manera gráfica algún poeta delicadísimo que entierra su inspiración becqueriana bajo la prosa enervadora del periodismo diario; algún crítico que, volviendo a sus antiguos amores, ocuparía un primer lugar en la *Crítica española*; algún escritor —el primero de los

montañeses militantes, salvo excepción sagrada— que lo sabe decir todo, que se empeña en esconderse, y a pesar de su empeño ha de ser una gloria brillantísima de la dramática.

Pero si no todos, quedan muchos. Y en *EL ECO*, Cuevas y Fernández de Velasco piden los gregüescos y la ropilla y el chambergo y la tizona de largos gabilanes de los señores montañeses de los tiempos de Felipe II; y Salces e Iborra dicen que no se perdió el pincel del gran Casimiro; y Monasterio recuerda los triunfos universales de su *Stradivarius*; y Cámara y Torres y Quevedo persiguen fórmulas matemáticas que asombran; y Pereda habla de los infinitos personajes de sus hermosísimos volúmenes; y Quijano cuenta cómo se triunfa en el mundo de lo fabril; y Menéndez Pelayo asusta con el bagaje inmenso de sus obras que le consagran polígrafo sin igual de nuestros días; y Duque y Merino cultiva su jardín campurriano; y Pedraja enseña su colección de libros y papeles, precioso archivo montañés; y Llera promete que saldrán a la luz las obras que de su talento esperamos los que sabemos lo que vale; y Barreda y Enrique Menéndez cantan en versos elegantes, regocijando a las Musas, los sentimientos y las aspiraciones del alma montañesa; y Gutiérrez y Madrazo y Abascal oprimen el bisturí de oro de los grandes operadores; y Valliciergo escribe con caracteres purísimos de su mano privilegiada la historia de lo que puede el querer; y Linares se muestra sabedor concienzudo de la vida de los seres que respiran en el fondo de las aguas; y Sánchez Díaz fustiga con el látigo de su prosa viril de alma fuerte el rostro de los explotadores de la miseria; y Comillas presenta su labor colosal de inteligencia admirable, inspirada por el patriotismo; y Escalante describe con su pluma maravillosa de artista soberano el misterio de la leyenda y el paisaje montañés; y Concha Espina, en fin, una mujer, encantada con la dulce rima de sus versos y con su castiza prosa que enaltece a la Montaña más allá de los mares...

Sintamos nosotros que no estén todos los que deben estar; pero consuélenos la esperanza de que los que en *El Eco* viven han de hacer que no se acabe tan pronto la memoria de un modesto periódico que se envaneció legítimamente, consagrándose a la Montaña.

BIBLIOGRAFÍA

GALVARRIATO, Juan Antonio (Director) et al. (1900-1901) Sección "Galería Montañesa" (45 artículos). En *El Eco Montañés. Madrid*.

MONOGRAFÍAS ELECTRÓNICAS DEL C. E. M. (2016-2021)

[Pulsar sobre los títulos para abrir vínculos en la Web]

1. **Elementos de interés arqueológico y patrimonial en la zona del Puyo (Miera, Cantabria, España).** Virgilio Fernández Acebo. SA 580-2016
2. **Compromiso del año 1498 entre Potes y Santibáñez regulando el uso de los pastos en el Puerto de Trulledes (Liébana).** Francisco Gutiérrez Díaz. SA 749-2016
3. **Estudio antropológico y paleopatológico de los restos humanos hallados en la cueva del Portillo del Arenal.** José Luis Prieto Carrero. SA 473-2017
4. **Zarzuela “La Romería de Miera” para piano y canto. Partitura e interpretación de la obra de Eusebio Sierra y Ángel Pozas.** Por José Antonio Martín Rebollo. Introducción histórica de Francisco Gutiérrez Díaz. SA 474-2017
5. **Arribadas de mar en Santoña I, 1749-1840.** Luis de Escallada González. SA 502-2017
6. **Arribadas de mar en Santoña II, 1841-1900.** Luis de Escallada González. SA 503-2017
7. **Fernando García Camoyano, “el pintor de flores”.** Francisco Gutiérrez Díaz. SA 573-2017
8. **Tragedias en las costas de Trasmiera. Fuentes documentales. Tomo I: Naufragios y varadas en la Junta de Ribamontán al Mar (Siglos XV-XIX).** Luis de Escallada González. SA 315-2018
9. **Laredo en el siglo XVII (Competencia jurisdiccional y funciones económicas).** Agustín Rodríguez Fernández. SA-360-2018
10. **Fernando Cevallos de León y su instantánea patrimonial del año 1922. “La Montaña artística y monumental” por el centenario de su composición.** Virgilio Fernández Acebo. SA-361-2018
11. **El manuscrito “MUSEO PREHISTÓRICO DE SANTANDER”. Análisis de un documento de interés para interpretar la historiografía arqueológica del siglo XX en España.** Ignacio Castanedo Tapia y Virgilio Fernández Acebo. SA 205-2019
12. **Tragedias en las costas de Trasmiera. Fuentes documentales. Tomo II: Naufragios y varadas en las costas de Siete Villas. Volumen I (Siglos XVII-XIX).** Luis de Escallada González. SA 206-2019
13. **Arribadas de mar en la costa de Santander (1751-1800). Fuentes documentales. Volumen I.** Luis de Escallada González. SA 272-2019.
14. **El pintor cántabro Donato Avendaño. Datos biográficos y documentación.** Francisco Gutiérrez Díaz. Depósito Legal SA 462-2019.
15. **Prehistoria y arqueología de la cuenca del río Pas (Cantabria, España).** Jesús Ruiz Cobo, Emilio Muñoz Fernández (dirs.) et al. [Continuación de la serie de 7 vols. publicada por los autores en la editorial BAR de Oxford]. SA 504-2020.
16. **Naufragios y varadas en las costas de Santoña (Siglos XVII-XIX).** (Tragedias en las costas de Trasmiera. Fuentes documentales, Tomo III). Luis de Escallada González. SA 533-2020.
17. **El registro arqueológico de la cuenca del río Besaya (Cantabria, España).** Emilio Muñoz Fernández y Jesús Ruiz Cobo (dirs.) et al. [Continuación de la serie de 8 vols. publicada por los autores y dedicados a la arqueología de los valles de Cantabria]. SA 762021.
18. **Toponimia del Catastro de Ensenada en Cantabria.** Miguel Ángel Sánchez Gómez. SA 568-2021.

MONOGRAFÍAS DEL CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES (1934-2021)

REVISTA “ALTAMIRA” desde (1934-2021)

CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
e-monografía del C.E.M.
Nº 19

45 microbiografías de personajes
relevantes de Cantabria recogidos
en el periódico madrileño entre los
años 1900 y 1901

Depósito Legal
SA 364-2022



La "Galería Montañesa"
de El Eco Montañés

Fernando Vierna García

SANTANDER
2022

